

JUAN

UTÓNOMA DE NUEV

CIENTRAL DE BIBLIOTE

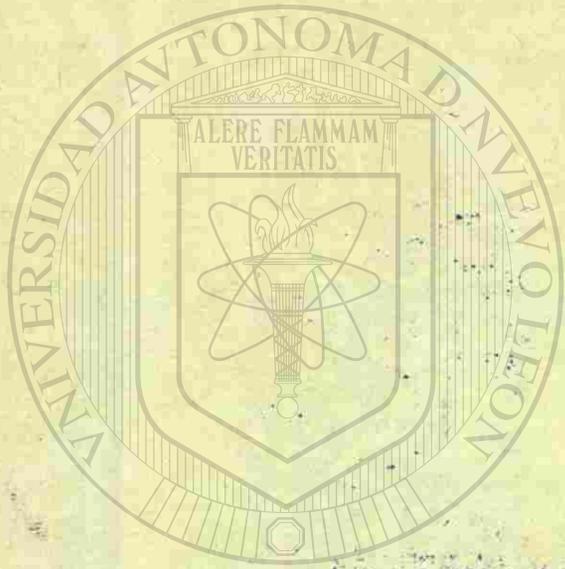
WELLS
—*—
EL AMOR
Y EL SEÑOR
LEWISHAM

PR5774

.L6

S6

RALD



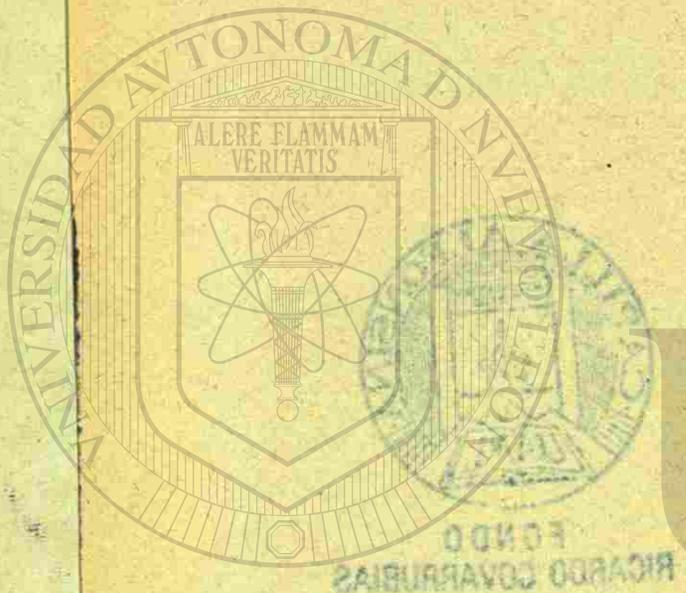
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL AMOR Y EL SEÑOR LEWISHAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor W454/a
Núm. Adg. 29245
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 509
Catalogó 8/7

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La visita maravillosa.

El hombre invisible.

Anticipaciones.

Los primeros hombres en la Luna.

El Amor y el Sr. Lewisham.

Ruedas de fortuna.

Cuando el dormido despierte.

El Alimento de los Dioses.

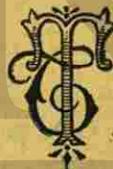
H. J. Wells

EL AMOR Y EL SEÑOR LEWISHAM

Novela traducida directamente del inglés

por

R. M. BLANCO BELMONTE



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

LA VIDA LITERARIA
Toribio Taberner, Editor

224, Calle Rosellón, 224

1905

101075

29245

823.

N



PR5774

.L6

S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

El amor y el señor Lewisham

CAPITULO PRIMERO

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR LEWISHAM

No hay en este capítulo nada concerniente al amor; el enemigo no aparecerá real y efectivamente hasta el capítulo tercero. Ahora vemos al señor Lewisham estudiando. Hace de esto diez años, y en aquel tiempo desempeñaba el cargo de maestro auxiliar en la *Whortley Proprietary School*, de Whortley (Sussex), con el haber anual de cuarenta libras, de las cuales había que descontar quince chelines semanales, para pago del hospedaje en casa de la señora Munday, modesta ten-dera establecida en West Street. A fin de que no se le confundiera con los alumnos mayores, se le llamaba «Señor», y él especificó terminantemente que, para hablarle, se le dijera «Señor».

Vestía traje negro, blanqueado en las solapas y en las mangas por el polvillo de la tiza escolar. Vello suave cubría el rostro; apuntábele el bigote. Tenía mediano aspecto, diez y ocho años de edad, cabello rubio, peinado sin esmero, nariz larga y sobre ella anteojos completamente inútiles, pero que debían hacerle representar más edad, con objeto de mantener mejor

823.

N



PR5774

.L6

S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

El amor y el señor Lewisham

CAPITULO PRIMERO

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR LEWISHAM

No hay en este capítulo nada concerniente al amor; el enemigo no aparecerá real y efectivamente hasta el capítulo tercero. Ahora vemos al señor Lewisham estudiando. Hace de esto diez años, y en aquel tiempo desempeñaba el cargo de maestro auxiliar en la *Whortley Proprietary School*, de Whortley (Sussex), con el haber anual de cuarenta libras, de las cuales había que descontar quince chelines semanales, para pago del hospedaje en casa de la señora Munday, modesta ten-dera establecida en West Street. A fin de que no se le confundiera con los alumnos mayores, se le llamaba «Señor», y él especificó terminantemente que, para hablarle, se le dijera «Señor».

Vestía traje negro, blanqueado en las solapas y en las mangas por el polvillo de la tiza escolar. Vello suave cubría el rostro; apuntábele el bigote. Tenía mediano aspecto, diez y ocho años de edad, cabello rubio, peinado sin esmero, nariz larga y sobre ella anteojos completamente inútiles, pero que debían hacerle representar más edad, con objeto de mantener mejor

la disciplina. En el preciso instante en que esta historia comienza, el señor Lewisham estaba en su cuarto: buhardilla con ventanas de vidrios emplomados, techo en declive y un muro saliente, cubierto, según comprobaban los muchísimos desgarrones, por incontables capas de papel tan florido como pasado de moda.

A juzgar por la habitación, el señor Lewisham pensaba poco en el Amor y mucho en la Grandeza. A la cabecera de la cama, por ejemplo, allí donde los creyentes fijan piadosas máximas, se destacaban, escritas con rasgos firmes, audaces y juvenilmente floreados: «Saber es Poder.» — «Lo que el hombre ha hecho, un hombre puede hacerlo.» Un hombre, en este segundo caso, era el mismo señor Lewisham. Nunca, ni en ningún momento, había de quedar relegada al olvido esta sentencia. El señor Lewisham se encontraba con ella todas las mañanas, al sacar la cabeza por el cuello de la camisa. Por encima de un cajón pintado de amarillo, en el cual — á falta de armario — el señor Lewisham colocaba sus libros, estaba fijo un *Esquema*. ¿Por qué había escrito *Esquema* en vez de escribir «Proyecto ó plan de vida»?... Explíquelo satisfactoriamente el editor de *Church Times*, que bautiza con el nombre de «Variedades» á la sección de noticias. En el *Esquema*, 1892, estaba señalado como el año en que el señor Lewisham se proponía graduarse de Bachiller en Artes en la Universidad de Londres, con la calificación de sobresaliente en todas las asignaturas, y 1895 era la fecha marcada para obtener la «medalla de oro». Sucesivamente publicaría «folletos defendiendo las ideas liberales» y otros trabajos análogos, cada uno de los cuales tenía ya determinado el plazo en que debía aparecer. «El que quiere gobernar á los otros debe saber, desde el principio, gobernarse á sí mismo»; esto se leía en la pared, por encima de la mesa lavabo; y detrás de la puerta, frente al pantalón de los días festivos, lucía un retrato de Carlyle.

No se trataba, en verdad, de amenazas vanas contra el universo: la lucha había principiado. Obras de Shakespeare, *Ensayos de Emerson* y la *Vida de Confucio*,

anotados, en ediciones de á penique el volumen, confundíanse con libros clásicos maltratados, con buenisimos manuales de la *Universal Correspondence Association*, y con colecciones de ejercicios; junto á esto, veíanse dos botellitas (de á diez céntimos) llenas de tinta negra y de tinta encarnada, y un sello de caucho con el nombre del señor Lewisham. Un trofeo de certificados grises-azules, expedidos por el Colegio de Kensington y reveladores de suficiencia en dibujo geométrico, astronomía, fisiología, fisiografía y química inorgánica, exornaba una de las paredes. Y no lejos del retrato de Carlyle, se destacaba, escrita á mano, la lista de los verbos irregulares franceses.

Más arriba de la mesa lavabo, sujeto con dos chinches de dibujante al techo, que se inclinaba con inclinación casi peligrosa, se encontraba una tabla de *Distribución del tiempo*. El señor Lewisham debía levantarse á las cinco de la mañana; de que esto no era jactancia vana, daban fe el despertador americano, de pacotilla, colocado en el cajón amarillo sobre los libros, y algunos pedazos de chocolate, reblandecidos por la humedad, que se hallaban en una tabla á la cabecera de la cama. «Francés hasta las ocho», decía la distribución del tiempo. Inmediatamente el desayuno, consumido en veinte minutos; luego, para decirlo con toda exactitud, veinticinco minutos de «literatura», estudio que consistía en aprender trozos, de preferencia muy rimbombantes, de las obras de Williams Shakespeare; después, á cumplir los deberes de maestro auxiliar en la escuela. La distribución del tiempo prescribía temas latinos en las horas de recreo, ciencias y matemáticas por la tarde, y en fin, con arreglo á cada día de la semana, variaba el empleo de las veinticuatro horas del día. Ni un minuto se otorgaba á Satán y á su tentador descanso. Sólo cuando se cumplen setenta años se tiene presunción y tiempo de estar ocioso. ¿Pero qué utilidad tan admirable la de semejante *Esquema*! ¡Hallarse levantado y trabajando á las cinco de la mañana, cuando todo el mundo está tumbado, abrigadito y con el cerebro en reposo ó torpemente obs-

curecido, y si alguien se despierta es para refunfuñar, bostezar y caer de nuevo en el sopor de la inconsciencia! A las ocho, ya se cuenta con tres horas de ventaja, ¡tres horas de ciencia ganadas á los demás! Según me ha dicho un sabio eminente, se necesitan mil horas, poco más ó menos, para poseer á fondo un idioma; partiendo de esta base y aplicando la regla al caso del señor Lewisham, tendremos ¡un idioma aprendido cada año, en el tiempo que media desde que se salta de la cama hasta que se toma el desayuno!... ¿Cabe imaginar nada más sencillo y más portentoso?... En seis años, el señor Lewisham poseería cinco ó seis idiomas, cultura intensísima y extensísima y hábitos extraordinarios de trabajo. Cuando cumpliera veinticuatro años, y la labor literaria y los folletos liberales comenzasen á fructificar, sería honra y prez de la Universidad y habría conquistado fama y fortuna. Lo que llegaría á ser el señor Lewisham á los treinta años... ¡asusta pensarlo!... Y, como es natural, al correr el tiempo y al adquirir experiencia, introduciría modificaciones en el *Esquema*.

El señor Lewisham estaba trabajando sentado frente á la ventana; escribía velozmente sobre otra caja vacía, puesta de costado, sin tapa, y acomodaba las piernas en el hueco de la caja que hacía oficios de mesa. La cama desaparecía bajo un montón de libros y de pliegos manuscritos corregidos por los «profesores correspondientes». De acuerdo con la distribución del tiempo, que colgaba del techo, le hubieran ustedes encontrado traduciéndolo del latín al inglés.

Imperceptiblemente, la velocidad de su mano fué acortándose. *Urit me Glycera nitor*, le volteaba en el cerebro, trastornándole. *Urit me*, murmuraba, y apartándose del libro se le fueron los ojos hacia la ventana, buscando, sobre las chimeneas enguinaldadas de hiedra, la techumbre del presbiterio. Al principio, frunció el ceño; luego, lo desarrugó. *Urit me...*

Cogió el portaplumas con los dientes, y buscó, con la vista, un diccionario. ¿*Urare?*...

De repente cambió de expresión y dejó caer el

brazo extendido hacia el diccionario. Escuchó y, á la parte de fuera, oyó rumor leve y acompasado. Era ruido de pasos.

Irguióse bruscamente, y alargando la cabeza, miró á la calle, á través de los cristales de sus inútiles anteojos y á través de las vidrieras de la ventana. Entrevió: un sombrero delicadamente adornado con flores blanco-sonrosadas; la espalda de una chaquetilla, la punta de una nariz y el extremo de una barba. Todo aquello pertenecía, seguramente, á la forastera que en la iglesia, el domingo anterior, estuvo sentada bajo la tribuna, al lado de los Frobisher. Entonces sólo consiguió verla de perfil. Ahora la siguió con la mirada, tanto cuanto la ventana se lo permitió, é hizo inútiles esfuerzos por verla volver la esquina de la calle...

Se estremeció, frunció las cejas, quitóse la pluma de entre los dientes y murmuró:

—¡Estas distracciones! ¡Por cualquier cosa!... ¿En qué estaba?... ¡Ah!...

Rechinó los dientes para demostrar su enojo, y volvió á sentarse y á colocar las piernas en el hueco del cajón.

—¡*Urit me!* — repitió, mordiendo el cabo de la pluma y buscando el diccionario.

Era hacia fines de Marzo, en el atardecer de un miércoles, de asueto para los alumnos; el día, hermosamente primaveral, llenaba los espacios de áurea luz; nubecillas de blancura deslumbradora rodaban por el azul purísimo del cielo; acá y acullá, los árboles poblábanse de yemas y de brotes verdeantes, y los pájaros se deshacían en himnos armónicos; era un día susurrante, perturbador, de universal renovación, preludio del estío. La tierra tibia hacía reventar las hinchadas simientes, y los bosques de abetos estremecíanse, dejaban oír los suaves crujidos de los brotes que se abrían rompiendo su cárcel de hojuelas. La impresión determinada por el despertar de la madre Naturaleza, conmovía no ya á la tierra, al aire y á los árboles, sino

también á la sangre moza del señor Lewisham, invitándole á desatacar los mandamientos del *Esquema*.

Atisbó el diccionario bajo un montón de papeles, buscó el significado de *Urit me*, apreció el brillante nítor del busto de Glycera, y abismóse nuevamente en voluptiones imaginativas, á las cuales se sustrajo con brusquedad.

—¡No puedo fijar la atención!— gruñó. Quitóse los anteojos inútiles, los limpió y se frotó los ojos. — ¡Este maldito Horacio, con sus epítetos sugestivos!... ¿Dar un paseo?... ¡No; no estoy dispuesto á dejarme vencer!...

Calóse otra vez los anteojos, y, con ruidosa violencia, se acodó sobre la caja y se cogió, con cada mano, los mechones de cabello próximos al oído...

Cinco minutos después, dióse cuenta de que estaba contemplando las curvas que describían las golondrinas en el zafireo espacio, por encima de los jardines del presbiterio.

—¿Ha habido alguien que sepa dominarse menos?— se preguntó vehemente. — La culpa nace de un exceso de indulgencia: estar sentado es el principio de la pereza...

Entonces púsose de pie para escribir; pero, en tal posición, abarcaba con la mirada toda la calle de la villa.

—Si ha doblado la esquina inmediata á la oficina de Correos, volveré á verla allá abajo, por encima de las vallas de los terrenos que están en venta... — Tal fué el pensamiento que surgió en la región inexplorada é indisciplinada del cerebro del señor Lewisham.

Defraudando sus esperanzas, ella no volvió á dejarse ver. Evidentemente, no dió la vuelta por la esquina próxima á la oficina de Correos. Pues ¿adónde habría ido?... ¿Habría atravesado la población buscando la avenida?...

Súbitamente, una nubecilla veló la luz del sol; obscurecióse la deslumbrante calle, y la fantasía del señor Lewisham se sometió á la disciplina de su dueño. Tradujo, entonces, *mater sava cupidinum*: madre indo-

mable de los deseos. Horacio (libro de las *Odas*) era el autor señalado en el programa del concurso de la Universidad, y al fin el señor Lewisham había penetrado el sentido profético de la frase antecitada.

Cuando sonaron las cinco en el reloj de la iglesia, el señor Lewisham, con puntualidad realmente excesiva en un estudiante formal, cerró á Horacio, tomó á Shakespeare, y bajó por la angosta y no alfombrada escalera que descendía desde la buhardilla hasta la habitación donde diariamente tomaba el té con la señora Munday, dueña de la casa.

La buena señora estaba sola, y después de cambiar con ella algunas frases de cortesía, el señor Lewisham abrió su Shakespeare y, en tanto que engullía mecánicamente las rebanadas de pan con manteca y el almíbar de frutas, principió á leer en un pasaje que dejó señalado el día anterior. La señal, dicho sea entre paréntesis, estaba en mitad de una escena.

La señora Munday lo observaba por encima de las antiparras y reflexionaba acerca de lo nocivo que resulta para la vista el leer mucho; pronto cortó el hilo de sus reflexiones el sonar del timbre que la llamó á la tienda á despachar á un parroquiano. A las seis menos veinticinco, el señor Lewisham dejó el libro en el alfeizar de la ventana, sacudióse las migajas que le habían caído en el traje, se cubrió con su gorra de casquete, que estaba colocada sobre la caja del té, y se dirigió hacia la escuela.

La calle estaba desierta y resplandecía, bruñida por los rayos del sol poniente. La hermosura del espectáculo le cautivó y olvidóse de repetir de memoria el trozo de *Enrique VIII*, que debió ocupar el pensamiento durante el camino. Recordaba la mirada rebelde que lanzó por la ventana, y recordaba la puntita de una nariz y el extremo de una barba. Sus ojos adquirieron expresión soñadora.

Abrióse la puerta de la escuela un chico servicial, que le presentó el cuaderno de ejercicios para que lo revisase.

El señor Lewisham sintió al entrar un cambio ex-

traño de atmósfera. La puerta cerróse tras él. Con la monotonía del decorado escolar, con las paredes cubiertas de papel imitando al mármol amarillo, con las largas hileras de perchas y la exhibición de vetustos paraguas, con una capa raída acá y un libro deshojado y roto más allá, la sala de estudio parecía triste y oscura, contrastando con la impresión luminosa de la riente tarde primaveral que afuera dejaba. Cruzóse por la imaginación la inusitada idea de lo que hay de opaco en la existencia de un profesor. Fijóse al cabo en aquellos renglones trabajosamente escritos en tres páginas del cuaderno de ejercicios y los marcó con sus iniciales, J. E. L., garrapateándolas mayúsculamente en mitad de cada hoja... Familiar y confuso llególe, por las puertas abiertas, el ruido de los juegos escolares...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO II

SEGÚN SOPLA EL VIENTO...

La famosa distribución del tiempo, aquel programa por cuya virtud los demonios del ocio quedaban eliminados de la carrera del señor Lewisham, tenía un defecto: la omisión de un artículo vedando el estudio al aire libre. Esta omisión se patentizó al siguiente día de aquel en el que, según se ha narrado en el anterior capítulo, hubo que registrar la insignificancia de una mirada dirigida á la calle; por cierto que el día en que la apuntada omisión se puso de relieve, fué aun más seductor y hermoso que el precedente. Al atardecer, en vez de volverse directamente desde la escuela hasta su casa, el señor Lewisham, aprovechando la dicha omisión, se encaminó, con su Horacio en la faltriquera, hacia las verjas del parque, y luego prosiguió hasta la avenida, sombreada por añosos árboles, que sirve de cinturón al amplio dominio de Whortley. Logró deschar del pensamiento la sospecha del verdadero motivo que le guiaba. Efectivamente, en la avenida, que es camino poco frecuentado, se podía trabajar con tranquilidad absoluta. El aire libre y el paseo son, sin género de duda, más favorables para el estudio que una habitación cerrada, cuya atmósfera sofoca y enerva, y es indiscutible que el aire libre y el paseo resultan necesarios para el despejo cerebral y para la salud corpórea. Soplaban el blando céfiro, y en los árboles, inundados de brotes, oíanse crujidos de renovación primaveral.

A través de las copas de las hayas, filtrábanse rayos

de áurea luz; las ramas ostentaban esmaltes esmeraldinos de yemas.

*«Tu nisi ventis
debes ludibrium, cave.»*

Este era el tema de las reflexiones del señor Lewisham, que, hojeando el vocabulario para encontrar la acepción de *ludibrium*, intentaba maquinalmente fijarse en el libro entreabierto por tres distintos lugares — texto, notas y traducción literal, — cuando su atención, que vagaba temerariamente más allá de la página, saltó de ella y corrió con velocidad extraordinaria hasta el extremo de la avenida...

Una joven, cubierta con sombrero adornado de rosas blancas, paseaba por la senda. También la joven parecía consagrarse á labores literarias, y lo que iba escribiendo la absorbía en tales términos que no se fijó en el maestro auxiliar.

Sintióse el señor Lewisham invadido por extrañas emociones, las cuales no tenían explicación lógica con la sencilla suposición de que fuesen determinadas por un encuentro casual. Lo que para sus adentros se dijo, resultaba sospechoso:

— ¡Es ella!

Con el libro en la mano, resuelto á aparentar que leía si la joven levantaba la vista, la observaba atentamente. *Ludibrium* había huído del mundo de sus ideas.

— Es claro — pensaba el señor Lewisham — que no se ha dado cuenta de mi presencia, atendiendo sólo á lo que escribe. Pero ¿qué escribirá?...

La estatura de la joven, amenguada por su actitud pensativa, resultaba infantil. La falda, corta, permitía ver los zapatitos y la pierna hasta el tobillo. Al verla caminar lenta y graciosamente, antojósele que era una visión de salud y de alegría, envuelta en rayos de sol. Más tarde volvió con asombro á evocar esta idea, que maldito si se ajustaba á las prescripciones del *Esquema*.

La joven seguía andando y aproximándose más y

más, sin levantar la vista. El señor Lewisham experimentaba el deseo confuso y necio de dirigirle la palabra, sin pretexto para ello. Sorprendíase de no haber sido visto aún, y, á pesar de que nada esperaba, aguardaba casi con ansiedad el instante en que lo mirase.

— ¿Cómo me encontrará? — se preguntaba, pensando en si la borla de su gorra estaría bien ó mal colocada.

Naturalmente, no le era posible alargar la mano y cerciorarse de ello. Casi, casi, temblaba de emoción.

Sus pasos, sus movimientos, habitualmente automáticos, se trocaron en vacilantes y en torpes. Cualquiera diría que iba á hallarse por vez primera ante una criatura de carne y hueso. Las distancias se acortaban extraordinariamente... Ya sólo faltaban diez pasos... nueve... ocho... ¿Pasaría sin levantar la cabeza?...

De repente sus miradas se cruzaron.

La joven tenía los ojos negros; pero el señor Lewisham, que se las daba de muy inteligente en punto á ojos bonitos, no acertó á encontrar calificativo para aquel matiz. Ella lo miró modestamente, pero cara á cara, y sin demostrar haber hallado nada excepcional en su semblante; luego, paseó la mirada errabunda por la arboleda, y prosiguió andando... y no quedó, ante Lewisham, más que la avenida desierta y el vacío iluminado por el sol y engalanado de verdores.

El incidente había terminado.

De la lejanía, el suspiro ondulante del céfiro llegó hasta él, y, repentinamente, los retoños se estremecieron, temblaron y crujió el ramaje al sentir el latigazo del viento. Aquello fué como una invitación á marcharse. Las hojas muertas, que antaño fueron verdes ó amarillas, se arremolinaron, se persiguieron, subieron, bajaron y se entregaron á loco danzar; luego, algo extraño fué á darle en el cuello, le acarició un instante y voló y revoló ante él, por la avenida.

Fijóse y vió algo blanco. ¡Era una hoja de papel! ¡Era la hoja en que *ella* escribía!

Durante un lapso de tiempo que se le antojó extremadamente largo, no pudo darse cuenta de la situación. Miró por encima del hombro, lo comprendió todo y su

turbación se disipó. Con el Horacio en la mano, emprendió la caza del fugitivo documento, y después de algunas zancadas lo atrapó. Volvióse hacia la joven, ruboroso por el triunfo, con la presa en la mano. Había leído lo escrito en la hoja, mas en aquel instante, la emoción le dominaba. Se adelantó un paso y sólo entonces entendió lo que leyerá. ¡Eran renglones, todos de igual longitud y comenzados todos por mayúsculas! ¿Sería realmente?... Detúvose. Miró de nuevo el papel y frunció las cejas. La joven estaba ante él, contemplándole con fijeza. Los renglones habían sido escritos con estilógrafo, y decían:

Me he reído durante la clase.

Y seguían diciendo:

Me he reído durante la clase.

Y continuaban diciendo siempre:

Me he reído durante la clase.

Me he reído durante la clase.

Y así, invariablemente, hasta llenar la página, con caracteres de letra infantil, que se asemejaba asombrosamente á la de... á la del alumno Frobisher número 2... ¡Sí! ¡Efectivamente!...

—Pero... yo... —balbució el señor Lewisham, azorado por lo que acababa de descubrir y olvidando, en su azoramiento, las reglas más elementales de cortesía.

Recordaba perfectamente haber impuesto este castigo á Frobisher número 2; castigo que mereció el chico por haber soltado la carcajada, de un modo inconveniente, durante la clase. Sorprender á la joven ocupada en semejante tarea, distaba grandemente del ideal que de ella se había formado. Hasta cierto punto, se le figuraba que le había hecho traición. Esta impresión, hay que confesarlo, fué muy fugaz.

—¿Hace usted el favor de devolverme esa hoja de papel? — le dijo la joven, con cierta brusquedad.

Ella era de estatura algo más pequeña que él.

—¿Te has fijado bien en sus labios?... —decía la madre Naturaleza al señor Lewisham, en un aparte silencioso, llamándole la atención sobre un detalle que siempre hubo de recordár.

La joven lo miraba recelosamente.

—Pero... — exclamó él, dejándose llevar por un resto de indignación. — Usted no debiera hacer lo que está haciendo.

—¿Qué estoy haciendo?...

—¡Esto!... ¡Esto!... Escribir el castigo que estaba obligado á escribir el alumno al cual se lo impuse.

La joven frunció las cejas, y fingiendo á un tiempo sorpresa é ignorancia, preguntó:

—Pero entonces, ¿es usted el señor Lewisham?

Lo conocía perfectamente; pero, con fingir, encontraba pretexto para entablar conversación.

El señor Lewisham se inclinó afirmativamente.

—¡Oh!... ¡Es imposible!... — Luego, añadió francamente: — En tal caso, estoy cogida.

—Me temo que sí — exclamó el señor Lewisham. — Sí, creo que he cogido á usted con las manos en la masa.

Se miraron sin hablar. Al cabo, ella se decidió á invocar circunstancias atenuantes.

—Eduardito Frobisher es mi primo. Ya sé que no he procedido bien; pero... ¡me dió tanta lástima oírle quejarse de lo mucho que tenía que estudiar y de los temas tan largos que había de escribir!... Yo, en cambio, no tenía que hacer, absolutamente nada. En fin, que fui yo la que le propuse...

Se detuvo y lo miró, creyendo haberse justificado suficientemente. Este encuentro de miradas, resultó desconcertante para el maestro. Intentó ceñir la conversación al tema del castigo.

—No ha debido usted hacer lo que ha hecho — repitió afrontando resueltamente al enemigo.

La joven bajó los ojos, y luego, alzándolos audazmente, murmuró:

—Tiene usted razón; no he debido hacerlo... estoy avergonzada...

Bajó y alzó alternativamente la vista, y esta maniobra fué de efecto aun más desconcertante. Se le antojó al señor Lewisham que iban camino de discutir algo completamente extraño al asunto de que trataban; este antojo era innegablemente absurdo y sólo se explicaba por la turbación de que se sentía poseído. Hizo un gran esfuerzo para contenerse dentro del límite de la censura correcta.

—Sepa usted que hubiera notado la diferencia de caracteres de letra.

—¡Lo creo! He procedido mal al proponer semejante supercheria... yo tengo toda la culpa... Mi primo estaba tan disgustado... me compadecí...

Quedóse cortada, tímida, ruborosa. El color sonrosado de sus mejillas se trocó en escarlata. Repentinamente, neciamente, el señor Lewisham se sonrojó. En el acto comprendió la necesidad de sobreponerse á aquella nueva emoción.

—Puedo demostrar á usted — exclamó briosamente — que nunca, nunca, impongo un castigo que no esté muy merecido. Me he trazado una regla de conducta... sí... me he trazado una regla invariable de conducta... y... verdaderamente... jamás procedo con ligereza...

—Crea usted que estoy realmente avergonzadísima — insinuó compungida la joven. — Reconozco que he hecho mal.

El señor Lewisham, al oír tales excusas, experimentó inexplicable pesadumbre, y comenzó á hablar, preocupadísimo con los rubores que sentía le asomaban al rostro.

—No opino de igual modo — balbució con tardío apresuramiento. — En realidad, usted ha obrado bondadosamente, acaso con excesiva bondad. Y sé, y adivino y comprendo que... que esta bondad...

—...me arrastró. Y ahora, el pobre Eduardito sufrió un castigo más severo por haberme dejado...

—¡Oh! ¡No! — interrumpió el señor Lewisham, pescando al vuelo la ocasión y procurando no sonreír de gusto al pensar en lo que iba á decir. — He sido muy indiscreto al leer esta hoja cuando la recogí. He sido altamente indiscreto... y por lo tanto...

—¿Obrará usted como si no la hubiera leído?...

—¡Sí! — contestó el señor Lewisham.

Tranquilizóse la joven y sonrió mirando al maestro, que sonreía afectuosamente.

—Lo que hago — añadió éste — no tiene importancia. Ya comprenderá que no podía hacer otra cosa.

—Pero estoy segura de que muy pocos procederían así. Los profesores no suelen ser tan... caballerescos.

—¡Era caballeresco!... El adjetivo le hizo el efecto de una espuela. Cediendo á irreflexivo impulso, principió á decir:

—Si usted lo desea...

—¿Qué?...

—No es absolutamente necesario que se cumpla este castigo. Lo perdono.

—¿De veras?...

—Sí.

—¡Oh! Es usted amabilísimo.

—¡Bah! Se trata de una pequeñez; no tiene importancia...

Estaba muy satisfecho por haber sacrificado á la justicia de un modo tan escandaloso.

—Repito que es usted amabilísimo.

—Si al fin y al cabo se trata de una insignificancia; de una verdadera insignificancia...

—Casi todos, en el lugar de usted, se hubieran negado...

—¡Indudablemente!

Hubo una pausa.

—Pues, perfectamente... Todo está arreglado.

El señor Lewisham hubiera dado el mundo entero por encontrar algo más que decir, algo que tuviese ingenio y originalidad... Pero no encontró nada.

Prolongábase la pausa; la joven miró de soslayo hacia el final de la avenida desierta. La entrevista,

aquella importante serie de sucesos, llegaba á su término. Miró al maestro con vacilación, y volvió á sonreirse. Luego le tendió la mano. La cosa era naturalísima, y, con serlo, soliviantó más y más el ya soliviantado cerebro del maestro.

—Es usted amabilísimo — repitió la joven.

—Insisto en que la cosa no tiene importancia — contestó el señor Lewisham, buscando inútilmente alguna frase que sirviese para continuar la charla.

La manita de la joven era fresca, suave, sedaña; resultaba una delicia estrecharla, y esta sensación anulaba todos los pensamientos del maestro. Retuvo aquella mano durante un momento, pero la inspiración no acudió á favorecerle.

Ambos se dieron cuenta de lo tonto de la situación, se echaron á reir, se soltaron las manos como amigos íntimos, y se separaron con torpeza y encogimiento. La joven se volvió, lo miró timidamente, dudó, y al fin, tomando una resolución repentina, se alejó diciendo:

—¡Hasta la vista!

El señor Lewisham se inclinó respetuosamente, hizo con la gorra un saludo digno de un cortesano de la centuria décimoséptima, y sintió que, en una hasta entonces inexplorada región de su cerebro, surgía un deseo loco.

Apenas se había alejado la joven diez pasos, se apresuró á reunirse con ella.

—Desearía... — balbució, espantado de su audacia, y descubriéndose á medias, como si viese pasar un enterro. — Yo... esta hoja de papel...

—¿Qué? — exclamó la joven, con mucha naturalidad, á pesar de la sorpresa que experimentaba.

—¿Tendría usted la bondad de dármele?...

—Pero... ¿para qué?...

El maestro sentía jubilosa ansiedad, cual si se deslizase blandamente sobre un escarpe lleno de nieve.

—Me agradaría tenerla.

Frunciendo las cejas para demostrar extrañeza, riendo con risa forzada, y mostrándole la hoja de papel arrugada, le dijo la joven:

—¡Mírela!

—A usted no le sirve para nada — murmuró riendo el señor Lewisham.

Lentamente se apoderó del papel y lo arrugó entre los dedos temblorosos.

—¿De veras permite usted?... — le preguntó.

—¿El qué?...

—Que me lo guarde.

—¿Por qué no lo he de permitir?...

Hubo una pausa. Volvieron á encontrarse sus miradas. En aquel intervalo de silencio palpitante, experimentaron ambos extraña opresión.

—Es preciso que me marche — exclamó de repente la joven, rompiendo con esfuerzo el encanto que les envolvía.

Y se alejó, dejándolo con el trozo de papel arrugado en la misma mano en la que tenía el libro, mientras que con la otra mano se quitaba, para dirigir un saludo majestuoso, la gorra de casquete.

El corazón del señor Lewisham palpitaba con violenta palpitación. Siguió con la vista la silueta que iba perdiéndose. ¡Cuán esbelta y gallarda le parecía! Rayos de sol caían sobre ella de tiempo en tiempo. La joven caminó con rapidez al principio, con lentitud luego, mirando alguna que otra vez á los lados, pero nunca hacia atrás. Cuando llegó á la cancela del parque, aquella figurita amiga, antes de desaparecer en la lejanía, se volvió, hízole un gesto de adiós y se fué.

El señor Lewisham sintióse con las mejillas inflamadas y con las pupilas brillantes. Cosa curiosísima: estaba muy sofocado. Durante largo rato permaneció contemplando fijamente el final de la avenida. Luego volvió la vista hacia el trofeo que estrujaba en la mano, contra el cerrado y olvidado libro de Horacio.

CAPITULO III

UN DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

Todos los domingos, el señor Lewisham estaba obligado á acompañar á los alumnos internos á los dos oficios religiosos. Los escolares tenían sitio reservado en la galería alta del coro, frente al órgano, formando ángulo recto con los bancos de los fieles. Esta posición elevada producía en el señor Lewisham la impresión penosa de hallarse en lugar muy visible; tal impresión sólo dejaba de molestarle en los momentos de excepcional vanidad, en los cuales se imaginaba que todo el mundo debía admirarle y pensar que tenía tanto talento como diplomas académicos. Por entonces, el maestro se pagaba muchísimo de su ciencia y de sus títulos y no se preocupaba de su aspecto físico, juvenil y rozagante. Muy rara vez bajaba la vista á la nave, por estar convencido de que iba á encontrarse las miradas de todos fijadas en él; así, pues, en los oficios de la mañana no vió que el banco de los Frobisher estuvo vacío hasta las letanías. Pero, después del medio día, yendo á la iglesia, los Frobisher y su parienta atravesaron la plaza del Mercado, en el momento en que el profesor, con sus alumnos, marchaba por uno de los lados de la misma plaza. La joven vestía traje nuevo, de colores alegres, como si estuviese ya en Pascua florida; aquel rostro juvenil, orlado por negra cabellera, prodújole una sensación extraña de lozanía y de familiaridad. Ella lo miró tranquilamente. El sintióse azorado hasta el extremo de no atreverse á saludar á su nueva amiga. Después de haber titubeado, quitóse el sombrero bruscamente, como dirigiéndose al señor Frobisher. Ninguna de las dos damas le devolvió el saludo, lo cual le sorprendió muchísimo. En aquel instante, al joven Siddons se le cayó el libro de oraciones y se bajó para reco-

gerlo. El señor Lewisham tropezó, y á poco más da la voltereta sobre el alumno...

Prontamente se consoló, al ver á la joven mirar hacia la galería antes de sentarse en su banco; y más tarde, al arrodillarse para orar, volvió á verla y volvió á encontrarse con su dulce mirada.

Estaba seguro de que la joven no se burlaba de él.

En aquella época, el señor Lewisham no había explorado una región de su cerebro. Entre otras muchas creencias, tenía la de que él era constantemente, invariablemente, uniformemente, el mismo ser, con la misma inteligencia y voluntad; pero reconocía que, bajo el influjo de ciertos estímulos, perdía inmediatamente la serenidad de juicio y la disciplina intelectual, convirtiéndose en un sujeto imaginativo y fácil á la emoción. La música, por ejemplo, y el canto de las masas corales, lo arrastraba cual si fuese envuelto en un torbellino, le hacía olvidar de preocupaciones y le excitaba hasta el grado máximo de lo emocional.

En el oficio vespertino que se celebraba en la iglesia de Whortley — en el cual los oficiantes se revestían con sobrepellices, — los rezos y los cánticos, la claridad confusa de los cirios y la regularidad con que los fieles se arrodillaban y se levantaban á coro, le embriagaba indefectiblemente, le inspiraba y, hasta si se quiere, metamorfoseaba en poesía la prosa de su vida. La casualidad, colaborando en la obra de la madre Naturaleza, murmurábale al oído, en aquella hora de aguda impresionabilidad, frases de sugestión.

El cántico segundo era sencillo y popular, era una loa á la Fe, á la Esperanza y á la Caridad, y cada una de las estrofas concluía con la palabra *amor*. Hay que calcular el efecto de este canto, entonado solemnemente, con solemnidad de plegaria:

Todo... pasa... y todo... mue... re...
 el... placer... como... el do...lor...
 cuanto... halaga... y cuanto... hie...re
 sólo... es... eterno... su... a...mor...
 ¡dul...ce... a...mo...or!...

Al repetir estas frases, el señor Lewisham miró hacia la nave y se encontró con la mirada de su amiga...

Bruscamente interrumpió el cántico. Entonces, con lucidez extraordinaria, dióse cuenta del sitio en que se hallaba y de la multitud que podía verle, y ya no se atrevió á volverla á mirar. Sintió que la sangre se le agolpaba en el rostro.

¡El amor sobrevivía á todo y era más grande que todo!... ¡Superior á la ciencia!... ¡Mejor que la gloria!... Y así fué como el maestro hizo el descubrimiento maravilloso que le inundó, en oleada gigantesca, el alma, y que, embriagándole, unido con la cadencia de los cánticos piadosos, puso flores de rubor en sus mejillas. El resto de los oficios pasó, como delirio fantasmagórico, ante esta realidad positiva: él, el señor Lewisham... ¡estaba enamorado!

¡A...mén!... Tan abstraído se hallaba que continuó de pie, mientras los demás fieles se hallaban sentados.

Bruscamente, con violencia que pareció repercutir en la anchurosa nave del templo, dejóse caer en su banco.

Luego, cuando al atravesar el pórtico se encontró con las sombras del anochecer, creyó verla por todas partes. Suponiendo que la joven habría ya salido, hizo que los alumnos apretasen el paso, fiando en darle alcance. Caminando por entre los grupos de personas que volvían á sus casas, creyó divisarla... ¡Debería saludarla nuevamente?... ¡Ah, no era ella! Era Susana Hobbrow, vestida con traje claro: ¡un cuervo con plumaje de paloma! Mezcla confusa de desesperanza y de tristeza le asaltó. ¡Ya no la vería más aquella tarde!... Desde la escuela regresó apresuradamente á su domicilio. Sentía absoluta necesidad de estar solo. Subió hasta la reducida estancia que ocupaba y tomó asiento ante la caja vacía, sobre la cual aun continuaba abierto un *Tratado de Lógica*. Sin cuidarse de encender la bujía, meciose en la silla contemplando beatíficamente la luna argentada que ascendía por el infinito azul, sobre los árboles del presbiterio.

Sacó del bolsillo el papel arrugado — que tuvo cuidado de extender y de doblar — lleno de renglones es-

critos con caracteres muy semejantes á los de la letra de Frobisher número 2, y, después de algunas vacilaciones ingenuamente tímidas, besó aquella hoja. El *Esquema* y la *Distribución del tiempo* se balanceaban en las tinieblas como cosas que fueron, como fantasmas de sí mismos.

La señora Munday tuvo que llamar tres veces al señor Lewisham para que bajase á comer.

Inmediatamente después de tragar el último bocado, salió y paseó á la luz de las estrellas hasta llegar á la colina que se alzaba detrás de la población, y hasta verse encima de un vallado desde el cual dominaba la casa de los Frobisher. Fijóse en la única ventana que había iluminada y se dijo que era la de *ella*. Tras de los visillos y frente á un espejo, la señora de Frobisher, corpulenta matrona de treinta y ocho años, se ocupaba en ponerse papelillos para rizarse el cabello — nunca usaba tenacillas por temor á la calvicie — y murmuraba de los vecinos con el señor Frobisher, que estaba ya acostado. Hubo un momento en que tomó la bujía para mirar de cerca, en el espejo, una manchita inquietante que le afeaba el cutis.

Y afuera, el señor Lewisham, jovenzuelo de diez y ocho años, permaneció más de media hora contemplando la claridad del rasgado ventanal hasta que la claridad se extinguió, sumiendo á la casa en la obscuridad y en la tristeza. Entonces exhaló hondo suspiro, y melancólicamente volvió á su morada.

A la mañana siguiente despertóse grave y formal, recordando, sólo por manera confusa y vaga, los incidentes del día anterior. Dirigió la vista hacia el reloj: eran las seis y no había oído el timbre del despertador. Conviene advertir que no se acordó de darle cuerda. De un brinco saltó de la cama y se lanzó sobre el pantalón de los días festivos, que estaba tirado en el suelo, en vez de estar cuidadosamente extendido sobre el respaldo de una silla. Enjabonándose la cara intentó, según costumbre, evocar la lectura de la víspera. Mas á pesar de esforzarse grandemente, no recordó nada. En el momento de ponerse la camisa, se dió cuenta de

la realidad. La cabeza, que había desaparecido entre los faldones, permaneció inmóvil; las mangas, sin manos, se estuvieron quietas un minuto...

Luego sacó lentamente la cabeza y dejó ver en el semblante el reflejo de la más profunda estupefacción. ¡Ya se acordaba! Recordaba, sin la más leve emoción, como quien recuerda un descubrimiento positivo, todo lo acaecido en el día anterior; lo recordaba todo con claridad perfecta, desprovista de matices románticos...

¡Sí... Evidentemente, sí... Aquello era lo que había pasado... No había leído nada la víspera, porque... ¡porque estaba enamorado!...

Al efectuar esta comprobación, experimentó tanta extrañeza como disgusto. Quedóse inmóvil un instante; después principió á buscar distraídamente el botoncillo del cuello postizo, y, buscándolo, buscándolo, se encontró frente al *Esquema* y se quedó contemplándolo.

CAPITULO IV

ASOMBROS

—¡De cualquier modo, es preciso que realice mi labor!— se dijo el señor Lewisham.

Pero nunca, como entonces, se le presentaron en forma tan sugestiva las infinitas ventajas de estudiar al aire libre. Todos los días, antes del desayuno, salía á leer durante media hora, paseando por el camino que bordeaba á los terrenos incultos próximos á la casa de los Frobisher. Después del desayuno, y antes de entrar en clase, volvía á andar y á desandar la misma senda, siempre pertrechado de un libro. Nuevamente tornaba al salir de la escuela, de paso para su vivienda, y aun encontraba resquicio para vagar treinta minutos por el mismo sitio, antes de dar las lecciones de la tarde.

En estos ratos de estudio al aire libre, hay que declarar que el señor Lewisham llevaba constantemente un volumen abierto en la mano; pero es fuerza decir que, también constantemente, miraba hacia atrás y hacia delante, á la derecha y á la izquierda, tal vez con el objeto de ver...

Y efectivamente, *la* vió con el rabillo del ojo y se volvió en el acto, aparentando no haberla visto. Estaba vibrante de emoción. Apretó fuertemente el libro que tenía en la mano. Sin volver la cabeza, caminó lentamente, acompasadamente, leyendo una oda, que no hubiera podido traducir aun cuando en ello le fuese la vida, y escuchando con ansiedad los pasos que se acer-

la realidad. La cabeza, que había desaparecido entre los faldones, permaneció inmóvil; las mangas, sin manos, se estuvieron quietas un minuto...

Luego sacó lentamente la cabeza y dejó ver en el semblante el reflejo de la más profunda estupefacción. ¡Ya se acordaba! Recordaba, sin la más leve emoción, como quien recuerda un descubrimiento positivo, todo lo acaecido en el día anterior; lo recordaba todo con claridad perfecta, desprovista de matices románticos...

¡Sí... Evidentemente, sí... Aquello era lo que había pasado... No había leído nada la víspera, porque... ¡porque estaba enamorado!...

Al efectuar esta comprobación, experimentó tanta extrañeza como disgusto. Quedóse inmóvil un instante; después principió á buscar distraídamente el botoncillo del cuello postizo, y, buscándolo, buscándolo, se encontró frente al *Esquema* y se quedó contemplándolo.

CAPITULO IV

ASOMBROS

—¡De cualquier modo, es preciso que realice mi labor!— se dijo el señor Lewisham.

Pero nunca, como entonces, se le presentaron en forma tan sugestiva las infinitas ventajas de estudiar al aire libre. Todos los días, antes del desayuno, salía á leer durante media hora, paseando por el camino que bordeaba á los terrenos incultos próximos á la casa de los Frobisher. Después del desayuno, y antes de entrar en clase, volvía á andar y á desandar la misma senda, siempre pertrechado de un libro. Nuevamente tornaba al salir de la escuela, de paso para su vivienda, y aun encontraba resquicio para vagar treinta minutos por el mismo sitio, antes de dar las lecciones de la tarde.

En estos ratos de estudio al aire libre, hay que declarar que el señor Lewisham llevaba constantemente un volumen abierto en la mano; pero es fuerza decir que, también constantemente, miraba hacia atrás y hacia delante, á la derecha y á la izquierda, tal vez con el objeto de ver...

Y efectivamente, *la* vió con el rabillo del ojo y se volvió en el acto, aparentando no haberla visto. Estaba vibrante de emoción. Apretó fuertemente el libro que tenía en la mano. Sin volver la cabeza, caminó lentamente, acompasadamente, leyendo una oda, que no hubiera podido traducir aun cuando en ello le fuese la vida, y escuchando con ansiedad los pasos que se acer-

caban. Al cabo de un momento, que se le figuró un siglo, percibió, á su espalda, rumor de pasos menuditos y *frú, frú* de faldas.

Crejó que tenía la cabeza sujeta por una barra de hierro que le impedía volverla.

— Señor Lewisham — murmuró la joven, acercándosele.

Hizo un esfuerzo y medio se volvió convulsivamente, saludando muy azorado.

Después tomó la mano que se le ofrecía y la retuvo hasta que la joven la retiró.

— Me alegro mucho de ver á usted — habló la joven.

— Y yo me alegro de ver á usted — contestó el señor Lewisham.

Quedáronse parados, mirándose cara á cara. La joven, con el gesto, manifestó la intención de seguir andando.

— Le estoy agradecidísima por haber perdonado el castigo á Eduardito. Por eso deseaba que nos viéramos.

El señor Lewisham comenzó á caminar al lado de su amiga.

— Es casualidad — exclamó la joven — que me encuentre con usted aquí... en el mismo sitio... justamente en el mismo sitio donde nos encontramos por vez primera.

El señor Lewisham parecía haberse quedado mudo.

— ¿Viene usted con frecuencia por aquí? — preguntó la joven.

— Yo... Yo... — contestó el maestro tras breve reflexión, con voz temblorosa y enronquecida; — no... no... es decir... con frecuencia, no... de vez en cuando... me agrada este rinconcito... es muy tranquilo y... muy adecuado para... leer y para meditar...

— ¿Supongo que usted lee mucho?...

— Cuando hay que enseñar, hace falta leer... ¿Y usted, lee?...

— Me gusta mucho la lectura; la adoro.

El señor Lewisham quedó complacido de que la joven gustase de la lectura. Le hubiera desagradado extraordinariamente lo contrario. Pero había más: había

dicho que *adoraba* la lectura. ¡Qué encanto! Ella, sin duda, lo comprendía.

— Naturalmente — añadió, — no tengo la capacidad que tienen otras personas, y leo los libros que caen en mis manos.

— Igual me sucedé á mí — confesó el señor Lewisham. — ¿Ha leído usted á... Carlyle?...

Iban paseando, el uno al lado del otro, bajo las frondas agitadas por viento suave. El señor Lewisham sentíase extasiado, y únicamente alguna que otra vez se intranquilizaba, temiendo que lo sorprendiera uno de sus alumnos. La joven no había leído *mucho* á Carlyle; deseaba leerlo; lo deseaba desde que era pequeña... ¡Tanto oía hablar de él! Sabía que era un escritor insigne, muy insigne, y lo poco que de sus obras conocía le entusiasmaba. Más aun: había visitado la casa de Carlyle, en Chelsea.

Este detalle impresionó vivamente al señor Lewisham, que había estado seis ó siete veces, á razón de viaje por día, en Londres. Se le figuró que la joven disfrutaba de la amistad del imponente escritor. Jamás había pensado en que los grandes literatos tienen, para vivirlas, casas magníficas. Su amiga le suministró detalles descriptivos, merced á los cuales crejó ver clara y distintamente aquella famosa residencia. Los padres de la joven habitaban muy cerca de dicha casa, en Clapham, desde donde se podía ir á pie hasta la mansión de Carlyle. Inmediatamente el maestro se olvidó del vago deseo que sintiera de prestarle *Sartor Resartus* (1), y quiso referencias del lugar en que vivía la joven.

— Clapham está muy próximo á Londres... ¿verdad?... — preguntó.

— Muy cerca — contestó la joven, y nada más dijo á propósito de su familia. Luego añadió: — Me gusta Londres, especialmente en invierno.

Y principió á hacer el elogio de Londres, de sus

(1) *Sartor Resartus* ó la filosofía del vestido, es la obra maestra del genial Tomás Carlyle.—(N. del T.).

bibliotecas públicas, de sus comercios, de lo numeroso de la población, de las facilidades para hacer «lo que se quiere», de los conciertos y de los teatros. A juzgar por lo que decía, debía frecuentar sociedad selecta.

—Y siempre hay algo interesante ó curioso que ver, aun cuando sólo se salga á dar un paseo — añadió, — mientras que aquí no hay otro recurso que leer novelas antiguas y aburridas.

El señor Lewisham convino, lamentándola, en la falta de cultura y de actividad mental de la villa de Whortley. Al propio tiempo reconoció la inferioridad suya: él poseía únicamente buenas aptitudes para el estudio y diplomas académicos; ella... ¡había visitado la casa de Carlyle!...

—Aquí — exclamó la joven — no hay más tema de conversación que los chismes y cuentos de la vecindad. Era muy cierto.

En el final del paseo, junto á la cancela, por encima de cuyos hierros los sauces gallardeaban sobre el fondo azul del cielo, haciendo lucir la plata de sus silicuas y el oro de su polen, los dos jóvenes dieron la vuelta, por impulso instintivo, y reanudaron el paseo.

—Desde que estoy en esta localidad — exclamó la joven — no he tenido con quien hablar... como yo gusto de hablar...

—Confío — interrumpió el señor Lewisham con audaz decisión — en que usted continuará algún tiempo en Whortley y en que...

Detúvose bruscamente, y la joven, siguiendo la dirección de las miradas de su amigo, distinguió una forma negra y abultada que iba aproximándose.

—Sin duda alguna — prosiguió el señor Lewisham completando la frase — habrá ocasión de que podamos volver á vernos.

Poco faltó para pedirle una cita. Acordóse de las umbrías deliciosas inmediatas á la ribera y... y en aquel instante sus entusiasmos se apagaron ante la aparición del señor Bonover (Jorge), director de la *Whortley Proprietary School*. La madre Naturaleza había procedido benignamente al facilitar el encuentro de la juve-

nil pareja, pero había procedido como madrastra al permitir la llegada del señor Bonover. La joven pasó á segundo término en el ánimo del señor Lewisham, y éste, desagradablemente impresionado, se halló frente á frente del representante caracterizador de una organización social que protesta enérgicamente contra las conversaciones comprometedoras que se permite entablar un profesor joven y soltero.

—¿Habrá ocasión de que podamos volver á vernos?... — repitió el señor Lewisham.

—Supongo que sí — contestó la joven.

Hubo una pausa. Distingúanse ya con toda exactitud los rasgos fisionómicos del señor Bonover, y entre ellos las cejas, negras y abundantes; y las cejas se fruncieron, como expresando asombro.

—¿Es ese el señor Bonover? — preguntó la joven.

—Sí.

Siguióse otra pausa prolongada.

¿Se acercaría á hablarles?... De cualquier modo no debían permanecer callados. El señor Lewisham pensó en lo que debería decir para evitar las censuras de su director. Se desesperó al ver que no se le ocurría absolutamente nada. Hizo un esfuerzo titánico. Si hubiera podido hablar, ó tan siquiera aparecer tranquilo... Pero el azoramiento y la mudez eran indicios elocuentes de culpabilidad. ¡Por fin!...

—Hace un día hermosísimo — murmuró el señor Lewisham, — ¿verdad?...

—Verdad — respondió la joven.

En aquel instante pasó el señor Bonover, con la frente ensombrecida y los labios terriblemente apretados. El señor Lewisham quitóse su gorra de casquete y, admiradísimo, vió que el señor Bonover le contestaba con un saludo exageradamente ceremonioso, bajando y subiéndolo del sombrero de forma clerical. Luego, apartando la mirada, llena de curiosidad y de reproches, el director continuó el paseo.

El señor Lewisham quedóse maravillado de aquel saludo, tan distinto de la habitual inclinación de cabeza. Y así acabó, por el momento, el terrible incidente.

Inmediatamente después sufrió el mozalbete un acceso, pasajero, de indignación. Al fin y al cabo, ¿qué le importaba al señor Bonover que él gustase de hablar con la joven?... ¿Acaso sabía si se conocían de antiguo y si estaban presentados?... ¿No podía perfectamente haberlos presentado el alumno Frobisher?... A pesar de todo, los hervores primaverales del señor Lewisham se trocaron en frialdades de invierno. Vagamente comprendió que, á partir de aquel momento, sólo dijo tonterías, y comprendió que su inspiración se había extinguido y que su audacia se había trocado en torpe timidez. Sintióse satisfecho, extraordinariamente satisfecho, cuando la entrevista concluyó.

En la cancela del parque, la joven le tendió la mano diciéndole:

—Me temo haberle distraído de su lectura.

—De ningún modo — exclamó el señor Lewisham, animándose algo. — No sé el tiempo que hace que no he disfrutado de conversación tan...

—Ya sé que no es correcto dirigirse á persona á la cual no se está presentada... pero deseaba vivamente dar á usted las gracias...

—No hablemos más de ello — interrumpió el señor Lewisham, impresionado por aquella indicación tan correcta.

—¡Hasta la vista!

Quedóse titubeando junto á la casita del guarda; después dió media vuelta y marchó por la avenida con objeto de que no lo vieran seguir muy de cerca á la joven, por West Street.

Entonces, al hallarse lejos, recordó que ni le había ofrecido prestarle libros, según tenía pensado, ni había convenido en la fecha y sitio en que volvería á verla. Así como así, la joven podía marcharse en seguida de Whortley, para volver á disfrutar de las delicias de Clapham.

Quedóse perplejo. ¿Procedía ir á buscarla sin demora?... Acordóse de la expresión amenazante del rostro del señor Bonover, y calculó que sería muy comprometedor el reanudar la conversación. Y estúvose quieto,

titubeando, vacilando; y el tiempo corría. Al fin volvió á su casa y se halló con que la señora Munday estaba acabando de almorzar.

—¡Malhaya sean los libros! — exclamó la buena mujer, que se interesaba maternalmente por su huésped. — Usted siempre leyendo, leyendo... sin cuidarse de la hora, y sin pensar que tendrá que engullir el almuerzo recalentado y á escape para no retrasar la entrada en la escuela. Así se enferma del estómago.

—No se preocupe de mi estómago, señora Munday — murmuró el señor Lewisham, saliendo de su vago y, en apariencia, triste ensimismamiento. — ¡Bastante me preocupo yo!...

Esta respuesta, en boca del maestro, era prueba de inusitado mal humor.

—Bueno — insistió la señora Munday. — Lo que yo digo es que vale más un estómago que funcione bien, que un cerebro muy repleto.

—Opino completamente lo contrario — gruñó con aspereza el señor Lewisham, volviendo á sumirse en melancólico silencio.

—¡Bah!... ¡Bah!... — refunfuñó la señora Munday.

CAPITULO V

VACILACIONES

El señor Bonover, después de haber estudiado una reprimenda adecuada al caso, la espetó á medio día, mientras el señor Lewisham vigilaba á los alumnos que estaban jugando al *cricket*. A guisa de exordio, el director habló de los alumnos más aventajados de la clase, y el señor Lewisham convino en que Frobisher 1.º era uno de los mejores discípulos. Hubo una pausa, durante la cual el señor Bonover tarareó.

—A propósito — exclamó de repente, como si fuese á entablar nueva conversación, y sin dejar de mirar á los jugadores. — Había creído ó entendido que usted no conocía á nadie en Whortley.

—Es cierto — contestó el señor Lewisham.

—Entonces ¿es que se ha encontrado usted con amigos en la vecindad?...

El señor Lewisham sufrió un golpe de tos y sintió que sus orejas... ¡malditas orejas! se le ponían coloradas.

—Eso... — murmuró. — Eso es... Eso mismo es.

—¿Supongo que son personas de esta localidad?...

—No, señor; no son de esta localidad.

Después de las orejas, el señor Lewisham sintió que se le encendían las mejillas.

—He visto á usted — prosiguió el señor Bonover — hablando en el parque, con una señorita; su cara me resulta muy conocida. ¿Quién es ella?...

¿Debía contestar que era una amiga de los Frobisher?... En tal caso, el señor Bonover, insidiosa y afa-

blemente, preguntaría á los Frobisher y crearía una situación molesta para la joven.

—Es... — dijo el señor Lewisham, con acento casi ininteligible y sintiendo que, al mentir, le subía el rubor hasta la frente; — es... una... una... una antigua amiga de mi madre. La conocí, tiempo há, en... Salisbury.

—¿Dónde?...

—En Salisbury.

—Y... ¿cómo se llama?...

—¡Smith! — contestó el señor Lewisham, arrepiñándose inmediatamente de su mentira.

—¡Bien jugado! ¡Enrique, bien jugado! — exclamó el señor Bonover aplaudiendo.

—Enrique es muy buen jugador — observó el señor Lewisham.

—Sí, es muy buen jugador — afirmó el señor Bonover. — Pero... ¿qué estaba yo diciendo?... ¡Ah, sí! Pensaba en los parecidos extraordinarios que se encuentran á veces. Los Frobisher hospedan ahora á una señorita de Henderson ó de Henson... y... ¡cosa más rara! Es el vivo retrato de esa antigua amiga de la madre de usted, de esa señorita de...

—¡Smith! — repitió el señor Lewisham, desafiando la mirada directorial, pero sintiendo que, de nuevo, se le teñían de grana las orejas, la frente y las mejillas.

—¡Es extraordinario! — murmuró el señor Bonover, contemplándolo atentamente.

—¡Muy extraordinario! — balbució el señor Lewisham, bajando la vista y renegando de su imbecilidad.

—¡Muy... muy extraordinario! — insistió el señor Bonover. — Ciertamente — concluyó dirigiéndose á la casa — que nunca hubiera esperado esto de usted, señor Lewisham.

—¿Qué es lo que usted no hubiera esperado?...

Pero ya el señor Bonover estaba lejos.

—¡Demonio! ¡Re... demonio! — exclamó el señor Lewisham.

Hay que advertir que, por entonces, el maestro no empleaba más que por excepción estas frases verdaderamente censurables.

Pensó ir á buscar al director para preguntarle si creía que había mentido. No se atrevió, por estar seguro de la respuesta. Quedóse indeciso un minuto; luego dió media vuelta y, con semblante feroz, se fué á su domicilio. Iba tembloroso y con el gesto desencajado. Cuando pudo reflexionar, experimentó indignación colérica.

—¡Vaya con mil diablos! — tronó el señor Lewisham, encarándose con los muebles de su habitación. — ¿Por qué no se ocupa en sus asuntos?... ¡Ocupese usted en sus asuntos, señor director! — bramó el señor Lewisham, increpando al lavabo. — ¡Cargue el diablo con usted, señor director, y métase en lo que le importe! — rugió, apostrofando á la percha.

— ¡Se excede usted en sus atribuciones! — insinuó algo más tranquilo, increpando á una silla. — Entiéndalo de una vez para siempre... Fuera de la escuela... ¡soy dueño absoluto de mis actos!...

Sin embargo, después de la entrevista con el señor Bonover, pasaron cuatro días y varias horas, y el señor Lewisham cumplió escrupulosamente sus deberes, hasta el extremo de renunciar al estudio al aire libre y hasta el punto de esforzarse por observar, con más ó menos resultado, en el fondo y en la forma, los mandamientos de la *Distribución del tiempo*. A menudo se incomodaba al ver el trabajo que tenía retrasado, y ó principiaba á laborar con entusiasmo y ahinco fugaces, ó se dedicaba á mirar tranquilamente por la ventana. El *Esquema* de su carrera le decía implacablemente que el volver á ver á la joven y el charlar de nuevo con ella le acarrearía reprimendas, disgustos, aplazamientos en la preparación para los exámenes, y, en suma, daría al traste con el método y con la disciplina. Y el señor Lewisham comprendía claramente que el *Esquema* tenía razón. ¡Era una estupidez estar enamorado!... Además, el amor sólo existe en las novelas fantásticas. Pero... pero el pensamiento iba más allá de la reflexión, y el pensamiento le hacía ver unos ojos negros, sombreados por elegante sombrero; y había que luchar mucho para esclavizar al vagabundo pensamiento, y para hacerlo galeote del trabajo. El jueves, al salir de la

escuela, la vió á lo lejos, hacia el final de la calle, y apretó el paso y volvió la cabeza para huir de la tentación. Pero el fin de la lucha estaba muy próximo. Sintióse avergonzado; el viernes creyó otra vez arduosamente en el amor, y experimentó atroces remordimientos por los días que había perdido.

El sábado por la mañana encontróse tan preocupado, que hasta llegó á distraerse cuando explicaba la más clara y sencilla de las asignaturas: el álgebra. A medida que se acercaba el fin de la clase matinal, su resolución iba haciéndose inquebrantable.

Sí, á medio día se iría cuanto antes á la avenida; la vería y hablaría con ella. Pensó, como en un espectro, en la aparición del director; imposible: el señor Bonover acostumbraba á dormir la siesta.

Sí; ¡iría á verla! ¡la vería! ¡hablaría con ella! ¡Nadie lo impediría!...

Tan pronto como adoptó esta resolución, dió rienda suelta á la fantasía y comenzó á discurrir en las cosas que debía decir, en las actitudes que debía adoptar y en mil y mil hermosas vaguedades concernientes á ella. Le diría esto... Le hablaría de lo otro... ¡Es maravillosamente encantador estar enamorado! ¡Qué necio había sido al apartarse de ella durante tanto tiempo!... ¿En qué estuvo pensando?... ¿Cómo podría explicarle satisfactoriamente tal silencio?... Si había de ser franco por completo... Meditó acerca de los límites de la franqueza. ¿Creería ella que él no la había visto el jueves?... ¿Lo creería si él lo afirmaba?...

¡Horror!... De repente, rompiendo el hilo de aquellas reflexiones, surgió el señor Bonover, rogándole que tuviese la bondad de substituir á Dunkerley, después del almuerzo, para vigilar la hora de juego de los alumnos. Dunkerley era el auxiliar segundo, el único compañero del señor Lewisham. Ya el semblante del señor Bonover no revelaba enojo; solicitar un favor era la forma que el director empleaba para demostrar que el disgusto había concluído. Pero el favor solicitado suponía un tremendo sacrificio para el señor Lewisham. Estuvo á pique de acceder. Mas, súbitamente,

pensó en que iba á pasar la tarde entera encerrado en el colegio, mientras *ella*, tal vez, se preparara para regresar á Clapham. Palideció. El señor Bonover lo miraba sin pestañear.

—No —murmuró con cierta brusquedad el señor Lewisham, buscando inútilmente disculpa satisfactoria. —Duéleme muchísimo de no poder complacer á usted... pero... mis ocupaciones... Tengo quehaceres imprescindibles después de almorzar...

Ante esta mentira burda, el señor Bonover frunció las pobladas cejas y atenuó su amabilidad.

—Hágase cargo de la situación —le dijo. —Mi esposa espera hoy la visita de un amigo, jugaremos al *croquet* y necesitamos del señor Dunkerley para que complete la partida...

—¡Pues lo lamento muchísimo!... —insistió el señor Lewisham, firme en su resolución, y sin dejar pasar por alto que el señor Bonover, después de almorzar, se quedaría jugando al *croquet*.

—¿Conoce usted, por casualidad, ese juego? —preguntó el director.

—No, señor.

—¿Acaso usted quiere que el mismo Dunkerley le pida el favor?... —insinuó el señor Bonover, que conocía lo etiquetero que era su primer auxiliar. —Pues bien, él mismo...

—No, no se moleste; no rehusó por eso —advirtió el señor Lewisham.

Y el director, fruncidas las cejas y con gesto revelador de asombro y de contrariedad, se fué. Se fué dejándolo pálido, emocionado y sorprendidísimo de su estupenda audacia.

CAPITULO VI

EL PASEO ESCANDALOSO

Tan luego como la clase hubo terminado, el señor Lewisham levantó el castigo á los alumnos condenados á salir más tarde y se marchó inmediatamente, para esperar en casa la hora del almuerzo... Antójaseme poco discreto referir con detalle lo que ocurrió; no estoy seguro de que el novelador tenga la obligación de poner de manifiesto las flaquezas de un individuo de su mismo sexo; pero, en fin, me atengo al texto de la inscripción que aparecía junto á la ventana, proclamando: *Magna est veritas et prevalebit*.

Diré, pues, que el señor Lewisham se peinó y se rizó coquetonamente el cabello; que se probó todas sus corbatas, eligiendo una blanca; que limpió las botas con un pañuelo viejo; que se cambió de pantalón, por estar rozados los bajos del que usaba á diario; que ennegreció con tinta los codos y las costuras de la americana; y..., para no callar nada, añadiré que se miró y se remiró al espejo, probando á atusarse el incipiente bigote, y confesándose que no perdería gran cosa con tener la nariz algo más pequeña.

Una vez almorzado, salió, y diciéndose que maldito si le importaba encontrarse con el señor Bonover, emprendió el camino más corto para llegar á los terrenos incultos. No se daba cuenta con exactitud de lo que quería hacer; sólo tenía el deseo claro y preciso de volver á ver á la joven. Estaba persuadido de que la vería. Al pensar en que pudiera surgir algún obstáculo, se excitaba con agradable excitación. Trepó hasta el

pensó en que iba á pasar la tarde entera encerrado en el colegio, mientras *ella*, tal vez, se preparara para regresar á Clapham. Palideció. El señor Bonover lo miraba sin pestañear.

—No — murmuró con cierta brusquedad el señor Lewisham, buscando inútilmente disculpa satisfactoria. — Duéleme muchísimo de no poder complacer á usted... pero... mis ocupaciones... Tengo quehaceres imprescindibles después de almorzar...

Ante esta mentira burda, el señor Bonover frunció las pobladas cejas y atenuó su amabilidad.

—Hágase cargo de la situación — le dijo. — Mi esposa espera hoy la visita de un amigo, jugaremos al *croquet* y necesitamos del señor Dunkerley para que complete la partida...

—¡Pues lo lamento muchísimo!... — insistió el señor Lewisham, firme en su resolución, y sin dejar pasar por alto que el señor Bonover, después de almorzar, se quedaría jugando al *croquet*.

—¿Conoce usted, por casualidad, ese juego? — preguntó el director.

—No, señor.

—¿Acaso usted quiere que el mismo Dunkerley le pida el favor?... — insinuó el señor Bonover, que conocía lo etiquetero que era su primer auxiliar. — Pues bien, él mismo...

—No, no se moleste; no rehusó por eso — advirtió el señor Lewisham.

Y el director, fruncidas las cejas y con gesto revelador de asombro y de contrariedad, se fué. Se fué dejándolo pálido, emocionado y sorprendidísimo de su estupenda audacia.

CAPITULO VI

EL PASEO ESCANDALOSO

Tan luego como la clase hubo terminado, el señor Lewisham levantó el castigo á los alumnos condenados á salir más tarde y se marchó inmediatamente, para esperar en casa la hora del almuerzo... Antójaseme poco discreto referir con detalle lo que ocurrió; no estoy seguro de que el novelador tenga la obligación de poner de manifiesto las flaquezas de un individuo de su mismo sexo; pero, en fin, me atengo al texto de la inscripción que aparecía junto á la ventana, proclamando: *Magna est veritas et prevalebit*.

Diré, pues, que el señor Lewisham se peinó y se rizó coquetonamente el cabello; que se probó todas sus corbatas, eligiendo una blanca; que limpió las botas con un pañuelo viejo; que se cambió de pantalón, por estar rozados los bajos del que usaba á diario; que ennegreció con tinta los codos y las costuras de la americana; y..., para no callar nada, añadiré que se miró y se remiró al espejo, probando á atusarse el incipiente bigote, y confesándose que no perdería gran cosa con tener la nariz algo más pequeña.

Una vez almorzado, salió, y diciéndose que maldito si le importaba encontrarse con el señor Bonover, emprendió el camino más corto para llegar á los terrenos incultos. No se daba cuenta con exactitud de lo que quería hacer; sólo tenía el deseo claro y preciso de volver á ver á la joven. Estaba persuadido de que la vería. Al pensar en que pudiera surgir algún obstáculo, se excitaba con agradable excitación. Trepó hasta el

vallado desde el cual se divisaba la casa de los Fro-bisher, y desde el cual contempló una noche la ventana iluminada de la alcoba. Sentóse, cruzó los brazos y esperó.

Esto sucedía á las dos menos diez minutos de la tarde. A las tres menos veinte continuaba firme en su sitio, con las manos en los bolsillos, fruncidas las cejas y taconeando con viva impaciencia. Se había guardado los anteojos en el bolsillo del chaleco, del cual no volvieron á salir en toda la tarde, y se había echado la gorra hacia atrás, dejando caer sobre la frente un mechón de pelo. Una ó dos personas pasaron por allí, y aparentó no verlas. Se distrajo viendo los retozos de una enamorada pareja de gorriones que se picoteaban á pleno sol. Aun cuando resulte inexplicable, es lo cierto que, á medida que pasaba el tiempo, sentíase más y más indignado contra *ella*, y se enfurruñaba más y más.

Oyó que, á su espalda, andaba alguien por el camino. No quiso volverse á mirar. Le molestaba que lo viesen encaramado en la cerca. La conciencia, tan exigente antes, protestaba sordamente, aun viéndose amordazada, contra este caprichoso paseo. El ruido de pasos se extinguió junto á él.

—¡Ya podían irse á otra parte! — murmuró el señor Lewisham.

Seguidamente comenzó á oír ruidos misteriosos, crujir de ramas, y como golpes dados con los pies sobre el suelo.

La curiosidad devoraba al señor Lewisham; luchó un instante, y al cabo dióse por vencido. Volvió la cabeza y... *la* vió de espaldas, afanándose por cojer ramas de espino en flor, que crecían en la cerca frontera. Y ella no lo había visto... ¡qué rareza!

Súbitamente, el señor Lewisham brincó, dejó el asiento y descendió por el talud con ímpetu tal, que fué á dar contra el vallado de enfrente, junto á ella.

—¡Permitame! — le dijo; estaba tan emocionado que no reparó en que ella no manifestó sorpresa.

—¡Señor Lewisham! — exclamó la joven fingiendo admiración, y apartándose para dejarle sitio.

—¿Qué rama desea usted?... — preguntóle con entusiasmo. — ¿La más blanca?... ¿La más alta?... ¿Cual?...

—Aquella... la del ramo negro y blanco — contestó la joven, eligiendo á capricho.

La elegida, una rama de llena de flores niveas con salpicaduras negras, se destacaba alta, muy alta sobre el fondo azul del cielo abribeño, y el señor Lewisham, al esforzarse para alcanzarla, vió con satisfacción que una espina le produjo un gran arañazo.

—Más allá — exclamó bajando victoriosa y anhelosamente, — hacia el fin del camino, hay otras flores... estas no valen nada en comparación de aquellas.

La joven se echó á reír, y mirando á su amigo con el semblante encendido y con las pupilas brillantes, hizo irreflexivamente un signo de aprobación.

En la iglesia, al verlo grave y serio en lo alto de la tribuna, le causó buen efecto; ahora, ahora... ¡era algo muy diferente!

—¡Guíeme usted! — le dijo, á pesar de que sabía que fuera de allí, en una legua á la redonda, no había espinos floridos.

—Estaba seguro de que volvería á ver á usted — dijo el señor Lewisham, á guisa de respuesta. — Estaba seguro de ver hoy á usted.

—Acaso sea esta la última vez que nos veamos — habló la joven con igual franqueza. — El lunes me vuelvo á Londres.

—¡Me lo temía! — murmuró el maestro, acordándose de sus presentimientos. — ¿Regresa usted á Clapham?...

—Sí. He obtenido una colocación. ¿No le he dicho á usted que soy estenógrafa y dactilógrafa?... Pues sí, lo soy. He terminado mi aprendizaje en las clases prácticas, y como quiera que un caballero respetable necesita secretario...

—¿Luego usted conoce la estenografía?... Ahora me explico el uso del estilógrafo... con el cual escribía los

29245

renglones que debió escribir Eduardo... ¡Aun los conservo!...

La joven se sonrió con asombro.

—Sí... ¡los conservo! —repitió, golpeándose sobre el corazón.

—Por este camino —prosiguió el señor Lewisham, para evitar que la conversación se interrumpiera, —por este camino... andando un poco y bajando la cuesta... hay una entrada que va... quiero decir que da acceso á la senda que bordea la ribera. ¿Ha pasado usted por este sitio?...

—No —contestó la joven.

—Pues es el paseo más lindo de estos contornos. Se puede ir hasta la hostería de Immering. No debía usted marcharse sin conocer tan pintoresco lugar.

—Pero ¿vamos á ir ahora? —preguntó la joven, con los ojos relampagueantes de alegría.

—¿Por qué no?...

—Prometí á la señora Frobisher estar de vuelta á las cuatro.

—Es lástima perder esta ocasión.

—¡Pues vamos allá!

—Los árboles están retoñando, los prados verdean —continuó el señor Lewisham, —y á la orilla del riachuelo hay millares de florecitas alabastrinas que parecen copos de espuma. No sé como se llaman esas flores, pero sé que son muy bellas... ¿Quiere usted que lleve yo la rama de espino?...

Al tomarla le tocó la mano... Hubo un silencio significativo.

—¡Mire qué nubes tan diáfanos! —exclamó el señor Lewisham reponiéndose, y agitando la rama de espino florido. — Permiten ver el azul del cielo.

—Hace un día magnífico. De cuantos días hermosos he pasado aquí, este es el más espléndido. Hoy doy mi último paseo.

Los dos jóvenes, poseídos de primaveral entusiasmo, echaron á andar juntos, con gran estupefacción de la señora Frobisher, que casualmente estaba mirándolos por una ventana de su buhardilla. Caminaban alegre-

mente, creyendo que el mundo tenía luces y colores sólo para complacerlos. ¡Cuántas cosas descubrieron y cuántas se les revelaron en este atardecer, á orillas del riachuelo!... La primavera llenaba los espacios de aromas embriagadores; las hojas de los árboles deslumbraban con su verdor; los brotes, aun no abiertos, parecían nidos de misterios, y las nubes se deslizaban majestuosa y armónicamente por la celeste inmensidad... Admirábanse ingenuamente los jóvenes al sentir de perfecto acuerdo acerca de tanta cosa tan seductora y tan nueva, y llegaban á creer que se habían encontrado y se habían conocido por alguna razón maravillosa, y no por una vulgar casualidad.

Al principio marcharon por la senda que serpentea entre los árboles; pero apenas habrían andado trescientos metros cuando la joven cambió de opinión y significó deseos de bajar el ribazo para ir por la vereda de la orilla. El señor Lewisham buscó una pendiente rápida y descendió corriendo, dando la mano á su amiga, hasta el angosto sendero donde un árbol formaba rústica balaustrada, con sus gigantescas raíces, fuera de la tierra.

Un martín pescador que estaba bañándose les proporcionó ocasión para cogerse de la mano y para admirarlo, aproximándose y hablándose á media voz. Después, el señor Lewisham intentó alcanzar flores de malva, con grave riesgo de su vida, según ellos; las alcanzó, á cambio de un baño de pies. En la puertabarrera, junto á la negruzca y reluciente esclusa, donde la senda se aparta de la orilla, la joven maravilló al maestro con un arranque inesperado; apoyándose en el brazo de su amigo, brincó alegremente á lo alto de la barrera y saltó al otro lado con tanta gracia como agilidad.

Internáronse audazmente por mitad de las praderas alfombradas de margaritas, y el maestro, para ampararla y tranquilizarla, tuvo que darle el brazo al pasar junto á tres mansísimas vacas. ¡No hizo más Perséo atacando al monstruo! Y del brazo continuaron y deja-

ron atrás el molino, hasta llegar á la hostería de Immering.

Antes, mientras cruzaban la pradera, el señor Lewisham hizo recaer la conversación en el empleo que su compañera iba á ejercer en Londres.

—¿Conque se marcha usted para convertirse en secretaria? — le preguntó.

Y le hizo que hablase de sí misma, tema que la joven desarrolló con el entusiasmo del que cultiva una especialidad. Acortaron el paso, y luego charlaron de sus proyectos y de sus esperanzas para lo futuro. Ni ella ni él se fijaron en que se había nublado el sol; las primeras gotas del chubasco les sorprendieron.

—Mire — exclamó él, — allá abajo hay un abrigoño.

Juntos echaron á correr. Ella corría y reía locamente. Al fin llegaron al abrigoño, que era un mal cobertizo abandonado. El maestro observó que su amiga estaba algo sofocada por la carrera. La joven sentóse sobre un tronco y se quedó pensando en lo que debía hacer.

—Tengo que quitarme el sombrero — exclamó — para que la lluvia no lo estropee.

El señor Lewisham, aun cuando no alimentaba duda alguna, pudo convencerse de la autenticidad de la abundante cabellera de su amiga. La joven enjugó con el pañuelo las argentadas gotas de agua que perlaban el sombrero. El quedóse de pie, á la entrada del cobertizo, mirando el paisaje á través del velo cristalino de la lluvia abrilena.

—Hay asiento para dos en este tronco — observó la joven.

El maestro excusóse primeramente, y luego se sentó cerca de ella, muy cerca de ella, casi rozándola.

Sintió el deseo loco de abrazarla; hizo un esfuerzo violentísimo y consiguió dominarse.

—¡Aun ignoro cómo se llama usted! — balbució el maestro, procurando alejar, con la conversación, los pensamientos tentadores que le asaltaban.

—Henderson — contestó la joven.

—¿Señorita de Henderson?...

Sonrió la joven, miróle cara á cara, y lentamente exclamó:

—Sí... *Señorita* de Henderson.

La mirada y la proximidad de su compañera tenían trastornado al maestro. Nunca había experimentado sensación tan aguda y tan extraña, sensación semejante, en cierto modo, á deseo de llorar. Pensó preguntarle su nombre de pila, para llamarle *querida*, y ver lo que decía. Desatentadamente comenzó á hablar del señor Bonover, refiriendo el embuste que le contó, embuste por el cual resultaba ella la señorita de Smith. A fuerza de charlar, se sustrajo á la viva emoción que sintiera...

La lluvia fué disminuyendo; luego cesó, y el sol bruñó con esplendorosos rayos los bosques de Immering. Los jóvenes quedaron sumidos en profundo silencio, lleno para el señor Lewisham de ideas atrevidas. De repente alargó el brazo y lo colocó de modo que estuviera detrás de la joven.

—Marchemos — dijo ella. — Ha cesado de llover.

—Esta vereda va en derechura á Immering — insinuó el señor Lewisham.

—Pero... ¡tengo que volver á las cuatro!

El maestro sacó el reloj y abrió desmesuradamente los ojos. ¡Eran ya las cuatro y cuarto!

—¿Son más de las cuatro? — preguntó la joven, y sin esperar respuesta le hizo ver la necesidad de separarse.

Tener que dar clase en la escuela á las cinco y media, se le antojó al señor Lewisham cosa baladí.

—Indudablemente, son más de las cuatro — contestó, dándose cuenta, poco á poco, de la importancia de la separación. — Pero ¿es indispensable?... Tengo... necesidad de hablar con usted...

—¿No hemos hablado bastante?...

—Se trata de... de... otro asunto...

—Ofrecí volver á las cuatro — observó la joven, mirándolo atentamente. — A esa hora se sirve el té en casa de los señores de Frobisher.

—Es que no encontraré ocasión como esta para ver á usted...

—¿Y qué?...

El señor Lewisham palideció intensamente.

—¡No se marche usted! —murmuró con gran esfuerzo y con voz angustiada. — ¡No se vaya! ¡Quédese aún!... Sí... ¡Un momento!... Además, usted no conoce el camino...

—Pero ¿usted se figura — dijo la joven violentándose para sonreír — que yo vivo sin comer ni beber?...

—He deseado vivamente hablarle á usted... La primera vez que la vi... ¡no me atreví!... Ignoraba si querría escucharme... Y ahora, en el momento en que soy... dichoso... ¡Usted me abandona!...

Calló el enamorado. La joven permaneció con los ojos clavados en el suelo.

—¡No! —murmuró lentamente la señorita de Henderson. — No... No me voy.

El señor Lewisham sintió ganas de lanzar gritos de júbilo.

—¿De veras quiere venir á Immering?... — le preguntó.

Y en tanto que caminaban por la vereda abierta en el florido prado, el maestro comenzó á decirle, francamente, cuán grata le era su compañía.

—No cambiaría este momento — murmuró, buscando término de comparación, — por... ¡por nada del mundo!... No estaré de regreso á la hora de dar clase... pero ¡no me importa! Ni poco ni mucho me preocupo por lo que pueda ocurrir... todo lo doy por bien empleado, habiendo pasado la tarde juntos.

—Digo lo mismo que usted — exclamó la joven.

—¡Gracias por haber accedido á mi ruego! ¡Gracias!

Tendióle la mano; la joven la tomó y la estrechó, y siguieron andando, con las manos enlazadas. Su heroica resolución de vagabundear, ocurriese lo que ocurriese, les hizo tratarse como antiguos camaradas.

—No puedo llamar á usted señorita Henderson — dijo el señor Lewisham. — Comprenda usted que eso no es posible... ¿Lo comprende?... Necesito saber el nombre de pila...

—Ethel.

—¡Ethel! — repitió el galán, armándose de valor. — ¡Ethel! ¡Nombre bellissimo!... Pero ningún nombre es suficientemente bello para usted... mi... *querida* Ethel.

La hostería de Immering estaba emplazada en un jardín lleno de alelíes. La dueña era una mujer jovial y gordiflona que se obstinó en suponerlos hermanos y en llamarlos «mis pequeños». Aparte de esto, les sirvió un té suculento, por un precio modestísimo.

Al señor Lewisham no le agradó que los tomasen por hermanos, pues tal suposición ponía coto á las demasías que meditaba; pero en cambio, le agradaron extraordinariamente las tostadas, el té, el almíbar y la manteca. En un jarro, sobre la mesa, los alelíes exhalaban perfumes penetrantes; y cuando se fueron á marchar, la jovial y gordiflona hostelera obsequió á Ethel con un ramillete de las fragantes flores.

Después que salieron de Immering fué cuando, para hablar con exactitud, resultó escandaloso el paseo. Ya el sol era un disco áureo que desaparecía tras las azuladas colinas del Oeste, dando á los jóvenes aspecto de sombras esfumadas en la media luz crepuscular; y, sin embargo, la parejita, en vez de volver por donde habíado, se aventuró por el camino de Wentworth, camino que pasa por los bosques de Forshaw. Tras los jóvenes, la luna llena comenzaba á surgir bañando de claridad lechosa las copas de los árboles y como pretendiendo eclipsar con pálidos fulgores las ráfagas lumínicas que el sol muriente dejaba en el campo de los cielos.

Al salir de Immering, principiaron á hablar del porvenir; y el futuro, para los enamorados, ya se sabe que es un tiempo que se mira casi como presente.

—Es preciso que usted me escriba — dijo el señor Lewisham.

Ethel contestó que nunca, al escribir, se le ocurrían más que simplezas.

—Yo, en cambio, tengo asunto para escribir á usted volúmenes enteros.

—¿Cómo recibiré las cartas? — preguntó la joven.

Discutieron entonces acerca del nuevo obstáculo que

entre ellos se levantaba. Era imposible dirigir las cartas á casa de Ethel; la joven aseguraba rotundamente que era imposible.

—Mi madre... — comenzó á decir, y... se calló.

Esta dificultad contrarió grandemente al señor Lewisham, que en aquel momento sentíase capaz de realizar verdaderas hazañas epistolares.

Había que tener paciencia y luchar contra el mundo entero, toda vez que el mundo entero les era hostil. Acaso, acaso, aun cuando no resultaba probable, encontraría Ethel algún sitio seguro donde pudieran ir dirigidas las cartas.

Y de este modo los jóvenes caminaban lentamente, henchidos del amor que en ellos acababa de revelarse, y, al par, tan llenos de adolescente timidez, que la palabra amor no llegó á asomar en sus labios. Y seguían charlando, mientras las amables sombras del crepúsculo los iban envolviendo, y seguían charlando y sintiéndose cada vez más unidos. Pero sus palabras serían tan vulgares, al copiarlas aquí tranquilamente, que es preferible no reproducirlas. Sólo para ellos tales palabras carecían de vulgaridad.

Cuando, al fin, llegaron á la carretera que atraviesa á Whortley, la arboleda estaba silenciosa y oscura, y el resplandor de la luna prestaba tintes adorablemente pálidos al rostro de la joven, cuyas pupilas fulguraban con fulgores de estrellas. Llevaban en la mano la rama de espino florido, en la cual apenas quedaban pétalos. Los perfumados alelíos seguían derramando esencias. A lo lejos, dulcificada por la distancia, la charanga de Whortley, que inauguraba los conciertos públicos, ejecutaba, con cadenciosa lentitud, una romanza sentimental, una melodía popularísima entonces:

*Recuerdos queridos de amores pasados (¡bum! bum!)
¡Volvednos las horas felices de ayer!*

Este era el tema lento y dulzón, que iba acompañado de estruendosos golpes de parche ¡bum! ¡bum!... Resultaban tristemente alegres y alegremente tristes aque-

llos asordantes ¡bum! ¡bum! que subrayaban el ritmo fúnebre de la melodía, ritmo acentuado por fragmentos de vocalizaciones. Los jóvenes, sin embargo, escucharon con gusto á la charanga.

—¡Me encanta la música! — dijo ella.

—¡Y á mí también! — dijo él.

Bajaron por West Street, enmedio del clamoreo del metal y del redoblar del tambor, y, como no había otro camino, tuvieron que atravesar el trozo esclarecido por faroles de amarillenta luz. Muchas personas los vieron perfectamente y se preguntaron en qué estaban pensando los caballeros y las señoritas del día; un testigo ocular, dijo, después, que el aspecto de la parejita era desvergonzadísimo.

El señor Lewisham iba cubierto con su gorra de casquete, y no cupo duda acerca de su persona. Pasaron por delante de la *Proprietary School* y vieron, en el hueco de la ventana, al señor Bonover, dando clase en substitución de su inverecundo auxiliar primero. En la puerta de la casa de los Frobisher, no tuvieron más remedio que separarse.

—¡Hasta la vista! — exclamó él por vez tercera. — ¡Hasta la vista, Ethel!...

La joven estaba indecisa; al cabo lanzóse hacia su novio. Este se sintió abrazado, sintió unos labios suaves y tibios que se le posaban en el rostro, y antes de que pudiera reponerse de la emoción, vió que su adorada desaparecía en la mancha de sombra proyectada por la casa.

—¡Hasta la vista! — oyó que una voz clara y dulcísima le decía desde la obscuridad, y mientras vacilaba en responder, la puerta se abrió.

Vió dibujarse la silueta negra sobre el marco luminoso del hueco; escuchó rumor de frases indistintas; luego cerróse la puerta y se halló solo, á la luz de la luna, con las mejillas enrojecidas aun por la impresión del beso.

Y así concluyó la primer jornada amorosa del señor Lewisham.

CAPITULO VII

AJUSTE DE CUENTAS

Después de la jornada de amor llegaron los días de expiación. El señor Lewisham quedóse pasmado, más aún, casi aniquilado, por aquella expiación que invadía su ser lentamente, seguramente. Las emociones extraordinarias del sábado lo mantuvieron animoso hasta la noche del domingo; se reconcilió con el olvidado *Esquema*, afirmando que *Ella* era su inspiración y que por *Ella* y para *Ella* trabajaría y estudiaría más y con más ahinco que para sí mismo. La afirmación no era rigurosamente exacta, y prueba fué que el maestro hubo de preguntarse por qué hallaba falto de interés y de atractivo el Tratado de Lógica, en el cual hasta entonces estudió arduosamente.

Los señores de Frobisher no asistieron á ninguno de los dos oficios religiosos del domingo, y el señor Lewisham se afaná por encontrar razones que justificasen tal ausencia.

Amaneció el lunes frío y sereno: un día á lo Herbert Spéncer; el primer auxiliar marchóse á la escuela, diciéndose que no tenía por qué abrigar temor. En la clase de la mañana observó que los externos cuchicheaban, indudablemente á costa suya, y observó que Frobisher 2.º se mostraba elocuentísimo y era muy escuchado. El señor Lewisham pescó al vuelo algunas palabras.

—... ¡Mi madre está furiosísima! — decía Frobisher 2.º.

A medio día se celebró la entrevista con el señor

Bonover; desde el principio se oyeron voces desentonadas que llegaron, por la puerta de la sala de estudio, hasta el auxiliar segundo, señor Dunkerley. Luego, el señor Lewisham atravesó el aula, con el rostro inflamado y la vista hosca. Con esto sobraba y bastaba para que á Dunkerley no le cogiesen desprevenido las noticias que recibió á la mañana siguiente, mientras corregía los cuadernos de ejercicios.

—¿Cuándo? — preguntó Dunkerley.

—A fines del semestre próximo — contestó el señor Lewisham.

—¿Por causa de la jovencita que se hospedaba en casa de los Frobisher?...

—Sí.

—No es fea. Pero esto perturbará los planes que usted tenía formados para Junio.

—Eso es lo que me fastidia.

—No habrá esperanza de que le deje á usted hasta terminar los exámenes...

—Me ha dicho que no — replicó el señor Lewisham.

Abrió un cuaderno y se puso á hojearlo. Le costaba trabajo hablar.

—¡Es un mascarón intratable! ¿Qué podemos esperar de él?...

Después de haber formulado este juicio, Dunkerley se enfrascó en la revisión y corrección de los cuadernos, que formaban imponente pila. Cuando puso mano en el cuaderno último, se decidió á volver á hablar... sobre un asunto delicado.

—El cría al macho y á la hembra... — murmuró Dunkerley, tachando y corrigiendo. — Lo que (*rag-rag*) resulta muy duro (*rag-rag*) para los trabajadores es...

Cerró de golpe el cuaderno y lo tiró al suelo.

—¡Ha tenido usted suerte! — exclamó el auxiliar segundo. — ¡Siempre creí ser yo el que primero se marchara de este nido de chismorreos! ¡Ha tenido usted suerte! ¡Aquí se pasa la vida oyendo murmurar, y así no se puede vivir! ¡Aquí se encuentra uno, por todos los rincones y en todas las esquinas, á los padres

y á los tutores!... ¡Es fastidiosísimo tener que residir en localidades pequeñas!... ¡Es una farsa constante!... ¡Yo me largo en cuanto encuentre coyuntura favorable!... ¡Ya le avisaré para que trabajemos juntos!...

—¿En la venta de invenciones que usted haga?...

—¡Mejor que eso, compañero! Sí, sí... ¡vender invenciones!... Trabajaremos en la fundación de la Compañía General de Fabricación de botellas de galleta cuadrada... ¡Ah, ya verá lo que es ganar dinero!... En cuanto llegue á Londres...

—También yo pienso ir á Londres... — interrumpió el señor Lewisham.

Entonces Dunkerley, hombre práctico y excelente colega, procuró olvidarse de ambiciones personales — tenía la manía de los inventos maravillosos — y trató formalmente de las agencias de colocaciones. Creyóse obligado á suministrar á su compañero la relación de estos centros encargados de proporcionar empleo á los maestros sin plaza: la de Orellana, la Gabbitas, la Lancáster Gate Agency, etc., etc. Como llevaba ya ocho años siendo profesor auxiliar, las conocía bien á todas.

—Acaso le concedan á usted la beca en Kensigton — observó Dunkerley; — pero, por lo pronto, no hay que confiar en ello...

La «beca en Kensigton» era el objeto de una solicitud que el señor Lewisham había dirigido para ingresar en la Escuela Normal de Ciencias de Kensigton. Como quiera que escaseaban los catedráticos de Ciencias en Inglaterra, el ministerio de Instrucción pública ofreció enseñanza gratuita en la Escuela Central y la gratificación de una guinea semanal, á los jóvenes pedagogos que se comprometieran á explicar cátedras científicas, tan luego como concluyeran la carrera. Durante muchos años, y siempre sin resultado, Dunkerley había solicitado una beca; el señor Lewisham, este año, se decidió á imitar á su colega, al cual llevaba de ventaja más de media docena de certificados académicos.

Al siguiente día, el señor Lewisham dedicó todo el

rato que le dejaron libre las clases, á redactar la carta que se proponía dirigir á las diferentes agencias destinadas á colocación de profesores. En la carta hacía reseña breve, pero muy encomiástica, de su vida, extendiéndose en la exposición de sus ideas acerca de la enseñanza y de sus procedimientos pedagógicos. Finalizaba la misiva con la lista, pomposa y larguísima, de los diplomas y de las recompensas honoríficas que había obtenido, á partir del premio de buen comportamiento que alcanzó á los ocho años de edad.

Muchas horas empleó en redactar y en sacar varias copias de este documento, pero todo lo hizo alentado por su modestia. Después de estudiar concienzudamente la *Distribución del tiempo*, reservó sesenta minutos, después del almuerzo, para despachar la «Correspondencia».

Hubo de notar que se iba atrasando en las matemáticas y en la literatura clásica; un ejercicio que envió al «profesor corresponsal» en los días que siguieron al de su encuentro con el señor Bonover en el parque, volvió lleno de enmiendas y de tachaduras, con la calificación *menos que mediano*.

Esto le resultó tan inusitado y tan mortificante que hasta pensó en dirigir al profesor corresponsal una carta irónica.

Llegaron las vacaciones de Semana Santa; tuvo que ir á pasarlas en familia, y, suprimiendo detalles, anunció á su madre que se marchaba de Whortley...

—¡Pero si decías que estabas muy á gusto! — observó la madre.

Con todo, la anciana señora tuvo motivo para alegrarse. Observó que su hijo no llevaba ya anteojos — se había olvidado de usarlos — y pensó en que no tendría que temer probables afecciones á la vista.

De vez en cuando, el señor Lewisham experimentaba grandes remordimientos, al acordarse del paseo escandaloso. Uno de estos accesos de pesadumbre le acometió después de las vacaciones; entonces, al revisar las fechas del *Esquema*, vió clara y distintamente el resultado práctico de aquel primer combate con las

potentes y misteriosas influencias que la primavera pone en juego. Tan acostumbrado se hallaba á considerar como realidad efectiva y cierta su sueño de triunfos y de glorias, que al reflexionar en el inevitable aplazamiento del ingreso en la Universidad — puerta que, á su juicio, daba entrada á todas las grandezas, — sintió que el corazón se le oprimía violentamente, ocasionándole dolor físico.

Irguióse, pluma en ristre, por encima de las correcciones que estaba haciendo, y se paseó agitadamente por la habitación.

—¡Qué estúpido y qué bestia he sido!

Tiró la pluma y se lanzó sobre una de las paredes, exornada — como testimonio de esclavitud amorosa — por un retrato de la joven, toscamente dibujado.

Lo rasgó en pedazos pequeños y los esparció por el suelo.

Sintióse algo consolado por aquel acto de definitivo abandono. Contempló un instante los trocitos del dibujo, y después se consagró á revisar la *Distribución del tiempo*, murmurando confusamente anatemas y censuras al recordar las escapatorias amorosas.

Se encontraba en un estado de alma excepcionalísimo. Habitualmente esperaba con mucha más impaciencia la carta que había de traerle la dirección á la cual podría escribir á la joven, que las contestaciones á sus repetidas solicitudes de empleo. La redacción de estas cartas había triunfado del estudio de Horacio y del de las Matemáticas superiores: con este nombre designaba el señor Lewisham á la Geometría. Pero hay que declarar que empleaba en idear lo que había de escribir á Ethel, mucho más tiempo del que invertía enumerando los méritos propios y los títulos y diplomas que ostentaba.

Y había que ver que las solicitudes de empleo eran trabajos maravillosos: para trazar una de ellas, ponía pluma nueva, y por lo menos, por lo menos, la primera carilla iba escrita con carácter de letra superior en claridad y en elegancia al que empleaba para copiar

sus «papeles en limpio». Pero el tiempo pasaba día á día, y la suspirada carta se obstinaba en no llegar.

Complicáronse sus sentimientos de tal suerte que, aun á pesar de sus discretas reticencias, el verdadero motivo de su marcha fué conocido, con asombrosa rapidez, por el vecindario de Whortley. Se susurró que el primer auxiliar era hombre de costumbres disolutas, y la conducta de Ethel fué criticada con indignación *sabrosa* — valga la frase — por las señoras de la localidad.

Un granuja — que recibió en castigo un buen tirón de orejas — gritó: ¡Ethel!, viendo pasar al señor Lewisham. Cierta día la señora de Bonover le dijo que aun era «un niño»; otra vez, la señora de Frobisher refunfuñó amenazadoramente al encontrarlo en la calle. Por señas que el maestro se asustó.

Esta desaprobación unánime lo apesadumbraba unas veces, y otras le servía de motivo de satisfacción y de regocijo; en ocasiones, solía decir á Dunkerley que todo aquello le importaba nada, y en ocasiones se decía á sí mismo que sufría gustosamente tanta contradicción por amor hacia *Ella*. De cualquier modo, estaba obligado á aguantarse, hasta que tocase á su término el año escolar.

Muy pronto fué advirtiendo que el mundo no necesitaba indispensablemente de un joven de diez y nueve años. (Siempre aseguraba tener esta edad, aun cuando le faltaban para ella bastantes meses.) A pesar de los certificados y de los títulos — firmados por un ingeniero ilustre y estampillados con las armas reales, — garantizadores de sus conocimientos en dibujo geométrico, astronomía, náutica, fisiología, fisiografía, arquitectura y química inorgánica, y á pesar de que sobre esto poseía juventud, salud y entendimiento, el mundo no hacía caso del señor Lewisham.

Al principio imaginó que todos los directores iban á estar de enhorabuena por poder contar con un maestro auxiliar de su talla; poco después, se desengañó y suspiró por conseguir cualquier empleo. Principió á indicar en las solicitudes la urgencia que le apre-

miaba; pero las solicitudes quedaban sin respuesta. Cada vez iba extendiéndose más y más cuando escribía, llegando á ocupar cuatro hojas.

«... Puedo asegurar — decía — que encontrará usted en mí un colaborador leal y abnegado...» Y así, en este tono, enjaretaba párrafo tras párrafo. Dunkerley le hizo fijarse en que el certificado del señor Bonover dejaba en claro ostensiblemente cuanto pudiera referirse á moralidad y á disciplina; pero el señor Bonover se negó redondamente á quitar ni á poner palabra. Estaba dispuesto á hacer cuanto buenamente pudiera en favor del señor Lewisham, á pesar del comportamiento de éste; pero en conciencia, en conciencia... no podía...

Una ó dos veces el señor Lewisham copió el certificado, corrigiendo á su gusto; tampoco consiguió nada. El mes de Mayo transcurría, y de Kensington no contestaban. El porvenir se iba ensombreciendo.

Cuando más hundido estaba en el piélagos de dudas y de desilusiones, recibió, dactilografiada en finísimo papel... ¡carta de *Ella!*

«Querido amigo», comenzaba diciéndole; al señor Lewisham se le figuró que no había otra fórmula más encantadora ni más dulce de empezar una carta. Verdad es que ignoraba que si la epístola principiaba así era sencillamente porque á la joven se le había olvidado el nombre de pila de su novio.

«Querido amigo: No he podido escribirle antes por no disponer de habitación donde hacerlo sin ser vista; mi madre, alarmada con las mentiras que la señora de Frobisher le ha contado acerca de usted, me vigila mucho, cosa que nunca hubiera yo creído. Aun no me ha hablado del asunto; ya, en otra carta, le diré á usted lo que ocurra; hoy estoy incomodadísima. Por ahora es absolutamente imposible que usted me escriba; *ni aquí puedo recibir sus cartas, ni nunca me dejarán recibirlas.* Me acuerdo mucho de usted, querido amigo (*querido* había sido borrado y escrito nuevamente), y por si no vuelvo á encontrar ocasión de escribir, aprovecho esta para advertírselo y para hacerle presente

que no me olvido del delicioso paseo que dimos. Estoy ocupadísima. Mi trabajo es bastante difícil y voy creyendo que soy algo torpe. ¿Verdad que es difícil encontrar interés y atractivo á una cosa, sólo porque sea preciso hacerla para vivir?... Indudablemente, algo de esto le ocurrirá á usted en la escuela; casi doy por cierto que todos estamos obligados á hacer lo que nos desagrada. Ignoro cuando volveré por Whortley, dado caso de que alguna vez vuelva; en cambio, considero probable que usted venga á Londres. En Chelsea hay un colegio magnífico, y todas las mañanas, cuando paso por su puerta, deseo que usted esté allí. Si así fuera, usted, al verme, saldría á la calle con su gorra y su blusa, para saludarme. Me hago la ilusión de que el mejor día lo voy á ver á usted así...»

La carta continuaba en este tono, sin entrar en detalles personales, y terminaba bruscamente:

«¡Hasta la vista!... ¡Querido amigo... hasta la vista!...» Luego había garrapateado con lápiz: «Piense en mí alguna vez.»

Al leer esta carta, y, sobre todo, al deletrear lo de «querido amigo», el señor Lewisham sintió que la garganta se le anudaba, que el pecho se le oprimía, y creyó que iba á llorar. Pero en vez de llorar, rompió á reír, releyó la misiva, y comenzó á pasear, dando zancadas por la habitación, con los ojos relumbrantes de júbilo y con el papel empuñado en la diestra.

Aquel «querido amigo» era exactamente como si ella hubiese hablado; era como si hubiese oído el metal de su voz. Acordóse del adiós cariñoso, dulcísimo, que Ethel le dió, en la sombra que proyectaba la mole de la casa, bañada por los rayos de la luna.

Pero ¿por qué le decía «por si no vuelvo á encontrar ocasión de escribir»? ¿Y por qué terminaba bruscamente la carta?... Sin necesidad de que se lo recomendase, el señor Lewisham estaba seguro de pensar en ella.

Esta fué la única carta que recibió. Al cabo de

algún tiempo, la carta, leída con gran frecuencia, se rompió por los dobleces.

A fines de Junio, el maestro sintió ansias de soledad, ansias que, prontamente, se trocaron en deseo casi irrefrenable de verla. Pensó vagamente en ir á Londres, á Clapham, para buscarla. Pero en Clapham no es tan fácil encontrar á una persona como en Whortley. Pasóse toda una tarde haciendo el borrador y sacando en limpio una carta larguísima, para cuando ella le dijese, si es que alguna vez se las decía, las señas á las cuales podía dirigirle la correspondencia. Luego, al anochecer, después de pasear su desconsuelo por la población, próximamente á las siete, emprendió el camino, para recorrer, á la luz de la luna, las etapas de aquella jornada memorable.

En la obscuridad del cobertizo, la fantasía exaltada le hizo hablar cual si *Ella* estuviere presente, y le inspiró frases lindas, animosas, hasta poéticas.

Vió á la gordinflona dueña de la hostería de los alelies; la contempló sentada en el hueco de la ventana, bajo la luz de un quinqué; bebió solemnemente, con unción, una botella de cerveza. La hostelera, sonriendo maliciosamente, le preguntó por su hermanita; le contestó prometiendo llevarla otro día.

—Esté usted segura de que volveremos por aquí — le dijo.

Después de la conversación con la dueña de la hostería, sintióse algo consolado. Luego echó á andar bajo la sombra de los árboles, pálido, inundado de melancolía, que se fué esfumando y desvaneciendo, hasta resultarle casi grata. A la mañana siguiente, la señora Munday quedóse hecha un mar de confusiones ante una nueva inscripción que apareció en el cuarto de su huésped. Aquella inscripción, familiar y misteriosa á un tiempo, decía:

MJZPHA

La frase se destacaba cuidadosamente, escrita con letra gótica.

¿Dónde y cuándo la había visto la señora Munday?... (1)

Lo cierto fué que la tal inscripción se enseñoreó del cuarto, y pareció como que se ufanaba triunfalmente sobre la *Distribución del tiempo* y sobre el *Esquema*. Para ser verídicos, es fuerza declarar que fué un día arrancada de su sitio; pero hay que reconocer que veinticuatro horas después apareció nuevamente colocada. Más adelante desapareció, en parte, bajo una lista de auxiliarias vacantes, y algunas notas y recordatorios escritos con lápiz tuvieron cabida en las márgenes del pliego que ostentaba la misteriosa inscripción.

Y en fin, cuando llegó el momento de arreglar los bártulos para marcharse de Whortley, utilizó ese papel con otros varios — el *Esquema* y la *Distribución del tiempo* — para forrar el fondo de la caja amarilla, en la cual empaquetó los libros, especialmente los que habían de servirle para preparar el examen de ingreso en la Universidad, examen que, dicho sea de paso, estaba aplazado indefinidamente.

(1) «Mizpha», frase hebrea, que significa: «El Eterno vela por ti y por mí», es inscripción que suele grabarse, en Inglaterra, en los anillos de bodas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VIII

ARRASTRADO POR LA CARRERA

Dos años y medio han transcurrido; el cronista, al reanudar sus apuntes, se encuentra con que el señor Lewisham ya no es un jovencuelo, y sí un hombre hecho y derecho, cuya partida de bautismo hace constar que tiene veintiún años.

El escenario deja de ser la villa de Whortley — sombreada por arboledas, engalanada por parques y alfombrada por praderas, — para convertirse en la inmensa extensión grisácea de la parte Oeste de Londres.

Ahora no hay que hablar de Ethel, en razón á que la segunda carta que ofreció escribir, nunca llegó á poder del señor Lewisham, y en razón á que éste no consiguió encontrar á la joven, á pesar de haber vagabundeado buscándola por el desierto de Clapham, durante los primeros meses de su estancia en Londres. Y como la juventud tiene facultades suficientes para curar y para restablecerse de los achaques físicos y morales, es lo cierto que el enamorado comenzó á olvidar.

La busca de «comeder» terminó inesperadamente, mediante la concesión de ingreso en una de las becas de la Escuela de Kensington. Resueltamente los certificados y los diplomas sirven para algo más que para decorar las paredes de una habitación. Dígalo si no el señor Lewisham que, cuando desesperaba de hallar colocación, recibió un oficio del Ministerio de Instruc-

ción Pública, ofreciéndole cosas tan estupendas como la matrícula gratuita y el abono de una guinea semanal: ¡aquello significaba y era la realización de sus más apetecidos sueños!... ¡Qué suerte tan asombrosa!... Los nombres de Huxley y de Lockyer, fueron su obsesión durante mucho tiempo... ¿Es, por lo tanto, extraño que por espacio de tres años enteros se hubiera dejado arrastrar por la carrera y que la carrera se hubiese convertido en el objeto único de su vida?...

Veamos á nuestro héroe en el comienzo del tercer curso de sus estudios, caminando hacia la Escuela Normal de Ciencias, que después ha recibido el nombre de Real Colegio de Ciencias. En la diestra mano lleva las asas de un saquito negro y reluciente, atestado de libros, cuadernos, notas y demás objetos necesarios para su último año de carrera; en la mano izquierda tenía un libro que no cupo en el saquito: un libro con los filetes dorados y cuya pasta se hallaba cuidadosamente resguardada por un forro de papel obscuro. Los dos años académicos transcurridos desde la salida de Whortley se hacían visibles en forma de un retorcido y no mal poblado bigote; el aspecto del joven era más modesto. Ya el señor Lewisham no creía, cual creyó cuando contaba diez y ocho primaveras, que la atención del mundo estaba fija en su persona; principiaba á comprender que existía mucha, muchísima gente á la cual le tenía sin cuidado que él viviera ó no. Pero si su aspecto era menos presuntuoso, en cambio reflejaba la satisfacción que se experimenta cuando los acontecimientos surgen y se resuelven satisfactoriamente.

Vestía — con una sola excepción — traje negro, traje de luto, en mediano uso. Llevaba luto por su madre, que un año antes de la fecha en que se reanuda esta crónica, falleció dejándole una herencia de cien libras esterlinas, cantidad que el señor Lewisham se apresuró á guardar en la Caja de Ahorros, sin acudir á ella más que para los gastos absolutamente indispensables de compra de los libros y de los instrumentos que requería su carrera de estudiante de gran porvenir. Porque,

al fin y al cabo, no obstante el tropezón dado en Whortley, el joven tenía por delante una carrera brillantísima, é iba consumiendo, cual devoradora llama, certificados y más certificados académicos.

Examinándolo atentamente, amable lectora, estoy seguro de que usted se hubiera fijado, fatal y necesariamente, en su cuello postizo, que relucía como reluce el caucho húmedo. Aun cuando la cosa nada tiene que ver con esta historia, necesito, antes de continuar, hacer una declaración; acaso si no la hiciera, usted no pondría la atención debida á mi relato. Ciertamente Londres encierra muchos misterios; pero ¿cómo explicar el brillo extraño del cuello postizo que llevaba el señor Lewisham?...

Las lavanderas y planchadoras baratas — usted lo sabe mejor que yo, amable lectora — dejan la ropa blanca con un tinte muy azulado. Así, pues, aquel cuello postizo debía, lógicamente, azulear, debía estar muy tieso, con los ojales estropeados y debía herirle y molestarle... Pero... ¿cómo se explicaba aquel brillo?...

Mirando más de cerca y atreviéndose á tocar, se hubiera usted encontrado con una especie de piel cadavérica, húmeda y fría. El cuello era de tela americana, impermeable; era uno de esos cuellos postizos que se lavan todas las noches en la palangana, con el cepillo de los dientes, y que se ponen á secar en el respaldo de una silla, para encontrarlos, á la mañana siguiente, limpios y brilladores.

Aquel cuello era el único que poseía nuestro héroe, y gracias á él ahorraba tres peniques semanales, cantidad respetable para el que estudia Ciencias al amparo de una beca y tiene que vivir con la guinea semanal que le abona un gobierno tan paternal como económico.

Este arbitrio de cuello impermeable fué un gran descubrimiento para el señor Lewisham; lo vió en el escaparate de una tienda de objetos de goma, lo admiró sumergido en un gran jarro de cristal, en compañía de varios peces de colores, y quedó prendado de aquella immaculada brillantez.

Pero su corbata, su corbata de color rojo encendido, hubiera admirado á usted, amable lectora. Era una corbata igual á las que, con arreglo á reglamento, llevan los jefes de los trenes de la Compañía de ferrocarriles del Sudoeste. No parecía nuestro héroe un elegante, y hasta había renunciado á la vanidad de usar anteojos ó monóculo. ¿No se ha preguntado usted, amable lectora, dónde puede verse una colectividad luciendo corbatas rojas que, en cierto modo, resultan emblemáticas?... Hay que confesar la verdad: el señor Lewisham se había hecho socialista.

La corbata roja era signo material exteriorizador de extraordinario progreso intelectual y moral. El señor Lewisham, no obstante las exigencias del estudio de la carrera, había leído por entero el Tratado de Lógica y algunos libros más. Había discutido, había sentido dudas, y, en el silencio de la noche, había pedido á Dios, para creer en su existencia, que le concediese inmediatamente fe grande y robusta. Pero... ¡ay! la Fe no bajó hasta él... Así, pues, el mundo, á juicio del señor Lewisham, era sencillamente un camino, interceptado por obstáculos en forma de exámenes, que conducía derechamente á un alto cargo en el foro ó en la política, según conviniera «á los intereses del partido liberal». Ahora percibía determinados aspectos del orden social, que no adivinó en Whortley. Sentía algo de la angustia sombría que se experimenta ante los sufrimientos y ante la extrema miseria que tiranizan á la masa obrera del moderno Londres. En su alma se reflejaba el contraste vívido y simbólico que le entraba por la vista. A un lado miraba los almacenes de carbón de Westbourne Park, con los cargadores declarados en huelga, flacos y hambrientos, y miraba á los niños mendigando por calles y plazas, y á los infelices desfalleciendo de necesidad en las puertas de las tiendas-asilo; y al otro lado, miraba las calles de Westbourne Grove, llenas de comercios deslumbrantes y recorridas por charolados carruajes, y en medio de aquel derroche de opulencia y de lujo, veíase él, pobre estudiante, con las botas remendadas y el traje modes-

tísimo, empujado y codeado por deslumbrantes bellezas y por altivos señores. Y la mortificación propia le enseñaba á compadecer los dolores ajenos y le mostraba en nuevos aspectos, y bajo distintas formas, los eternamente nuevos y eternamente brutales contrastes que presenta la realidad del humano vivir.

El señor Lewisham tenía la convicción inquebrantable, mejor dicho, el instinto, de que unos seres no tienen derecho á la felicidad, mientras á su lado existen otros infelices y menesterosos; por eso, las ostentaciones de la opulencia, le impresionaban como si fuesen crímenes. Creía firmemente que cada cual es responsable de sus actos. Aun era demasiado inocente para apreciar la estupidez moral suya y la de sus contemporáneos. Por entonces cayeron en sus manos algunos números del *Commonweal* y el folleto *Progreso y Pobreza*, escrito por H. George. Esto le decidió á dar por buena la teoría que proclama que los capitalistas y los grandes industriales se confabulan contra los obreros, que resultan mártires y víctimas inocentes. Resueltamente se declaró socialista, y en el acto sintió la necesidad urgentísima de realizar algún acto que pusiera de manifiesto sus opiniones. Entonces fué cuando salió á la calle y... ¡momento histórico!... ¡¡se compró la corbata roja!!

—Deseo que sea de color rojo sangre— dijo afablemente á la linda joven que estaba tras el mostrador de la corbatería.

—¿De qué color?— preguntó la joven con acritud.

—Rojo encendido, si me hace usted el favor— rectificó el señor Lewisham, ruborizándose.

Empleó gran parte de la noche y consumió gran dosis de paciencia, para adiestrarse en el difícil arte de hacerse un nudo elegante. Tal arte le resultaba completamente desconocido, porque hasta entonces siempre usó corbatas de nudo hecho.

Y así fué como el señor Lewisham proclamó la revolución social. La primera vez que salió á la calle con su símbolo al cuello, se dió de manos á boca con una larga fila de guardias de orden público, que

marchaban por Brompton Road. El flamante socialista iba en dirección contraria á la de los guardias. Comenzó á tararear, y al cruzarse con los agentes, adoptó gesto provocativo y canturreó la *Marsellesa*.

Conviene advertir que cuando esto aconteció estaban de moda las corbatas encarnadas.

En el momento actual nos encontramos al señor Lewisham entrando, por una cancela de hierro forjado, en el patio de la Escuela Normal. Los estudiantes, pertrechados de libros, de cartapacios y de estuches con instrumentos, se aglomeraban en el vestíbulo. Unos charlaban formando corrillos; otros leían en los tablones de anuncios las convocatorias de la *Debating Society*, y algunos compraban cuadernos, lápices, gomas ó puntas de dibujo, al vendedor predilecto. Había muchos novatos: alumnos de pago, ricamente vestidos con trajes negros ó de cuadros fantásticos, y cubiertos con sombreros de copa alta, y estudiantes pobres, como el señor Lewisham, humildes, respetuosos, con trajes modestos, raídos, inverosímiles ó ridículos. El señor Lewisham vió á uno con gorra de marinero bordada en oro, y vió á otro que llevaba mitones y, encima de los mitones, guantes. Grummett, el eterno periodista satírico, se encargaría de ridiculizarlo.

—¡Aquí está ya el socialista!— exclamó un burlón.

El señor Lewisham hizo como que no había oído, pero se ruborizó intensamente. La verdad es que le molestaba ruborizarse por cualquier cosa, teniendo veintitún años cumplidos. Volvió la vista hacia las convocatorias de la *Debating Society*— entre las cuales figuraba, para el viernes inmediato, la de la conferencia que, acerca del socialismo, daría J. E. Lewisham,— y abrióse paso, atravesando el vestíbulo, hasta el sitio en el cual el registro de inscripciones esperaba las firmas.

Muy pronto oyó que varios de sus compañeros le llamaban, y antes de llegar al registro tuvo que cambiar apretones de manos con los condiscípulos, y tuvo que recibir y que dar bienvenidas. Un alumno del segundo año, jaranero impertinente, señaló con el

dedo, para que lo viese un novato, «al bárbaro de Lewisham, empollón terrible, que alcanzó el número 2 en los exámenes de fin de curso... Pero todos estos que se revientan estudiando, se exponen á ser solemnísimos pedantes. ¡Exámenes! ¡Conferencias!... ¡Y más exámenes y más conferencias!... Ese tragalibros vive sin enterarse de lo que es vivir. ¡Ni por casualidad ha entrado una vez en un *music-hall*!»

El señor Lewisham oyó un silbido agudo y se precipitó hacia el ascensor, alcanzándolo en el momento en que se ponía en movimiento. No había luz, iban muchos, estaban apretados y apenas si se distinguía al conductor. Cuando el señor Lewisham procuraba conocer á los que subían con él, oyó que una voz femenina lo saludaba, llamándole por su nombre.

—¿Es usted, señorita Heydinger?— exclamó.— No veo... Supongo que habrá pasado bien las vacaciones...

CAPITULO IX

ALICIA HEYDINGER

Cuando llegó al último piso del edificio, se apartó para dejar paso á la única persona que había quedado con él en el ascensor. Aquella persona era la joven que le había saludado, y á la cual pertenecía el libro de filetes dorados, forrado con papel obscuro. Los demás estudiantes que iban en el ascensor se habían ido bajando en los diferentes pisos, donde se hallaban las aulas de Astronomía, de Química y de otras asignaturas, y sólo ellos dos subieron hasta el último piso, en el cual estaban instalados los gabinetes de Zoología, ciencia que ambos habían elegido para cursarla en el año tercero de carrera. La señorita Heydinger comenzó á andar por el amplio y bien iluminado corredor, sintiendo que, á pesar de sus esfuerzos, le salía el rubor á la cara. Lewisham observó que se había operado un cambio en la manera de vestir de la joven.

Durante el año anterior — su amistad sólo tenía doce meses de fecha — jamás pensó el estudiante en que aquella condiscípula fuese fea ó bonita. La única impresión que pudo recordar con claridad, en el período de vacaciones, fué la de que nunca la vió bien peinada, en términos que se le figuraba que Alicia estaba siempre inquieta, temiendo que el cabello se le soltase. También se acordaba de que la joven, con frecuencia fastidiosa, se andaba en la nuca, arreglándose la trenza. Haciendo un esfuerzo se acordó de que era rubia. Pero no tenía la más leve idea ni del color de los ojos, ni de los rasgos fisionómicos de la señorita Heydinger. ¡Ah, sí! Usaba impertinentes; pero ¿cómo vestía?... ¡Imposible le fué recordarlo! En suma, sus impresiones eran vagas, amorfas, incoloras.

Y, sin embargo, desde que la conoció, la vio amenuado. Al principio no cursaban las mismas asignaturas, y se encontraron casualmente en la *Debating Society*. Lewisham, entonces, comenzaba á sentirse socialista, y el socialismo les dió tema para charlar y les ofreció pretexto para entablar relaciones. Alicia mostróse interesadísima por las opiniones y por los juicios de su amigo, y la casualidad hizo que los jóvenes se encontrasen casi á diario en los claustros de la Escuela, en la Biblioteca general y en el Museo. Al poco tiempo, ya los encuentros no eran casuales y, por vez primera en su vida, Lewisham notó que poseía inventiva, facundia y amenidad para sostener una conversación.

La señorita de Heydinger estaba resuelta á espolear las ambiciones de Lewisham, lo cual era facilísimo. El joven tenía aptitudes excepcionales, pensaba Alicia, imaginando que ella podría dirigirlas ventajosamente; por de pronto, contribuía á hacerlo vanidoso. La joven se había matriculado en la Universidad de Londres, y al llegar el mes de Julio se presentó, al par que su amigo, á sufrir examen de Ciencias. Esto, que fué una temeridad de parte de Alicia, sirvió, naturalmente, para estrechar más las relaciones de amistad entre ambos condiscípulos. El examen de la señorita de Heydinger fué un fracaso; no obstante, el señor Lewisham la siguió considerando y estimando como si nada hubiera ocurrido.

Durante los días de examen, charlaron acerca de la amistad en general y acerca de temas análogos, paseando, á la hora del almuerzo, por Burlington Arcade, donde la gente elegante se divertía á más y mejor viendo la facha descuidada de la docta joven, y viendo la corbata roja del estudiante socialista. Un día, Alicia censuró á Lewisham por no leer poesías. Después de los exámenes, al despedirse en Piccadilly, convinieron en que, en las vacaciones, se cartearían para cambiar impresiones acerca de la poesía y acerca de ellos mismos; entonces fué cuando la señorita de Heydinger, después de titubear, decidióse á prestarle los poemas de Rossetti. Lewisham concluyó por olvidar lo que en

un principio le saltó á la vista: que la joven era dos ó tres años mayor que él.

Nuestro héroe pasó las vacaciones en casa de un tío suyo, hombre amable y hospitalario, el cual, por razón de sus ocupaciones como contratista de albañilería y de plomería, no simpatizaba con las ideas de su sobrino. Tenía este buen hombre seis hijos, el mayor de ellos de once años de edad; Lewisham procuró hacerse útil, dándole lecciones; además estudió mucho, preparándose para el año tercero y último de su carrera, año en el que se prometía realizar grandes hazañas... y, en fin, aprendió á montar en bicicleta.

También pensó en la señorita de Heydinger; también ella pensó en él.

Lewisham discutía sobre el problema social con su tío, que era persona influyente dentro del partido conservador de la localidad. El tío acostumbraba á discutir en forma contundente, aunque no muy cortés: «Los socialistas — decía — son los ladrones; el fin del socialismo es despojar á las personas decentes de lo que legítimamente han ganado, para repartírselo entre haraganes y descamisados; la gente rica es indispensable».

— Si no hubiese gente rica, ¿cómo iba yo á ganarme la vida?... Y tú ¿qué diablos ibas á hacerte?...

El socialismo — proclamaba á voz en cuello el contratista, — es una martingala inventada por los agiadores.

— Le sacan el dinero á los jóvenes incautos como tú y se lo gastan en beber *champagne*.

Y después de formular esta afirmación definitiva, se limitaba á contestar á todos los argumentos de su sobrino, diciendo enfáticamente: «¡*Champagne!*», y haciendo además de empujar el codo.

Como es lógico, Lewisham se encontraba un tanto aislado, y acaso lo dejaba entrever en las cartas que dirigía á la señorita de Heydinger. Por las que de ella recibió, comprendió que la joven también se dolía de aislamiento. Trataron, epistolariamente, de las diferencias que existen entre la amistad vulgar y la verdadera

amistad, y paso á paso llegaron á hablar de Goethe y de las afinidades electivas. Las cartas de Lewisham á Alicia estaban perfectamente redactadas. Si el joven hubiese sido periodista de los que cobran á tanto por línea, se hubiera dado cuenta de que cada misiva le representaba un día de trabajo. Pero le servía de consuelo forjar y releer aquellas epístolas, después de haber oído al contratista de albañilería y de plomería preguntarle burlescamente, á fuer de hombre práctico y experimentado, qué mundos se proponía conquistar con su ciencia.

Complaciéronle, excitáronle y produjéronle emociones exquisitas las poesías de Rossetti. Pero quedó grandemente sorprendido de las predilecciones literarias de la señorita de Heydinger. Rossetti era tan... refinado, tan... sensual. Nunca hubiera creído que su amiga era aficionada á aquel género de poesía.

Ahora, al entrar en la Escuela, experimentaba por su amiga mucho más interés que antes de las vacaciones. Los recuerdos confusos de su desaliño en el tocado, disipáronse al verla salir de las sombras del ascensor.

Iba Alicia peinada con esmero, y la luz brillantaba el matiz rubio obscuro de su cabellera; lucía traje amplio, de elegante sencillez, color verde y negro — era color de moda, — que hacía resaltar la blancura del rostro. Llevaba un sombrero lindísimo, que le sentaba admirablemente; aquel sombrero, á los ojos de una mujer, era revelador de intenciones... Pero conveníamos en que estos detalles no son de la competencia de un novelista masculino.

—Devuelvo á usted el tomo de poesías que se sirvió prestarme, señorita de Heydinger — le dijo Lewisham.

—Mucho me ha complacido ver el anuncio de la conferencia que va usted á dar acerca del socialismo — contestó la joven, tomando el volumen fileteado de oro y forrado de papel obscuro.

Echaron á andar juntos por el claustro que conducía al laboratorio biológico. Alicia se detuvo ante el perchero para quitarse y colgar el sombrero, some-

tiéndose á la costumbre reglamentaria que imponía á las alumnas el destocarse en público, y el ponerse en público la blusa de trabajo. ¡Y ni aun siquiera se les ofrecía un espejo!...

—Asistiré á la conferencia — exclamó la joven.

—Espero que ha de interesar á usted — contestó Lewisham, abriendo la puerta.

—He aprovechado las vacaciones para recoger documentos referentes á apariciones... Ya recordará cuánto hemos discutido sobre este punto... No me atreví á hablar de ello en mis cartas.

—Lamento muchísimo que aun siga alimentando tales creencias — observó Lewisham. — Creía que ya no se acordaba usted de ese asunto.

—¿Ha leído usted *En el año 2,000?*...

—No; pero me agradecería leerlo.

—Aquí le traigo con otros libros... ¿Quiere que se lo preste?... Pues espere á que llegue á mi mesa... Voy muy cargada.

Entraron en el laboratorio; Lewisham sostuvo galantemente la puerta para dejar paso á la señorita de Heydinger, la cual, con rapidez asombrosa, se arregló algunos rizos del cabello que se le habían soltado al quitarse el sombrero, y se acercó á un grupo formado por tres jovencitas. Dos de ellas la conocían por haber estudiado juntas los dos cursos anteriores, y la saludaron afectuosamente.

Era más que probable que ya habían comentado con miraditas el hecho de verla aparecer acompañada por Lewisham.

El ceño del catedrático de Biología — que era hombre de cierta edad y de aspecto atrabiliario — se desarrugó al ver á Lewisham.

—¡Bueno! Siquiera ya hay uno regular... — murmuró á media voz el descontentadizo sabio, que estaba pasando revista á sus alumnos.

La entrada de otro acabó de satisfacerle.

—¡Ah! ¡Aquí tenemos á Smithers!...

CAPITULO X

EN LA GALERÍA DE HERRAJES ARTÍSTICOS

Cuando se penetra en el Museo de la Escuela de Kensigton, por Brompton Road, la galería de herrajes artísticos se encuentra en el piso primero, á mano derecha. Pero el camino que hay que recorrer hasta dar con ella es por extremo complicado, y no todos lo conocen ni hallan guía, pues los jóvenes que van al Museo buscando impresiones científicas ó sensaciones de arte, procuran estar solos. La galería se halla instalada en un corredor, estrecho y sombrío, repleto de férreas cancelas, de cofres forrados de hierro, de cerraduras, de picaportes, de aldabones, de llaves tan grandes como caprichosas, de lámparas y de otros mil objetos de hierro viejo. Hay en la galería una balaustrada, en la que es posible apoyarse, para hablar de levantados y hermosos sentimientos, contemplando el cornudo Moisés de Miguel Angel ó la reproducción de la Columna de Trajano, que se remontan, cual gigantes, desde la sala baja y se elevan muy por encima del nivel de la galería.

Allí, un miércoles, al atardecer, estaban la señorita Heydinger y Lewisham; era el miércoles primero que siguió á la conferencia que, acerca del socialismo, dió nuestro protagonista.

La conferencia, lógicamente razonada, y desarrollada con emoción discreta, con elocuencia y buen método, había alcanzado éxito extraordinario. Hasta el descontentadizo Smithers se declaró convencido, y

la rectificación, que siguió al debate, fué tan completa como razonada; desde entonces comenzaron á manifestarse síntomas de jactanciosidad en el orador.

Lewisham, contemplando la estatua de Moisés, hablaba del porvenir. La señorita de Heydinger lo oía con atención admirativa.

—¿Y entonces?... —preguntó la joven.

—Habrá que conseguir que estas ideas penetren en la conciencia del pueblo. Para conseguirlo, fío en una buena propaganda hecha mediante libros, folletos y revistas. He pensado... He pensado...

Detúvose modestamente.

—¿En quien?... —exclamó con gran ansiedad la señorita de Heydinger.

—Lo confesaré: he pensado en... Lutero. Se me antoja que en el mundo hay sitio para un Lutero socialista... ¿Me comprende usted?...

—Sí... Sí... ¡Sería admirable!...

Lo que Lewisham pensaba lo habían pensado y lo continuaban pensando, por entonces, muchas personas. Pero numerosos é ilustres reformadores se han pasado más de siete años dando vueltas en torno de las murallas de la Jericó social, y aun cuando han trompeteado de firme y aun cuando han gritado hasta enronquecer, han obtenido resultados tan escasos — salvo algún que otro desplante de buen humor, realizado por los parapetados tras las fortificaciones, — que va siendo cada vez más difícil alimentar esperanzas de auroras revolucionarias.

—Sí — repitió la señorita de Heydinger. — ¡Sería admirable!...

Lewisham comprendía y estimaba el entusiasmo y la sinceridad de la aprobación de Alicia. Volvióse hacia ella y sorprendió en sus miradas admiración sin límites.

—En verdad que es una gran obra por hacer — exclamó, y añadió luego, modestamente. — Sólo hace falta poder hacerla. ¿Usted podría!

—¿Cree usted que sí?...

Lewisham, al formular la pregunta, se ruborizó de satisfacción.

—Sí, lo creo. Indudablemente, usted puede acometerla. Aun el fracaso, tendría grandeza. A veces...

La joven se detuvo titubeando. Lewisham la miró, aguardando el final de la frase.

—A veces creo que hay mayor grandeza en fracasar que en triunfar.

—No lo veo muy claro — contestó el Lutero en ciernes, volviéndose de nuevo á mirar á Moisés.

Alicia estuvo á punto de explicarse, pero se detuvo. Siguió una pausa contemplativa.

—Y luego, cuando muchas, muchísimas personas abundan en las ideas de usted... — exclamó la joven con acento interrogante.

—Entonces... habrá llegado el momento de formar un partido, y de poner en práctica las ideas.

Hubo otra pausa, llena, sin duda, de altos pensamientos.

—He observado — dijo bruscamente Lewisham, — que usted da... ánimos y alientos. Si no hubiese sido por usted, seguramente no me hubiera decidido á pronunciar mi conferencia acerca del socialismo.

Dejó de mirar á Moisés y sonrió á la joven.

—Usted sería una auxiliar valiosísima — exclamó.

Aquella fué una de las emociones más grandes en la vida de la señorita Heydinger.

—¿De veras? — preguntó irguiéndose, demudada, cohibida y mirándolo cara á cara. — Estoy satisfechísima.

—Aun no le he dado las gracias por las cartas que me ha escrito en estas vacaciones — dijo Lewisham. — He creído...

—¿Qué?...

—Que somos y que seremos amigos constantes, invariables... ¿Verdad?...

La joven tendióle la mano, y procurando reprimir la emoción, contestó:

—¡Sí!...

Lewisham dudó sobre si debía retener la mano que se le ofrecía. Las miradas de los jóvenes se cruzaron, y entonces Alicia hubiera dado media vida por lograr

expresar, con los ojos y con el semblante, los sentimientos que experimentaba. Para mayor desesperación, notaba que se le contraían los músculos de la cara, y pensaba que sus miradas eran impúdicas.

—Quiero decir — añadió Lewisham — que nuestro trato jamás se interrumpirá y que... trabajaremos siempre juntos...

—¡Siempre! Y en todo aquello en que de cualquier modo ó en cualquier forma pueda yo servir á usted... ¡cuente conmigo!

—Y juntos ambos... — dijo Lewisham tomándole una mano.

El rostro de Alicia resplandeció. Sus pupilas se embellecieron con la belleza de la emoción honda y sincera.

—¡Juntos los dos! — repitió.

Le temblaron los labios; sentía un nudo en la garganta; retiró la mano bruscamente y volvió la cabeza.

De repente se levantó y se fué hacia un extremo de la galería, y el apóstol del socialismo la vió buscarse el pañuelo entre los pliegues de la falda verde y negra.

La joven se había ido para que no la viera llorar.

Lewisham sorprendióse muchísimo de aquella intempestiva emoción. Siguió á la señorita de Heydinger y permaneció tras ella.

¿A qué venían las lágrimas?... Temió que entrase alguien en la galería y hallase á la joven llorando; con todo, se sentía vagamente lisonjeado. Alicia se contuvo, secóse el llanto y lo miró, sonriendo, con los ojos aun enrojecidos.

—¡Dispéñeme! — balbució con voz entrecortada. — Estoy contentísima... Lucharemos juntos... ¡Juntos los dos!... ¡Quiero ayudarle!... ¡Segura estoy de que le ayudaré!... ¡Es una obra grande la que puede realizar en el mundo!...

—¡Sólo usted puede ayudarme! — dijo Lewisham, soltando la frase que había estado preparando.

—No por completo; ¿ha pensado alguna vez — pre-

guntó Alicia bruscamente — en lo poquísimo que puede hacer en el mundo una mujer sola?...

—O un hombre — contestó el joven, tras breve reflexión.

Y así fué como Lewisham reclutó á su primer adepto para la causa de la corbata roja y de la gran obra futura... Y así fué como tuvo su primer confidente, pues hasta entonces, aparte de tal cual indiscreción y de las inscripciones en las paredes, siempre ocultó á todos sus ambiciones personales. Aun en la aventura amorosa de Whortley, hoy medio olvidada, á pesar de la intimidad á que llegó, supo callarse cuidadosamente los sueños, las esperanzas y los proyectos que acariciaba para el porvenir.

CAPITULO XI

EVOCACIÓN DE ESPÍRITUS

La señorita de Heydinger se resistía á creer en el espiritismo; esto provocó una discusión en el laboratorio, mientras tomaban el té. Hay que decir que en este curso las alumnas, viéndose en mayoría, habían organizado un té que comenzaba á las cuatro y terminaba á las cinco, con la llegada del bedel encargado de apagar las luces. Los alumnos solían ser invitados al té. Pero, en realidad, sólo dos podían disfrutar del convite, en razón á que no quedaban disponibles más que dos tazas, pues el diabólico Simmons había roto la tercera.

Smithers, estudiante de cuadrada cabezota y ojillos grises, se ensañaba negando la posibilidad de evocar los espíritus de los muertos; Bletcherley, luciendo corbata anaranjada y brillante melena, quería hacer patente su amplitud de ingenio.

—¿Qué es el amor? — preguntó. — Seguramente es algo inmortal.

Todos consideraron la pregunta inoportuna, y nadie le contestó.

Lewisham, como correspondía al alumno más caracterizado de aquel año, pesaba y medía opiniones, testimonios y argumentos, concienzudamente, reflexivamente, metódicamente, y acabó declarando que las sesiones y los *mediums* del espiritismo eran, lisa y llanamente, supercherías.

—Imposturas y necedades — exclamó ásperamente

guntó Alicia bruscamente — en lo poquísimo que puede hacer en el mundo una mujer sola?...

—O un hombre — contestó el joven, tras breve reflexión.

Y así fué como Lewisham reclutó á su primer adepto para la causa de la corbata roja y de la gran obra futura... Y así fué como tuvo su primer confidente, pues hasta entonces, aparte de tal cual indiscreción y de las inscripciones en las paredes, siempre ocultó á todos sus ambiciones personales. Aun en la aventura amorosa de Whortley, hoy medio olvidada, á pesar de la intimidad á que llegó, supo callarse cuidadosamente los sueños, las esperanzas y los proyectos que acariciaba para el porvenir.

CAPITULO XI

EVOCACIÓN DE ESPÍRITUS

La señorita de Heydinger se resistía á creer en el espiritismo; esto provocó una discusión en el laboratorio, mientras tomaban el té. Hay que decir que en este curso las alumnas, viéndose en mayoría, habían organizado un té que comenzaba á las cuatro y terminaba á las cinco, con la llegada del bedel encargado de apagar las luces. Los alumnos solían ser invitados al té. Pero, en realidad, sólo dos podían disfrutar del convite, en razón á que no quedaban disponibles más que dos tazas, pues el diabólico Simmons había roto la tercera.

Smithers, estudiante de cuadrada cabezota y ojillos grises, se ensañaba negando la posibilidad de evocar los espíritus de los muertos; Bletcherley, luciendo corbata anaranjada y brillante melena, quería hacer patente su amplitud de ingenio.

—¿Qué es el amor? — preguntó. — Seguramente es algo inmortal.

Todos consideraron la pregunta inoportuna, y nadie le contestó.

Lewisham, como correspondía al alumno más caracterizado de aquel año, pesaba y medía opiniones, testimonios y argumentos, concienzudamente, reflexivamente, metódicamente, y acabó declarando que las sesiones y los *mediums* del espiritismo eran, lisa y llanamente, supercherías.

—Imposturas y necedades — exclamó ásperamente

Smithers, mirando de soslayo, para ver si había dado en el blanco.

El blanco era un viejecito, de rostro pálido y de ojos grandes, casi incoloros, que, tranquilo é indiferente, estuvo de pie ante una de las ventanas del laboratorio, hasta que, en el calor de la discusión, se sintió aludido. Vestía chaqueta de terciopelo negro; se apellidaba Lagune; no se matriculaba con regularidad en los cursos académicos, y era uno de esos profanos á los que, por excepción, se les deja entrar en los laboratorios. Tenía fama de rico, era de temperamento batallador y se afirmaba que retó á Huxley á discutir en público sobre el materialismo; asistía á la cátedra de biología y, aun cuando con interrupciones, trabajaba — según decía — para combatir á la incredulidad empleando las armas de la incredulidad misma... Picó inmediatamente en el anzuelo que le tendió Smithers.

—¡Sostengo que no! — gritó saliendo de su sitio y adelantándose. Hablaba con algún ceceo. — Dispéñseme usted, señor mío, que le interrumpa; pero el asunto me interesa profundamente; Supongo que no molestó. Sírvanse dispensarme. Personalicemos la cuestión. ¿Soy yo, señor mío, imbécil ó impostor?...

—¿Eh? — exclamó Smithers, con la descortesía propia de un estudiante de Kensigton. — Veo que, efectivamente, personaliza usted bastante.

—Suponga, señor mío, que soy un observador de buena fe.

—¿Y qué?...

—Pues que yo he *visto* á los espíritus, he *oído* á los espíritus, y he *sentido* el contacto de los espíritus.

Y al hablar así abría desmesuradamente los ojos, grandes é incoloros.

—Entonces... ¡es imbécil! — murmuró Smithers á media voz, para que no le oyese el espiritista.

—Acaso usted se haya equivocado — observó Lewisham.

—Le aseguro que... otras personas, ven, oyen y sienten á los espíritus. He realizado experimentos, señor

mío. He procedido científicamente y he alcanzado pruebas. ¡Pruebas científicas, variadas y completas! ¿Acaso usted, caballero, ha intentado ver á los espíritus?...

—No he querido perder el tiempo tontamente — dijo Smithers.

—¡Muy bien! ¡Siempre los prejuicios!... Ya tenemos á un hombre que niega un hecho y *que no quiere* acercarse á ese hecho.

—Pero ¿es que usted pretende que cuantos no creen en los espíritus no tienen derecho para negar, hasta haber asistido á una sesión espiritista?...

—¡Naturalmente! ¡Naturalmente que pretendo eso! Hasta haber asistido á una sesión, ni se sabe nada, ni se puede hablar del asunto.

La discusión se fué acalorando. El caballero anciano perdió muy pronto los estribos; al cabo, dijo que conocía á un *medium* admirable...

—¿Retribuido? — preguntó Smithers.

—¿Ha encontrado usted la manera de que viva sin comer el buey que labra la tierra? — observó inmediatamente Lagune. — ¿No se fía usted de una balanza por haberla comprado?... Venga y se convencerá.

Smithers era, de todos, el más burlón y el más escéptico.

Lagune, exaltadísimo, gesticulaba y levantaba la voz. En el acto invitó á todos los alumnos de Biología á una serie de sesiones especiales.

—Todos á un tiempo, no... Hay que considerar que los espíritus... las influencias nuevas... Formaremos grupos... Advierto de antemano que puede ocurrir que no obtengamos resultado... Sin embargo, hay ocasiones... Me congratularía muchísimo...

Así fué como Lewisham se prestó á asistir á una evocación espiritista, á la cual concurrirían también la señorita de Heydinger y el escéptico Smithers; Lagune, su dactilógrafa y el *medium* completarian el número de los asistentes. Tras esta primera sesión, se celebraría otra para los restantes alumnos.

A Lewisham le satisfizo contar con el auxilio moral de Smithers.

—Será una noche perdida— exclamó este último, que estaba decidido á disputar á Lewisham la medalla del premio Forbes. — Pero en fin, demostraré que estoy en lo firme. Ya verán ustedes.

Lagune dió las señas de su domicilio, en Chelsea.

Cuando Lewisham llegó á la casa del propagandista del espiritismo, quedó admirado al encontrarse con un edificio magnífico.

Dejó el sombrero en el amplio y lujoso vestíbulo, junto á un sombrero femenino, de paja, con adornos verdes. Por una puerta entreabierta atisbó una biblioteca suntuosísima, estantes florados con bustos de mármol blanco, y una gran mesa-escritorio, llena de papeles y de legajos, y alumbrada por una lámpara eléctrica, con pantalla verde. La criada — á juicio de Lewisham — examinaba con inmenso desdén la corbata roja y algo deslucida del visitante; luego, dando media vuelta, le hizo subir á otro piso y llamó á una puerta, tras de la cual se percibía rumor de conversaciones.

—Ya han comenzado— cuchicheó la sirvienta á Lewisham. — El señor Lagune nunca sale.

Distinguió ruido de sillas y escuchó á Smithers reir nerviosamente. Lagune salió á abrir la puerta. Parecía más pálido y más pequeño que de costumbre, y parecía que se le habían agrandado los ojos.

—Ibamos á empezar sin usted. ¡Adelante! — le dijo el dueño de la casa.

La estancia estaba amueblada mucho más ostentosamente que el salón de actos de la escuela de Whortley, salón que, salvo algunas habitaciones del Palacio de Windsor, era lo más suntuoso que Lewisham había visto hasta entonces. Ante aquel mobiliario quedó tan admirado como cuando entró la primera vez en el Museo de Kensington. La impresión dominante fué la de comprender la inmensa superioridad social de los asientos; se le antojaba una impertinencia sentarse sobre muebles tan soberanamente majestuosos. Smithers, de pie, recostado sobre un armario lleno de libros, tenía aspecto tímidamente hostil. Luego, Lewisham entendió que Lagune les rogaba que tomasen asiento. Instalado

ya ante la mesa, se encontraba el *medium* Chaffery: hombre menudito, de apariencia bondadosa, con espesas patillas grises, boca rasgada, finos labios y barbilla puntiaguda y encorvada; por encima de sus lentes, con áurea montura, el *medium* examinó á Lewisham con mirada crítica y desconcertante; la señorita de Heydinger acudió en auxilio de su amigo y principiaron á charlar. Las respuestas de Lewisham no eran tan firmes como cuando estaban en la Galería de herrajes; realmente, la posición de cada uno de ellos había cambiado. La joven dirigía la conversación y él se encontraba cohibido. Vagamente comprendía que ahora, Alicia, le llevaba ventaja; después, á la derecha, entrevió una figura de mujer, vestida con traje obscuro.

Dirigiéronse todos hacia el centro de la habitación, rodeando á un velador sobre el cual se hallaban colocados un tamboril y una cajita verde. Lagune fué indicando con el dedo á los invitados los asientos que debían ocupar. Lewisham se encontró entre Lagune y el *medium*, y enfrente se colocaron Smithers y la señorita de Heydinger, unidos á Lagune por la dactilógrafa. Así quedaba el *medium* flanqueado por dos escépticos. Ya todos se encontraban sentados, cuando Lewisham, mirando por encima de Lagune, se tropezó con las miradas de la persona que estaba al otro lado del dueño de la casa. ¡Era... Ethel!... El traje verde obscuro, la falta de sombrero, y el tener el rostro menos sonrosado que antaño, la desfiguraban algo, sin bastar á impedir que la conociera en el acto. También los ojos de ella dieron á entender que había reconocido al antiguo amigo.

Inmediatamente, la joven volvió la cabeza. Huelga decir que la primera impresión de Lewisham fué de asombro. Hubiera querido hablar, pero no pudo: había perdido el uso de la palabra. Ni aun siquiera consiguió recordar el apellido de Ethel. Además, titubeó por verse en casa extraña y por ignorar si sería correcto dirigir la palabra á la joven: aun conservaba la superstición de la etiqueta. También le contuvo la idea de

que si hablaba, tendría que dar explicaciones á los allí reunidos...

—Señor Smithers, hágame el obsequio de no dejar encendido más que un hilito de la luz del mechero de gas — dijo Lagune; y de repente, quedáronse á oscuras y dejaron de verse.

El contacto de manos comprobóse con minuciosidad absoluta y se cerró el círculo, tocándose meñique con meñique. Las distracciones ostensibles de Lewisham le valieron una llamada al orden, hecha por Smithers. El *medium*, afablemente, hizo constar que no podía ofrecer nada, porque no poseía facultad «directorial» sobre las manifestaciones de los espíritus. Después, reinó silencio.

Durante mucho tiempo, Lewisham no prestó atención á lo que se estaba preparando.

Estaba sentado en la obscuridad, palpitando y tratando de evocar el fugitivo pasado que le evocó aquel semblante. Experimentaba tanto asombro como disgusto, porque había decidido que nunca más volvería á ver á la joven. Cierto que no sentía el dulce encanto de los días felices, ni la dulce inquietud que, recién llegado á Londres, lo llevó muchas veces á Clapham, con la esperanza de encontrarla; pero se hallaba abochornado por su estúpido mutismo y sentía rabia por lo embarazoso de la situación. Momento hubo en que pensó romper el pacto espiritista y gritar: «¡Señorita de Henderson!...» ¿Cómo era posible que se hubiese olvidado del apellido Henderson?... Aun era muy joven para no asombrarse de olvidos.

Smithers tosió de repente, sin duda con el propósito de darle el alerta.

Lewisham, esforzándose para cumplir bien con su cometido de vigilante, procuró mirar en derredor; pero la estancia se hallaba muy oscura y sólo percibió el ruido y el suspirar del *medium*. De la confusión mental en que el joven se hallaba, lo primero que salió á flote fué su vanidad personal. ¿Qué pensaría *Ella* de él?... ¿Acaso, cual él á ella, le buscaría ella á él, con la vista, entre las sombras?... ¿Aparentaría verla, por vez pri-

mera, cuando volvieran á encender las luces?... A medida que iba pasando el tiempo, se le figuraba que el silencio era más y más profundo. No había lumbre encendida en la estancia; tal vez por esto se estremeció de frío. De repente experimentó una duda curiosísima: ¿había visto en realidad á Ethel, ó la había confundido con otra persona?... Hubiera querido apresurar el fin de la sesión, para convencerse. Recordaba perfectamente, con detalles asombrosos, los días felices de Whortley, y... no sentía ni pizca de emoción.

De repente notó como si le corriera frío por la espalda.

Luego sintió como un soplo frío en el rostro, y se estremeció convulsivamente. Pensó en echarse á reír para demostrar que no tenía miedo. Un instante después sintió otro soplo, tembló de nuevo, y percibió intenso perfume de violetas. El dedo meñique de Lagune le comunicaba algo así como agitación nerviosa.

¿Qué le ocurría?...

La cajita de música colocada sobre la mesa dejó oír una sonatina vulgar y quejumbrosa, desconocida para el joven. Aquella música, subrayando el silencio general, acrecentaba la inquietud expectante. Lewisham, entonces, hizo examen de conciencia. ¿Qué le pasaba?... ¿Estaba todo lo atento que hacía falta?... Realmente se había distraído. Los espíritus no existían; los *mediums* eran farsantes, y él, él tenía como misión única la de hacer triunfar la verdad. Con todo, se encontraba perplejo y procuró observar con atención. ¿Quién había esparcido perfume de violetas?... ¿Quién había puesto en movimiento el mecanismo de la cajita de música?... Naturalmente que todo ello sería obra del *medium*. Trató de recordar si había oído ruido ó si había notado algún movimiento antes de que comenzase la música. Nada recordó. ¡Vaya! Había que estar más sobre aviso.

Sintió deseo vivísimo de descubrir con éxito la superchería y se imaginó, teniendo á Ethel por espectadora, la situación dramática que Smithers y él habían

preparado. Miró recelosamente, tratando de ver en la sombra.

Alguien, frente á él, se estremeció; el dedo meñique de Lagune temblaba más y más; luego, repentinamente, inopinadamente, rápidamente, comenzó junto á él una serie de choques y de golpecitos que lo sobresaltaron... tic, tac, toc, trac, truc... en la mesa, bajo los sillones, en el aire, sobre la cornisa... El *medium* suspiró, gimió, tembló, y su temblor nervioso se transmitió, por simpatía, á cuantos formaban el corro. La sonatina se fué extinguiendo, cesó y volvió á vibrar con más intensidad.

¿Cómo se producían estos fenómenos?... Escuchó á Lagune hablar con respetuosa ansiedad.

—¿El abecedario?... — preguntaba. — Emplea... ¿empleamos el abecedario?...

Un golpe más fuerte sonó sobre el velador.

—¡No! — contestó el *medium*, interpretando el sonido.

Continuaron los golpecitos, haciéndose oír en todas partes.

Indudablemente, aquello era una superchería. Lewisham trató de adivinar el mecanismo que debían emplear; á la vez se fijó en el *medium* y cuidó mucho de que no se interrumpiera el contacto entre los meñiques.

A lo lejos, en la sombra, comenzó una serie de golpes fuertes, que tenían sonoridad casi metálica. Luego cesó el ruido, y de nuevo se escuchó la sonatina; al cabo de un instante, enmudeció la cajita de música...

La inmovilidad y el silencio eran completísimos. Lewisham sentía tremenda excitación nerviosa. Principió á sentir inesperadas dudas, al par que miedo por lo que pudiera ocurrir. La obscuridad le producía como ahogo.

Tembló. Algo daba golpes sobre el velador. Percibió sonido de metal golpeado, crujido de papeles que se arrugan, susurros de viento, sin que hubiese movimiento

de aire, y, en fin, tuvo la conciencia de que allí había algún objeto que se agitaba.

La sobreexcitación de Lagune se comunicaba mediante temblor convulsivo; la mano del *medium* se estremecía. En la sombra, por encima del velador, surgió algo débilmente luminoso, algo así como una mancha blanco-grisácea que movía y proyectaba tenue luz entre las formas indecisas.

El objeto, fuera lo que fuera, se elevó más, ascendió lentamente y se desvaneció. Lewisham seguía con atención extraordinaria aquella forma luminosa que le resultaba fantástica, extraordinaria, inexplicable. Hasta se olvidó de Ethel. La pálida luminosidad siguió subiendo, subiendo... Al fin vió que aquello era un brazo espectral, una mano de muerto, que se cernía, que se cernía... Lentamente, conscientemente, cruzó el espacio y pareció tocar á Lagune, que se estremeció. Luego, la mano se volvió dulcemente y rozó á Lewisham, que rechinó los dientes. No era posible dudar de que unos dedos lo habían acariciado. Casi á la vez, la señorita de Heydinger gritó que le pasaban una mano por el cabello, y á la vez, la cajita de música volvió á entonar la quejumbrosa sonatina. El óvalo indeciso del tamboril se acentuó, se movió, sonó, y Lewisham lo escuchó chocar contra Smithers; luego pareció que volaba y se perdía en la altura. Seguidamente, una mesa, muy distante del *medium*, comenzó á rodar.

Parecía absurdo suponer que el *medium*, que estaba quieto y sentado tranquilamente, pudiese ocuparse en tantas y en tan distintas cosas, por ridículamente insignificantes que fueran. Después de todo...

La mano espectral voltejeó rozando los párpados de Lewisham. Cerníase vacilante. De vez en cuando abría y cerraba los dedos...

Sonó un ruido; un ruido grande; ¿qué procedía hacer?...

Lewisham notó que perdía el contacto con el meñique del *medium*. Intentó restablecerlo, no lo consiguió. Al fin lo atrapó, y para mayor seguridad, agarró

el brazo... Escuchó una exclamación, un golpe, un juramento ahogado... y... ¡paf! la luz de gas iluminó la escena.

Lewisham se puso de pie y vió que todos se inclinaban hacia las dos personas más inmediatas á la luz. Smithers se destacaba del grupo; se erguía triunfadoramente, abriendo con una mano la llave del mechero de gas y sujetando con la otra el puño del *medium*, que tenía cogido el tamboril acusador.

—¿Qué tal, Lewisham? — exclamó Smithers.

—¡Lo pescamos!... — contestó Lewisham, adelantándose y esquivando las miradas de Ethel.

—¿Qué pasa? — preguntó el *medium*.

—¡Que hemos pescado al que hacía trampa! — voceó Smithers.

—¡Está usted en un error! — replicó el *medium*. — Cuando usted abrió la llave del mechero de gas... alcé la mano... para coger el tamboril... porque creí... creí que iba á caer sobre mi cabeza.

—Señor Smithers — observó Lagune. — Ha hecho usted muy mal... muy mal...

El tamboril cayó ruidosamente al suelo. El *medium* se demudó, exhaló un gemido y se tambaleó. Lagune llamó para pedir un vaso de agua; todos esperaban que el *medium* se desmayara; todos menos Lewisham, que había vuelto á pensar en Ethel. Volvióse para juzgar el efecto que en la joven producía esta escena, de la cual era él actor principal. La vió inclinada sobre el velador, como si estuviese buscando algo. La joven no le hacía caso; toda la atención la concentraba en el *medium*. Tenía el rostro desencajado y pálido; de repente, cual si se hubiera dado cuenta de que la observaban, se irguió, y su mirada se encontró con la mirada de su antiguo amigo.

Retrocedió azorada, contraída, y, por último, le hizo cara con gesto hosco, incomprensible.

Lewisham aun no se había dado cuenta de la situación y quiso demostrar que estaba de acuerdo con Smithers. En aquel instante, la actitud de la joven le hizo fijarse en el objeto hacia el cual se inclinaba

Ethel; aquel objeto era una especie de membrana arrugada, un guante neumático abandonado sobre el velador. Indiscutiblemente, era instrumento auxiliar del *medium*.

Lewisham se apoderó del guante, y entregándose á Smithers, exclamó:

—¡Allá va eso! Veamos, ¿para qué sirve?...

Observó entonces que la joven temblaba y que Chaffery, el *medium*, la miraba airadamente. Lewisham comprendió entonces que Ethel era cómplice de aquella farsa. Y al pensar en que él triunfaba y en que había encontrado un testimonio de acusación irrefutable contra ella... sintió su gozo en un pozo.

—¡Bravo! — gritó Smithers, ostentando el guante. — ¡Bravo, por mi camarada Lewisham!... ¡Bien hemos pescado al fullero!... ¡Esto es aún más gordo que lo del tamboril!...

Tenía las pupilas inflamadas por el júbilo; se estremeaba de satisfacción.

—¿Ve usted, señor Lagune?... — continuó diciendo. — El *medium* tenía el guante entre los dientes y lo inflaba soplando... ¡no vale negar!... Señor *medium*, supongo que no temería usted que esto le diera un coscorrón, como asegura que temió del tamboril... ¡Vean, señores, vean la mano luminosa, la mano de los espíritus!...

CAPITULO XII

LEWISHAM INCOMPRESIBLE

Aquella misma noche, cuando la señorita de Heydinger se dirigía, acompañada por el señor Lewisham, hacia la estación de Chelsea, descubrió que su amigo estaba de un humor endiablado. Alicia había sufrido impresión violenta con la escena en la cual su amigo había actuado; la impresión fué tanto mayor, cuanto que la joven, en otro tiempo, creyó en las manifestaciones exotéricas, y la revelación que acababa de presenciar la sumió en un piélago de confusiones. Los detalles del suceso los recordaba de un modo muy vago, pero colocaba á Lewisham á la misma altura que Smithers, en el triunfo científico que puso fin á la sesión. En una palabra, sentíase orgullosísima. No le molestaba que sus creencias hubieran sido derrotadas por Lewisham; únicamente experimentaba fiera indignación contra el *medium*.

— ¡Es horrible! — murmuraba Alicia. — ¡Vivir á costa de engaños! ¡Cómo ha de mejorar el mundo si las personas inteligentes y cultas se consagran á nublar los cerebros!... ¡Es horrible! ¡Qué hombre tan repugnante!... Hasta su voz es antipática... He pasado un mal rato viendo á la jovencita... Debía estar... sí, estaba avergonzadísima... Y si no, ¿por qué comenzó á llorar desconsoladamente?... De veras que me inspiró lástima... Cuando se llora como lloraba la jovencita, es... es porque algo grande se rompe ó se hunde en el mundo de los sentimientos... ¿Qué será?...

Alicia calló. Lewisham andaba, mirando con fijeza

al vacío, acaso riñendo interiormente algún sañudo combate.

— Esto me recuerda á *Sludge, el «medium»* — observó la señorita de Heydinger.

Lewisham no contestó. Su amiga lo examinó atentamente.

— ¿Ha leído usted *Sludge, el «medium»*?

— ¿Qué? ¿Qué?... Dispénsame; estaba distraído... ¿*Sludge*?... ¿El *medium*?... Pues si creía que se llamaba... sí, si se llama Chaffery.

Y al hablar así miraba á Alicia, cual si ansiase muchísimo dilucidar esta cuestión.

— Me refiero al *Sludge* de Browning. Ya usted sabe... ¡al poema!...

— No lo recuerdo... Creo que no lo he leído — murmuró Lewisham.

— Pues se lo prestaré á usted. ¡Es admirable! Hasta sirve para explicar lo que acabamos de descubrir en la sesión de hoy.

— ¿De veras?...

— Hasta ahora no se me había ocurrido, pero ahora lo veo muy claro. Todo consiste en ofrecer un puñado de dinero á unos pobres poco escrupulosos, siempre y cuando la sesión espiritista alcance buen éxito. Por la codicia hacen fulleras, por la codicia amañan trampa... Es la inmoralidad... determinada por la corrupción...

Alicia se expresaba con frases entrecortadas, porque Lewisham, sin advertirlo, caminaba rápidamente, á zancadas.

— Y yo me pregunto... lo que... esa gentuza... podría ganar... trabajando honradamente.

Lewisham se dió cuenta, de un modo vago, de la pregunta que le hacían. Por segunda vez salió de su abstracción y dijo:

— ¿Que cuánto podrían ganar trabajando honradamente?... Pues... no tengo idea de ello.

Y se calló.

— Todo este asunto — murmuró luego — es muy enigmático. Necesito reflexionar.

—¿Verdad que resulta extraordinariamente complejo y obscuro?... — observó Alicia, algo sorprendida.

El resto del camino, hasta la estación, ninguno de los dos volvió á hablar. Se despidieron cambiando un apretón de manos; muy cariñoso por parte de ella, muy distraído por la de él. Cuando el tren arrancó, Alicia recordó con todo detalle el gesto y las miradas de Lewisham. Indudablemente, la había estado mirando sin verla, pensando en algo remoto, cual si ya se hubiese olvidado de su compañera y amiga.

Le dijo que quería reflexionar. Pero dos cerebros, pensaba la señorita de Heydinger, valen más que uno para formar juicios. Dolíase de que su condiscípulo no la hiciese partícipe de las angustias mentales que experimentaba.

—¿Por qué tendremos las almas prisioneras y distanciadas?... — se preguntó Alicia, mirando por la ventanilla las formas indecisas que ante su vista pasaban.

Experimentó decaimiento repentino y se sintió sola, absolutamente sola, en un mundo vacío.

Prestamente tornó á la realidad de la vida. En el mismo departamento, dos personas la observaban con aire de censura. Apartó las manos, que se había llevado á los ojos, y fingió que estaba arreglándose el cabello.

CAPITULO XIII

LEWISHAM, INSISTE

Ethel Henderson, sentada ante la máquina de escribir, en el hueco de una de las ventanas del despacho del señor Lagune, miraba, con triste desaliento, los tonos grises y azules de un crepúsculo de Noviembre; tenía pálido el rostro, enrojecidos los párpados, cual si hubiera llorado recientemente, y dejaba caer las manos sobre las rodillas. El señor Lagune acababa de salir, dando un portazo.

—¡Dios mío! — decía la joven. — ¡Quisiera morirme! ¡Quisiera verme muy lejos de aquí!...

Quedóse pensativa.

—¿Qué he hecho — murmuró — para merecer tan horrible castigo?...

La verdad es que nadie la hubiera creído una víctima perseguida por el destino, al verla tan linda, tan juvenil y tan seductora. Sobre la cabecita lucía hermosa cabellera negra, rizada naturalmente; cejas bien dibujadas, formaban arco gracioso sobre los ojos, que eran muy bellos; y tenía el cuello, blanco y torneado. De la nariz no hay que hablar; no desmerecía de las demás facciones. La estatura era mediana; el talle, esbelto; y el traje, elegante, negro con reflejos áureos, mangas largas y falda plegada, según los preceptos de la moda. Y, sin embargo, aquella joven, sentada ante la máquina de escribir, deseaba morir y se preguntaba «qué había hecho».

En la estantería, que llenaba las paredes del despacho, se destacaban inacabables filas de volúmenes pre-

suntuosamente necios: eran las obras de Lagune; eran el producto de la insubstancial y laberíntica compilación filosófica que llenaba la vida de aquel maniático. Sobre los armarios se destacaban los bustos de Platón, de Sócrates y de Newton. A espaldas de Ethel estaba la mesa-escritorio del grande hombre, con la lámpara eléctrica de pantalla verde, y con montañas de pruebas y de ejemplares del *Hesperus*, periódico para los incrédulos, que el espiritista, con la colaboración de Ethel, redactaba, editaba, publicaba, y sin la colaboración de Ethel, pagaba y lefa. La pluma, arrojada violentamente por el señor Lagune, temblaba aun, semihundida en la boca del tintero.

Después de la catástrofe ocurrida el día anterior, el ancianito había quedado sumido en amarga desesperación, y antes de salir dando un portazo tremendo, desahogó la bilis en monólogos agresivos. Lo sucedido era, indiscutiblemente, la ruina de su existencia: ni más ni menos. ¿Estaba la joven enterada de que Chaffery era un impostor?... ¿No?... ¿Después de tantas bondades!...

—¡Sí, señor!... ¡Tiene usted razón!... ¡Tiene usted razón!... — interrumpió Ethel, sollozando.

Pero Lagune, implacablemente, afirmaba que la joven lo había engañado, más aún... ¡que lo había puesto en ridículo!... ¿Cómo proseguir ahora la labor comenzada en la Escuela de Kensington?... ¿Dónde iba á encontrar ánimos y auxilio, cuando hasta la dactilógrafa lo sacrificaba á las supercherías de su padrastro?... Supercherías... ¡sí!... supercherías.

El vejete manoteaba, abría indignada y enormemente los ojos y gritaba hasta enronquecer.

—Si mi padrastro no hubiera engañado á usted, otro lo hubiera hecho en su lugar.

Esta fué la contestación, poco satisfactoria, que Ethel dió, y que el investigador de manifestaciones exotéricas no quiso acabar de oír.

Aquel enojo era tal vez menos malo que una despedida, pero, en cambio, duraba más tiempo. Y luego, cuando Ethel volvía á su casa, se encontraba con Chaf-

fery encolerizado y fuera de quicio, porque su hijastra no pudo coger el guante neumático. Indudablemente, el *medium* no tenía derecho ni razón para regañar á la joven; pero cuando se está de mal humor, se suele peder la noción de justicia. Chaffery decía que lo del tamboril hubiera podido explicarse, pretextando que lo tomó, cuando Smithers encendió la luz, para evitarse un coscorrón. Pero ¿cómo explicar satisfactoriamente lo del guante neumático?... Fingió que se iba á desmayar, para atraer la atención y dar tiempo á que Ethel quitase de enmedio aquella prueba comprometedor. ¡Era estúpido, completamente estúpido, pensar que alguno iba entonces á fijarse en el velador!...

Un reloj de carruaje, encerrado en un estuche y colocado junto al tintero de la mesa-despacho del señor Lagune, dejó oír las campanaditas de las cinco. Ethel hizo girar el taburete en que estaba sentada y quedóse inmóvil, mirando el reloj; luego sonrió melancólicamente, con infinita melancolía.

—Volver á casa — murmuró — y empezar de nuevo y trabajar siempre y siempre igual... Estuve torpe... lo reconozco... Debí ocultar el guante... Tuve tiempo para escamotearlo... ¡Engañar... escamotear... preparar y realizar supercherías!... Se avergonzó de mí... estoy segura... Sus amigos le acompañaban...

Calló un momento y quedóse contemplando el vacío.

Luego suspiró, se frotó los párpados y echó á andar.

Atravesó el vestíbulo, se puso el sombrero y la chaqueta-abrigo y salió á la calle, húmeda y fría. Apenas había dado veinte pasos cuando comprendió que un hombre la seguía y se le acercaba; todas las jóvenes que tienen necesidad de salir solas, adquieren extraordinaria finura de vista, de oído y hasta de «olfato»; Ethel había aprendido mucho desde sus escapatorias en Whortley. Siguió andando sin volver la cabeza. El que la seguía le interceptó el paso, obligándola á detenerse. Alzó la vista, muy indignada, y se encontró... con Lewisham. El joven estaba palidísimo.

Titubeó, y al fin, sin hablar, le tendió la mano. Ethel la estrechó maquinalmente.

—Señorita de Henderson — exclamó Lewisham.

—¿Qué quiere usted?... — contestó Ethel con voz ahogada.

—No lo sé... — contestó el joven. — Deseo que hablemos...

—¡Ah!

Ethel sintió que el corazón le latía violentamente.

Lewisham, aun cuando se esforzaba, apenas podía articular palabra.

—Yo... Yo... ¿Espera usted á alguien?... ¿Va usted muy lejos?... Tengo gran empeño en que hablemos... Hace un tiempo infer...

—Voy á pie hasta Clapham — contestó Ethel. — Si quiere... acompañarme durante parte del camino...

Muy azorada echó á andar. Lewisham la acompañó. Caminaron juntos sin hablarse, teniendo mucho que decirse y no sabiendo cómo empezar.

—¿Se ha olvidado usted de Whortley? — preguntó Lewisham bruscamente.

—No.

El joven la miró y la vió con la vista baja.

—¿Por qué no me ha escrito usted?... — preguntó Lewisham con amargura.

—Le escribí.

—Quiero decir que por qué no volvió á escribirme.

—Volví á escribir... en Julio.

—No he recibido esa carta.

—No... me la devolvieron.

—Pero la señora Munday...

—Me olvidé del apellido de esa señora, y dirigí la carta á la Escuela.

Lewisham reprimió una exclamación.

—Lo lamentó mucho — murmuró Ethel.

Siguieron andando, sin desplegar los labios.

—Anoche... — principió á decir Lewisham. — Acaso fuí indiscreto, pero...

Ethel respiró con más desahogo.

—Señor Lewisham — le dijo, — el hombre que vió usted anoche... el *medium*... es mi padastro.

—¿Y qué?...

—¿No es bastante?...

Lewisham calló un momento.

—¡No! — contestó.

Hubo un silencio penoso.

—No — continuó con más decisión. — Me río yo del padastro de usted. Lo que deseo es sencillamente saber si usted estaba de acuerdo con él.

La joven palideció, y dos ó tres veces intentó inútilmente contestar.

—Señor Lewisham — exclamó al fin, — créalo ó no lo crea... júzguelo imposible... pero le aseguro, bajo palabra de honor... que no sabía á ciencia cierta... que mi padastro...

—¡Ah! — interrumpió Lewisham, dándose por satisfecho. — Con razón supuse...

Durante un momento, Ethel lo miró cara á cara, con gran fijeza; luego, rompiendo á llorar, balbució:

—Lo sabía... Estaba enterada de todo... Perdóneme que haya mentado... Sabía que se trataba de una farsa...

Lewisham la contempló con indignación y con asombro, dió un paso hacia atrás, y luego volvió á emparejar con ella. Siguióse profundísimo silencio, silencio que parecía inacabable. Ethel ya no lloraba, sentía mucha rabia, y no se atrevía á mirar á su acompañante. Este habló por fin.

—¡Bueno! — murmuró lentamente. — ¡Lo mismo dá! ¡Me tiene sin cuidado!

Bruscamente doblaron una esquina y se encontraron en Kin's Road, en medio de multitud de carruajes y de transeúntes; de repente, unos granujillas, que llevaban un maniquí vestido de harapos, les rodearon y les hicieron separarse. En las calles frecuentadas hay que hablar á gritos, monosilábicamente, ó hay que callarse.

Lewisham observó á su amiga y la encontró muy serena. Pronto, abandonando la muchedumbre, Ethel entró en una calle solitaria, sombría, con casas que

tenían cerradas las puertas y las ventanas; allí pudieron reanudar el diálogo.

—Comprendo lo que me quiere decir — exclamó Lewisham. — Lo comprendo. Usted se enteró de todo, sin querer enterarse.

Pero la joven ya tenía formados sus planes.

—Al final de esta calle — le dijo sofocando un sollozo — es preciso que se marche usted. Le agradezco mucho que haya venido, señor Lewisham. Pero usted se avergüenza de mí, estoy segura de que se avergüenza. El dueño de la casa, en la que soy dactilógrafa, es espiritista; mi padrastro se gana la vida sirviendo de *medium*, y mi madre es espiritista. Hizo usted bien en no dirigirme anoche la palabra... Hizo muy bien... Le agradezco mucho que me haya buscado; pero... tenemos que separarnos. La vida es muy dura... Márchese cuando lleguemos al final de la calle... al fin de la calle...

Lewisham anduvo un centenar de pasos sin responder; luego dijo:

—Voy con usted hasta Clapham.

Silenciosamente llegaron hasta el final de la calle. Entonces Ethel se volvió, murmurando:

—Retírese.

—¡No! — replicó Lewisham obstinadamente, y quedaron, frente á frente, mirándose sin hablar.

—Escúcheme — insistió Lewisham. — No acierto á expresar lo que siento... ni yo tampoco lo sé... pero no quiero que se vaya ahora como se fué antaño. No quiero que de nuevo dejemos de vernos. He pasado la noche sin poder dormir. Me tiene sin cuidado el sitio en que usted esté, y la profesión de sus padres, y la intervención en los manejos del *medium*. Usted, en lo sucesivo, no dependerá de nadie... ¿Cómo?... ¡Aun no lo he resuelto! Pero... ¡lo resolveré!... Necesito que nos volvamos á ver... Nunca la he olvidado... ¡Nunca!... Y ahora que la encuentro, no me resigno á dejarla.

—Ni usted ni yo hemos de ganar nada con volvernos á ver — exclamó Ethel, no menos resuelta que su compañero.

—Pues no me separo de usted.

—Pero ¿por qué?...

—Porque estoy decidido — murmuró solemnemente Lewisham.

Y efectivamente, encarándose con Ethel, le hizo á quemarropa una pregunta á la cual ella no quiso contestar. Siguieron andando, sin hablarse. Al fin ella, con acento nervioso y entrecortado, exclamó:

—Deseo que me deje. Hay entre nosotros diferencias muy grandes. Anoche pudo convencerse... Usted ayudó á que se descubriera el amaño...

—Cuando llegué á Londres estuve recorriendo Clapham, procurando y esperando encontrar á usted — dijo Lewisham.

Atravesaron el puente, y cuando se volvieron á hablar, estaban en una callejuela, flanqueada por tenduchos, próxima á la estación de Clapham. Ethel, aparentando indiferencia, se obstinaba en no volver la cabeza hacia su acompañante.

—Lamento mucho — insinuó Lewisham con enfática cortesía — que mi proceder aparezca como una imposición. Aunque usted quiera enterarme, yo no quiero saber nada de esas cuestiones de familia... Al ver á usted he sentido algo inexplicable... Necesito que hablemos... No he dejado de pensar en el rostro de usted... en la sonrisa que usted me dirigió cuando saltó la valla próxima á la esclusa... en el té que tomamos juntos... y... en muchas cosas más... (Pausa prolongada.) Sí... en muchas cosas más... Si usted me permite que venga...

Lewisham recibió la llamada por respuesta.

Atravesaron las interminables calles que arrancan de la estación, y se dirigieron hacia el Municipio.

—Vivo en el final de esta calle — exclamó Ethel, deteniéndose de repente, — y desearía que...

—Pero si aun no le he dicho nada de lo mucho que necesito decirle...

La joven, emocionada, sin poder articular palabra, irguió el semblante palidísimo.

—Es inútil... — balbució. — Estoy complicada en esas... — y se calló.

—Volveré mañana por la tarde — advirtió Lewis-ham resueltamente.

—No venga usted.

—Sí, vendré.

—No.

—Vendré.

Ethel no pudo ya ocultarse el gozo que experimentaba. Sentía miedo y júbilo al verlo y al pensar en que lo volvería á ver; imaginaba que él debía adivinarle tales sentimientos. Cesó de decir que no, y le tendió la mano, sin hablarle. Y al día siguiente, firme en su sitio, según había prometido, se encontró con Lewis-ham.

CAPITULO XIV

EL PUNTO DE VISTA DEL SEÑOR LAGUNE

Tres días estuvo sin asomar por el laboratorio biológico de la Escuela de Kensigton el señor Lagune. Pasados tres días, se presentó más animoso que de costumbre. Todos esperaban verlo renegando del espiritismo, pero, con gran sorpresa, lo encontraron más lleno de fe y de entusiasmo propagandistas. Ni aun los argumentos de Smithers le acoquinaron. Discusión ruidosa suscitóse en torno del descabalado juego de té, y hasta el ayudante-preparador intervino en el debate, riéndose de las objeciones embarulladas de Smithers. Porque al principio, Smithers discutió con aplomo y con cortesía presuntuosa; pero al cabo, se arrebató y perdió los estribos.

Lewisham, según notó la señorita de Heydinger, hizo la triste figura en el debate. Una ó dos veces estuvo á punto de interpelar al señor Lagune, pero, sin duda, juzgó más prudente callarse, aun en los momentos en que las palabras pugnaban por escapársele.

Lagune daba explicaciones claras y terminantes del escándalo.

—Chaffery — decía — me lo ha confesado todo. Su punto de vista...

—Un hecho es un hecho — interrumpió Smithers.

—Un hecho es una síntesis de impresiones — replicó Lagune. — Ya lo comprenderá usted cuando tenga más años y más experiencia. La otra noche estábamos en abierta discrepancia... Chaffery sabía que ustedes no estaban iniciados y... los trató como á novatos... Preparó una demostración...

—Es inútil... — balbució. — Estoy complicada en esas... — y se calló.

—Volveré mañana por la tarde — advirtió Lewis-ham resueltamente.

—No venga usted.

—Sí, vendré.

—No.

—Vendré.

Ethel no pudo ya ocultarse el gozo que experimentaba. Sentía miedo y júbilo al verlo y al pensar en que lo volvería á ver; imaginaba que él debía adivinarle tales sentimientos. Cesó de decir que no, y le tendió la mano, sin hablarle. Y al día siguiente, firme en su sitio, según había prometido, se encontró con Lewis-ham.

CAPITULO XIV

EL PUNTO DE VISTA DEL SEÑOR LAGUNE

Tres días estuvo sin asomar por el laboratorio biológico de la Escuela de Kensigton el señor Lagune. Pasados tres días, se presentó más animoso que de costumbre. Todos esperaban verlo renegando del espiritismo, pero, con gran sorpresa, lo encontraron más lleno de fe y de entusiasmo propagandistas. Ni aun los argumentos de Smithers le acoquinaron. Discusión ruidosa suscitóse en torno del descabalado juego de té, y hasta el ayudante-preparador intervino en el debate, riéndose de las objeciones embarulladas de Smithers. Porque al principio, Smithers discutió con aplomo y con cortesía presuntuosa; pero al cabo, se arrebató y perdió los estribos.

Lewisham, según notó la señorita de Heydinger, hizo la triste figura en el debate. Una ó dos veces estuvo á punto de interpelar al señor Lagune, pero, sin duda, juzgó más prudente callarse, aun en los momentos en que las palabras pugnaban por escapársele.

Lagune daba explicaciones claras y terminantes del escándalo.

—Chaffery — decía — me lo ha confesado todo. Su punto de vista...

—Un hecho es un hecho — interrumpió Smithers.

—Un hecho es una síntesis de impresiones — replicó Lagune. — Ya lo comprenderá usted cuando tenga más años y más experiencia. La otra noche estábamos en abierta discrepancia... Chaffery sabía que ustedes no estaban iniciados y... los trató como á novatos... Preparó una demostración...

—La preparación ya nos encargamos nosotros de demostrársela — gritó Smithers.

—Precisamente. A no haber sido por la interrupción de usted...

—¡Oh!...

—Producía, por sí, los efectos rudimentarios...

—¡Ya lo comprobamos!...

—No lo niego. Pero tal y como me lo ha explicado... era... necesario... justificable... Los fenómenos psíquicos son de extremada sutileza; requieren un aprendizaje depurador de las facultades observadoras... Un *medium* es un instrumento mucho más delicado que una balanza de precisión ó que un grano de bórax y... ¡cuenten ustedes el tiempo que se necesita para obtener resultados satisfactorios con los boratos!... En el orden elemental, en la fase preliminar, las condiciones son demasiado informes...

—Para ser honradas.

—Aguarde un momento. ¿Hay falta de honradez en preparar una demostración?

—Naturalmente que la hay.

—Pues en esa falta incurren los profesores de ustedes.

—Lo niego *in toto* — replicó Smithers, repitiendo, con fruición, *¡in toto!*

—Hace usted bien — objetó Lagune. — Pero tengo pruebas de lo que afirmo. Los profesores de Química... puede usted comprobarlo cuando guste, siempre incurren en fullerías á propósito de la indestructibilidad de la materia... Otro caso... en Física... ¿Recuerdan el experimento á que me refiero?... Para demostrar la rotación de la tierra, emplean... emplean el...

—El péndulo de Foucault — observó Lewisham. — Toman una esfera de caucho, y, merced á la punta de un alfiler, acentúan la desviación del péndulo.

—Pero el caso es distinto — exclamó Smithers.

—Aguarde un poco — insistió Lagune, sacándose del bolsillo un recorte del periódico. — Vea esta nota bibliográfica, procedente de *La Naturaleza*, en la cual se da cuenta de la obra que acaba de publicar un sabio de

tan alta nombradía como el profesor Greenhill. Y... ¡entérese!... Una aguja, hábilmente colocada, era la base del aparato demostrador de las velocidades virtuales. Lea... si es que duda. Porque supongo que usted duda de mí.

Smithers cesó bruscamente de negar *in toto*.

—No es lo mismo, señor Lagune, no es lo mismo. Lo que se permite en cátedra ó en una conferencia, se permite no como prueba de los hechos... sino como medio para dar idea de ellos.

—Así se hizo en mi demostración — replicó Lagune.

—Nosotros lo entendimos de distinto modo.

—Eso les ocurre siempre á las personas profanas, cuando asisten á una conferencia científica. Necesitan ver para creer.

—No me importan los ejemplos — exclamó Smithers. — Dos errores no constituyen una verdad. Amanar una demostración es un engaño.

—Opino como usted, y así se lo he dicho á Chaffery, que, como no es profesor fatuo ni adorno bien retribuido de la roca de la verdad, cual estos sabios fulleros de aquí, me oye y me atiende. Chaffery mira las cosas desde el mismo punto de vista que los catedráticos de ustedes; pero yo soy más riguroso: le he exigido que no vuelva á hacerlo...

—Hasta la próxima sesión... — murmuró Smithers zumbonamente.

—No hay sesión próxima. He dado por terminadas las exhibiciones elementales. Hay que creer en la palabra de un observador práctico, de igual modo que se cree en la de un catedrático de análisis químico.

—Pero... ¿piensa usted seguir trabajando con ese pobre hombre, al cual hemos pescado haciendo trampas descaradas?...

—¿Y por qué he de prescindir de su colaboración? Smithers, que intentó razonar por qué debía prescindir de Chaffery, se hizo un lío.

—Insisto en creer — afirmó Lagune, — que ese hombre disfruta de potencia especial.

—Para engañar — interrumpió Smithers.

—Elimino el engaño — exclamó Lagune, muy tranquilo. — Según eso, usted no debe estudiar la electricidad, porque se escapa del cuerpo. Toda ciencia nueva es fugitiva. Ningún investigador sensato se negaría á analizar un compuesto, á pretexto de que podía encontrar substancias inesperadas. «Tal cosa se disolverá en tal ácido, al cual no quiero estudiar.» ¿Le parece á usted lógico?... ¡Qué curiosas resultarían las investigaciones científicas, hechas con criterio semejante!...

Al llegar aquí, Smithers se descompuso y se olvidó de las consideraciones que, á duras penas, guardó hasta entonces.

—Me río de cuanto usted dice... ¡Todo eso es una necedad!... ¡Una idiotéz!... Por mucho que discuta usted, ¿á quién convence?... Ponga á votación el asunto.

—¡Sería el colmo del ejercicio del sufragio! — murmuró Lagune. — ¡Elegir, semestralmente, la verdad, por mayoría ó por unanimidad de votos!...

—Eso es no contestar — voceó Smithers. — Eso es salirse por la tangente.

Lagune, excitado y animoso, iba ya por la escalera, cuando Lewisham, pálido y jadeante, le dió alcance; el vejete, que se fatigaba mucho al andar, no se fijó en la turbación del joven.

—Interesante ha sido la conversación — exclamó Lewisham. — ¡Muy interesante!

—Me complace mucho, muchísimo, que así la haya encontrado usted — contestó Lagune.

Hubo una pausa. Luego, Lewisham, bajando la cabeza, insinuó:

—Y aquella señorita... que según oí es la dactilógrafa de usted...

Detúvose, falto de aliento.

—¿Qué?... — preguntó Lagune.

—¿Es *medium* ó cosa semejante?...

—No... — respondió Lagune, tras breve reflexión. — No es *medium*... ¿Por qué me lo pregunta usted?...

—¡Oh! Sólo por curiosidad.

—¿Acaso se ha fijado usted en sus ojos?... Es hijas-

tra de Chaffery, que, á pesar de sus habilidades, resulta, indiscutiblemente, un gran *medium*. Es extraño que usted se haya fijado... También yo, mirándola, me he preguntado alguna vez si no habrá en ella algo psíquico...

—Algo... ¿cómo ha dicho usted?...

—Psíquico... ¡naturalmente, en estado embrionario! No sólo lo he pensado, sino que hace poco le hablé al padrastro...

—¿Sí?...

—Sí, señor; á Chaffery, huelga decirlo, le agrada ver desenvueltas esas facultades hoy latentes, pero es difícil comenzar... ¿me comprende usted?...

—¿No quiere ella?...

—Hasta ahora, no. Es una buena chica, pero en estas materias resulta... tímida. Experimenta aversión, repugnancia... algo como pudor.

—Ya entiendo.

—Pero con tiempo y paciencia se consigue todo, y no desconfío de ir la acostumbrando.

—No — contestó Lewisham.

Habían llegado al fin de la escalera. El joven titubeó.

—Después de la discusión de esta tarde — dijo aparentando gravedad, — me ha dado usted mucho que pensar.

Volvióse hacia el registro, donde debía firmar.

—Ya observé que usted no estaba en actitud tan intolerante como el señor Smithers — dijo Lagune. — Ya lo observé. Es preciso que le preste un libro ó dos, si es que el estudio de la carrera le deja tiempo para leer.

—Gracias — respondió lacónicamente Lewisham, despidiéndose.

La firma en el registro resultó temblona y poco legible.

—¡Que el diablo me lleve, si consiento en que venza su timidez y sus dudas!... — murmuró Lewisham.

CAPITULO XV

EL AMOR POR LAS CALLES

Lewisham no veía muy claro de qué modo se iba á arreglar para contrarrestar los planes de Lagune; realmente, no veía claro nada de cuanto ocurría. Dijérase que el juicio, el raciocinio y las facultades emotivas ó imaginativas se habían declarado independientes de su voluntad. Las cosas enormes que consideró inminentes, dieron por resultado inmediato que se dedicase á acompañar á Ethel durante... (hay que ser exactos) durante sesenta tardes. Cada día de cada una de las semanas de los meses de Noviembre y de Diciembre, excepción hecha de una ó de dos veces que tuvo que ir á los barrios del Este para comprarse un gabán, aguardó la salida de la señorita de Henderson y la acompañó hasta su casa. Estos paseos resultaban tan curiosos como desprovistos de finalidad: comenzaban, invariablemente, por vagos deseos, y también, invariablemente, terminaban con algo así como desaliento y disgusto. El paseo principiaba con gran puntualidad, al sonar las cinco en la puerta de la casa de Lagune, y acababa misteriosamente en la esquina de una calle de Clapham, calle flanqueada por casitas grises, con el pavimento hundido y decoradas con estucados de pésimo gusto. En el fondo de esta calle, noche tras noche, Ethel desaparecía, perdiéndose entre las sombras y brumas, más allá del radio lumínico de una farola de gas. Lewisham la veía desaparecer, suspiraba, daba media vuelta y se iba á su casa.

Durante el paseo charlaban de esto y de lo otro, de las observaciones superficiales que cada uno hacía res-

pecto á su persona, de sus trabajos y de sus aficiones, y siempre dejaban de decirse algo, algo que no querían confesarse y que quitaba sinceridad á sus confidencias incompletas.

Sin embargo, por lo que hablaban, Lewisham llegó á formarse vaga idea del hogar en que vivía su novia. Naturalmente, no tenían criados, y la madre debía ser una mujer débil de carácter, que se pasaba la vida por los rincones, llorando ante la menor contrariedad. Alguna que otra vez, Ethel sentíase locuaz, y en sus palabras intercalaba mucho: «esto es lo que mamá dice». La madre apenas salía de casa. Chaffery se levantaba siempre muy tarde, y, de tiempo en tiempo, se ausentaba por varios días. Era cicatero; daba veinticinco chelines para el gasto semanal, y claro es que con tal suma no podían hacerse milagros. Entre madre é hija no debía existir gran intimidación ni gran cariño. Cuando la madre enviudó, mostróse exageradamente coqueta, y cuando se casó con Chaffery, que era su huésped, la boda dió lugar á hablillas en la vecindad. Para casarse y evitarse disgustos con Ethel, y evitar que esta oyera murmuraciones y críticas, fué por lo que la mandó una temporada á Whortley. Pero todo esto se le antojaba á Lewisham muy antiguo, muy lejano, muy ficticio, al recorrer calles y más calles de extramuros, en compañía de su novia.

El paseo, la animación, el calor del cuerpo, el roce con Ethel, la dulzura de la voz de la joven y la suavidad de la mano que á veces estrechaba... constituían el presente, la realidad.

La sombra de Chaffery y de sus supercherías velaba el cuadro, indefinido á veces, y á veces definido y obscuro.

Entonces Lewisham se impacientaba, abría un paréntesis en los recuerdos sentimentales y formulaba preguntas que casi tocaban al borde de los abismos de la duda. ¿Había ella *ayudado* alguna vez? «No», contestaba Ethel. Luego añadía que en su casa se había sentado una ó dos veces para completar el círculo. Pero no ayudaría más, lo prometía, si es que la pro-

mesa era necesaria. Con motivo del escándalo en casa de Lagune, había sufrido grandes disgustos. Su madre hizo la causa del padrastra, y le regañó también. ¿Había motivo para que le regañasen?...

—*Evidentemente, no; usted no hizo nada censurable*— afirmaba Lewisham.

La joven enteró á su novio de que Lagune había estado contrariado y excitadísimo los tres días siguientes al de la sesión, entregándose á desesperados soliloquios, sin otro público que Ethel (oyente retribuida con veintidós chelines semanales). Luego, cuando se fué tranquilizando, resolvió sermonear duramente á Chaffery, por su mala fe. Pero ocurrió precisamente todo lo contrario, y Chaffery fué el que sermoneó de firme; Smithers se vió malparado en la discusión, porque los argumentos no salieron del menguado cacumen de Lagune; el *medium* fué el que habló por boca del vetusto espiritista. Conviene advertir que á Ethel le molestaba tratar de Chaffery y de espiritismo.

—¡Si usted supiera qué agradable es no pensar en eso y contentarnos con vernos y con charlar un rato!...—decía la joven.—¿Para qué insistir sobre lo mismo?—añadía cuando Lewisham se obstinaba en preguntar.

A veces, Lewisham quería obtener más detalles; era difícil demostrar la utilidad de tales interrogatorios. De este modo continuaba conociendo imperfectamente la situación, y mientras tanto, iban pasando semanas. Los sesenta paseos vespertinos, tal cual los recordó más adelante, fueron maravillosamente distraídos y variados: tardes húmedas y brumosas, luego pobladas de densas nieblas, de magníficos velos blanco-grisáceos, que convertían cada acera y cada trozo de acera en habitación cerrada. ¡Sublimes nieblas! ¡Fuentes de goces infinitos!... Gracias á ellas, no resultaba censurable que dos jóvenes paseasen cogidos del brazo, y por ellas podía, un enamorado audaz, permitirse mil imprudencias tan insignificantes como deliciosas, y podía acariciar una mano pequeñita, encerrada en un guante de cabritilla, barato, pero en mal uso... Las esquinas de las calles eran inquietantes; carruajes y

camiones surgían de improviso en medio de la obscuridad, dejando ver los encendidos faroles; los mecheros de gas del alumbrado público eran insuficientes para poder caminar sin tropiezo; todo esto eran motivos muy bastantes para proteger más y con más exquisito cuidado á una jovencita delicada, aun cuando la jovencita había atravesado sola, y sin que nada le ocurriese, las nieblas de tres inviernos londinenses. Además, la niebla permitía á un novio llegar, sin temor á que lo vieran, hasta la misma puerta de la casa de la novia.

Huyeron las nieblas demasiado pronto, siendo substituidas por noches despejadas, intensamente frías, y á veces iluminadas por la luna. Las heladas eran espantosas; las luces del gas y las de las tiendas proyectaban claridad enérgica; hasta las estrellas parecía que se habían helado y que vibraban silenciosamente en vez de titilar. Un abrigo forrado de falso astracán substituyó á la chaqueta de entretiempos que usaba Ethel, y el sombrero quedó reemplazado por una gorra, también de falso astracán, que dejaba al descubierto la blanquísima frente de la joven, frente bajo la cual brillaban las pupilas, como en el cielo las estrellas. Los paseos resultaban muy divertidos, pero... ¡eran tan cortos!... ¡hay tan pocos kilómetros de Chelsea á Clapham! Se convino en rodear, entrando por callejuelas; luego, cuando los primeros copos de nieve anunciaron que se acercaba la Noche Buena, se acordó dar un nuevo rodeo por King's Road, primero, y luego por Brompton Road y por Sloane Street, para ver los escaparates de las tiendas, repletos de novedades y de objetos lindísimos. Entonces, teniendo en cuenta la gravedad de las circunstancias, Lewisham tomó veinticinco chelines, de las cien libras esterlinas de su herencia materna, y compró para Ethel una sortija de oro y perlas. La entrega del anillo requería un ceremonial; cuando Ethel estuvo cerca de su casa, se quitó el guante y el novio le colocó la sortija; después creyóse facultado para besar la uña sonrosada y la primer falange de un dedito, amaratado por el frío.

—¡Esto es una locura! — exclamó ella. — ¿Qué podremos hacer... nunca?...

—Esperar — contestó Lewisham, con acento rebosante de vagas promesas.

Luego, meditando sobre el asunto, otra noche avanzó más y habló á Ethel del porvenir brillante que tenía derecho á esperar un alumno de la Escuela de Kensington: rector de colegio, profesor auxiliar de Ciencias en las escuelas de los condados del Norte, inspector de enseñanza, preparador, y... hasta profesor numerario. Y después... Y después... A todo ponía la joven oído complaciente é incrédulo, sintiendo temor y gozo al escuchar aquellas fantasías.

La entrega de la sortija de oro y perlas no fué, naturalmente, más que una simple fórmula. Ni la joven podía usarla en su casa, ni en casa de Lagune; resolvió llevarla al cuello, pendiente de un cordoncito. Lewisham se imaginaba al anillo muy abrigado, sobre el corazón de Ethel.

Cuando compró la sortija, pensó guardarla para regalo de Navidad. Pero no supo resistir al deseo de ver, cuanto antes, la satisfacción que experimentaría su novia.

La víspera de Noche Buena, por virtud de una combinación ingeniosa de Ethel, los jóvenes pasaron juntos todo el día. Lagune estaba en cama con bronquitis y dejó en libertad á la dactilógrafa. En el Real Colegio había vacaciones, y Lewisham estaba libre. Rehusó aceptar la invitación de su tío el contratista, pretextando que «el trabajo» le obligaba á quedarse en Londres; en realidad, el trabajo de no trabajar le representaba un exceso de gastos de una libra esterlina ó de más. Los enamorados, perfectamente insensatos, á fuer de enamorados, no anduvieron á pie la víspera de Navidad, nada más que veinticinco kilómetros. Había helado mucho, y una capa de nieve cubría el piso; el cielo era uniformemente gris; trozos de hielo colgaban de los faroles del alumbrado, y las aceras relucían al cuajarse la nieve, que iba haciéndose más y más resbaladiza, á medida que el día avanzaba. Ya

sabían los novios que el Támesis ofrecía maravilloso espectáculo, pero lo reservaron para final. Por de pronto, caminaron por Brompton Road.

Bueno será describirlos tal y como iban: Lewisham llevaba gabán de paño azul, con cuello de terciopelo, guantes forrados, corbata roja y sombrero flexible; Ethel lucía un abrigo que había estado muy de moda dos años antes, y gorrita de astracán; ambos tenían las mejillas sonrosadas, por obra del frío, y de vez en cuando, se cogían tímidamente del brazo, procurando curiosarlo todo. Los escaparates de las tiendas resultaban variadísimos y muy interesantes en Brompton Road, pero no podían compararse con los de los almacenes de novedades de Piccadilly, rebosantes de chucherías raras y sugestivas, de naderías tan lindas como costosas. Lewisham, á pesar de su antigua hostilidad, se abstuvo de criticar á la gente acaudalada que compraba aquellos objetos, y se abstuvo al ver la complacencia con que Ethel miraba y remiraba tanta y tanta vistosa frivolidad.

Subieron por Regent Street y se detuvieron, sucesivamente, ante la tienda de los diamantes americanos, ante la de peinados y ante un escaparate lleno de pollitos vivos. Lentamente, y examinándolo todo, recorrieron Oxford Street, Holborn, Ludgate Hill, Saint Paul's Churchyard, Leadenhall y los mercados, en los cuales los pavos, ocas, gansos y capones — los pavos están en mayoría, — aparecen colgados á millares.

—*Es preciso* que le compre á usted algo — dijo Lewisham.

—¡No! ¡No! — contestó Ethel, sin apartar la vista de los racimos de volatería.

—Es preciso — repitió Lewisham, — y conviene que usted escoja, para evitar que la compre algo que no sea de su gusto.

Pensaba el galán en adquirir algún broche ó algún cinturón.

—No quiero que malgaste el dinero; además, ya tengo la sortija.

Pero Lewisham continuó insistiendo.

—Bueno... Pues ya que es preciso... Estoy muriéndome de hambre... ¡Cómprame algo que comer!

¡Oh chanza grande y memorable! Inmediatamente, Lewisham condujo á Ethel á un lugar imponente, en el cual las servilletas estaban dobladas en forma de mitra episcopal. Almorzaron, cada cual una chuleta que royeron hasta el hueso, y un plato de patatas fritas, y entre ambos bebiéronse una botella pequeña de vino blanco, que Lewisham pidió sin saber lo que pedía, al consultar la lista de los vinos. ¡Ni ella ni él habían bebido, hasta entonces, vino en las comidas! El rótulo de la botellita decía: *¡Chípse!* Y en efecto, aun cuando fabricado artificialmente, el vino era Chípse muy aromático y muy agradable. Aquel lujo costó un chelín y seis peniques. Ethel, admirada de tanta magnificencia, se bebió vasito y medio del extraordinario vino.

Después, entonados y confortados, bajaron hacia la Torre; el gigantesco Puente de la Torre, empenachado por la nieve, adornado por festones de hielo, y con los arcos laterales semiobstruidos por helados bloques, ofrecía aspecto fantástico. Como los novios estaban ya hartos de ver escaparates y de sufrir empujones de la gente, buscaron con ansia la soledad.

La vista del Támesis resultaba sencillamente maravillosa; el gran río, franjeado de hielo en una y en otra orilla, arrastraba en el centro trozos de hielo flotante, que caminaban lentamente, reflejando en su bruñida superficie las tintas encendidas del sol que agonizaba en el charco de sangre del vespertino crepúsculo. Sobre el agua volaban y revolaban grandes bandadas de graznadoras gaviotas, de palomas y de cuervos. En la ribera de Surrey, los edificios se destacaban como masas grisientas, confusas, misteriosas; los botes, bloqueados por el hielo, veíanse abandonados y silenciosos; acá y acullá se distinguía una ventana iluminada. Prontamente el sol desapareció tras el azulado horizonte, y la ribera de Surrey ocultóse entre la niebla, dejando ver algunas manchitas de luz amarillenta, que fueron multiplicándose poco á poco.

Cuando los novios pasaron el puente de Charing Croos, enfrentaron con el Palacio del Parlamento, que se alzaba en el extremo de una media luna de lámparas de oro, débilmente aureoladas por un círculo azul, y como suspendidas en la niebla, entre la tierra y el cielo; el reloj de la Torre brillaba, semejando un sol de invierno. En el paseo no hubo un instante de aburrimiento, ni de disgusto; el único punto negro que surgió, surgió al final.

—Hasta la vista, querido — dijo Ethel. — He pasado un día felicísimo.

Lewisham aproximó mucho el rostro al de su novia.

—¡Hasta la vida! — murmuró, estrechándole la mano y suplicándole con la mirada.

La joven se inclinó y con acariciador acento murmuró:

—Hasta la vista... queridísimo mío.

De repente, y sin que el caso pueda explicarse, Lewisham se sintió petulante y exclamó, soltando la mano que hasta entonces estrechaba:

—Siempre sucede lo mismo. Somos felices, soy yo feliz, y luego... y luego... Usted se marcha...

Calló, cual si interrogase con el silencio.

—Querido — contestó Ethel, — es necesario esperar. Hubo otra pausa.

—¡Esperar! — repitió Lewisham, y titubeando, enmudeció. — ¡Hasta la vista! — murmuró al fin, como si rompiese el hilo que los sujetaba.

CAPITULO XVI

PENSAMIENTOS DE LA SEÑORITA DE HEYDINGER

El camino de Chelsea á Clapham y el de la Escuela de Kensigton á Battersea, máxime si se alarga el primero mediante rodeos, llegan á estar muy próximos. Una tarde, poco antes de Noche Buena, la señorita de Heydinger y una de sus amigas se encontraron con Lewisham que iba acompañando á Ethel. Pero Lewisham no reparó en ellas, porque toda la atención la llevaba puesta en la cara de su novia.

—¿Ha visto usted?— preguntó maliciosamente la amiga de Alicia.

—¿A quién?... ¿Al señor Lewisham?— contestó la señorita de Heydinger, con acento de absoluta indiferencia.

Al llegar á su casa, Alicia se encerró en la habitación que sus hermanitas llamaban «el santuario». El santuario era una alcoba, convertida en cuarto de estudio, con muebles de tapicería y con las paredes cubiertas por papel floreado. Los objetos que eran orgullo de su dueña, estaban sobre la mesa-escritorio, enmedio de la habitación; el microscopio se entronizaba sobre un no muy firme velador octógono, colocado ante la ventana. Sobre estanterías, de fabricación indiscutiblemente femenina, veíanse los brilladores lomos de los libros de poesías de Shelley, de Rossetti, de Keats y de Browning, y veíanse volúmenes de las obras de Ruskin, ejemplares de discursos positivistas, folletos socialistas, manuales científicos y cuadernos de apuntes, en cantidad abrumadora. Los grabados que

adornaban las paredes hablaban elocuentemente de ambiciones estéticas y pregonaban, al par, cierta extravagancia ó incomprensión de los asuntos; allí figuraban «El espejo de Venus», de Burne Jones; «La Anunciación», de Rossetti, y la de Filippi; y «El amor y la vida» y «El amor y la muerte», de Wats. Entre las fotografías se destacaba un grupo del comité de la *Debating Society*, hecho el año anterior; enmedio del grupo, Lewisham sonreía tímidamente, mientras que la señorita de Heydinger, desenfocada, á la derecha, resultaba casi invisible.

En este momento, Alicia, hundida en una butaca, de espaldas á la fotografía, clavaba las pupilas encendidas en la lumbre de la chimenea y reflexionaba, con la mano en la barbilla.

—¡Debí adivinarlo tiempo ha!— se dijo. —Después de aquella sesión... cambió por completo... (Sonriendo amargamente.) Y ella será alguna dependiente de comercio... (Quedándose pensativa.) Supongo que todos los hombres son iguales... Concluyen siempre volviéndonos á buscar... algo maltrechos... ¿Volverá él?... Esta es mi duda... ¿Por qué me engañará?... ¿Por qué me finje?... Bellas, bellas, bellas... esto es lo que necesitamos ser... ¿Qué hombre duda al elegir?... Y él va por la calle pensando sólo en ella... y mirándose en ella... y olvidándose de todo... Se ha retrasado mucho en la disección... eso salta á los ojos de cualquiera... Apenas si se preocupa de tomar notas...

Largo rato quedóse Alicia silenciosa. Por la expresión del semblante se comprendía que su abstracción era más grande y más intensa. Principió á morderse el dedo pulgar, con lentitud primero, y con más fuerza y frecuencia después. Nuevamente comenzó á hablar á media voz.

—¡Cuántas cosas!... ¡Cuántas cosas grandes hubiera podido hacer!... Tiene capacidad, constancia y energía. ¡Y todo esto cede ante una cara bonita! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Por qué me has dado sólo cerebro y corazón?...

Bruscamente púsose de pie, con las manos crispadas

y juntas, y con el semblante desencajado, pero sin derramar una lágrima. Luego, languideciendo, dejó caer una mano á lo largo del cuerpo, apoyó la otra sobre un fósil, que adornaba la chimenea, y fijó la vista en las rojizas llamas.

— ¡Y pensar en lo mucho que podríamos haber hecho!... ¡Qué desilusión!... Trabajar, aprender, pensar... ¡Esperar y esperar siempre!... Despreciar los artificios mezquinos de la mujer... confiar en el buen juicio de un hombre... y de repente despertar como las vírgenes locas... y comprender que la hora de vivir se pasó... (con lástima y piedad en el semblante, como compadeciéndose á sí misma.) ¡Frustración!... ¡Frustración!... ¡Luchar en vano! (Con voz velada por la emoción.) Nunca... ¡nunca seré feliz!...

La grandiosa perspectiva del porvenir que tanto acariciara, se alejó raudamente y se desvaneció, mostrándose más y más esplendorosa á medida que más y más se alejaba: tal como un sueño en el momento de despertar. La visión de su aislamiento inevitable, claro y preciso, reemplazó, con la brusquedad de lo real, á la idealidad perdida. Estaba y continuaría estando sola, débil, pequeña... mientras el olvidadizo Lewisham se iba... se iba con una empleadilla de comercio... Al fin, el llanto llenó las pupilas y corrió torrencialmente por las mejillas. Miró en derredor, cual si buscara alguna cosa, arrodillóse ante la butaca... y, con voz entrecortada por los sollozos, rezó pidiendo á Dios misericordia y consuelo.

Al día siguiente, un alumno de Biología hizo notar á una condiscípula que las extravagancias «heydingerescas» habían vuelto á aparecer. La alumna miró hacia el fondo del laboratorio.

— Es una mala recaída — murmuró. — De veras aseguro que ni sabría peinarme tan mal, ni podría llevar los horrorosos sombreros que usa Alicia.

Continuó examinando con mirada crítica á la señorita de Heydinger, que, sin preocuparse de nada ni por nadie, estaba de pie, contemplando, desde una de las ventanas del laboratorio, las nieblas de Diciembre.

— ¡Está muy pálida! — observó el alumno. — ¿Será por exceso de trabajo?...

— Pues, si trabaja mucho, le aprovecha poco — contestó la alumna. — Ayer le pregunté cuales eran los huesos del segmento parietal, y Alicia no supo decirme el nombre de ninguno... ¡ni siquiera de uno!...

Al otro día, el sitio de la señorita de Heydinger permaneció vacío. Cayó enferma — de exceso de trabajo, según dijeron, — y la enfermedad no se curó hasta quince días antes de los exámenes de fin de año. Entonces la volvieron á ver, muy pálida y muy animosa, haciendo esfuerzos inútiles por ganar el tiempo perdido.

CAPITULO XVII

EN LA GALERÍA DE RAFAEL

Aun no eran las tres de la tarde y ya estaban encendidas todas las lámparas en el laboratorio de Biología; la clase entera se hallaba ocupada en seccionar, con los cortaplumas, raíces de helecho y en examinarlas al microscopio. Un jovencito, muy callado y muy parecido á una rana, trabajaba con gran ahinco, asemejándose más que de costumbre, á una rana modesta y compungida. Detrás de la señorita de Heydinger, tan fatigada y tan desaliñada como antaño, se veía un sitio vacante, un microscopio abandonado y lápices y cuadernos en desorden.

En la puerta de la clase aparecía la lista de los estudiantes aprobados en el examen de fin de año. A la cabeza figuraba el nombre del jovencito-rana; tras él aparecían el de Smithers y el de una alumna. Lewisham encabezaba modestamente la segunda serie; el nombre de la señorita de Heydinger faltaba: había sufrido un fracaso. El fracaso era, sin duda, la compensación de refinadísimas emociones.

En la anchurosa soledad de la galería reservada en el Museo para los cuadros de Rafael, Lewisham estaba sentado, entregándose á sombrías meditaciones. Con mano distraída, se retorció nerviosamente el ya indiscutible bigote, manifestando predilección singular hacia aquellos pelos que eran lo suficientemente largos para ser mordidos.

Hacía grandes esfuerzos por examinar claramente la situación. Aun sentía la viva contrariedad de su derro-

ta: esto baste para dar idea del estado de ánimo en que se encontraba. La sombra de la derrota, ensombreciendo las llamaradas de su orgullo, y haciéndoselo ver todo negro, le presentaba las cosas en aspectos completamente nuevos. La soberana hermosura de sus sentimientos amorosos, se había eclipsado en el rincón más escondido de su corazón. Experimentaba odio salvaje contra el jovencito-rana; motejaba á Smithers de traidor. Enfurecíase locamente, amargamente, contra los «empollones» que se pasan la vida reventándose para lucirse en unos exámenes verdaderamente estúpidos, y que sólo deben tomarse á broma. El examen práctico había sido una injusticia manifiesta, toda vez que una de las preguntas no estaba incluida en el programa. Biver, el profesor Biver, era un solemnísimo borrico; Weeks, el preparador y auxiliar Weeks, era otro borrico. Pero nada de esto bastaba á encubrirle la causa determinante de la derrota: la pérdida de más de la mitad de las tardes, la pérdida de las mejores horas para el estudio, y esto día tras día, representaba, sumado, una pérdida grandísima y constante de tiempo. Y esta misma tarde, aun iría á buscar á Ethel, preparándose así otra derrota vergonzosa, cuando en la segunda mitad del curso tuviese que examinarse de la parte botánica. De este modo, descartando á regañadientes excusas y protestas, logró puntualizar con entera claridad el antagonismo que existía entre sus relaciones con Ethel y sus ambiciones inmediatas.

Todo le había salido tan á pedir de boca, durante los dos próximos pasados años, que tenía descontada la seguridad del éxito más completo, y fiaba en la total realización de cuantos proyectos abrigaba para el porvenir. Jamás se le ocurrió, cuando después de la famosa sesión espiritista reanudó las relaciones con Ethel, que había en ello el más leve peligro. Los acontecimientos le daban rudamente la voz de alerta.

Complacióse un rato en imaginar la vida que vivía el alumno-rana (que era de familia burguesa y rica), sentado ante magnífico bufete, con buena lámpara, en habitación suntuosa llena de estantes y de libros,

en tanto que él, Lewisham, estudiaba sobre un cajón vacío, arrebujándose en un gabán viejo, y cubriéndose los pies con una alfombra agujereada.

Y en seguida, mientras el otro, rodeado de comodidades y de lujo, trabajaba, trabajaba y trabajaba, él, Lewisham, se iba por las húmedas y nebulosas calles camino de Clapham, y, después de separarse de Ethel, volvía á casa con el cerebro repleto de absurdas fantasías.

Con lucidez de estoico, examinó el estado de sus relaciones con Ethel. Pesó y midió y auscultó serenamente, y ni se mintió ni se engañó. Sentía afecto hacia ella, le gustaba verla, hablarle y agradarle... pero no se limitaba á esto su deseo. Recordó las frases amargas de un orador que, en una conferencia en Hammersmith, se lamentaba de que en la sociedad moderna, la necesidad natural del matrimonio, encontrase tantos obstáculos: la virtud había llegado á ser un vicio. «Nos casamos asustados y temblorosos. La mujer se da por entero, pero sólo á cambio de un hogar, y el hombre alcanza lo que de corazón desea, cuando ya ha muerto el deseo del corazón». Estas frases, que antaño se le antojaron un alarde retórico, las recordaba hoy, comprendiendo la gran verdad que contenían. Lewisham vió que ante él se habrían dos caminos divergentes: en uno estaban los títulos, los triunfos académicos y cuanto conduce á obtener la posición y la gloria, que habían sido el sueño dorado de su vida; en el otro, Ethel. ¿Escogería bien, decidiéndose por Ethel?... ¿Qué podría ocurrir?... ¿Algunos paseos de más ó de menos!... Su novia era extremadamente pobre; él era pobre extremadamente; y ella, además de tener por padrastro á un *medium* fullero, había recibido educación muy rudimentaria y ni comprendía los estudios ni el objeto que Lewisham se proponía alcanzar.

Súbitamente, nuestro héroe adquirió la convicción absoluta de que, después de la sesión de espiritismo, debió irse á dormir, procurando no volver á pensar en Ethel. ¿Por qué sintió irresistible deseo de verla?... ¿Por qué tejió neciamente, en torno de la joven, una

red para cazarse él mismo?... Ahora ya estaba atado... estúpidamente atado... Había sacrificado el porvenir de su existencia al capricho fugitivo de un amorío callejero. Rabiosamente se tiró del bigote y se mordió, rabiosamente, cuantos pelos pudo...

Imaginativamente trazó un cuadro de familia. Ethel, su misteriosa madre y el habilidosísimo Chaffery, lo encadenaban, lo envolvían en impalpables redes y le impedían conseguir la fama y realizar las magnas empresas que eran su ambición. Estaba condenado á andar con el calzado roto, y á recibir las salpicaduras de barro de los carruajes. Por de pronto, la medalla del «Premio Forbes» — que era el ascenso inmediato, — podía considerarse perdida.

¿En qué diablos había estado pensando?... Acordóse entonces de cómo lo habían educado. Los aristócratas y los burgueses tienen padres que les enseñan á evitar los peligros de los amoríos, y huyen de ellos hasta el día en que han logrado conquistar nombre y posición independiente. Esto era lo natural y lo lógico...

Y todo estaba gravemente comprometido; no ya su trabajo y su carrera científica, sino su papel en la *Debating Society* y en el movimiento político, y hasta su colosal obra en favor de la Humanidad... ¿Por qué no adoptar una resolución... inmediatamente?... ¿Por qué no informar, francamente, á Ethel de lo que ocurría?... ¿No sería mejor escribirle?... Escribiéndole tendría la ventaja de poder pasarse la tarde en la biblioteca... Le pediría renunciar al paseo cotidiano, por lo menos hasta que sufriese el examen inmediato. Ethel comprendería lo razonable de la proposición. Le asaltó una duda... y la duda le hizo montar en cólera. ¿Para qué atenuar las cosas?... Si á diario iba á escribirle... ¿para qué tantas precauciones?... Sencillamente porque Ethel no era muy razonable.

Lewisham tuvo un breve acceso de rabia.

Con todo, la supresión del paseo se le figuraba una mezquindad.

También á ella se le antojaría una mezquindad, y

eso ya era peor. Nuevamente tuvo otro acceso de rabia.

El majestuoso conserje del Museo, que lo observaba á hurtadillas, se preguntaba por qué razón un alumno, sentado frente al «Sacrificio de Lysta», se roía las uñas, se mordía los labios y se comía los pelos del bigote, lanzando miradas agresivamente fieras á aquella obra maestra del arte pictórico. Y el majestuoso conserje del Museo vió á Lewisham ponerse de pie, dar un brinco y, rápidamente, resueltamente, rectamente, atravesar la galería, franquear la puerta y, sin volver la cabeza, bajar las escaleras.

—¡Mala mosca le habrá picado! — murmuró sentenciosamente el majestuoso conserje del Museo. — ¡Ah! ¡Vamos! ... ¡Sin duda va tan corriendo para buscar otro bigote y comérselo!...

Tras breve meditación, el digno funcionario recorrió lentamente la galería y se detuvo á contemplar el cuadro.

—Las personas en este cuadro resultan algo más grandes que las casas... Pero esto es arte... y no vale censurar. Me apuesto algo bueno á que ese come-bigotes no es capaz de pintar otro cuadro que valga... ¡ni la mitad que este!...

Así habló el justo, el imparcial, el digno y majestuoso conserje del Museo de la Escuela de Kensington.

CAPITULO XVIII

UNA REUNIÓN DE LOS AMIGOS DEL PROGRESO

La tarde que siguió á aquella en que nuestro héroe estuvo recapacitando, hubo grandes novedades en el mundo. Una jovencita, que lucía abrigo de astracán, recorrió á pie, completamente sola, el camino que hay desde Chelsea hasta Clapham, y lo recorrió como si buscara algo precioso que se le hubiera perdido. Mientras esto sucedía, Lewisham, sentado bajo una de las lámparas eléctricas de la sala de trabajo, paseaba la mirada distraída por un rímero de libros, que eran testimonio de sus buenos propósitos estudiantiles.

No se llegó al acuerdo sin violencia, y la explicación fué bastante difícil. Ethel no se hacía cargo de lo que significaba la calificación mediocre obtenida por Lewisham en el examen.

—¡Pero sí lo aprobaron á usted! — murmuraba.

Tampoco pudo comprender la importancia de aprovechar para el estudio todas las horas de la tarde.

—Yo no sé de esas cosas — confesó Ethel juiciosamente, — pero se me figura que usted trabaja casi toda la tarde.

La joven calculaba que en el paseo ocuparían, á lo sumo, media hora... ¡media hora!... Tampoco contaba con el tiempo que Lewisham invertía en ir desde la Escuela de Kensington hasta Chelsea, ni en el que empleaba en volver desde Clapham hasta su alojamiento. La habitual dulzura de Ethel desapareció, dejando plaza á rencor exagerado y ostensible, contra Lewisham primero, y después contra la suerte.

—¿Es absolutamente preciso que suprimamos el

paseo?... — murmuró, y luego, pálida y temblorosa, dijo: — ¿Supongo que importará poco que dejemos de vernos con alguna frecuencia?...

Lewisham quedóse disgustado, y tan pronto como se separaron se dedicó á redactar una extensa carta aclaratoria del hecho. Pero los hábitos de hombre de ciencia imprimían á su estilo giros complicados y secos, y no conseguía escribir las palabras que sabía pronunciar. La justificación que redactó, en realidad, no justificaba nada; mas la acogida que Ethel dispensó á esta epístola sirvió para probar que la joven no se avenía á razones. Nuestro héroe sufrió vacilaciones horribles; á veces se incomodaba contra su novia, porque no apreciaba las cosas de igual modo que él; entonces vagaba por las salas del Museo, sosteniendo con Ethel imaginarias disputas, y hasta dirigiéndole acerbos reproches; otras veces, necesitaba hacer enérgica afirmación de voluntad y armarse de inflexible resolución y forzar la memoria y recordar las acres contestaciones de Ethel, para no echar á correr á esperarla en Chelsea y para no capitular vergonzosamente.

Esta nueva fase duró quince días. No necesitó tanto tiempo la señorita de Heydinger para notar que el desastre del examen había determinado un cambio en la vida y en las costumbres de Lewisham. Comprobó que los paseos vespertinos habían acabado; que Lewisham trabajaba con desesperado ardor; que llegaba temprano á la Escuela y se marchaba tarde, y que volvía á estar pálido y ojeroso, como todo el que estudia mucho. Se le veía, hasta última hora, rodeado de diagramas y de manuales, en uno de los rincones más abrigados de la sala de trabajo, haciendo extractos, redactando notas y tomando apuntes. Todas las noches, en el Casino Estudiantil, escribía una carta dirigida á una tienda de papel, establecida en Clapham; esto lo ignoraba la señorita de Heydinger. La mayor parte de las cartas eran muy breves, porque Lewisham, fiel á la moda de la Escuela de Kensington, se jactaba de no escribir «literariamente»; mas sus misivas, en forma

telegráfica, lastimaban un corazoncito muy deseoso y muy menesteroso de frases tiernas.

Lewisham no siempre recibía benévolutamente las repetidas insinuaciones de la señorita de Heydinger. Sin embargo, las antiguas relaciones quedaron restablecidas, hasta cierto punto. El joven le hablaba amablemente durante un momento; después cortaba, como quien troncha bruscamente una rama seca. Volvieron los préstamos de libros, que eran forma sutilísima inventada por la señorita de Heydinger, para formar el gusto estético de su amigo.

— Aquí tiene la obra que le ofrecí — le dijo cierto día, sin que Lewisham, aun cuando lo intentó, se acordara de semejante promesa.

El volumen era una colección de poemas de Browning, figurando entre ellos *Sludge*; también contenía *La estatua y el busto*, conmovedora diatriba contra las amarguras mínimas que sufren las almas tímidas. *Sludge* interesó poco á Lewisham, que no encontró en las estrofas del poeta, al *medium*, tal como él se lo imaginó; en cambio leyó y releyó *La estatua y el busto*, sintiendo honda impresión. Solía leer estas obras de vaga y amena literatura acostado, porque así sentía menos frío y porque no había inconveniente en dormirse y dejar caer el libro. Y se durmió, efectivamente, con el volumen de Browning en la mano, recordando y recitando estos versos que le produjeron excitación sentimental:

«Transcurrieron las semanas y los meses y los años,
juventudes y cariño ya dejaron de brillar,
y los dos se apercibieron, al sentir los desengaños,
que soñaron con la dicha sin saberla conquistar.»

Repetiendo esta estrofa, Lewisham soñó con Ethel. Al fin se encontraron en el día de la boda. El la abrazó y quiso besarla, y de repente, la vió con los labios marchitos, con las pupilas apagadas, y con el semblante lleno de arrugas... ¡Y la vió vieja, horriblemente vieja!... Despertóse horrorizado, y, grandemente

entristecido, no pudo dormirse hasta el amanecer, pensando en la separación realizada y en que su novia tenía que andar sola por las calles, y pensando, también, en su propia posición y en las dificultades cada vez mayores que se le presentaban para la lucha por la vida. Dióse cuenta exacta de la realidad: la carrera difícil, y con la rémora de Ethel, resultaba imposible. No había que darle vueltas: era forzoso escoger entre la carrera y la novia. Vacilando se exponía á quedarse sin la una y sin la otra. Entonces, en vez de abatimiento, experimentó el enojo que determinan los deseos constantemente contrariados.

Al día siguiente de este sueño fué cuando insultó groseramente á Parkson, después de una reunión celebrada por los Amigos del Progreso, en el domicilio del mencionado alumno. No existe hoy en Inglaterra el tipo de estudiante que compendia las noblezas del ideal, combinando las pobreza del vivir con las elevaciones del pensamiento. Merced al sistema seguido en los exámenes, los pensamientos no han de estar ni mucho más altos ni mucho más bajos que los estudios que se cursen. Con todo, el estudiante de Kensigton, que por lo general apenas si posee lo estrictamente indispensable para ir viviendo, exterioriza como puede, en cuanto encuentra ocasión, sus esperanzas de progreso universal. Una de estas formas exteriorizadoras era la reunión periódica de los Amigos del Progreso, sociedad que nació de la conferencia dada por Lewisham acerca del socialismo. Se acordó realizar esfuerzos enérgicos para mejorar á la Humanidad, y — hay que decirlo, — hasta la fecha, la Humanidad no había alcanzado beneficio.

Reuníanse en la casa de Parkson, porque Parkson era el único de los Amigos del Progreso que podía permitirse el lujo de disfrutar alcoba y gabinete, convirtiendo el gabinete en salón de sesiones. Verdad es que para sus gastos contaba con cien libras esterlinas anuales. Los Amigos eran de distintas edades, casi todos muy jóvenes; muchos fumaban, otros tenían entre los dientes las pipas apagadas; no se bebía más que

una taza de café por barba; no había recursos para más. Merced á la presentación de Lewisham, Dunkerley, el segundo auxiliar en Whortley, actualmente primer auxiliar de una escuela extramuros, asistía á estas reuniones. Todos los Amigos llevaban corbatas rojas, excepto Bletherley, que, para significar sus aficiones artísticas, lucía una anaranjada, y excepto Dunkerley, que la llevaba negra con lunares azules, en razón á que el maestro auxiliar de una escuela privada debe guardar las apariencias. El reglamento social, que era sencillísimo, permitía á cada uno hablar cuanto quisiera, en tanto que no lo interrumpiesen los demás.

Habitualmente, el aspirante á Lutero del socialismo, el ridículo Lewisham, tenía algún tema que desarrollar, pero esta noche parecía encontrarse abrumado y distraído; tenía al alcance de la mano una cajetilla de cigarros argelinos (veinte por cinco peniques), y parecía preocuparse de fumárselos todos en la velada. Bletherley iba á tratar de «La mujer en el socialismo», y se había llevado, á prevención, las obras completas de Shelley (edición norteamericana) y un volumen de Tennyson, conteniendo «La Princesa»; los libros iban llenos de tiritas de papel, para facilitar la busca de las citas que se proponía hacer. Era partidario de la abolición de los «monopolios», y quería que la familia fuese reemplazada por el asilo. Hablaba melosamente, dengosamente, empalagosamente, y sus frases no encontraron aprobación general.

Parkson había nacido en Lancashire, era cuákero devotísimo y, á mayor abundamiento, ferviente admirador de Ruskin, de cuyas doctrinas y frases estaba saturado. Oyó á Bletherley con muestras ostensibles de desagrado, y en seguida emprendió la defensa de la antigua tradición de la fidelidad, que Bletherley se permitió apodar «la institución monopolizadora del matrimonio».

—La teoría antigua, lisa y llana: amor y fidelidad— exclamó Parkson, — me basta, si fuéramos á orientar nuestro movimiento político inspirándonos en estas cuchufetas.

—Pero ¿funciona?... —preguntó Lewisham, usando por vez primera de la palabra.

—¿Quién?...

—Esa teoría antigua, lisa y llana. Bletherley tiene indigestión de Shelley. Creo conocer la teoría... pero la teoría no es la práctica. Usted es joven, y se encuentra con la «inevitable media naranja» que es también muy joven. La teoría no marca la fecha del encuentro. Y se enamora usted... Y se casa, porque el amor se burla de obstáculos y de cerrojos... Y tiene usted hijos... Y todo esto resulta bien, teóricamente, para el hombre á quien sus padres dejaron cien libras esterlinas de renta anual. Pero ¿y para un empleadillo?... ¿Y para un maestro auxiliar como Dunkerley?... ¿Y para mí?...

—En tales casos hay que imponerse ciertas restricciones —contestó Parkson,— y hay que tener fe. Un hombre digno de ser esposo, merece que se le espere.

—¡Y que se envejezca esperándole! —insinuó Lewisham.

—Es preciso luchar —observó Dunkerley.— Yo no veo la dificultad, Lewisham. La lucha por la vida es, indudablemente, áspera, ruda... Pero se puede... se puede intentar... Dos seres... juntan sus fuerzas... y se lanzan al combate. Si yo me enamora hoy... me casaba mañana mismo. Y yo, hoy por hoy, sólo gano setenta libras esterlinas al año, sin casa ni comida.

Lewisham, muy intrigado, miró atentamente á su colega.

—¿Y se casaría usted?... —le preguntó.

Dunkerley se había ruborizado.

—Sin titubear. ¿Por qué no?...

—Pero ¿cómo podría usted vivir?...

—Eso se resuelve después. Si...

—No soy de esa opinión, señor Dunkerley —protestó enfáticamente Parkson.— Ignoro si usted ha leído *Sésamo y Lys*; allí encontrará usted, mucho mejor descrito que yo pueda hacerlo, el papel ideal de la mujer.

—En *Sésamo y Lys* sólo hay paradojas y frivolidades —interrumpió Dunkerley.— Leí algunos trozos,

pero me cansé... No puedo aguantar á Ruskin... Abusa de las proposiciones... Indudablemente domina la forma, pero no le envidio el estilo... Su literatura es la literatura propia para que se afine la hija de un comerciante de comestibles al por mayor... Nosotros, ni necesitamos ni apetece esos refinamientos.

—Pero... formalmente ¿se atrevería usted á casarse?... —insistió Lewisham, sintiendo inmensa admiración hacia Dunkerley.

—¿Por qué no?...

—¿Con?... —Lewisham titubeó.

—Con setenta libras esterlinas al año. ¡Claro que sí!...

Un adolescente taciturno, después de toser y carraspear, exclamó:

—Hay que tener en cuenta siempre quién es la futura.

—¿Por qué casarse? —preguntó Bletherley, sin que nadie se dignara contestarle.

—Usted confiesa que ya es mucho pedir que una joven... —comenzó el sentencioso Parkson.

—No por completo. Cuando una joven escoge á un hombre, y el hombre la quiere, el lugar de ella está junto á él. ¿Para qué sirve suspirar?... Hay que juntar el esfuerzo de uno y otro... Hay que luchar y trabajar juntos...

—¡Muy bien! —exclamó Lewisham, emocionado.— Usted habla, amigo Dunkerley, como deben hablar los hombres.

—El sitio de la mujer —murmuró Parkson— es el hogar. Y cuando no hay hogar... Creo y sostengo que el hombre debe, si hace falta, trabajar siete años, como Jacob trabajó por Raquel, y enfrenar sus pasiones, hasta prepararle hogar cómodo y decente...

—¡Eso! ¡Fabricar la jaula para el animal favorito!... —interrumpió Dunkerley. No. Aspiro á casarme con una *mujer*. El sexo femenino, sin gran molestia, ha tomado hasta hoy parte en la lucha por la existencia... y así continuará... Aterra pensar... en la lucha por la existencia... Pero, amigo Lewisham, no hay que

sacar las cosas de quicio. La mujer que ni lucha ni trabaja al lado del hombre... la mujer que sólo sirve para distracción y para instrumento de placer... no es más que...

Titubeó. Un jovencito de rostro granujiento, que fumaba como un desesperado, le brindó un término bíblico.

—El adjetivo resulta algo fuerte — observó Dunkerley. — Diré que una mujer así es sólo una... odalisca.

El jovencito granujiento quedóse perplejo y dijo:

—Soy aficionado al tabaco algo más fuerte.

—Con los dos se puede usted marear — insinuó Dunkerley.

Esta fué, para Lewisham, la parte más interesante de la velada.

Luego, Parkson se levantó, tomó de un estante el ejemplar de *Sésamo y Lys*, y poco menos que á la fuerza leyó trozos del libro, que aplastaron á los discuti-dores, como una apisonadora á la arena de un jardín. Después, Bletherley, provocó un debate, contra todos, y salió abrumado por un diluvio de insultos. En resumen, la institución del matrimonio, en tanto cuanto interesaba al alumno de la escuela de Kensigton, no corrió peligro inminente.

A las diez y media la reunión se deshizo, y Parkson salió con sus camaradas para dar un paseo. La noche, aunque era de Febrero, estaba apacible y clara. Parkson se agarró á Dunkerley y á Lewisham, con gran contrariedad por parte de éste, que se proponía hacer confidencias y consultas á su antiguo compañero, el hombre de las *ideas* y de los *inventos*. Dunkerley habitaba en la parte Norte de Londres; por ello los tres compañeros subieron por la Exhibition Road hacia High Street y hacia Kensigton. Allí se despidió de ellos Dunkerley, dejándolos camino del nuevo alojamiento de Lewisham en Chelsea.

Parkson era de esos individuos virtuosos para los cuales la discusión de las cuestiones sexuales ofrece atractivo irresistible. La reunión le había despertado las

aficiones oratorias. Debatió con Dunkerley, hasta llegar á ser pesado é incorrecto, y ahora descargaba sobre Lewisham el raudal inagotable de su elocuencia, cada vez más confidencial. Lewisham sentíase abrumado, y andaba con cuanta rapidez podía. Quería á todo trance librarse de Parkson, pero Parkson quería á todo trance confiarle interesantes secretos suyos y de otra persona, extraordinariamente pura, de la que Lewisham le había oído hablar.

Transcurrieron siglos.

De repente, Lewisham se dió cuenta de que su colega le enseñaba, á la luz de un farol, una fotografía representando á una joven bobalicona, inexpresiva y de rizada cabellera y vestida con traje modernista... Oyó que su compañero la consideraba como algo muy propio y como tipo de perfecciones y de virtudes. Parkson aguardaba la opinión de Lewisham.

Lewisham, vergonzosamente, disimuló la verdad.

—Es una figura interesante — le dijo.

—Eencialmente bella — exclamó Parkson, con enérgica serenidad. — ¿Se ha fijado usted en los ojos?...

—Sí.

—Son... inocentes. Verdaderos ojos de niño.

—Sí. Resultan infantiles. Es muy linda, amigo mío; que sea enhorabuena. ¿Dónde habita?...

—Nunca habrá visto usted en Londres semejante criatura... — observó Parkson.

—¡Nunca! — contestó rotundamente Lewisham.

—Este retrato lo conocen muy pocos — murmuró Parkson. — No puede usted imaginarse lo que esta joven purísima representa y es para mí.

Guardó solemnemente la fotografía en su sobre, y desde aquel momento consideró á Lewisham como íntimo y fraternal amigo. Cada vez con más afecto se cogió del brazo de su infeliz oyente — que no gustaba de que lo cogieran del brazo, — y se entregó á prolifas divagaciones acerca del amor. Aquella palabrería estaba en cierto modo relacionada con los pensamientos que ocupaban el cerebro de Lewisham, y le permitían no poner atención. De vez en cuando tenía que contestar,

y experimentaba el deseo imbecil — comprendía que era un deseo imbecil — de franquearse con Parkson. La necesidad de huir de semejante persona se le hizo urgentísima... La paciencia de Lewisham se agotaba.

— ¡Todos tenemos necesidad de una estrella polar! — declamó Parkson, mientras Lewisham lo maldecía.

Estaban cerca de la casa de Parkson, y Lewisham pensó en que el suplicio acabaría, llevando al colega hasta la puerta de su domicilio. Parkson, charlando por los codos, se dejó guiar.

— He visto á usted, y perdone la indiscreción, hablar frecuentemente con la señorita de Heydinger.

— Somos buenos amigos — contestó Lewisham. — Pero... ¡ya está usted en su casa!...

Parkson miró con asombro «su casa».

— Aun tengo mucho que hablarle. Le acompañaré un rato, hasta Battersea... Decía que la señorita de Heydinger...

Y con aire de estúpida discreción comenzó á aludir á supuestas intimidades existentes entre la señorita de Heydinger y Lewisham. La indignación de éste subía de punto.

— Y también usted, amigo Lewisham, también usted llegará á conocer las delicias purificadoras del amor purísimo...

Entonces, á impulsos del deseo de poner dique á las murmuraciones inaguantables de Parkson, Lewisham se lanzó al terreno de las confidencias.

— ¡Ya conozco esas delicias! — exclamó. — No habla usted con un profano... Desde hace tres años tengo elegida á mi futura...

De golpe se le quitaron las ganas de franquearse.

— ¿No se trata, pues, de la señorita de Heydinger?... — preguntó Parkson.

— ¡Cargue el diablo con la señorita de Heydinger! — vociferó Lewisham.

Y rápidamente, bruscamente, descortésmente, dejó plantado á Parkson en mitad de la calle, y se dirigió hacia Chelsea, mientras que su compañero aun seguía esperando la respuesta.

Parkson, estupefacto, corrió tras su amigo para preguntarle las razones de aquella inesperada ofensa. Lewisham siguió andando, con Parkson al lado. Luego, de repente, se volvió. Tenía el semblante descompuesto y se expresaba á media voz, pero con perfecta claridad.

— Parkson, es usted un imbecil... Tiene usted cara de carnero, modales de toro y conversación de rapa-barbas. ¡Pureza!... El original del retrato que me ha enseñado usted... tendrá ojos de besugo y deberá ser una criatura tan fea y tan repugnante que nadie se atrevera á atentar contra su pureza... Le hablo en serio... ¡Márchese y déjeme en paz!...

Lewisham, tras este desahogo, prosiguió su camino. No se fué directamente á su alojamiento de Chelsea, sino que se pasó horas y horas paseando ante una casa de Battersea. De la iracundez salvaje, pasó á las ansiedades amorosas. Si esta noche pudiera verla... ¡sólo verla!... Ya estaba completamente decidido. Al otro mandaría el estudio á paseo y se iría á buscar á Ethel. Las frases de Dunkerley le habían llenado el cerebro de ideas tan nuevas como maravillosas. Si pudiera verla esta noche... ¡con sólo verla se contentaba!...

El deseo quedó satisfecho. Al final de la calle se cruzó con dos sombras: en la de un hombre alto, con lentes, sombrero clerical, y con el cuello del gabán levantado sobre las patillas grises, reconoció á Chafery; la segunda sombra, no tuvo que esforzarse para conocerla. La pareja pasó sin fijarse en él; en él que á la luz de un farol pudo entrever el rostro de la joven, que se le antojó pálida y fatigada.

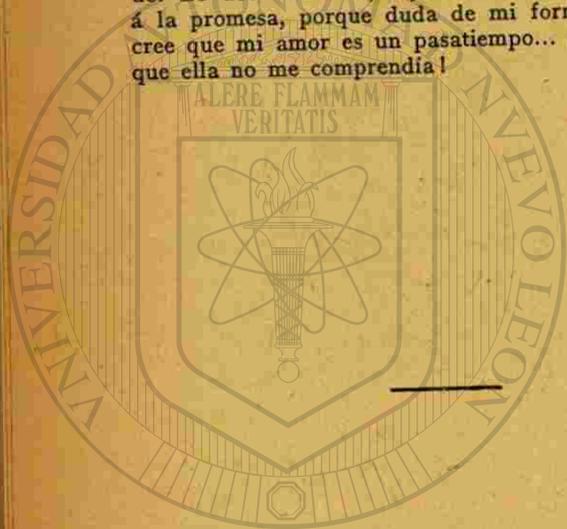
Lewisham se paró en firme, desconcertado, siguiendo con la vista á aquellas sombras que se iban perdiendo en la lejanía. La consternación lo inmovilizaba... Un reloj dejó oír lentamente las campanadas de las doce... Luego escuchó el ruido de una puerta que se cerraba. Después, después, continuó inquieto.

— Vuelve de una sesión; ha faltado á su promesa...

Vuelve de una sesión; ha faltado á su promesa. — Esto se dijo y se repitió tenazmente.

Al cabo encontró la explicación.

—Ha faltado á la promesa porque la he abandonado. Lo debí adivinar, leyendo sus cartas. Ha faltado á la promesa, porque duda de mi formalidad, porque cree que mi amor es un pasatiempo... ¡Ya suponía yo que ella no me comprendía!



CAPITULO XIX

LEWISHAM ENCUENTRA UNA SOLUCIÓN

A la mañana siguiente, Lewisham se enteró por Lagune de que no se había equivocado en sus cálculos, y de que Ethel, cediendo al fin á las amonestaciones, se prestaba á intentar leer el pensamiento.

—Hemos comenzado magníficamente — murmuraba Lagune, frotándose las manos. — Estoy convencido de que, con ella, vamos á alcanzar grandes éxitos; por de pronto no cabe dudar que reúne condiciones especiales para el caso; siempre lo dije al verle la cara... Reune condiciones especiales...

—Y... ¿ha necesitado muchas... amonestaciones?... — preguntó Lewisham con esfuerzo.

—Tropezamos con... dificultades grandes... muy grandes. Pero, naturalmente... le hice comprender... que no podía continuar siendo mi dactilógrafa si no se prestaba á auxiliarme en mis trabajos de investigación.

—¿Eso le dijo usted?...

—Terminantemente. A Chaffery se le ocurrió la idea, para hacerla ceder... Debo confesar...

Lagune se detuvo, asombrado, al ver que Lewisham, después de contraer y de cerrar las manos violentamente, daba media vuelta y se iba al extremo opuesto del laboratorio. Lagune le siguió con la mirada, pasmado ante aquel fenómeno psíquico, que le resultaba incomprensible.

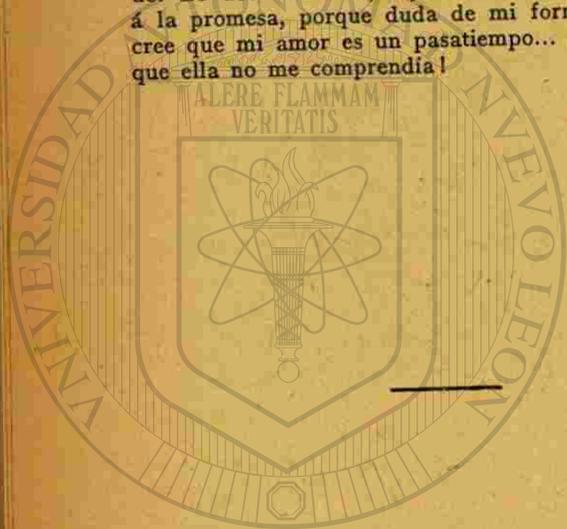
—¡Extraordinario! — murmuró, comenzando á sacar sus libros y papeles.

De vez en cuando se detenía para mirar á Lewisham, que se había sentado en su sitio habitual y que

Vuelve de una sesión; ha faltado á su promesa. — Esto se dijo y se repitió tenazmente.

Al cabo encontró la explicación.

—Ha faltado á la promesa porque la he abandonado. Lo debí adivinar, leyendo sus cartas. Ha faltado á la promesa, porque duda de mi formalidad, porque cree que mi amor es un pasatiempo... ¡Ya suponía yo que ella no me comprendía!



CAPITULO XIX

LEWISHAM ENCUENTRA UNA SOLUCIÓN

A la mañana siguiente, Lewisham se enteró por Lagune de que no se había equivocado en sus cálculos, y de que Ethel, cediendo al fin á las amonestaciones, se prestaba á intentar leer el pensamiento.

—Hemos comenzado magníficamente — murmuraba Lagune, frotándose las manos. — Estoy convencido de que, con ella, vamos á alcanzar grandes éxitos; por de pronto no cabe dudar que reúne condiciones especiales para el caso; siempre lo dije al verle la cara... Reune condiciones especiales...

—Y... ¿ha necesitado muchas... amonestaciones?... — preguntó Lewisham con esfuerzo.

—Tropezamos con... dificultades grandes... muy grandes. Pero, naturalmente... le hice comprender... que no podía continuar siendo mi dactilógrafa si no se prestaba á auxiliarme en mis trabajos de investigación.

—¿Eso le dijo usted?...

—Terminantemente. A Chaffery se le ocurrió la idea, para hacerla ceder... Debo confesar...

Lagune se detuvo, asombrado, al ver que Lewisham, después de contraer y de cerrar las manos violentamente, daba media vuelta y se iba al extremo opuesto del laboratorio. Lagune le siguió con la mirada, pasmado ante aquel fenómeno psíquico, que le resultaba incomprensible.

—¡Extraordinario! — murmuró, comenzando á sacar sus libros y papeles.

De vez en cuando se detenía para mirar á Lewisham, que se había sentado en su sitio habitual y que

golpeaba nerviosamente con los nudillos sobre la mesa.

Poco después llegó la señorita de Heydinger, que volvía del salón de modelos; dirigió la palabra á su amigo, y éste pareció que le contestaba lacónicamente. Luego el joven se levantó, vaciló ante las tres puertas del laboratorio, y salió, al fin, por la que daba á la segunda escalera. Lagune ya no lo vió hasta después de medio día.

Aquella tarde, Ethel volvió á su casa acompañada de Lewisham, y durante el camino, hablaron acalorada y solemnemente. Ethel no entró directamente en su casa, sino que, con su novio, se fué á hablar, á la luz del gas, á unos terrenos incultos de Clapham. La conversación fué muy seria.

—¿Por qué ha faltado usted á lo que me prometió?... — preguntó Lewisham.

Ethel contestó con excusas débiles y vagas.

—Pensé que usted ya no me quería — le dijo. — Creí que, habiendo dejado de venir á acompañarme, no... le importaba lo que yo hiciera... Además, esto no es como las sesiones de espiritismo.

Lewisham estaba fuera de tino, contrariadísimo, encolerizado contra Lagune, contra Chaffery; no quiso fijarse en la responsabilidad de Ethel, ni en la flaqueza de sus disculpas, fáciles de refutar.

—¡Eso son trapacerías! — rugió. — Aun lo que usted hace es trapacería, es farsa y es mentira inconsciente... Aun habiendo algo de verdad en el fondo de los experimentos, son reprobables; ciertos ó falsos, son malos; ¿por qué no se leen ellos, entre sí, sus pensamientos?... ¿Por qué acuden á usted?... El alma de usted, sólo á usted pertenece, y es sagrada... ¡Atreverse á someterla á ensayos!... Hasta ahora ha sido usted mía; no consiento pensar en que usted esté con los ojos vendados, sufriendo á ese vejete estúpido, que le hará preguntas, poniéndole la mano en la nuca. ¡No quiero!... ¡Preferiría verla muerta!...

—Pero si ahora es muy distinto de las sesiones de espiritistas...

—¡Me tiene sin cuidado!... Pronto será igual ó

peor; todo se andará... No es decoroso ganarse la vida de ese modo. Lo he meditado despacio. Que lean el pensamiento utilizando á sus hijas y que hipnoticen á sus tías; pero que dejen en paz á las dactilógrafas.

—Pero ¿qué hago?...

—Eso es lo de menos. Hay cosas que no deben tolerarse de ningún modo... ¡cueste lo que cueste! Resignándose se llega... ¡á todo!... Hay que velar por el honor... Y hay que velar más, por lo mismo que somos pobres... Deje usted que la despida... ¡Déjese despedir!... Ya encontrará usted otra colocación...

—Pero no con una guinea por semana.

—Pues aunque sea con menos sueldo.

—Es que tengo que entregar en casa diez y seis chelines todos los sábados.

—Eso no significa nada.

Ethel sollozó.

—Pero no quiero marcharme de Londres... ¡no quiero!...

—¿Qué dice usted?... ¿Marcharse de Londres?...

El semblante de Lewisham cambió de expresión.

—La vida es dura — exclamó la joven. — ¡No puedo más!... Ellos... no me dejarían seguir viviendo en Londres.

—¿Qué quiere usted decir?...

La joven contó que si Lagune la despedía la obligarían á irse á provincias, junto á una tía política suya, hermana de Chaffery, que quería una persona que la acompañase. Chaffery se lo había dicho.

—Aun cuando dicen que para acompañar... me consta que serviré de criada, pues no hay criada en esa casa... Mi madre llora cuando le hablo... y no quiere que nos separemos. Pero tiene miedo de mi padrastro. «¿Por qué no haces lo que te manda?», me dice á todas horas.

Ethel estaba sentada, mirando con mirada distraída las sombras de la noche, que se iban espesando más y más. Luego siguió hablando, con algún más reposo:

—Me repugna contarle estas cosas... Pero usted... Si no hubiera... vuelto á mí muy cambiado... Podría

hacerlo... á no ser por usted. Yo... yo estoy comprometida á servir y á ayudar á Lagune en sus trabajos... Sí... ¡No me interrumpa!... Hasta hoy no me he atrevido á confesárselo á usted... Además, hasta la noche en que nos vimos por vez primera, no sentí la vergüenza que desde entonces siento, ni me juzgué tan miserable...

—¿Y qué más?— preguntó Lewisham.

—Nada más. He consentido en la lectura del pensamiento, pero no he vuelto á mentir desde que nos encontramos aquella noche... *Nunca* he mentido desde entonces. Si supiese lo duro y lo violento que resulta...

—Debió confesármelo todo antes de ahora.

—No podía. Al principio era distinto. Mi padrastro se burlaba de todos... Remedaba á Lagune y me hacía reír... Parecía que estábamos de broma... —Callóse, y al cabo preguntó bruscamente:—¿Para qué ha vuelto usted á buscarme?... Ya le advertí que era inútil... Ya le dije que...

Detúvose, sin poder seguir hablando, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No quiero ir á casa de la hermana de mi padrastro!... —balbució. —Quizás sea por holgazanería... Pero no puedo ni quiero ir.

La conversación quedó interrumpida. Después, Lewisham encontró clara y terminantemente la solución de la dificultad, y al encontrarla, juzgó que era un deber suyo lo que hasta entonces fuera oculto deseo.

—Oigame —murmuró sin mirarla, retorciéndose el bigote. —No quiero que continúe dedicada á esas censurables supercherías; no quiero que sufra más humillaciones y vergüenzas, y no quiero que se marche de Londres.

—¿Y qué voy á hacer?... —preguntó Ethel.

—Una cosa muy sencilla, si se atreve usted...

—¿Cual?... —

Durante unos segundos, el joven no contestó; luego volvióse hacia su novia... Sus miradas se encontraron...

Las nieblas que obscurecían el cerebro de Lewisham trocáronse en esplendores radiantes. Ethel, muy

pálida, esperaba, asustada é indecisa. El joven sintió una ternura hasta entonces no sentida, un sentimiento extraño... Hasta ahora había gustado de la dulzura y de la jovialidad de su novia... Ahora la veía ojerosa y demudada. Creyó que la había olvidado y que súbitamente se acordaba de que existía. Experimentó deseo intenso, vivísimo.

—Pero ¿qué es lo que puedo hacer?...

La cosa le resultaba difícil de decir; tenía como un nudo en la garganta y el rostro se le contraía cual si fuese á reír ó á llorar... Ante su deseo se olvidó hasta de que había mundo. Temía que Ethel no se atreviera ó que no lo tomase en serio.

—Pero ¿qué es?... —volvió á preguntar.

—¿No cree usted que podemos casarnos?— dijo Lewisham, hablando mucho y muy deprisa, para aturdirse. —¿No comprende que es lo único que podemos hacer?... Estamos en un callejón sin salida... Usted tiene que dejarse de esas supercherías... Yo tengo que dejarme de... estudios. Debemos... debemos casarnos.

Calló un momento, para proseguir con más elocuencia.

—El mundo está contra nosotros, contra usted. A usted le ofrece dinero para que engañe... para que sea innoble... ¡porque eso es innoble!... Y además, no le deja medio honrado de vivir, aparte de esa servidumbre miserable, y hasta nos impide reunirnos. Y á mí, á mí me deslumbra con promesas de grandes éxitos... para que abandone á usted. Y aun hay más. Sería preciso que estuviésemos separados mucho tiempo... Separados hasta que yo hubiese resuelto y afianzado el porvenir... Aguardando, aguardando, sin vernos hasta ese día... Exponiéndonos á perder nuestra felicidad... ¡Luchemos!... ¡Luchemos contra todo! ¿Por que hemos de separarnos?... Luchemos y vivamos juntos... á menos que el Verdadero Amor no sea, como son tantas cosas, una palabra vacía. La única solución consiste en que seamos el uno del otro.

La joven lo miró; el corazón le latía con violencia y estaba perpleja ante la proposición.

—¡Somos tan jóvenes!... ¿Cómo viviremos?... Usted gana una guinea semanalmente...

—Puedo mejorar de posición y ganar más. Lo tengo pensado; llevo dos días reflexionando sobre ello. He calculado lo que podemos hacer. Además, tengo dinero...

—¿Tiene usted dinero?...

—Unas cien libras esterlinas.

—¡Somos tan jóvenes! ¿Y... mi madre?...

—No le diremos nada; no pediremos permiso a nadie; no lo necesitamos. Es asunto *nuestro*, Ethel; es asunto *nuestro*. No tratemos de la parte económica... ni aun en estas circunstancias... He pensado... ¿Me quiere usted, amada mía?...

La joven no comprendía la emoción de su novio; lo miró con cierto asombro, atenta al lado práctico del asunto, y dispuesta a hacer números.

—Teniendo una máquina, podría dactilografar. He oído decir...

—No hablemos de lo económico. Ethel, he deseado tanto...

Se detuvo. La joven lo miró, y vio los ojos llenos de entusiasmo y ardorosos de ternuras, que no cabían en el molde de la palabra humana.

—¿Se atreverá usted a venirse conmigo? — preguntó Lewisham.

De repente, la realidad surgió ante la joven, como alguna vez surgiera en sus sueños de impaciencia. Flaqueó... bajó la cabeza... aceptaba la complicidad...

—Pero ¿cómo?...

—Eso corre de mi cuenta. Tengo confianza en mí... Ya nos conocemos bastante... Piense en que los dos, unidos...

—Nunca había pensado...

—Podremos alquilar un cuarto para los dos. Eso es fácil. Calcule... ¡calcule qué vida la nuestra!...

—Pero ¿cómo?...

—¿Vendrá usted?...

La joven, temblando, lo miró.

—Ya sabe... — dijo. — Ya sabe... que yo querría... que me gustaría...

—¿Vendrá usted?...

—Pero, querido... querido... si usted me...

—Sí — exclamó triunfalmente Lewisham. — Sí...

Miró en derredor y murmuró en voz baja y acariaciadora:

—Sí, vendrás. ¡Querida mía! ¡Queridísima mía! ¡Te adoro!...

Murmuraba frases incomprensibles, pero el semblante expresaba elocuentemente lo que Lewisham pensaba y sentía.

Dos empleados charlatanes, que volvían a sus casas, pasaron con oportunidad suficiente para recordarle que sus emociones se manifestaban con exceso en un sitio público...

CAPITULO XX

CARRERA INTERRUMPIDA

Al medio día del miércoles siguiente — víspera de los exámenes de Botánica, — Smithers vió á Lewisham, ante una mesa de la sala grande de estudio, consagrado en cuerpo y alma á la lectura de la Enciclopedia Británica. Al lado tenía: el Almanaque Whitaker del año corriente; un cuaderno de notas, abierto; un volumen de la colección de Ciencias Contemporáneas, y el Anuario de Ciencias y Artes. Smithers, que estaba plenamente convencido de la superioridad de Lewisham para acopiar materiales utilizables en el examen, se preguntó qué datos maravillosos encerraría, el Whitaker para un estudiante de Botánica, y en cuanto volvió á su casa perdió un buen rato en hojear el ejemplar que poseía su patrona. En realidad, lo que Lewisham estudiaba no era la Botánica: era el arte de contraer matrimonio, según las autoridades más competentes en la materia. El volumen de la colección de Ciencias Contemporáneas era el que contenía *La evolución del matrimonio*, obra muy interesante, escrita por el profesor Letourneau, pero de escasa utilidad inmediata.

El Whitaker enseñó á Lewisham que era posible, mediante el desembolso de dos libras, seis chelines y un penique (comprendido el refresco) casarse, dentro de aquella semana, en las oficinas del Registro Civil del distrito. En la expresada suma no se incluían las gratificaciones. Añadió dos ó tres notitas al cuaderno. La tarifa del matrimonio eclesiástico era variable; por razones particulares, renunció á ceremonias religiosas. El casarse por proclamas ó amonestaciones previas, significaba aplazamientos penosos... Abonaría, pues, dos libras, seis chelines y un penique... con las gratificaciones: dos libras esterlinas y diez chelines, en números redondos.

Luego, sin ostentaciones inútiles, sacó un resguardo y un libro talonario y se consagró á la Aritmética.

Comprobó que poseía sesenta y una libras esterlinas, cuatro chelines y siete peniques. No eran precisamente cien libras, como había dicho, pero, sin embargo, la cantidad resultaba considerable... ¡Cuántísimas personas, con mucho menos, se habían lanzado á grandes negocios!... Al principio sí, al principio su capital era de cien libras esterlinas. Descantando cinco libras para el casamiento y para la mudanza, le quedarían, próximamente, cincuenta y seis esterlinas... ¡Un caudal!... No asignó cantidad alguna para flores, dulces y gastos de la luna de miel. Tendría, sí, que comprar una máquina de escribir. Ethel debía contribuir...

—¡Esto va á ser rapidísimo! — exclamó Lewisham, con exaltación insensata.

Porque, cosa extraña, el asunto iba tomando caracteres de aventura no desagradable. Recostóse en la silla, empuñando el cuaderno de notas... Tenía muchos quehaceres para la tarde. Ante todo, dar con las oficinas del Registro Civil del distrito; en seguida, buscar alojamiento para Ethel y para sí... ¡el hogar, su hogar, donde vivirían juntos!...

Al pensar en aquella comodidad de vida, próxima á realizarse, creyó ver cerca, muy cerca, á su novia, y creyó sentir su dulce aliento...

Salió de su abstracción al fijarse en que al final de la sala, acodado sobre su mesa y chupando una plegadera — según costumbre de los dependientes de la Biblioteca de la Escuela de Kensington, — un empleado lo miraba con gran curiosidad. Lewisham creyó entonces que, leer en el pensamiento, era una de las cosas más sencillas del mundo. Se ruborizó, levantóse y fué á devolver el volumen de la Enciclopedia.

Encontrar alojamiento resultó tarea difícil. Después de una tentativa sin resultado, llegó á creer que tenía aspecto sospechoso, y esto le cohibió más aun. Había elegido el barrio situado al Sur de Bromton Road. La elección ofrecía el inconveniente de ir á dar en la misma casa en que habitara un discípulo. No es que la cosa tenga importancia esencialísima, pero sí es cierto que resulta muy raro ver á un matrimonio vivir,

de asiento, en un piso amueblado. Los que son muy pobres para alquilar una casa ó un piso, prefieren, generalmente, tomar en arriendo algunas habitaciones sin amueblar. Por cada pareja que viva en cuarto amueblado, se encuentran en Londres más de cien que viven en departamentos alquilados sin amueblar, y con derecho al uso de la cocina común.

Además, la falta de mobiliario indica á la dueña prudentísima de una casa la falta extremada de recursos. La primera á quien Lewisham vió le dijo que no quería hospedar á señores, porque eran muy exigentes...; la segunda, opinó de igual modo; la tercera, declaró que se le antojaba que el caballero era demasiado joven para estar casado; la cuarta, declaró que sólo hospedaba á hombres solos; la quinta, era una señorita remilgada que pedía informes minuciosos y que sometió á Lewisham á un verdadero interrogatorio; cuando, en fuerza de preguntar, le hizo decir dos ó tres embustes muy gordos, le manifestó que estaba segura de que no podía convenirle las habitaciones que ella tenía en alquiler, y diciéndo esto, lo acompañó con mil remilgos y otras tantas reverencias á la puerta.

El joven se paseó un rato por la calle, para refrescarse las mejillas y las orejas, que se le habían puesto del color de la corbata socialista. Luego continuó la busca. Esta vez tropezó con una mujer sucia, demacrada, llena de polvo y como rendida al trabajo y á las penas. Llevaba un gorro manchado y mal sujeto. Hizo pasar á Lewisham á una habitación fétida y sombría del primer piso, y le dijo:

—Hay piano — señalándole un mueble cubierto por una funda verde, hecha girones.

Lewisham abrió el piano y tecléo, arrancándole sonidos que parecían toses de asmáticos.

Aparentó examinar la lúgubre estancia.

—Diez y ocho chelines — murmuró la desaseada mujer.

—Gracias, ya vendré á dar á usted la contestación.

La vieja sonrió con sonrisa dolorosamente fúnebre, y, sin hablar, lo acompañó hasta la escalera. Lewisham

sintióse desalentado ante tanta contrariedad, pero prontamente se animó.

La dueña de la casa que vió, en seguida, le satisfizo. Era una alemanota muy limpia, y elegantemente vestida; tenía cabellos abundantísimos, color de estopa, y hablaba copiosamente, con acento marcadamente germánico. Le pidió quince chelines por el alquiler, sin asistencia, de una alcoba y de un gabinetito que comunicaban por una puerta. Se ofreció á suministrar el carbón, á razón de quince peniques. No entendió si Lewisham estaba ó no casado, pero exclamó sin vacilar:

—Diez y ocho chelines, entonces — y añadió imperturbablemente. — El pago por semanas anticipadas... ¿Me gomprente?...

Lewisham volvió á examinar las habitaciones. Las halló limpias y decentes; vió en ellas un juego de té, cromos antiguos con marcos dorados, y la cómoda, por no caber en la alcoba, colocada en el gabinetito. Todo ello le pareció sencillo y aceptable.

—Alquilo las habitaciones desde el sábado — dijo.

La alemanota le garantizó que lo pasaría muy bien, y le indicó la conveniencia de inscribirlo en su libro. Le habló del inquilino anterior, un capitán que había vivido tres años en la casa, y que, seguramente, por vivir allí cambió de posición y tenía actualmente criados y carruajes. (Es curioso hacer constar que siempre, las dueñas de casas de este género, sólo hablan de inquilinos que viven más de tres años muy contentos, y que se marchan porque les llueve el dinero.) La charlatana señora salió y volvió en seguida con un cuadernillo, un frasquete de tinta y una pluma malísima; escribió el nombre de Lewisham en la cubierta del cuaderno, y en lo alto de la primera página extendió un recibo de diez y ocho chelines. Evidentemente poseía aptitudes excepcionales para los negocios... Lewisham pagó la primer semana de alquiler, y el trato quedó cerrado definitivamente.

—Responto que estagá gonfortablemente — le dijo al despedirlo.

Inmediatamente, Lewisham se plantó en Chelsea y se puso al habla con el jefe de las oficinas del Registro Civil. El jefe, un caballero que se expresaba paternalmente, era rechonchete, usaba gafas, y sus modales resultaban muy simpáticos, sin dejar de ser los de un funcionario grave y experimentado. Esto de la gravedad lo *subrayaba* repitiendo las últimas palabras de cada frase.

—¿En qué puedo servirle?... ¿Desea usted contraer matrimonio?... ¿Con licencia?...

—Sí, señor, con licencia.

—Muy bien; desea usted casarse, con licencia.

Y así continuaba, mientras se le hablaba. Abrió un libro y escribió los nombres, edades, estados, etc., etc.

—¿Edad de la señorita?...

—Veintiún años.

—Una edad muy conveniente... para una señorita.

Advirtió á Lewisham que debía llevar anillos de boda y que hacían falta dos testigos.

—Pero... — murmuró Lewisham, titubeando.

—Por aquí cerca los encontrará usted... Son prácticos y están muy acostumbrados á servir para estos casos.

Lewisham pasó el jueves y el viernes en un estado de excitación y de júbilo indescriptibles. No experimentó remordimiento alguno, por tener que abandonar la carrera; no sintió vacilaciones ni dudas. Brincaba de gusto por los pasillos; considerábase como un chiquitín ó como un ser completamente irresponsable, y se permitía bromas que á nadie agradaron. Con cualquier pretexto, y sin él, deseó á la señorita de Heydinger «muchos días tan felices como el presente», y desde un extremo de la salacomedor tiró á Smithers una galleta que fué á dar á uno de los funcionarios de la Escuela Artística. Esto era conducirse con ligereza extremada. Ofreció disculpas á la señorita de Heydinger; pero en lo del galletazo obró incorrectamente, añadiendo la burla al insulto. Atravesó la sala, preguntando de un modo ofensivamente sospechoso, si alguien había visto una galleta. Después se echó al

suelo, buscando bajo las mesas, hasta encontrarla, polvorienta, pero comestible aun, junto á la silla de un alumno de la Escuela Artística. Sentóse cerca de Smithers y principió á comerse el proyectil, discutiendo acaloradamente con el ofendido funcionario. Este declaró que el comportamiento de los estudiantes de Ciencias iba siendo insoportable, y amenazó con presentar una denuncia de lo ocurrido. Lewisham contestó que era lástima molestarse tanto por una pequeñez, y, á guisa de satisfacción, propuso al funcionario que le tirara un panecillo ó el desayuno entero. El funcionario se dió por contento con aceptar una patata y un trago de cerveza, y así acabó el lance. Sin embargo, á medio día, Lewisham — hay que hacerle justicia — sintióse grandemente contristado por su conducta. La señorita de Heydinger se abstuvo de dirigirle la palabra.

El sábado por la mañana no asistió á clase, enviando una carta, en la cual manifestaba hallarse levemente indispuerto. Transportó todos sus efectos al depósito de equipajes de la estación de Vauxhall. La hermana de Chaffery residía en Tongham, cerca de Farnham, y Ethel — despedida ocho días antes por Lagune — se había puesto en camino de su nueva esclavitud aquella misma mañana, acompañada, sólo hasta la estación, por su lacrimosa madre. Los novios convinieron en que interrumpiera Ethel el viaje en Farnham ó en Woking, según pudiera, regresando seguidamente á Vauxhall; así, pues, Lewisham tenía que estar aguardando sin limitación de horas.

Al principio sintióse animoso, con los ánimos que infunden las grandes aventuras. Luego, mientras paseaba por el interminable andén, dióse á filosofar y creyó hallarse muy lejos del mundo. Vió un fardo de arbustos, arrancados de raíz, junto á la maleta de un viajero, y aquello le sugirió imágenes terribles. Las raíces suyas, todos sus bienes terrenales, estaban en el depósito de equipajes. ¡Qué poca cosa era! Un cajón lleno de libros; un baul con ropa blanca y de color; diplomas y certificados académicos; un organismo no muy sólido... y la muchedumbre en torno de él... contra

él... ¡contra él, el mundo del cual apenas si formaba un átomo!...

—Aparte de *Ella*, si yo me muriese de repente — se decía Lewisham, — ¿quién notaría mi falta?...

Luego pensó en que *Ella*, al verse lejos de él, se habría encontrado débil y sola... ¿Le habrá ocurrido algún entorpecimiento al facturar el equipaje?... ¿Habrá ido su tía á esperarla á la estación de Farnham?... ¿Le habrán robado el bolsillo?... ¿Habrá perdido el tren?... El matrimonio debía efectuarse á las dos... ¿Y si *Ella* no llegase?... Después de haber visto entrar, sucesivamente, tres trenes, experimentó seria inquietud, y los temores vagos se fueron trocando en profundo abatimiento...

¡Al fin, *Ella* llegó!... Eran las dos menos veintitres minutos. Apresuradamente llevó las maletas de Ethel al depósito de equipajes para que las guardasen, con los efectos suyos. Un momento después, los novios se metían en un coche de alquiler — era la primera vez que se permitían semejante lujo, — y, al trote de un penco, emprendían el camino del matrimonio. Apenas si se hablaron; Lewisham, lacónicamente, murmuró algunas instrucciones; las pupilas de los jóvenes brillaban con brillo calenturiento, y desde la estación hasta las oficinas del Registro Civil marcharon con las manos enlazadas.

El rechonchete y simpático caballero estuvo bondadosísimo, verdaderamente paternal. Los novios cambiaron palabra de casamiento ante aquel digno funcionario, teniendo por testigo á un empleado de negra barba y á una señora que, para actuar dignamente, se quitó el delantal. El rechonchete y simpático caballero no pronunció largos discursos.

—Son ustedes jóvenes — dijo lentamente, — y la vida, para un matrimonio, es dura y difícil... Sean buenos y cariñosos el uno para el otro.

Sonrióse tristemente y les estrechó con afecto las manos.

Las pupilas de Ethel resplandecían; la joven se dió cuenta de que no podía pronunciar palabra.

CAPITULO XXI

¡EN EL HOGAR!

Después de gratificar disimuladamente á los testigos, Lewisham, con cara radiante, volvió junto á su esposa. Obreros y empleados que volvían á sus casas á disfrutar el medio día de descanso del sábado, pasaban en oleada no interrumpida ante los ojos de los nuevos consortes. Granos de arroz, arrojados á parejas que á todas luces se veía acababan de casarse, llenaban los escalones y el vestíbulo.

Una muchacha examinó atentamente á nuestros héroes, y comunicó sus impresiones á un pillete que la acompañaba.

—Esos no se han casado — exclamó el granuja. — Salen de pedir informes.

El pillete no era buen fisonomista.

Por las calles, llenas de gentío, volvieron á pie hasta la estación de Vauxhall, sin casi atreverse á hablarse. Allí Lewisham, procurando aparentar indiferencia, recogió baules y maletas y los fué acomodando en una berlina de punto. La maleta oscura, que encerraba la ropa blanca de Ethel, pudo acomodarse en la bigotera del vehículo. Describamos el cuadro: un carruaje vetustísimo, conduciendo á Lewisham y todos sus bienes, consistentes en un cajón amarillo y en una maleta usada; un rocín escualido arrastra penosamente el asendereado vehículo, y, en el

pescante, un cochero venerable y calvo, envuelto en viejísimo capotón de triple esclavina, blasfema á media voz y no cesa de dar latigazos al animalejo. Cuando los recién casados se vieron dentro de la berlina, perdieron la timidez que hasta entonces sintieran, y, de nuevo, se estrecharon las manos.

—Señora de Lewisham... — murmuró con insistencia el joven.

Ethel le contestaba diciendo mimosamente:

—¡Maridito mío! ¡Queridísimo maridito mío!...

Luego la señora de Lewisham se quitó el guante para lucir y para admirar el anillo de bodas, al cual dió un beso.

Habían resuelto no dejar ver que eran recién casados, y convinieron solemnemente en que Lewisham, cuando llegasen á la casa, la trataría con brusquedad y despego, para no infundir sospechas. La hospitalaria alemanota salió á recibirlos, sonriendo y deseando que hubiesen hecho felizmente el viaje; luego les garantizó, con gran elocuencia, que iban á estar «gonfortablemente». Lewisham ayudó á la obesa criada á descargar los bultos, despidió al cochero entregándole un florín, y se fué con las señoras al gabinete.

Ethel contestó á las preguntas de la señora Gadow con serenidad imperturbable, abrió resueltamente la puerta de la alcoba, y examinó con curiosidad inteligente un colchón de muelles de novísimo sistema. Casi en seguida las puertas de la alcoba se cerraron. Lewisham quedóse sólo en el gabinete, retorciéndose el bigote, aparentando admirar los cromos colgados en las paredes, y sorprendiéndose al verse temblando...

La obesa criada entró llevando las chuletas y el salmón que Lewisham había encargado á la señora Gadow. Nuestro héroe se entretuvo mirando por la ventana hasta que la criada se marchó cerrando la puerta; entonces se volvió para ver á Ethel que, tímidamente, salía de la alcoba.

Se había vestido de trapillo. Hasta entonces Lewisham sólo la había visto sin sombrero y sin abrigo una vez, y para eso en circunstancias dramáticas y de un

modo muy confuso. Ahora la contemplaba con una blusita abullonada, grana fuerte, con cuello y puños de encaje. La cabellera, sedosa y opulenta, formaba lindo marco al rostro. ¡Cuán seductora y bella resultaba en aquella actitud tímida y vacilante! ¡Oh, momentos inolvidables de la vida!... Lewisham avanzó con los brazos abiertos... Ethel miró hacia la puerta cerrada, y, rápida, con gentil ligereza, fué á refugiarse en el pecho de su esposo...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RYLES"
1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XXII

EPITALAMIO

Durante tres días inolvidables, la existencia de Lewisham fué un tejido de emociones divinas; la vida se deslizaba tan bella y tan maravillosamente que no dejaba resquicio á dudas ni á recuerdos. Estar al lado de Ethel, tal era su constante delicia. El joven, que no había tenido hermanas, se manifestaba asombradísimo ante las mil lindezas y refinamientos femeniles. Su mujercita le regañaba por lo brusco y por lo desmañado que era. ¡Qué luz la luz de las pupilas de Ethel, y qué ardoroso cariño el de su corazón!... Aun estando lejos de ella, experimentaba sentimiento deliciosísimo. Considerábase no como un estudiante vulgar, y sí como hombre que vive vida secreta. ¡Qué encanto al despedirse el lunes, junto á la estación de Kensington, y subir por la calle de la Exposición, codeándose con camaradas que vivían en mezquinos y solitarios alojamientos, y que, comparados con él, eran chicos sin experiencia!... ¡Qué hermosura distraerse del trabajo y recostarse en la silla, para soñar en la vuelta al hogar!...

Cuando las campanadas de medio día llenaban la escalera principal de grupos juveniles, ó, mejor aun, un poquito antes de esa hora... ¡cuán sabroso resultaba deslizarse hacia el jardín sombrío, tras el Oratorio, y encontrar una carita sonriente y oír una vocécita dulce, que decía palabras cariñosas! Y luego, al dar las cuatro, vuelta á encontrarse y regreso al hogar... ¡á su hogar!...

Y ya el paseo vespertino no acababa, como en otro

tiempo, con una despedida melancólica, y con un suspiro de tristeza, exhalado al ver alejarse y perderse en la niebla la figurita de la mujer amada. No, eso se había terminado para siempre. Las horas inacabables que Lewisham pasaba en el laboratorio, las dedicaba á meditar, á inventar — valga la frase — adjetivos minúsculamente tiernos: mujercita querida, queridísimo pedacito de mujer, mi niña adorada, palomita mía... ¡Qué adorable entretenimiento!... Y conste que las frases citadas son las mejores muestras de su originalidad en los inolvidables días de la luna de miel. Explorando en su corazón, descubría un lenguaje liliptuense, análogo al de los héroes descubiertos por Swift. Porque Lewisham, como Swift y como otros muchos, dió con el lenguaje minúsculo. Realmente, aquella época resultó bastante ridícula.

Las secciones vegetales que hizo el tercer día de vida conyugal — y conste que hizo muy pocas — acusaban al soñador distraído. Bindon, el catedrático de Biología Botánica, bajo la impresión de aquellos horrores, manifestó á un colega, á la hora del almuerzo, que no había conocido estudiante alguno que disparara tanto como Lewisham.

También Ethel experimentaba emociones deliciosas. Veíase casada... ¡casada y dueña de su casa!... Hacía compras y oía á los tenderos, tan respetables como respetuosos, que la llamaban señora. Disponía las comidas y ponía en limpio las notas del gasto diario, profundamente convencida de que estaba haciendo algo muy útil. De vez en cuando interrumpía la escritura, para soñar. Durante cuatro días magníficos acompañó á Lewisham hasta muy cerca de la Escuela, y fué á esperarlo á la hora de la salida, y escuchó con avidez y saboreó las últimas fantasías de la voluptuosa imaginación de su esposo.

La hospedera se conducía correctamente y hablaba, en una jerga divertidísima, de las criadas, sucias, ladronas y... disolutas, que había padecido. Ethel disimulaba la novedad de su estado conyugal, mediante combinaciones ingeniosísimas. La noche del sábado, ó sea

pocas horas después de haber contraído matrimonio, escribió á su madre — con la colaboración de Lewisham — una carta dando cuenta de su conducta heroica y anunciándole próxima visita. Dejaron la carta en el buzón de Correos, muy tarde, para que no la repar-tieran hasta la mañana del lunes.

En su epístola afirmaba Ethel — con igual convencimiento que lo había afirmado Lewisham, — que únicamente para evitar la deshonra de vivir de las farsas espiritistas, se había casado... Se olvidaba hacer constar la parte que el mutuo cariño había tenido en la realización del enlace. Esto, ya se ve, era gallarda muestra de magnanimidad.

Lewisham indicó la conveniencia de aplazar, hasta el anochecer del lunes, la visita al lugar materno.

—Es preciso, ante todo — decía, — que reservemos algunos días para nuestra luna de miel.

En las reflexiones que hiciera, con anterioridad al matrimonio, había entrevisto confusamente que, aun después de la boda, tendría que mantener relaciones y trato con los señores de Chaffery. Ahora sentíase poco propicio á comenzar y á continuar esas relaciones. Preveía, aun esforzándose por no pensar en ello, que el principio obligado había de estar compuesto por escenas explicativas no muy fáciles. Con todo, su magnanimidad se sobrepuso y le hizo despreciar la molestia que se avecinaba.

—Reservemos siquiera algunas horas para nosotros — dijo Lewisham, — y mientras se darán cuenta de la posición que á cada cual corresponde.

Salvo que fué brevísima, y salvo los presagios de futuras molestias, la temporadita primera de vida conyugal fué magnífica. La comida del sábado, por ejemplo, resultó una fiesta completa. Aun cuando los manjares estaban no muy calientes, cuando los recién casados llegaron, no por ello se anduvieron con remilgos; comieron admirablemente, sin más interrupciones que las indispensables para darse apretones de manos y para otros excesillos, demostradores de la comunión de sus almas. Lewisham sólo entonces pudo apreciar la

suavidad y el aterciopelamiento de las manitas de Ethel y fijarse bien en la blancura y en la pequeñez de los dedos; el anillo de bodas salió para siempre de su dulce escondite y se mostró como símbolo de alianza. Los recién casados, aun cuando tímidos y temblorosos, no cesaban de mirarse y de sonreirse.

Ethel se interesaba mucho y se divertía grandemente mirando las habitaciones y los muebles, y reflexionando acerca de su nuevo estado; su esposo mostrábase satisfechísimo viéndola y escuchándola. La cómoda, emplazada en el gabinete-comedor, hizo reír á la joven, que también rió mucho con las ocurrencias de Lewisham, acerca de los adornos de tocador y de los vetustos cromos.

Cuando no quedó resto de las chuletas, y cuando el pan y el salmón casi desaparecieron, la emprendieron valientemente con un gran pastel. La conversación era incoherente y animadísima.

—¡Qué gracia tiene la alemanota!... ¡Había que oír-la llamándome señogña!... ¡Tendré que salir en seguida de compras!... Necesitamos muchas cosas para el domingo y para la mañana del lunes... Haré una lista. Me daría vergüenza que notasen mi falta de práctica... Quisiera estar más enterada...

Por entonces le resultó graciosa, á Lewisham, la ignorancia de su mujer en punto á menesteres domésticos. Luego cambió de conversación y lamentó que las circunstancias no le hubieran permitido celebrar el casamiento con toda pompa y boato.

—Ni ha habido damas de honor — dijo, — ni niños que nos arrojasen flores, ni carruajes, ni agentes de policía para vigilar el canastillo de bodas... Nada... no ha habido nada... Ni un ramillete de flores... Sólo tú y yo...

—Sí, ¡tú y yo!...

—Y aun ha faltado más — volvió á decir Lewisham. — No hemos tenido brindis, ni discursos... No ha habido un padrino que levante la copa exclamando: «Señoras y caballeros... ¡á la salud de la novia!» Porque esa es la misión del padrino, ¿verdad?...

Por toda respuesta, Ethel le tendió la mano.

—Y has pensado — le dijo su marido estrechándole la mano — en que nunca nos han presentado...

—¡Tienes razón! — exclamó Ethel. — ¡No estamos presentados!...

Sin saber por qué, alegráronse locamente al pensar en que nunca habían sido presentados el uno al otro.

Más tarde, después de medio día, cuando Lewisham desembaló sus libros y su equipaje, mostróse en público acompañando á Ethel y llevando alegremente las compras que ella hizo. Cargóse con paquetes y con cucuruchos de papel azul ó gris, con una caja de confites, y de uno de los bolsillos exteriores del gabán salía la cola de un bacalao, mal envuelto... Y en estas condiciones, dulcemente humildes y humildemente dulces, comenzaron la luna de miel.

El domingo por la noche salieron á dar un gran paseo por las calles desiertas, y, por último, llegaron á Hyde Park. Hacía una noche primaveral, hermosísima, iluminada por la blanca luna. Acodáronse en el puente, sobre la Serpentina, mirando á lo lejos las amarillas luces de Paddington. Y allí se detuvieron, como formas confusas y pequeñas que se apretaban la una contra la otra, diciéndose ternezas, y á veces guardando silencio.

Pronto Lewisham principió á monologar, á impulsos de soberana inspiración. Comparó á la Serpentina con la Vida, y halló significado á las riberas sombrías que se prolongaban hacia Kensington Gardens.

—La lucha larguísima — murmuró — con las luces en el final.

Realmente, Lewisham no sabía lo que significaba lo de las luces en el final; tampoco lo sabía Ethel; sin embargo, ambos se sintieron emocionados.

—Combatimos contra el mundo — exclamó nuestro héroe, complaciéndose en tal pensamiento. — El mundo entero está en contra nuestra... y nosotros luchamos contra el mundo entero...

—¡No seremos vencidos! — afirmó Ethel.

—¿Cómo han de vencernos si luchamos juntos? —

observó Lewisham. — Por ti soy capaz de luchar contra una docena de mundos.

Bajo la luna amiga, se les antojaba muy dulce, muy noble y hasta muy fácil, para sus bríos, luchar contra el mundo.

—¿Bustetes llepan no pucho tiempo casatos? — insinuó sonriendo la señora Gadow, cuando el lunes por la mañana abrió la puerta á Ethel, que volvía de acompañar á Lewisham hasta muy cerca de la Escuela.

—Sí, no hace mucho tiempo que nos casamos — contestó Ethel.

—Buste es pien tichosa — exclamó, suspirando ruidosamente, la señora Gadow. — ¡Tampién yo he sito pien tichosa!...

CAPITULO XXIII

CHAFFERY EN SU CASA

Las áureas brumas del éxtasis disipáronse algo el lunes, cuando J. E. Lewisham, con su esposa, marchó á visitar á su madre política y al señor Chaffery. La señora de Lewisham experimentaba algún miedo, tranquilizándola la vista de la actitud heroica de su marido, que aun parecía estar aureolado de gloria. Lewisham lucía camisa de algodón, cuello blanco postizo, y una linda corbata de seda negra, que le había comprado su mujercita, muy deseosa de verlo bien arreglado.

La señora de Chaffery surgió en la semiobscuridad del pasillo; era mujer de cierta edad, pequeña, con la nariz afilada, gesto de timidez y mirada vacilante; estaba llena de polvo, usaba quevedos de plata y se parecía muchísimo á Ethel... Al ver llegar á su hija y á su yerno, se estremeció con estremecimiento nervioso.

Titubeó, se azoró, y al fin, abrazando efusivamente á su hijo político, exclamó:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Con que este es el señor Lewisham?...

Desde los lejanos días de la niñez, era esta señora lá tercer representante del bello sexo que abrazaba á Lewisham.

—¡He pasado un gran susto! — exclamó la polvorienta dama, riendo convulsivamente. — Dispéñeme que le diga lo mucho que me alegra el verle... joven, honrado y formal. No es que mi hija Ethel... *El* ha pasado un mal rato... No debieron ustedes en la carta hablar nada del hipnotismo... Además, la carta que

escribió la prima Juana... Pero vamos, que está esperando á ustedes y que oye lo que decimos...

—Pero ¿vamos á bajar, mamá? — preguntó Ethel.

—Aguarda á ustedes abajo — contestó la señora de Chaffery.

A la menguada luz de una lamparilla de aceite bajaron por una sombría escalera de caracol, hasta dar en un sótano convertido en comedor, y mal alumbrado por mecheros de gas con bombas de cristal opaco con estrellitas talladas. Para Lewisham, que iba delante, el descenso fué, en realidad, deprimente. En la puerta se detuvo para tomar aliento. ¿Qué iría á decirle Chaffery?... Después de todo, le tenía sin cuidado cuanto le dijera.

Chaffery estaba de pie, de espaldas á la lumbre, limpiándose las uñas con un cortaplumas. Los áureos lentes cabalgaban en la punta de la nariz, que era una protuberancia roja; por encima de los lentes miró á los recién casados y... (Lewisham se resistía á creerlo) sonrió con sonrisa burlona.

—¡Ya estás de vuelta! — dijo alegremente á Ethel, con voz aflautada.

—Ha venido á ver á su madre — exclamó Lewisham. — ¿Supongo que usted es el señor Chaffery?

—Me agradaría saber quién diablos es usted — contestó Chaffery, sin dejar de reírse, levantando la cabeza para mirar atentamente al joven. — Por la frescura y el tupé que demuestra, voy creyendo que es usted el señor Lewisham, á quien esta mal aconsejada joven alude en su carta...

—El mismo soy.

—Margarita — dijo el señor Chaffery á su esposa, — tu yerno, suponiendo que lo sea, pertenece al número de personas con las cuales se pierde el tiempo siendo cortés. ¿Trae tu hija la partida que certifique su casamiento?...

—¡Señor Chaffery! — protestó Lewisham.

La madre de Ethel exclamó:

—¡Jacobó! ¿Cómo puedes suponer?...

Chaffery cerró el cortaplumas y se lo guardó en el

bolsillo del chaleco. Luego volvió á erguir la testa, y principió á hablar sosegadamente.

—Supongo que somos personas bien educadas y que podremos tratar correctamente de nuestros asuntos. Mi hijastra falta de casa dos días y dos noches, y luego se presenta con un caballero, asegurando que es su marido. Debo advertir que no puedo permanecer indiferente ante la posición legal de mi hijastra.

—Debía usted conocerla mejor... — interrumpió Lewisham.

—¿Para qué vamos á perder el tiempo discutiendo — exclamó jovialmente Chaffery, señalando con el dedo á Ethel, — cuando ya veo que mi hijastra trae los papeles en el bolsillo?... Enséñamelos, hijita... Ya suponía que los traerías... Descuida, que no me los voy á guardar... Además, por dos chelines y siete peniques, se obtiene otra copia exactamente lo mismo... Gracias... Lewisham, Jorge, Eduardo... Veintiún años... Ethel... ¡también veintiún años!... Nunca quiso tu madre decirme exactamente tu edad... ¡Estudiante!... Bien, muchas gracias. Ya estoy convencido y satisfecho. Y ahora, señor mío, ¿qué tiene usted que decir para justificarse de lo que ha hecho?...

—Ya ha recibido usted una carta — contestó Lewisham.

—He recibido una carta llena de pretextos y de excusas... Los ataques personales, los desprecio... Sí, señor mío, excusas y pretextos... Ustedes son jóvenes... querían casarse... y han aprovechado la ocasión... Ni por casualidad se dice en la carta que ustedes deseaban casarse... ¡Cuanta modestia!... Pero en fin, ya están ustedes casados. Que se desorganiza una casa... Que se molesta á los demás... ¡no importa!... No censuro á ustedes; en todo caso, hay que censurar á la Naturaleza. Ni mi hijastra ni usted saben lo que han hecho. Pero... ¡ya se irán enterando!... Se han casado, y eso era lo principal. Querida Ethel, pon el sombrero y el bastón de tu marido detrás de la puerta... ¿Conque usted, caballerito, se permite criticar la manera que tengo de ganarme la vida?...

—Pero... — balbució Lewisham. — Sí... Confieso que lo censuro...

—No se disculpe. La inexperiencia del mundo le disculpa...

—Lo que usted hace no está bien hecho... no es correcto...

—¡Dogma! — exclamó Chaffery. — ¡Dogma!

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó Lewisham.

—Quiero decir que es dogma. Ya discutiremos despacio; es hora de comer... Soy incapaz de revolverme contra los hechos consumados, y puesto que, por virtud del casamiento, somos parientes, se quedarán ustedes á comer con nosotros... Discutiremos detenidamente. Hemos roto las hostilidades y tenemos que hablar. Su mujer de usted y mi mujer pondrán la mesa, mientras nosotros seguimos charlando. ¿Por qué, en vez de apoyarse en el respaldo, no se sienta usted en esa silla?... Estamos en un hogar, *domus*, y no en una reunión pública... Es un hogar humilde... á pesar de mis engaños manifiestos... Vamos, así estará usted más cómodo... Ante todo, supongo, supongo y deseo (Chaffery se mostró emocionadísimo) que usted no será disidente.

—¿Cómo? — preguntó Lewisham asombrado; y luego añadió: — No, no soy disidente.

—Muy bien — murmuró Chaffery. — Me complazco en ello; temí... Hay algo en usted... ¡Me revientan los disidentes!... A mi juicio, ellos son el inconveniente mayor de este barrio de Clapham... Siempre los he encontrado pérfidos... siempre.

Hizo una mueca, y los lentes se le cayeron y enredaron en los botones del chaleco.

—Me complace muchísimo... — repitió colocándose los lentes sobre la nariz, — porque debo decir á usted que los disidentes y los disconformistas de conciencia, y los puritanos, y los vegetarianos, y los abstemios, y sus similares, todos... ¡todos me revientan!... He renunciado á hipocresías y á convencionalismos. Mi temperamento es esencialmente helénico. ¿Ha leído usted á Matthew Arnold?...

—Aparte de mis estudios científicos...

—¡Ah!... ¡Pues lea á Matthew Arnold!... Es un entendimiento clarísimo; en él encontrará algo que, por lo general, suele faltar á ustedes, los hombres de ciencia, que, por maravillarse siempre ante el fenómeno, resultan tal vez excesivamente objetivos. ¡Yo busco el numeno... el numeno, señor Lewisham!... ¿Me entiende? (1)

Se detuvo, y miró interrogativamente á su interlocutor. Ethel entró, sin sombrero ni abrigo, con una bandeja negra, en la cual chocaban ruidosamente platos, cubiertos y copas. En seguida comenzó á poner la mesa.

—Entiendo, entiendo — contestó Lewisham, ruborizándose, y sin atreverse á confesar que ignoraba el significado de aquella palabra pomposa. — Continúe usted...

—Busco el numeno — repitió satisfechísimo, haciendo un gesto de soberano desdén, como si todo lo demás le importase nada. — Maldito si hago caso de las apariencias ni de las superficialidades; soy... un ninfolepto... ¡entiéndame y fíjese! soy un ninfolepto... un inspirado. Necesito hallar la verdad de todo... la base fundamental... ilusoria... Me he impuesto la obligación de no engañarme á mí mismo... nunca... Muy pocos podrán decir otro tanto. A mi juicio... la verdad empieza en la casa... y casi siempre... no sale de ella. ¡Esto es lo más cierto y lo más verosímil! ¿Me entiende?... Con la mayoría de las personas... con el disidente típico, pongo por caso... la verdad anda rodando de acá para allá... y metiéndose á fisgar á los vecinos... ¿Entiende usted mi punto de vista?...

Miró de soslayo al malaventurado Lewisham, que no entendía palabra de cuanto estaba oyendo, y que se mostraba todo lo reservado que podía.

—Es algo sorprendente — exclamó con cierta prudencia, — recordando lo pasado... oír á usted...

(1) Numeno es el nombre dado por Kant á los hechos que pasan en nuestra alma y que nos revela la conciencia.—(N. del T.).

—¿Hablar de la verdad?... No le extrañará cuando se dé cuenta de mi situación. Lo comprenderá muy bien cuando se coloque en mi mismo punto de vista. A eso voy. Estoy, como es natural, deseoso de que se haga cargo de mis explicaciones; por algo somos parientes, toda vez que usted resulta mi hijo político. Usted es joven... muy joven. Sólo los años, al pasar, dan equilibrio al cerebro y le brindan el barniz de la educación. Después de la carta y... después de fijarme en usted, caigo en la cuenta de que nos vimos en la sesión celebrada en casa de Lagune.

Al hablar así, levantó el dedo índice, cual si de repente percibiera inesperada luz.

—¡A propósito! Esto me explica los amores de ustedes...

Ethel estaba poniendo el tarro de la mostaza sobre la mesa.

—Sí... — contestó la joven, con voz trémula.

—¿Ustedes se conocían con anterioridad? — preguntó Chaffery.

—Nos conocimos en Whortley — observó Lewisham.

—¡Ah!...

—Yo fui... Yo fui uno de los que contribuyeron á descubrir las supercherías que hacía usted — manifestó Lewisham. — Y ya que de esto hablamos, me creo obligado á declararles...

—¡Bueno! ¡Bueno! — interrumpió Chaffery. — ¡Qué desengaño tan horrible para Lagune!

Calló un momento y quedóse mirando al suelo.

—La mano de goma, no era una mala invención — murmuró sonriendo.

Lewisham no supo apreciar en cuanto valía aquella observación.

—No veo el caso en el mismo aspecto que usted — insinuó.

—¿No puede usted prescindir de prejuicios morales?... Bueno; bueno. Estudiaremos y discutiremos todo. Pero, aparte de sus méritos morales... simplemente

como superchería artística... hay que convenir en que no está mal.

—No soy perito en supercherías...

—Eso les ocurre á todos los que se ocupan en descubrirlas. Usted declara que ni pensó ni oyó hablar nunca del guante neumático... Sin embargo, es evidente que teniendo un *medium* las manos ocupadas, debe y puede valerse de la boca y de los dientes. ¿Es tan difícil imaginar una mano de goma, escondida en el traje?... ¿Hay cosa más sencilla?... Conozco á fondo la literatura psíquica y garantizo que nadie había caído en esto. ¡Nadie! Constantemente me admiro viendo tantas y tantas cosas que no han visto los investigadores. Así resulta que tienen más desventajas que ventajas, y que siempre parten de base equivocada ó falsa. ¡Oigalo bien! Soy sagaz, por naturaleza. Distraingo mis ocios inventando y poniendo en práctica burlas, porque así me divierto muchísimo. Sí, me divierto extraordinariamente. Bueno... ¿que cuál es el resultado de mis meditaciones?... Allá va un detalle: conozco cuarenta y ocho maneras de hacer que los espíritus den golpecitos; de esas cuarenta y ocho maneras, lo menos diez son originales, inventadas por mí. ¡Diez maneras originales de hacer que los espíritus den golpes!... (Estaba admirablemente solemne y pavoroso.) Y hay golpes que resultan sencillamente terribles...

Como confirmación sonó un golpe que parecía haber sido dado entre Lewisham y Chaffery.

—¿Eh, qué tal?...

En la chimenea sonaron golpes irregulares, y en la mesa, colocada á la vista de Lewisham, se dejaron oír fuertes porrazos.

—¿Lo ve usted?... —dijo Chaffery, ocultando las manos bajo la americana.

Durante un rato, la habitación entera pareció estar castañeteando invisibles dedos en torno de Lewisham.

—Perfectamente. Ahora veamos la cosa de otro modo. Examinemos la prueba más severa que he sufrido. Dos respetables profesores de Física... no precisamente dos Newton... ¿comprende usted?... pero sí dos

excelentes, dos dignos profesores de Física, muy pagados de la suficiencia... una devota, ansiosa de que le demostrasen que hay otra vida más allá de la tumba... y un periodista que cobra sus trabajos reporteriles á tanto por línea... es decir, que se gana el pan inventando y fantaseando como yo, pusiéronse de acuerdo para someterme á prueba... ¡Pruebas conmigo!... Naturalmente, esos señores tenían sus ocupaciones: dar clases de Física, rezar y asistir á la iglesia, preparar informaciones y gacetillas, etc., etc... No habían consagrado una hora cada día á pensar en lo que es mi profesión; ninguno había hecho la menor fullería en su vida... ni era capaz de viajar sin billete y sin ser visto, en ferrocarril, aunque en ello le fuera la vida... Bueno, pues dígame de parte de quién están las ventajas.

Callóse. Lewisham parecía sostener alguna batalla interior.

—Usted ignora que si me sorprendió fué por accidente... por casualidad fortuita. El guante se me escapó de entre los dientes, sin que ni antes ni después lo hubiera notado nadie.

Lewisham tomó la palabra, con el mismo esfuerzo con que se hubiera echado un fardo á cuestras.

—Todo lo dicho está completamente fuera de la cuestión. No discuto la habilidad de usted... Digo y sostengo que la acción en sí... no está bien hecha.

—Ya lo veremos —contestó Chaffery.

—Es evidente que miramos los hechos desde muy distintos puntos de vista.

—Es evidente. Y eso es lo que tenemos que discutir. Eso, precisamente.

—Engañar es engañar. No nos salgamos de este límite. Me parece que la cuestión es sencilla.

—¡Vamos á verlo! —exclamó Chaffery, con cierta viveza. — Naturalmente, es importantísimo que usted se haga cargo de mi posición. Si no, nada adelantaremos. Desde que lei la carta de usted, no he dejado de reflexionar. En cierto modo, puede decirse que tengo

una misión... Soy una especie de profeta... ¿Empieza ya á entenderme?...

—¡Lléveme el diablo si...!

—¡Ah! Usted es joven y, por ende, presuntuoso. Mi querido chico, está usted en la infancia de la experiencia. Reconozca que ve más que usted un hombre que le dobla la edad... Pero ya está aquí la comida. Durante un rato, por lo menos, suspenderemos las hostilidades.

Ethel llegó llevando una silla que hacía falta, y tras la hija apareció la madre, añadiendo á los preparativos una jarrita de cerveza.

Lewisham, al acercarse á la mesa, notó que el mantel tenía muchos rotos sin zurcir y muchos sitios desteñidos. En el centro había un porta-vinagreras, empañado, con mostaza, pimienta y tres frasquitos desiguales y vacíos. El pan estaba colocado en una salvilla muy grande, y en una bandeja pequeña había un trozo enorme de queso. El señor y la señora de Lewisham se sentaron frente á frente; la señora de Chaffery se colocó en la silla medio rota, pretextando que «la conocía».

—El queso es tan nutritivo, tan áspero y tan indigesto como la Ciencia — exclamó Chaffery, ofreciendo la bandejita. — Pero... aplástelo con el tenedor, añádale un poquito de manteca fresca, otro poquito de mostaza, pimienta... en cantidad conveniente... y una gota de vinagre; mézclelo perfectamente y tendrá usted *crab*, que es un manjar muy agradable. Así procede el sabio en presencia de los hechos de la vida, no deteniéndose ante nada, no respetando nada, pero adaptándolo todo.

—Como si la pimienta y la mostaza no fuesen hechos — observó Lewisham, obteniendo por vez primera una ventaja en la discusión.

Chaffery, en términos muy corteses, reconoció la inexactitud de su imagen, y Lewisham no pudo contentarse y miró á Ethel con orgullo de triunfador. Poco después tuvo que recordar que Chaffery era un farfante, del cual eran preferibles las censuras á las alabanzas.

Durante algunos momentos, Chaffery estuvo muy atareado preparando *crab*, y la conversación languideció. La señora de Chaffery preguntó á su hija por las habitaciones que ocupaban; Ethel contestó entusiasmadísima.

—Ya iréis un día á tomar el té con nosotros y las veréis — añadió la joven, sin esperar la aquiescencia conyugal.

Lewisham sorprendióse grandemente al oír al padre drastro de su mujer hablarle, con detalle, de su situación, como alumno de la Escuela de Kensigton.

—Supongo — le dijo — que dispondrá usted de más recursos que la guinea semanal con que la beca está dotada.

—Dispongo de lo suficiente para llegar hasta el fin — contestó Lewisham, ruborizándose.

—Naturalmente, usted esperará que cuando la beca termine, la Escuela de Kensigton le proporcione una colocación con dos mil quinientos chelines al año, ó cosa parecida.

—Sí — respondió Lewisham á regañadientes. — Dos mil quinientos chelines al año ó cosa parecida... Es lo que se puede esperar. Además, caso de no colocarme en la Escuela de Kensigton, hay otras plazas á las que puedo aspirar.

—Entendido... Entendido... Pero, la verdad, dos mil quinientos chelines al año, es poco... En fin, hay más de un hombre de mérito que, por fuerza, tiene que contentarse con menos. — Y después de una pausa, rogó á Lewisham que le diese la jarrita de cerveza.

—¿Vive aún la madre de usted? — preguntó de repente la señora de Chaffery á su yerno.

Este tuvo que enumerarle toda su parentela. Cuando nombró al contratista de albañilería y de plomería, la señora de Chaffery hizo constar, con inusitada solemnidad, que en todas las familias había parientes pobres. Después, la solemnidad inusitada se desvaneció de igual modo que había surgido.

Terminada la comida, Chaffery escurrió la jarrita

de cerveza en su vaso, sacó una pipa de largo tubo é invitó á Lewisham á fumar.

—No hay nada como esto — observó Chaffery, llenando la pipa. — En esta tierra, el buen tabaco y las personas decentes escasean mucho.

Lewisham buscó en los bolsillos el paquete de cigarrros argelinos; Chaffery lanzóle, por encima de los lentes, una mirada de desagrado, y reanudó el hilo de la ofrecida apología. Las señoras se retiraron para fregar los platos sucios.

—Vea usted — comenzó el *medium*, tan luego como encendió la pipa, — á propósito de supercherías... se me antoja que la vida no es un asunto tan sencillo como usted se figura.

—No se me figura que la vida sea un asunto sencillo — dijo Lewisham. — Creo que en ella hay cosas buenas y malas. Hasta ahora, usted no me ha demostrado que sus amaños sean buenos.

—Estudíemos, estudiemos el asunto — exclamó Chaffery, montando una pierna sobre otra y soltando una bocanada de humo. — Por de pronto, no tiene usted idea muy exacta de la importancia de la ilusión en la vida, ni del papel principal de las mentiras y de los desengaños en el estado. Usted está dispuesto á anatematizar una forma particular de impostura, porque no está admitida generalmente, porque lleva consigo algo que desacredita y... porque produce poco; prueba de ello, los bajos de mi pantalón, y los manjares que como...

—No, no es eso — interrumpió Lewisham.

—Ahora bien, estoy dispuesto á afirmar — prosiguió Chaffery — que la honradez, en la sociedad, es una fuerza esencialmente anárquica y disolvente; que la fraternidad social no puede mantenerse, y que el progreso de la civilización no es posible más que por la mentira, robusta y hasta violenta; que el contrato social no es, ni más ni menos, que una amplia conjuración de seres humanos reunidos para engañarse y burlarse á sí mismos, y recíprocamente, por el bien general. La mentira es la argamasa que sujeta al hombre

individual y salvaje á la mampostería social. Esta es la tesis general, sobre la que fundamento mi justificación. Puedo afirmar que mi facultad de *medium* es un ejemplo particular de la regla general. Si mi carácter no fuese indolentísimo, tornadizo, aventurero y enemigo de escribir, hubiera llenado con mi teoría un libro voluminoso y viviría honrado y admirado por cuantos sabios idiotas hay en el mundo.

—Pero ¿cómo iba usted á demostrar sus afirmaciones?...

—¿Demostrar?... Basta y sobra con indicar. Actualmente comienza á haber hombres... Bernardo Shaw... Ibsen y otros... que tienen atisbos de mis ideas... ¿Qué es el hombre?... Gula y concupiscencia, moderadas por el miedo y por irracional vanidad.

—No soy de la opinión de usted — dijo por segunda vez Lewisham.

—Ya lo será usted más adelante — replicó Chaffery. — Hay verdades que sólo se aprenden por propia experiencia. Pero volvamos á nuestras mentiras... Examinemos el edificio social y comparémosle con el estado salvaje; descubriremos que la única diferencia entre el salvaje y el hombre civilizado consiste en que el salvaje no ha aprendido á disfrazar la verdad de las cosas, y el hombre civilizado sí. Veamos con ejemplos esa diferencia. ¿Qué significa el vestido en el hombre civilizado?... ¿Qué significa el haber inventado la decencia?... Sencillamente, la ocultación de hechos esenciales. ¿Qué es el decoro?... ¡La supresión de hechos!... No protesto contra la decencia ni contra el decoro, fíjese bien; son necesarios, son indispensables para la civilización... pero son indiscutiblemente y esencialmente *suppressio veri*. En los bolsillos de los trajes de nuestros conciudadanos hay, algunas veces, monedas. El salvaje no tiene moneda. Para el salvaje, un trozo de metal es... un trozo de metal, que tal vez le sirve para adorno, pero para nada más. Así debe ser, y para los hombres realmente inteligentes ese metal representa otra cosa, por obra y gracia de la grosería y de la necedad de los demás hombres. Para el vulgo civili-

zudo, la circulación universal del oro es un hecho fundamental y sagrado. ¡Reflexione! ¿Por qué razón es así?... ¡No hay razón!... Vivo, constantemente, pasmado de la credulidad de mis contemporáneos. Algunas veces, por las mañanas, cuando se me pegan las sábanas, me doy á pensar que, durante la noche, la humanidad ha descubierto la mixtificación... Y me figuro que la suegra de usted va á entrar en la alcoba trayéndome el chelín que el vendedor de leche se niega á tomar. «Pero — preguntaría el vendedor, — ¿cree usted que voy á dar la leche á cambio de eso?» Mas esta revolución no llega nunca... nunca. Y si llegase, y si nadie quisiera aceptar la moneda... ¿qué sucedería?... El hombre primitivo surgiría dentro del hombre civilizado. Yo saltaría de la cama, agarraría un arma y caería sobre el lechero. Lamentaría alterar el orden público... pero, ante todo, me procuraría la leche que necesitase. Los vecinos, tan necesitados como yo, saldrían, al oír el escándalo, para procurarse su ración. El lechero, con los ojos desencajados, saldría al galope... ¡Anda! ¡Cógelo! ¡Dale alcance! ¡Ahí va! ¡Ya! ¡Date!... Ya está el carrito detenido... Bueno, denle de cachetes al vendedor, pero cuidado con derramar los cacharros... ¿Se va usted enterando de lo que ocurriría?... ¿Me comprende?... La cosa no puede ser más lógica, ni más razonable. Luego volvería á mi casa lleno de chichones y de arañazos, pero con mi cacharra de leche... Y no la soltaría, ni le quitaría la vista de encima, por... Pero ¿á qué continuar?... Usted, como todos, y aun mejor que todos, debe saber que la vida es una lucha por la existencia, una batalla por un bocado de pan. La moneda es la mentira que mitiga nuestro ardor.

— ¡No! — exclamó Lewisham. — ¡No! No estoy dispuesto á pasar por esa afirmación.

— ¿Qué es el dinero?...

Lewisham se escapó por la tangente.

— Concrétese á su caso — le dijo. — No veo, realmente, la relación que existe entre todo eso y las supercherías de las sesiones de espiritismo.

— Sin embargo, fundamento mi defensa sobre esta base. Tome usted un hombre agresivamente respetable... Un obispo, por ejemplo.

— Le advierto — observó Lewisham — que trato poco á los obispos.

— No importa. Fíjese en un catedrático de Ciencias que va por la calle. Repare en el traje, que le da aspecto de ciudadano decente y que encubre el hecho de que el tal catedrático es físicamente un degenerado fofo y barrigudo. Ya tenemos aquí la primer mentira de su persona. No lleva el pantalón desflecado como el mío. Fíjese que lleva el cabello peinado y recortado, sin que exceda en largo á media pulgada; mentira tácita, porque, al natural, llevaría larga y enmarañada pelambarrera, grisienta y sucia. Mírele la boca, y seguirá encontrando mentiras, en forma de dientes postizos. Y en todo el orbe, multitud de infelices trabajan para que él coma, beba, duerma y disfrute de comodidades. Va vestido con las vidas de tejedores escuálidos y jibosos; enciende el cigarro con el fósforo que intoxica y mata á los obreros de las fábricas de cerillas; su vajilla está pintada con los blancos plúmbeos que anemian á los trabajadores; el suelo que pisa está pavimentado por existencias humanas... ¡Mírele, mofetudo y satisfecho!... ¡Mírele y piense — como dice Swift, — si un individuo así tiene el valor de sentirse orgulloso de su persona!... Y pretende que su descansado é insignificante trabajo es compensación bastante para el trabajo de los infelices que luchan, laboran y sucumben; y pretende que él, y su carrera parasitaria, son compensaciones sobradas para los que fracasaron y cayeron sin esperanza. Figúresele regañando á su jardinero por el mal trasplante de unos geránios; tantas y tan grandes son las mentiras que el mundo ha ido tejiendo, que el humilde no se atreve á levantar la azada sobre el procaz, para hundirlo en el polvo, del cual fué formado... Y lo propio ocurre en el conjunto y en el detalle de todas las vidas de los pudientes. Toda instrucción, toda educación, toda cortesía, todo progreso intelectual, todo refinamiento, son y serán men-

tiras é hipocresías, mientras haya infelices que mueran de hambre y sin hogar...

—¡Pero eso es socialismo!... —exclamó Lewisham. —Yo...

—¡Nada de frases terminadas en *ismo!* —gritó Chaffery, con acento agudo. — Se trata sólo de la verdad abrumadora de los hechos... es decir, de la prueba de que la trama y el tejido del género humano es la mentira. El socialismo no es un remedio; no hay ningún *ismo* que pueda remediar el mal; así son las cosas.

—No estoy conforme... — insinuó Lewisham.

—¿Conque no haya esperanza?... Bueno; eso se debe á que aun es usted muy joven; pero convenga en que el cuadro está copiado del natural.

—Hasta cierto punto.

—Convenga en que las situaciones más respetables del mundo están inficionadas por la mentira, y si no lo estuviesen, dejarían de ser respetables. La posición de usted, sin ir más lejos... ¿Quién le ha dado derecho para casarse, y para dedicarse á estudios científicos interesantísimos, mientras otros muchísimos jóvenes, analfabetos, se revientan trabajando en las minas?...

—Convengo...

—Por fuerza tiene que convenir. Y esta es la posición mía. Una vez que todas las maneras de vivir son producto de fraude, engaño ó mentira; una vez que vivir y proclamar la verdad está por encima de las fuerzas y de los alientos humanos... según hemos comprobado... ¿no es preferible, para un hombre, entregarse francamente á una superchería que, en cierto modo, resulta inocente, antes que comprometer su integridad mental en alguna situación equívoca, que concluyese por engreirlo con engreimientos ilusorios de virtud?... Este es el peligro más grande y contra el cual vivo más prevenido. Fíjese bien; el gran pecado es el orgullo de la virtud.

Lewisham se retorció el bigote. Chaffery prosiguió:

—Ya comienza usted á comprenderme. Después de todo, las pobres gentes á las cuales engaño, no pade-

cen por ello. Si yo no tomase su dinero, otro impostor lo tomaría. El alto concepto que tienen de su intelectualidad, las llevaría á ser víctimas de cualquier engaña-bobos, que las desbalijaría más vergonzosamente que yo lo hago con mis sesiones espiritistas. Así razonan nuestros desconfiados obispos... ¿por qué no he de imitarlos?... Mis «clientes» — valga el adjetivo, — si á mí no me lo dieran, darían el dinero para obras de beneficencia pública... por ejemplo; ¿y qué?... que el secretario ó el tesorero de las juntas benéficas se comerían los fondos. En una palabra, poniéndonos en lo peor, soy una especie de moderno Robinsón Hood; exploto á los acaudalados, según la cuantía de su caudal. Ciertamente no socorro á los pobres, pero es porque la explotación no da para tanto. Así y todo, realizo obras buenas. Son muchos, muchísimos, los infelices á los cuales he consolado con mentiras acerca de la otra vida. Compáreme con uno de esos canallas que viven á costa de la muerte de sus semejantes; compáreme con un millonario que se hace socio capitalista de un *music-hall* para disponer á su antojo de... los talentos de las artistas guapas... Compáreme con un asegurador, con un usurero, con un bolsista ó con cualquier funcionario judicial... Hay obispos que creen en Darwin y dudan de Moisés... Me considero por encima de ellos... nos parecemos... pero soy mejor... porque, al menos, yo invento, fíjese bien, invento no pocas de las supercherías que practico.

—Está bien dicho todo eso... — interrumpió Lewisham.

—Puedo dispensarles su falta de buena fe — continuó Chaffery. — Pero no les perdono su imbecilidad... la abnegación de que tanto se ufanan... ¡Señor!... Si un abogado no roba, con sujeción al arancel y á la costumbre tradicional, sórdidamente pomposa, se le descalifica por haber comprometido la dignidad profesional.

Calló un momento y quedóse pensativo, sonriendo irónicamente.

—Además — continuó cambiando de tono, sonriendo

con orgullo y accionando con énfasis, — algunos de mis inventos son extraordinariamente ingeniosos, entiéndalo bien, extraordinariamente ingeniosos, y valen más del doble de lo que me producen... ¡más del doble!...

Inclinóse hacia la chimenea, chupando la pipa medio apagada, y mirando á Lewisham con el rabillo del ojo.

—Una ó dos de mis invenciones más pequeñas asombrarían á Roberto Houdin, en su sepulcro — exclamó. — Sé hacer que una orquesta mecánica entone, interrumpa y reanude, espontáneamente, sinfonías. Convendrá, puesto que somos parientes, que explique á usted alguna de mis combinaciones.

Lewisham permaneció tres ó cuatro minutos desconcertado ante la rápida y elocuentísima argumentación de Chaffery.

—Pero — murmuró al fin — con tales creencias y con semejantes teorías puede usted atreverse á todo.

—Precisamente.

—Sin embargo...

—Es un método muy particular — observó Chaffery — el de querer juzgar los hechos, juzgando los resultados que puedan derivarse del hecho inicial. ¿No es esto curioso?...

Lewisham quedóse perplejo.

—Supongo que sí — contestó, como el que, contra su voluntad, se siente convencido.

Comprendió que su lógica era insuficiente, y renunció á las argucias de la discusión. Acudiéronle á la memoria dos ó tres frases que llevaba preparadas, y las espetó bruscamente.

—Sea como sea — afirmó, — no paso por esas supercherías. A pesar de todos los argumentos, mantengo por entero el contenido de mi carta. La connivencia de Ethel en todo esto, ha terminado. Ciertamente que no me desviaré de mi camino para denunciar á usted, pero en tantas cuantas ocasiones se presenten, diré sin rebozo lo que pienso acerca de los fenómenos espiritistas. Conviene que nuestra situación recíproca sea muy clara.

—Perfectamente entendido, querido yerno — exclamó Chaffery. — Ahora sólo se trata de una discusión...

—Pero Ethel...

—Ethel es de usted... Ethel es de usted — repitió, añadiendo luego reflexivamente. — Y usted se encargará de ella en absoluto. Pero... propósito de ilusión, algunas veces estoy de acuerdo con Berkeley en que la experiencia es probablemente algo por completo distinto de la realidad, y en que la conciencia que tenemos de los hechos es *esencialmente* una alucinación. Usted, yo, esta habitación, nuestras palabras... ¡todo ilusión!... Ponga usted á contribución su conciencia... ¿Qué soy yo?... Un compuesto nebuloso de átomos, una conglomeración infinita de células pequeñísimas. La mano que ahora extiendo, ¿es mía?... ¿Me pertenece mi cabeza?... ¿La epidermis es sólo un límite grosero del organismo?... ¿Dice usted que el *yo* es mi alma y no mi cuerpo?... Pero cuando surge el conflicto entre el espíritu y la materia, cuando siento un impulso y logro dominarlo, soy *yo* el que resiste, y entonces el impulso no pertenece á mi *yo*... Y si cedo al impulso y realizo un acto... entonces sí, ¿entonces tengo la responsabilidad de mi *yo*?... ¡Ah! Enloquezo ante estos misterios... ¡Señor, qué cosas tan vagas y tan inconsistentes somos!... Ahora aquí, luego allá, un pensamiento, una impulsión, un acto que se olvida y... á pesar de todo, somos tan locos que nos creemos infalibles. Y usted... que apenas si hace cinco ó seis años que aprendió á pensar... Usted se muestra lleno de ufanía y de confianza en sí mismo... y usted, con la herencia del pecado original... pobre brizna de hierba alucinatoria... está pronto á juzgar y á condenar... ¡Qué sabe usted lo que es el bien... ni qué sabe lo que es el mal!... ¡Oh, joven incauto! Adán y Eva lo supieron... ¡lo supieron cuando entraron en relaciones con el padre de las mentiras!...

Al final de la velada se sirvió *whisky* y agua caliente; Chaffery, amablemente, declaró que había encontrado poquísimas personas cuya conversación le resultase tan grata como la de Lewisham; insistió en que

todos tomásen *whisky*. La señora de Chaffery y Ethel lo bebieron con azúcar y limón; Lewisham admiróse mucho viendo á su esposa beber un ponche.

Al despedirse, la suegra volvió á abrazar efusivamente á su yerno, y hasta se mostró satisfecha por cuanto había ocurrido.

Mientras regresaba á su hogar, Lewisham iba pensativo y preocupado. El problema planteado por Chaffery revestía á sus ojos enormes proporciones. A veces, el esbozo filosófico ó auto-retrato que el *medium* se hiciera, burla burlando, como ejemplo de sinceridad mental y de ingenio artístico, hasta resultaba plausible. Lagune, indiscutiblemente, era un asno y no había duda de que las investigaciones psíquicas, era una invitación á la superchería... Luego pensó en el caso, relacionándolo con Ethel...

—Tu padrastro habla y discute y razona con tal rapidez — exclamó sentándose en el borde de la cama y quitándose las botas, — que no es fácil entenderlo, ni seguirlo... Habla, discute y razona rápidamente... rapidísimamente... No hay modo de objetarle...

Reflexionó un momento, se acabó de quitar las botas y se quedó con ellas en la mano.

—¡Bah!... Todo cuanto ha dicho es falso... completamente falso. Diga lo que diga, el bien es el bien, y el engaño es engaño.

—Esa es mi opinión — exclamó Ethel delante del espejo. — Pienso exactamente lo mismo que tú.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XXIV

LA ENTRADA EN CAMPAÑA

El sábado, tan pronto como Lewisham salió de la alcoba al gabinete, volvió del gabinete á la alcoba, mostrando con gesto indignadísimo un documento. La señora de Lewisham estaba vistiéndose, y se detuvo aterrada.

Ethel miró el papel y comprendió que las columnas verticales representaban una cantidad crecida, y que el detalle de los artículos, anotados en una jerga ininteligible anglo-germana, era muy largo. *De carbón, ó peniques*... Esta línea figuraba repetidísima en la formidable enumeración de partidas, y resultaba inacabable y siempre igual, como los botones de un uniforme. Aquella era la primer cuenta presentada por la señora Gadow. La joven tomó el documento de manos de su esposo, y lo examinó más de cerca, sin que por ello disminuyese el total. Los precios eran escandalosamente caros, y, cosa curiosa, ya las faltas de ortografía no tenían gracia.

La cuenta echó la llave á la luna de miel del matrimonio Lewisham. En un instante desvaneciéronse ficticios esplendores.

Durante una semana inolvidable, nuestro héroe vivió convencido de que la vida era sólo amor y misterio; ahora, con entera claridad, le recordaban que la vida es imposible sin la lucha por la existencia y sin la firme voluntad de vivir.

Lewisham gruñó y renegó, y el desayuno resultó

todos tomásen *whisky*. La señora de Chaffery y Ethel lo bebieron con azúcar y limón; Lewisham admiróse mucho viendo á su esposa beber un ponche.

Al despedirse, la suegra volvió á abrazar efusivamente á su yerno, y hasta se mostró satisfecha por cuanto había ocurrido.

Mientras regresaba á su hogar, Lewisham iba pensativo y preocupado. El problema planteado por Chaffery revestía á sus ojos enormes proporciones. A veces, el esbozo filosófico ó auto-retrato que el *medium* se hiciera, burla burlando, como ejemplo de sinceridad mental y de ingenio artístico, hasta resultaba plausible. Lagune, indiscutiblemente, era un asno y no había duda de que las investigaciones psíquicas, era una invitación á la superchería... Luego pensó en el caso, relacionándolo con Ethel...

—Tu padrastro habla y discute y razona con tal rapidez — exclamó sentándose en el borde de la cama y quitándose las botas, — que no es fácil entenderlo, ni seguirlo... Habla, discute y razona rápidamente... rapidísimamente... No hay modo de objetarle...

Reflexionó un momento, se acabó de quitar las botas y se quedó con ellas en la mano.

—¡Bah!... Todo cuanto ha dicho es falso... completamente falso. Diga lo que diga, el bien es el bien, y el engaño es engaño.

—Esa es mi opinión — exclamó Ethel delante del espejo. — Pienso exactamente lo mismo que tú.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO XXIV

LA ENTRADA EN CAMPAÑA

El sábado, tan pronto como Lewisham salió de la alcoba al gabinete, volvió del gabinete á la alcoba, mostrando con gesto indignadísimo un documento. La señora de Lewisham estaba vistiéndose, y se detuvo aterrada.

Ethel miró el papel y comprendió que las columnas verticales representaban una cantidad crecida, y que el detalle de los artículos, anotados en una jerga ininteligible anglo-germana, era muy largo. *De carbón, ó peniques*... Esta línea figuraba repetidísima en la formidable enumeración de partidas, y resultaba inacabable y siempre igual, como los botones de un uniforme. Aquella era la primer cuenta presentada por la señora Gadow. La joven tomó el documento de manos de su esposo, y lo examinó más de cerca, sin que por ello disminuyese el total. Los precios eran escandalosamente caros, y, cosa curiosa, ya las faltas de ortografía no tenían gracia.

La cuenta echó la llave á la luna de miel del matrimonio Lewisham. En un instante desvaneciéronse ficticios esplendores.

Durante una semana inolvidable, nuestro héroe vivió convencido de que la vida era sólo amor y misterio; ahora, con entera claridad, le recordaban que la vida es imposible sin la lucha por la existencia y sin la firme voluntad de vivir.

Lewisham gruñó y renegó, y el desayuno resultó

turbado por los murmullos de indignación del esposo y por los balbuceos consternados de la esposa.

—Es absolutamente indispensable que hoy á medio día obtenga una rebaja de esta cuenta — observó Lewisham; y mirando el reloj y empaquetando los libros de estudio, dió á su mujer, por vez primera, un beso que no era el beso solemne de la semana que finaba: era ya el beso rutinario, dado con prisa y por obra de la costumbre.

Salió, cerrando la puerta, y se fué á sus clases. Ethel no la acompañó, él la disuadió de tal propósito, y queriendo ella hacerse útil, se dispuso á ponerle en limpio una parte de los apuntes de Biología Botánica, que, por cierto, iban atrasadillos.

Camino de la Escuela, Lewisham sentía angustias y desfallecimientos de corazón. Estaba preocupado, única y exclusivamente, por cuestión aritmética. El problema que, de un modo tan exclusivo y tan único, le ocupaba el pensamiento y le llenaba la atención, puede expresarse clara y perfectamente en la vulgarísima forma comercial.

DEBE:

	L	S	D
Omnibus (por retrasos)			2
Seis almuerzos en el Casino Estudiantil		5	2 1/2
Dos paquetes de cigarrillos (para fumar después de comer)			6
Mudanza y casamiento	4	18	10
Compras indispensables de ropa para la recién casada		16	1
Gastos caseros	1	1	4 1/2
«Cosillas» compradas por la Sr. de L.		15	3 1/2
Cuenta de la Sra. Gadow, por alquileres, carbón y servicio	1	15	
Error imposible de encontrar			4
Existencia	50	11	2
TOTAL L.	60	3	11 1/2

H A B E R:

	L	S	D
En Caja. { Sr. Lewisham.	13	10	4 1/2
{ Sra. de L.		11	7
En el Banco	45		
Beca de Kensington	1	1	
TOTAL L.	60	3	11 1/2

Así queda demostrado, aun para las personas menos prácticas, que, prescindiendo de los gastos del casamiento y de las «cosillas» compradas por Ethel, los gastos excedían en más de dos libras esterlinas á los ingresos; y un sencillísimo cálculo aritmético demostrará, también, que bastan sólo veinticinco semanas para acabar con las existencias disponibles.

Además, la guinea semanal de la beca, no constituía ingreso durante las veinticinco semanas, y sí sólo durante quince; y entonces el exceso de gastos excedería en más de tres guineas, con lo cual las existencias ya no alcanzarían más que para veintidós semanas. Estos detalles, tal vez se les antojarán superfluos y aun desagradables á las lectoras y á los lectores, pero... ¡imaginen cuánto más desagradables se les antojarían á Lewisham, que iba pensando en ellos camino de sus clases! Así se comprende que se escabullera del laboratorio y se deslizara hasta la sala de estudio, en la cual el infatigable Smithers — que estaba atareadísimo preparándose para el ya inmediato segundo examen, indispensable para aspirar al «Premio Forbes», — se quedó tan lleno de curiosidad como de asombro, al ver á Lewisham hojear atentamente los últimos números de periódicos, tales como *Educational Times*, *Journal of Education*, *School-master*, *Scienca and Art*, *University Correspondant*, *Nature*, *Athenæum*, *Academy*, *Author*, etcétera.

Smithers se fijó en un cuadernito misterioso, al cual, de vez en cuando, le añadía una nota. Poco á poco se fué acercando hacia la mesa inmediata á la de Lewisham, y le preguntó á boca de jarro:

—¿Qué demonios busca usted?...

Y al preguntar, miró con mirada águila á los periódicos, y observó que su condiscípulo leía las planas de anuncios. Hízose un verdadero mar de confusiones.

—¡Bah! ¡Nada! — contestó tranquilamente Lewisham, poniendo, como por casualidad, la mano sobre el cuaderno que tenía abierto. — Y usted... ¿qué repasa?...

—Casi nada. ¿No estuvo usted en la reunión del viernes último?...

Smithers se plantó á horcajadas sobre una silla, y, meciéndose, comenzó á criticar, á media voz, las opiniones políticas de la *Debating Society*. Lewisham le oía distraídamente, y le contestaba con laconismo. ¿Qué le importaban aquellas niñerías?... Al fin, aun cuando de mala gana, se marchó Smithers. En la puerta apareció Parkson, que no había vuelto á cruzar la palabra con Lewisham después de la noche en que éste lo plantó groseramente. Parkson dió un gran rodeo para ir á sentarse en un rincón, demostrando con esto, y con la solemne gravedad de su semblante, que había notado la ofensiva presencia de Lewisham.

Las investigaciones á las cuales estaba consagrado nuestro héroe, eran de dos clases. Buscaba algún medio de aumentar, merced al trabajo personal, el ingreso de la guinea que cada semana recibía por la beca, y quería averiguar en qué condiciones se hallaba el mercado dactilográfico. Por de pronto acarició la esperanza, prontamente perdida, de obtener plaza en las escuelas nocturnas, durante el mes de Marzo. Pero, salvo en casos de muerte repentina, no hay escuela nocturna en Londres que cambie su personal docente después de pasado Septiembre. Las lecciones particulares le agradaban más, pero, realmente, no podía hacer ofrecimientos concretos. Aun juzgaba con criterio juvenil sus aptitudes; de no ser así, no hubiera perdido el

tiempo en tomar nota de una vacante de profesor de Física en la Universidad de Melbourne, y de otra vacante de director de una revista mensual, dedicada á cuestiones sociales. Sin duda se creía capacitado para actuar como director, aun cuando era muy posible que el propietario de la revista no fuera de la misma opinión. También anotó la vacante de conservador del Museo de la Escuela de Eton.

La dactilografía era campo menos variado y más definido. Por entonces, la excesiva competencia no había bajado la tarifa al precio poco remunerador de diez peniques por cada mil palabras; lo corriente era pagar diez y ocho peniques por millar. Calculando que Ethel dactilografiara mil palabras por hora, y que pudiese trabajar cinco ó seis horas diarias, era evidente que contribuiría no poco al aumento de los ingresos conyugales; acaso, acaso, pudiera ganar treinta chelines semanales. Naturalmente, Lewisham se alegró muchísimo con tal descubrimiento. No encontró anuncios de autores, ni de emborronadores de cuartillas, que solicitasen dactilógrafos; pero sí leyó muchos anuncios de dactilógrafos que ofrecían sus servicios, en las columnas de periódicos literarios. Era evidente que Ethel debía anunciarse. «Especialidad en manuscritos científicos», se le antojó á Lewisham que sería recomendación de buen éxito. Volvió á su casa, esperanzadísimo, y cargado de notas de empleos vacantes. De camino, compró cinco chelines de sellos de Correos.

Después del almuerzo, Lewisham, un tanto emocionado, mandó llamar á la señora Gadow. Esta llegó con semblante afabilísimo; pero, tan luego como se enteró de la reclamación, su actitud fué más germánica que concretamente británica. Habló mucho, gesticuló mucho y... ¡maldita casualidad bilingüe!... todo lo difícil de la discusión lo expresó en alemán ininteligible. Por cortesía, y por no poseer suficientemente el alemán, Lewisham no pudo sostener enérgicamente el debate. Al fin de media hora cumplida de escaramuceo amistosamente oratorio, se llegó á un acuerdo, que consistió

en la rebaja de seis peniques, con lo cual ambas partes se dieron por satisfechas.

La señora Gadow no se había alterado. Lewisham, por el contrario, tenía el rostro encendido, las orejas como tomates y el cabello algo alborotado; pero, al cabo, la rebaja de los seis peniques era prueba fehaciente de lo justo de su reclamación.

—Quería que pasásemos por todo — le dijo á Ethel. —Hacia falta dar pruebas de gran energía de carácter. Espero que no volverá á tratar de abusar.

—La verdad es que lo que nos ha dicho del gasto de carbón en la cocina, es cierto.

En seguida, el matrimonio, fuése á dar un paseo por los jardines de Kensington, y, como quiera que la tarde era dulce y gratamente primaveral, sentáronse cerca del kiosko de la música: Lewisham tuvo que abonar un penique por cada asiento. Entonces principió lo que Ethel llamaba conversación formal. La joven se mostró asombrosamente sensata y discutió la situación de cabo á rabo. Insistió sobre la importancia de la economía en el orden doméstico, y lamentó su ignorancia en la materia. Quedó acordado que Lewisham le compraría, para el uso particular, un buen manual elemental de economía doméstica. La señora de Chaffery administraba su hogar siguiendo los consejos legislativos de la «Casa Rústica»; pero Lewisham estimó que esta obra no era bastantemente científica.

Ethel opinaba que podía aprenderse mucho en las revistas para señoras (precio del número seis peniques; aun no se publicaban ediciones baratas de á penique), y recordaba haberse permitido alguna vez el lujo de comprar algún número de tales revistas, aun cuando (¡ahora lo lamentaba!) sólo buscó en ellas noticias y figurines de sombreros de moda, de adornos y de otras vanidades. Respecto á la máquina de escribir, pronto, muy pronto, habría producido más de lo que podía costar. Lewisham hizo un gesto de desagrado y pensó en el acto en que la máquina no estaba incluida en el cálculo de resistencias metálicas que se hiciera. Com-

prando la máquina, los recursos alcanzarían para doce ó trece semanas á lo sumo.

Pasaron la velada redactando y copiando cartas, á las cuales acompañaron sellos y sobres escritos con las señas para la contestación. Aquellos ratos fueron de dulce optimismo.

—Melbourne es una población lindísima — decía Lewisham. — Allí lo pasaríamos muy bien.

Para juzgar del efecto que iba á producir, leyó en voz alta la carta en la cual solicitaba la cátedra de Física, vacante en Melbourne; Ethel quedóse extraordinariamente admirada al oír la lista de los títulos, diplomas y méritos de su marido.

—Nunca hubiera creído que supieses ni la mitad de lo que sabes — exclamó la joven, sintiéndose empujada por su relativa ignorancia.

Después de semejante estímulo, era natural escribir á las Agencias de enseñanza, con cierto desahogo y seguridad.

El anuncio dactilográfico, destinado á la Revista *Athenæum*, fué algo así como un cargo de conciencia para Lewisham. Cuando hubo redactado y copiado el modelo de anuncio, haciendo destacar con letras grandes la «especialidad en manuscritos científicos», examinó los apuntes de Biología botánica que su mujer le había sacado en limpio. El carácter de letra de Ethel continuaba siendo tan infantil como el que viera antaño en el parque de Whortley; pero la puntuación, se limitaba á acentos y á guiones desparramados á granel; además, se notaba que no sabía leer las palabras que no estaban escritas con completa claridad. Así y todo, Lewisham procuró no preocuparse por esto, prometiéndose revisar y corregir los trabajos de su esposa.

—No estará de más — pensó — que, por mi parte, repase algún texto de verdadera autoridad, para fijar bien las ideas que tengo acerca de la puntuación de las palabras.

En estas ocupaciones se entretuvieron hasta muy tarde, sin acordarse del examen de Botánica que había de efectuarse al día siguiente. Resultaba agradable la

estancia en aquel gabinetito, con las cortinas corridas, buen fuego en la chimenea, encendida la lámpara de gas y teniendo á la vista las numerosas cartas escritas, que eran otras tantas esperanzas. Ethel estaba sonrosada, alegre, llena de entusiasmo, y ya daba vueltas por la habitación, ya se acercaba á su marido, ya, en fin, se le recostaba sobre el hombro, para ver cómo trabajaba. Siguiendo las indicaciones de Lewisham, le fué dando, primero, y cerrando, después, los sobres que habían colocado sobre la cómoda.

—Tú, por lo menos, sabes ayudar — dijo el esposo, echándose hacia atrás en el asiento. — Por ti soy capaz de hacer... soy capaz de hacer... ¡vaya! ¡ni sé lo que soy capaz de hacer!...

—Pero ¿es verdad que te ayudo?... ¿Es verdad que te ayudo?...

Lewisham dijo que sí con el gesto y con la cabeza. Su mujer exhaló un grito de júbilo, y, sin duda, para demostrar prácticamente que servía para auxiliar, dió la vuelta á la mesa y corrió hacia su marido con los brazos abiertos.

—¡Queridísimo mío! — exclamó.

Lewisham le pasó el brazo por el talle, y echó hacia atrás el asiento que ocupaba, con objeto de poder sentar sobre las rodillas á Ethel... ¿Quién se hubiera atrevido á decir que ella no le ayudaba?...

CAPITULO XXV

LA PRIMERA BATALLA

Las pesquisas que Lewisham emprendió para conseguir una clase nocturna ó lecciones particulares, no eran, á su juicio, sino medidas provisionales. Respecto á sus ofrecimientos para alcanzar situación de mayor estabilidad, revelaban siempre deficiencia en el sentido de las proporciones. Una plaza de profesor en Melbourn, por ejemplo, resultaba muy superior á sus méritos; y en la Escuela de Eton, hubiera sido gracioso el recibimiento que le hubieran dispensado á él y á su esposa. Al principio tenía fe ciega: en que un alumno de la Escuela de Kensigton era el único ser intelectual del orbe; en que abundaban muchísimo las plazas dotadas con sueldos de ciento cincuenta á trescientas libras esterlinas por año, y en que es sencillamente despreciable la competencia de los alumnos procedentes de Oxford, de Cambridge y de otras universidades. Pero los agentes escolares, á los cuales fué á visitar al siguiente sábado, hicieron mucho, con sincera ironía, para desengañarlo.

El empleado principal del señor Blendershin, en la sombría oficinilla de Oxford Street, puso los puntos sobre las íes, con tal rudeza, que Lewisham montó en cólera.

—¿Y por qué no director de un colegio?... — exclamó el empleado. — ¿Y por qué no pide usted una silla episcopal?... Mire... — exclamó, dirigiéndose al señor Blendershin, que entraba fumando un gran tabaco; — mire este jovencito... *no tiene* título universitario, *no tiene* conocimientos *sportivos*, tiene veintiún años de edad y dos años de práctica como maestro auxiliar, y... quiere ya ser primer jefe de un colegio.

Mientras así decía, señalaba con el cabo de la pluma á Lewisham, y se expresaba con voz tan fuerte que,

estancia en aquel gabinetito, con las cortinas corridas, buen fuego en la chimenea, encendida la lámpara de gas y teniendo á la vista las numerosas cartas escritas, que eran otras tantas esperanzas. Ethel estaba sonrosada, alegre, llena de entusiasmo, y ya daba vueltas por la habitación, ya se acercaba á su marido, ya, en fin, se le recostaba sobre el hombro, para ver cómo trabajaba. Siguiendo las indicaciones de Lewisham, le fué dando, primero, y cerrando, después, los sobres que habían colocado sobre la cómoda.

—Tú, por lo menos, sabes ayudar — dijo el esposo, echándose hacia atrás en el asiento. — Por ti soy capaz de hacer... soy capaz de hacer... ¡vaya! ¡ni sé lo que soy capaz de hacer!...

—Pero ¿es verdad que te ayudo?... ¿Es verdad que te ayudo?...

Lewisham dijo que sí con el gesto y con la cabeza. Su mujer exhaló un grito de júbilo, y, sin duda, para demostrar prácticamente que servía para auxiliar, dió la vuelta á la mesa y corrió hacia su marido con los brazos abiertos.

—¡Queridísimo mío! — exclamó.

Lewisham le pasó el brazo por el talle, y echó hacia atrás el asiento que ocupaba, con objeto de poder sentar sobre las rodillas á Ethel... ¿Quién se hubiera atrevido á decir que ella no le ayudaba?...

CAPITULO XXV

LA PRIMERA BATALLA

Las pesquisas que Lewisham emprendió para conseguir una clase nocturna ó lecciones particulares, no eran, á su juicio, sino medidas provisionales. Respecto á sus ofrecimientos para alcanzar situación de mayor estabilidad, revelaban siempre deficiencia en el sentido de las proporciones. Una plaza de profesor en Melbourn, por ejemplo, resultaba muy superior á sus méritos; y en la Escuela de Eton, hubiera sido gracioso el recibimiento que le hubieran dispensado á él y á su esposa. Al principio tenía fe ciega: en que un alumno de la Escuela de Kensigton era el único ser intelectual del orbe; en que abundaban muchísimo las plazas dotadas con sueldos de ciento cincuenta á trescientas libras esterlinas por año, y en que es sencillamente despreciable la competencia de los alumnos procedentes de Oxford, de Cambridge y de otras universidades. Pero los agentes escolares, á los cuales fué á visitar al siguiente sábado, hicieron mucho, con sincera ironía, para desengañarlo.

El empleado principal del señor Blendershin, en la sombría oficinilla de Oxford Street, puso los puntos sobre las íes, con tal rudeza, que Lewisham montó en cólera.

—¿Y por qué no director de un colegio?... — exclamó el empleado. — ¿Y por qué no pide usted una silla episcopal?... Mire... — exclamó, dirigiéndose al señor Blendershin, que entraba fumando un gran tabaco; — mire este jovencito... *no tiene* título universitario, *no tiene* conocimientos *sportivos*, tiene veintiún años de edad y dos años de práctica como maestro auxiliar, y... quiere ya ser primer jefe de un colegio.

Mientras así decía, señalaba con el cabo de la pluma á Lewisham, y se expresaba con voz tan fuerte que,

indudablemente, debían estar oyéndolo los clientes que había en la sala de espera.

—Oiga —murmuró muy indignado Lewisham,— si yo estuviese enterado de las condiciones que hacen falta y de cuanto deseo saber, maldito si hubiera tenido que venir á buscar á ustedes.

El señor Blendershin examinó rápidamente al joven.

—¿Qué certificados trae?— preguntó al empleado.

Este leyó una lista de certificados correspondientes á materias que acababan en... *ología* y en... *ografía*.

—Cincuenta libras esterlinas, casa y manutención — dijo lacónicamente el señor Blendershin. — Ese es el sueldo de usted. Y á lo sumo, si tiene suerte, sesenta esterlinas.

—¿Qué? — exclamó Lewisham.

—¿No se da usted por satisfecho?...

—No, señor.

—Por ochenta libras y hospedaje, los tenemos con título de Cambridge, y... se dan por bien servidos — manifestó el señor Blendershin.

—Es que yo no quiero hospedaje—advirtió Lewisham.

—Son rarísimos, rarísimos, los centros de enseñanza donde el personal no tiene habitación y comida — contestó el señor Blendershin. — Generalmente, se necesita del personal para la vigilancia del dormitorio... y se teme que el profesor pueda dar lecciones en la calle y restar alumnos.

—¿Estará usted casado, por casualidad?... — preguntó de repente el empleado, después de mirar con fijeza la cara de Lewisham.

—¿Eh?... ¡Eh!... — murmuró Lewisham, tropezándose con la mirada del señor Blendershin. — Sí... — confesó.

El empleado profirió una exclamación breve, enérgica é intraductible.

—Caballero — habló el señor Blendershin, — obrará usted cuerdamente no confesando que está casado. Bueno... Ya veo que trato con un novicio. Yo, en su lugar, tomaría el título, puesto que el examen está próximo. Así tendrá más probabilidades de colocación.

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

®

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Obras cómicas ilustradas

Puñaditos de Sal

El libro más gracioso que se ha dado á luz en el universo y el más variado. Ingeniosidades á puñados, risa para toda la vida. 500 chistes nuevos. 400 dibujos intencionadísimos. 200 páginas de texto.



UNA PESETA

Obras de *Julio Victor Tomey* (León Fogoso)

CUADERNICOS BATURROS

(Popularísimos en toda España. DIEZ CUADERNICOS, profusamente ilustrados. Leyendo estos graciosos cuadernicos, salpicados de ingeniosidades en todas las líneas, se conoce perfectamente, de verdad, el carácter, usos y costumbres de la gente aragonesa, puesto que se la presenta en ellos tal como es.—20 céntimos cuadernico LOS DIEZ, 2 PESETAS.

Prosica Baturra **Alegría en Conserva**

Volúmenes A y B de la BIBLIOTECA HUMORÍSTICA.—Elegantísimos tomos de 128 páginas, con multitud de dibujos y nutrido texto.—Extensa colección de largos cuentos festivos que entretienen y deleitan.—TRES REALES TOMO.

MIL Y UNA CURIOSIDADES

Se compone esta obra de cuatro tomos, á 2 reales uno.—Contiene más de 600 dibujos y noticias y explicaciones de todo lo raro que se conoce, desde las épocas primitivas hasta nuestros días. Origen de multitud de cosas, Historia, Arqueología, Numismática, Etnografía, usos, costumbres, religiones de muchos pueblos, armas, Artes, Ciencias, etc., etc. Enciclopedia de todo; para los hombres ilustrados, obra de consulta; para los demás, base de ilustración, y para los niños, enseñanza muy provechosa, pues con su clara lectura, en forma sencilla y narrativa, se da en Mil y una Curiosidades explicaciones de cuanto saber se necesite.

BIBLIOTECA CÓMICA DEL VIAJERO

Chistes, artículos festivos de los principales escritores; novelitas pasatiempos, etc., etc. Gran número de dibujos.—Cuatro cuadernos á TREINTA céntimos uno.

Hubo una pausa.

—El caso es — insinuó Lewisham, mirándose las puntas de las botas — que necesito colocarme mientras tomo el título.

El empleado silbó dulcemente.

—Acaso pudiéramos encontrar una plaza de interino — insinuó, pensativo, el señor Blendershin. — Vuelva á leerme la lista, Binks. — Escuchó atentamente y exclamó: — ¿No admite la enseñanza religiosa?... ¡Qué bobada!... Exije usted mucho. Borre, borre eso. Seguramente no hallará colocación en ninguna escuela burguesa de Inglaterra, si rechaza la enseñanza religiosa. Las madres no transigen... ¡Dios las bendiga!... Cállese, pues, sobre este punto. ¿No es usted creyente?... ¿Quién lo es hoy?... Hay centenares en igual caso que usted... Hasta nuestros sacerdotes... Cállese, pues.

—Pero... ¿y si me preguntan?...

—Religión nacional. Aquí, todos los que no son disidentes, pertenecen á la religión nacional. Sin este requisito, es punto menos que imposible lograr colocación.

—Pero... — insistió Lewisham — eso es mentir.

—Ficción legal — replicó el señor Blendershin. — Todo el mundo está en el secreto. Sin esta condición, hijo mío, no podemos gestionarle plaza... Tendrá que dedicarse al periodismo... ó á servir en los almacenes... y, dada la experiencia de usted, ni aun en el periodismo veo fácil que entre.

Lewisham se ruborizó, calló, frunció las cejas y se retorció violentamente el bigote.

—Es un compromiso — insinuó el señor Blendershin, contemplándolo benévolaemente. — Ya ve usted que es un compromiso.

Por la primera vez en su vida, Lewisham afrontó la necesidad de mentir tranquilamente. Descendía de las austeras elevaciones del respeto para consigo mismo, y ya, cuando volvió á hablar, no habló de buena fe.

—Si se me pregunta — murmuró, — no me obligo á mentir. Ni puedo ni sé.

—Borre, borre — ordenó Blendershin al empleado. —

No tendrá usted necesidad de hablar. ¡Ah! No diga que no puede dar lección de dibujo.

—¡Si no puedo! — contestó Lewisham.

—Con enseñar los modelos á los alumnos — observó Blendershin — y con que nadie sepa que usted no dibuja, es suficiente. ¿Me entiende?...

—Pero eso no es dar lección de dibujo, eso...

—Es lo que aquí se entiende por lección — prosiguió Blendershin. — No hay que fastidiar con pedagogías... Esa es la perdición de los segundos maestros y de los auxiliares. Anote: dibujo; luego, estenografía...

—Pero... — interrumpió Lewisham.

—Estenografía, francés, teneduría de libros, geografía comercial, agrimensura...

—Pero yo no sé enseñar nada de eso...

—Oiga — exclamó Blendershin, callándose un momento. — Su señora ó usted, ¿tienen rentas?...

—No — contestó Lewisham.

—¡Pues entonces!...

Hubo otra pausa y hubo otro descenso moral; luego hubo brusco tropiezo contra un obstáculo.

—Notarán la superchería... — insinuó Lewisham.

Blendershin sonrió.

—Vale más que el saber, el buen deseo por enseñar... ¿Me comprende?... Nadie lo advertirá. El tipo corriente de director-propietario de escuela, no es capaz de notar nada. Ni conoce ni sabe enseñar nada de estas materias, y, por ende, cree que es *imposible* enseñarlas. Háblele de métodos pedagógicos, y contestará alabando la experiencia práctica. Pero, sin embargo, incluye todas estas asignaturas en los prospectos de su casa... ¿me entiende usted?... y en sus programas de enseñanza. Algunas materias... la geografía comercial, por ejemplo... ¿Qué es la geografía comercial?...

—Farsa y machaconería — murmuró el empleado, mordiéndose el cabo de la pluma.

—El juguete de moda — afirmó Blendershin. — El juguete de moda. Los periódicos dieron en la flor de inventar «infundios» acerca de la educación comercial; los infundios son contagiosos: el duque de Devonshire

se contaminó y ensalzó grandemente la idea... dándoselas de descubridor... y burlándose, en su fuero interno, del descubrimiento... El contagio llegó á los padres; los directores de centros de enseñanza se vieron forzados á incluir en sus programas la educación comercial... y exigieron esos conocimientos á los auxiliares... Y estos, naturalmente, aseguraron que dominaban la materia.

—Muy bien — dijo Lewisham, sofocando un sollozo de vergüenza. — Anote usted todas esas asignaturas. Pero... conste que no quiero colocación con hospedaje.

—Bien — observó Blendershin. — Los conocimientos científicos que usted posee, tal vez puedan serle útiles. Le advierto que el trabajo de este género es muy duro. Acaso logremos encontrar hueco en alguna academia preparatoria. Tome nota de las señas de este caballero...

El empleado insinuó algo acerca de pago. Blendershin miró á Lewisham y movió, incrédulamente, la cabeza.

—Derecho de inscripción: media corona — murmuró el empleado — para gastos de correspondencia; pago anticipado.

Lewisham recordó el consejo que antaño le diera Dunkerley. Titubeó, y al fin dijo:

—No; no pago anticipado. Si me encuentra colocación, abonaré la comisión. Si no...

—La perderemos — concluyó el empleado.

—Positivamente — afirmó Lewisham. — Es equitativo.

—¿Vive usted en Londres? — preguntó el señor Blendershin.

—Sí — contestó oficiosamente el empleado.

—Entonces no hay dificultad — concluyó Blendershin. — No hablemos más de gastos de correspondencia. Pero entérese de que estamos en la época peor y de que no es posible, por ahora, prometerse mucho. A veces... hacia Pascua florida... hay algún que otro cambio de personal... Poca cosa... Vaya... ¡hasta la vista!... ¿Hay algo más, Binks?...

Los señores Maskelyne, Smith y Thrums, estaban

al frente de una agencia más encopetada que la de Blendershin, y cultivaban la especialidad del profesorado para establecimientos de enseñanza privada y para escuelas elementales. Tan encopetado era el género á que se dedicaban los señores Makelyne, Smith y Thrums, que hicieron perder la paciencia á Lewisham, negándose, al principio, á inscribirlo en sus libros. Sufrió el interrogatorio de un joven elegantemente vestido, que se expresaba con tanto laconismo como precisión, y que no quitaba la vista del cuello de caucho que lucía Lewisham.

—No es nuestro género — exclamó, entregando á Lewisham un impreso para que lo llenase. — Aquí proveemos á los colegios superiores y á lo más selecto de las escuelas preparatorias.

Mientras Lewisham llenaba los huecos del impreso, con la larga relación de certificados obtenidos en... *ologías* y en... *ografías*, un caballere, de aspecto aristocrático, entró y saludó amistosamente al empleado. Lewisham, sin dejar de escribir, comprobó que su rival profesional llevaba gabán largo, botas charoladas y elegantísimo pantalón gris. Entonces se dió cuenta de que la competencia tenía un aspecto en el que hasta ahora no se fijó. El empleado, con el gesto, llamó la atención del caballere hacia el cuello postizo de Lewisham, y obtuvo, como respuesta, un fruncimiento desdenoso de cejas y de labios.

—El tipo de Castleford me ha escrito — dijo el caballere, con voz bien timbrada. — ¿Merece que me moleste contestándole?...

Cuando el tipo de Castleford quedó despellejado, Lewisham entregó el impreso, con las casillas llenas. El empleado, sin dejar de mirar al cuello postizo, tomó el documento, como quien se digna dispensar un gran favor

—Dudo que podamos hacer algo por usted — le dijo. — Acaso encontraremos vacante alguna cátedra de idiomas... Las ciencias tienen poca importancia en el género de escuelas que cultivamos... Los clásicos y muchos deportes... Esto es lo que más necesitamos.

—Ya comprendo — murmuró Lewisham.

—¿Es usted alumno de las escuelas públicas?...

—No.

—¿Dónde ha estudiado usted?

Lewisham se ruborizó.

—¿Qué importa ese detalle? — preguntó, mirando de soslayo al elegante competidor.

—Es esencialísimo para el género que cultivamos. Es cuestión de buen tono... ¿Comprende usted?...

—Ya comprendo — murmuró Lewisham, dándose cuenta de lo mucho que le faltaba, y ansiando escapar á las miradas curiosas de aquellos señores. — Espero que me escriba usted si encuentra algo..

El empleado se inclinó saludando, al ver que Lewisham se marchaba.

—¿Vienen por aquí muchos tipejos de esa facha? — preguntó el caballere, después que Lewisham salió.

—Muchos. Aun cuando no con tan malas trazas como este. ¿Se fijó usted en el cuello postizo de caucho?... ¡Puah!... Y qué manera de decir «ya comprendo», y qué torpeza en el hablar y en el ademán... Apuesto á que no tiene ropa decente. Sería capaz de presentarse en un colegio con ese aspecto desharrapado... ¡Ah! ¡este género... abunda... abunda muchísimo! El otro día vino Rowton.

—No sería Rowton, el de Pinner.

—Sí, el mismo. Me pidió un auxiliar, diciéndome: «Quiero que sepa enseñar aritmética».

El empleado se echó á reir. El profesor elegante quedóse pensativo, mirando el puño de su bastón.

—Un tipo como el que acabo de ver — exclamó — no puede estar en ninguna parte. Si lograrse entrar en una escuela decente, estoy seguro de que los demás profesores le harían saltar á fuerza de desaires.

—Esta gente no entiende de eso; tiene la epidermis muy gruesa — observó el empleado. — En Kensington y en las Escuelas politécnicas se fabrican estos tipos por millares.

Lewisham, preocupado con haber descubierto la importancia que para la enseñanza tiene el vestir elegantemente, se olvidó del resquemor que sintiera al tener

que profesar una religión en la cual no creía. Andaba mirándose en los cristales de los escaparates y se veía con un pantalón raído, desflecado y con rodilleras, con las botas viejas, deformadas y mal embetunadas; con los puños muy fuera de las mangas; con la americana llena de arrugas y mal ajustada al cuerpo; con la corbata roja medio deshecha y torcida, y con el cuello de caucho brillante, algo descolorido y grasiento... ¿Qué importaba tener el cerebro bien equipado para enseñar ciencias?... Absolutamente nada. Comenzó á calcular el costo de un traje completo. Por menos de diez y seis chelines no podría comprarse un pantalón gris como el que acababa de ver; un buen gabán... un buen gabán supuso que representaría un desembolso de cuarenta chelines... ó quizás de más: la ropa buena es muy cara. En la puerta de los almacenes de Poole, titubeó; luego siguió andando. Aquella compra estaba muy por encima de sus recursos. Atravesó Leicester Square y bajó hacia Bedford Street, sintiendo odio contra cuantas personas bien vestidas se encontraba.

En un gran edificio, con aspecto de casa de banca, tienen instaladas sus oficinas los señores Danks y Winborne; allí, sin preguntar nada, le ofrecieron una hoja impresa para que llenase las casillas en blanco. ¿Religión? — preguntaba el documento. Lewisham reflexionó y escribió: — La nacional.

Luego se encaminó al Colegio de Pedagogía, en Holborn. Como representante del Colegio, trató con un señor corpulento, de lengua barba, rostro satisfecho, manos suaves y luciente cadena de oro. El expresado señor, que usaba lentes, también con áurea montura, hablaba bondadosa y discretamente, lo cual contribuyó no poco á calmar la ofuscación que experimentaba Lewisham. El digno representante del Colegio anotó los certificados de *ologias* y de... *ografias*, mostrando admiración cortés ante su gran número.

— Debiera usted proveerse de uno de nuestros títulos — dijo al joven. — Para ello no hay dificultades. Ni concursos... Es cuestión de precio... tenemos distintas tarifas... siempre al contado...

Lewisham no se fijó en que su cuello de caucho había encontrado, al fin, quien lo mirase con simpatía.

— Damos series de clases, y tenemos un examen acerca de teoría y práctica de la educación. En nuestra patria, este es el único examen que sobre educación teórica y práctica tienen que sufrir los que se dedican á la enseñanza elemental y á la segunda enseñanza... Aparte, concedemos títulos de profesor. Al año, expedimos no menos de doscientos títulos á institutrices. Los hombres prefieren enseñar por rutina... ¡la característica del pueblo inglés es la rutina!... ¿Para qué insistir sobre el asunto?... Pero es cierto... absolutamente cierto... que va á ocurrirnos algo muy desagradable si continuamos por el camino emprendido... Las escuelas norteamericanas no cesan de perfeccionarse... las escuelas alemanas hacen otro tanto... Lo que bastaba ayer, resulta insuficiente hoy. Aun cuando no hace falta, se lo digo á usted... No es el todo saber mucho de una ó de varias materias. ¡Hay que contar con tantísimos factores!... Sin embargo, obrará usted cuerdamente tomando un título nuestro y colocándose en condiciones... Aun está usted en edad de trabajar para el porvenir.

Hablaba de trabajar para el porvenir con sonrisa de disculpa, como si estuviera persuadido de que se trataba de una flaqueza inocente. Al fin, concretando más, suministró á Lewisham informes detallados acerca de los títulos que expedía el Colegio; después formuló otras hipótesis.

— Suelen presentarse lecciones particulares — dijo. — ¿Se encargaría usted de la enseñanza de un joven atrasado en desarrollo intelectual?... A veces nos piden profesores, á sueldo y sin hospedaje, para colegios de señoritas. Pero esto es propio de hombres entrados en años, de hombres formales... casados... ¿Me comprende?

— Soy casado — declaró Lewisham.

— ¡Eh! — murmuró sobresaltadísimo el Colegio de Pedagogía, por boca de su digno representante.

— Soy casado — repitió Lewisham.

— ¡Bromista! — exclamó el Colegio de Pedagogía

por boca de su digno representante, fijándose más y más en Lewisham. — ¡Bromista!... Doblo á usted la edad y aun no me he casado... por completo. ¡Veintiún años! Y... ¿lleva mucho tiempo casado?...

— Algunas semanas.

— ¡Es admirable! ¡Es interesantísimo!... ¡Es realmente admirable é interesante!... — murmuró el Colegio de Pedagogía por boca de su digno representante. — Su señora de usted debe ser muy valiente... Dispénsame... Mucho trabajo ha de pasar para conquistar una posición... Con todo, hasta cierto punto... ya está usted capacitado para ser profesor de un colegio de señoritas.

Mucho complacieron á Lewisham las muestras de admiración y de respeto que le tributó el Colegio de Pedagogía por boca de su digno representante. Pero momentos después, y tras otra entrevista con el jefe de la Agencia Médica, Escolar y Eclesiástica, establecida junto al puente de Waterloo, sintióse desalentado, y echó á andar camino de su casa. Mucho antes de llegar encontróse cansado; su inocente orgullo por haber contraído matrimonio y por luchar cuerpo á cuerpo contra un mundo antipático, se había disipado. Le amargaba el haber tenido que transigir en materia de religión, y le dolía no poder resolver el problema de la indumentaria. Aun estaba lejos de admitir sin discusión que sus servicios profesionales estuviesen más por bajo que por encima de cien libras esterlinas al año; con todo, esta convicción iba dominándola poco á poco.

El día era gris y nuboso; soplabla viento frío y desagradable. Un clavo de una de sus botas tuvo el atrevimiento de ponerse de manifiesto. Luego, algunas contestaciones poco felices, que dió en el reciente exámen de Botánica, le preocuparon grandemente, aun cuando procuró y procuraba no recordarlas. Por vez primera, desde que se casó, entrevió la posibilidad de un fracaso.

Tan luego como entró en su casa, quiso sentarse junto á la lumbre, en la butaquita crujiente, pero Ethel le salió al encuentro, abandonando la máquina de escribir recientemente comprada, y tendiéndole los brazos.

— ¡Cuánto me he aburrido!... — le dijo su esposa.

No hizo Lewisham caso de la galantería.

— Tampoco he estado yo divirtiéndome, con que no puedes quejarte — contestó en tono que Ethel nunca le había oído.

Desprendióse de los brazos de su mujer y se sentó. De repente se fijó en la cara de Ethel.

— Estoy cansadísimo — dijo, á modo de disculpa, — y tengo en una bota un maldito clavo que necesito machacar. Es pesadísima tarea la de ver uno tras otro á los agentes de colocaciones, y, no obstante, vale más ir á verlos que escribirles. Y tú, ¿cómo estás?

— Muy bien — contestó Ethel, mirándole. — ¡Es cierto!... Se te nota que vienes cansado. Vamos á tomar el té... Déjame que te quite las botas... querido mío... sí... quiero quitártelas.

Llamó, y en seguida salió apresuradamente, y desde lo alto de la escalera pidió el té; luego volvió, arrastró la alfombra, sentóse encima, y se puso á desatar los cordones de las botas de su marido. Disipóse el mal humor de Lewisham.

— Eres un tesoro, Ethel, eres un verdadero tesoro.

Inclinóse y abrazó á su mujercita; el desate del calzado quedó interrumpido para dar lugar á recíprocas caricias.

Poco después, Lewisham estaba cómodamente sentado ante la lumbre, con los pies descansando en las zapatillas y con una taza de té en la mano; Ethel arrodillada ante él, junto al fuego, y con el semblante iluminado por las llamas, le hablaba de una contestación que acababa de recibir al anuncio en la revista *Atheismum*.

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamó Lewisham.

— Se trata de un novelista — observó Ethel con cierto relampagueo de orgullo en la mirada, y le entregó la carta, que estaba firmada por Lucas Holderness, autor de *La fragua del crimen* y de otras obras.

— ¡Muy bien! ¡De primer orden! — murmuró Lewisham con cierto dejo de envidia, inclinándose para leer la epístola al resplandor de la lumbre.

La carta estaba fechada en Judd Street, Euston Road;

el papel era bueno, y el carácter de letra claro y vigoroso, como generalmente se supone en los novelistas.

«Querida señora — decía la misiva; — estoy dispuesto á enviarle, en paquete certificado, el manuscrito de una novela en tres tomos. Calculo que tendrá noventa mil palabras; ya usted se encargará de contarlas exactamente...»

— Pero ¿cómo las voy á contar? — interrumpió Ethel.

— Yo te enseñaré el procedimiento. No te apures. Cuentas las palabras de tres ó de cuatro cuartillas, tomas el término medio y multiplicas.

«...Pero es justo que antes de hacer el envío tenga yo la seguridad de que mi confianza, al entregar á usted esta obra, no está mal colocada, y de que la copia resultará aceptable...»

— ¡Qué fastidio! — exclamó Lewisham.

«...Por consiguiente, necesito informes...»

— ¡Qué endiablada contrariedad! — gruñó Lewisham.

— Si ese imbécil de Lagune quisiera... Pero... ¿qué dice aquí?...

«O á falta de informes, un depósito como garantía...»

— ¡Vamos! Esto se me antoja más razonable.

El depósito era pequeño... insignificante: una guinea. Cualquier duda que hubiese sentido, seguramente se disipara, viendo á Ethel esperanzadísima y ganosa de trabajar.

— Un cheque le demostrará que tenemos cuenta corriente — exclamó Lewisham, que, por llevar poco tiempo de tenerla, sentía el orgullo de la cuenta corriente. — Le enviaremos un cheque, y así no desconfiará.

Aquella noche, después de haber enviado el cheque por valor de una guinea, aun tuvieron la satisfacción de recibir una carta-aviso de la agencia de los señores Danks y Wimborne. Era una oferta de cargos vacantes, con hospedaje; cargos para los cuales no reunía Lewisham condiciones; con todo, la carta era una prueba alentadora de que, al luchar contra el mundo, había brechas por donde entrar. Luego, y sin otra interrupción que algún que otro cambio de caricias con Ethel, comenzó á repasar los apuntes del año anterior, porque

aun cuando había terminado el curso de Biología botánica, comenzaba el último asalto al «Premio Forbes»: el curso de Zoología superior. Ethel buscó su mejor sombrero para cambiarle los adornos. Sentóse en una silla baja, mientras Lewisham, con los apuntes ante la vista, se ponía de codos sobre la mesa.

Quitó la joven, del sombrero, un ramito de flores azules; alzó la cabeza y vió á Lewisham que, en vez de leer, miraba fijamente el centro del tapete de la mesa, con expresión intensamente afligida. Ethel se olvidó de las flores azules y observó á su esposo.

— Doy un penique por saber en qué estás pensando — le dijo de repente.

Lewisham se estremeció.

— ¿Eh?...

— ¿Por qué tienes el gesto tan de disgusto?... — preguntó la joven.

— Pero ¿tengo gesto de disgusto?...

— Sí; y de estar contrariado.

— Pensaba en que me agradecería freir en aceite á un obispo.

— ¿Qué dices?...

— Esos señores saben perfectamente el pro y el contra de lo que enseñan; saben que no creer, no es locura, ni perversidad, ni fuente de daños para los demás; saben perfectamente que un hombre puede ser honrado á carta cabal, y recto y justo hasta el exceso... sin creer en lo que ellos predicán. Saben que un hombre, siendo hombre de honor, no necesita tener tales ó cuales creencias. Y, sin embargo, sabiendo todo esto, se niegan á proclamarlo. Adulan á los ricos, aun sabiendo que se burlan de sus doctrinas. Aceptan las vajillas de oro de los negociantes poco escrupulosos, y se guardan las limosnas de las casas paupérrimas. Pero si un hombre es pobre y no declara públicamente que cree en lo que ellos no creen, es seguro que no se molestarán en ampararlo contra la estupidez de sus adeptos. Tu padrastro tenía razón la otra noche. No ignoran lo que son hipocresías y farsas, y, sin embargo, dejan que se cometan. ¿Para qué oponerse?... Es más cómodo cobrar. Y si

ellos viven en la corrupción, ¿por qué no hemos de vivir nosotros?...

Una vez que Lewisham había escogido á los obispos como representantes de las indignidades mundanas, estaba dispuesto hasta á achacarles la molestia que le produjo el clavo que surgió en su bota. Ethel estaba como cobibida, comprendiendo el sentido de aquella palabrería.

—No eres... — exclamó á media voz — *infiel*...

Lewisham inclinó tristemente la cabeza.

—¿Y tú? — le preguntó.

—Yo, no — contestó Ethel.

—Sin embargo, ni vas á la iglesia, ni...

—No; no voy, pero... — afirmó con energía — no soy infiel.

—¿Eres cristiana?...

—Sí.

—Bueno; y... ¿en qué crees?...

—¡Oh! En que se debe decir la verdad, practicar el bien, no hacer daño al prójimo...

—Eso no es lo que se entiende por ser cristiano. Para ser cristiano es preciso creer.

—Pues eso es lo que yo entiendo por ser cristiano.

—Según eso — observó Lewisham, — todo el mundo es cristiano. Todos pensamos que es bueno hacer el bien y que es malo hacer el mal.

—Sí; todos lo pensamos, pero no todos lo hacemos — replicó Ethel, volviendo á emprender el arreglo del ramito de flores azules.

—No... — contestó Lewisham, algo desconcertado, por aquel procedimiento femenino de discutir. — No todos lo hacemos... es verdad.

Quedóse un momento mirándola; Ethel contemplaba el efecto del adorno de su sombrero... El joven creyó haber hecho un descubrimiento extraño... Estuvo para hablar, pero se calló y reanudó la lectura de sus apuntes... Muy pronto, el centro del tapete de la mesa, le atrajo y retuvo la atención.

A la mañana siguiente, el señor Holderness (Lucas)

recibió un cheque por valor de una guinea. Quedóse reflexionando un rato; luego tomó la pluma y tintero, y retocó la palabra *una*, que Lewisham trazara con descuido; después del retoque, se leía perfectamente *cinco*. Después enmendó el *uno* en cifra, para que estuviese conforme con la letra.

El corrector era un individuo flaco, cadavérico, con larga melena negra, y traje severamente eclesiástico, aun cuando lastimosamente raído. Hizo las enmiendas con verdadera solemnidad; tomó el sombrero, salió y llevó el cheque al tendero de comestibles. Este lo examinó con recelo.

—Guárdelo — exclamó el señor Holderness (Lucas). — Si tiene dudas, guárdelo y mande cobrarlo. No conozco la firma y no sé si tratan de estafarme. No garantizo nada. Guárdelo, ya me pagará usted cuando lo cobre. Puedo esperar. Volveré cuando pasen unos días.

—Era corriente, ¿verdad? — preguntó cuarenta y ocho horas después, el señor Holderness (Lucas), con estoica indiferencia.

—Completamente corriente, caballero — contestó el tendero, mirando con más respeto á su parroquiano y entregándole el importe del cheque.

El señor Holderness (Lucas), que había estado lanzando miradas famélicas sobre los comestibles de la tienda, se animó de repente y compró una lata de salmón. Salió llevando en la mano el dinero, por desconfiar de la seguridad de los bolsillos del vetustísimo traje. Entró en la tahona y compró pan tierno. En el acto partió un gran pedazo y comenzó á engullir, mientras iba andando. El pedazo era tan enorme que, para masticarlo, tuvo que hacer horribles muecas. Tragaba con esfuerzo, y alargaba el cuello para poder deglutir. Brillábanle los ojos con brillo de satisfacción bestial. Dobló la esquina de Judd Street, y ni los lectores volverán, ni los Lewisham volvieron á oír hablar de aquel hombre flaco y cadavérico.

CAPITULO XXVI

DESENCANTO

Noviazgo, casamiento, luna de miel, epitalamios color rosa... ¡sólo sois breve alborada, á la que sigue la pálida luz de larguísima jornada de trabajo! Sea cual fuere el esfuerzo que hagamos para prolongar los instantes de placer, esos instantes pasan implacablemente, para nunca tornar, dejando en el ánimo de los necios la impresión de palacios y de alcázares convertidos en guardillas y en fermentidas viviendas. Continuemos la labor... sigamos recorriendo la escalera de la existencia, cuyos escalones son los años.

La juvenil pareja, saliendo de risueña y magnífica aurora, observó que el cielo se cubría de nubes de tempestad, y, por vez primera, contempló la vida á la ingrata luz de la realidad.

Sería muy dulce poder afirmar: que Lewisham era de carácter refinado; que supo sufrir digna y moderadamente el desencanto; que disimuló la desilusión, merced á inocentes mentirillas, y que procuró sostener la atmósfera de idealidades sentimentales, fingiéndose no ver y dejando que, poco á poco, llegase la plena luz de la certidumbre. Pero tanto Lewisham como Ethel eran muy jóvenes y muy poco prácticos para proceder de este modo. Ya quedaron señalados los primeros síntomas de disgusto, y resultaría pesado y poco caritativo referir con detalles la malavenencia que cada día se iba notando más y más entre ellos. Regañaron y se dijeron frases muy desagradables. El temor á chocar violentamente, la zozobra al ver que se les concluía el

dinero y la gestión de empleos que no se lograban, los tenía mal humorados y displicentes; Ethel estaba aburridísima, pasando días y días sola y sin hacer nada, en aquellas tristes habitaciones. Las rencillas y los altercados suscitábanse á propósito de insignificancias... Cierta noche fué tal la estupefacción de Lewisham, que no consiguió conciliar el sueño: Ethel lo había convencido de que, en el fondo, él se preocupaba tanto del Bien y de la Humanidad, como del primer pantalón que usó; y hubo más: la señora Lewisham se permitió decir que el socialismo del señor Lewisham era una conveniencia fantástica. Un domingo, á medio día, comenzaron á pasear alegremente, y volvieron hoscos, con las mejillas encendidas, y diciéndose frases mortificantes; y todo por culpa de los prejuicios y de los convencionalismos que inundaban las novelas por entregas: lectura predilecta de Ethel. Por razones desconocidas, Lewisham odiaba ferozmente las novelas por entregas. Hasta la fecha, los disgustos no habían casi nunca pasado de escaramuceos, y las pausas que á ellos seguían, terminaban más tarde ó más temprano por una reconciliación tácita ó explícita, aun cuando una ó dos veces la reconciliación dió por resultado envenenar más las heridas. Cada disgusto dejaba huella, y borraba una página del capítulo novelesco de sus existencias.

Ninguno de los esposos encontró trabajo, y únicamente tuvieron dos ingresos insignificantes. Una vez, Lewisham ganó doce chelines que un semanario ofrecía como premio en sus concursos; tres veces tuvo Ethel ocasión de dactilografiar algunos trozos minúsculos, por encargo de un poeta que, seguramente, había leído el anuncio de la revista *Athenæum*. El poeta se llamaba Eduardo Peak Baynes, y escribía irregular y confusamente. Envió varios poemas cortos, garrapateados en cuartillas, indicando que deseaba «tres ejemplares perfectamente copiados, con distintos caracteres de letra... y que las hojas de papel habrían de ir sujetas no con encuadernadores metálicos, y sí con hilo de seda de color adecuado».

Trabajillo costó cumplir fielmente tales deseos. Uno

de los poemas se titulaba: *Canto de pájaro*; otro *Nubes sombrías*, y el tercero *Flores de cardo*. Lewisham aseguró que todos ellos cabían dentro del título general de *Necedades*. Para el pago, el poeta, faltando á lo dispuesto en el reglamento de Correos, envió, dentro de una carta, medio soberano, rogando á Ethel que guardase lo que sobrara en calidad de anticipo para los trabajos futuros. Poco tiempo después, el poeta en persona llevó los tres poemas muy corregidos, con esta advertencia enigmática escrita sobre la portada de cada trabajo: «Este es el género que me agrada; lo desearía, si puede ser, más acentuado».

Lewisham no estaba en casa; Ethel recibió la visita y, por lo tanto, las indicaciones de las portadas resultaron innecesarias.

—Es muy jovencito — dijo Ethel, refiriendo la entrevista á Lewisham, que oía con cierta curiosidad.

Ambos pensaron y creyeron que por el hecho de ser muy jovencito Eduardo Peak Baynes, perdía importancia el trabajo que este les encomendara.

Desde que se casó hasta el exámen final de Junio, la vida de Lewisham tuvo carácter caprichosamente anfibio. En su casa, junto á Ethel, en la constante y dolorosa busca de colocación, y entre las molestias ocasionadas por las cuentas fabulosas de la señora Gadow, sentíase hombre hecho y derecho. Pero como paréntesis abiertos en los días de prueba, disfrutaba de los ratos pasados en Kensington; briznas de adolescencia, aun no desprendidas del tronco de la edad viril; intervalos en los cuales era sencillamente un estudiante indisciplinado que frustraba las legítimas esperanzas que hizo concebir, y que manifestaba excepcionales dotes para charlar y murmurar. En la Escuela de Kensington, con aturdimientos de mozo, desarrollaba gustosamente teorías ideales. Pero su situación personalísima, particular, concreta, donde lo real se sobreponía á las voluptuosidades imaginativas, se compendia en las habitaciones de Chelsea, que iban resultando axfisiantes con los calores del ya próximo verano y que estaban atestadas por los novelones, de á penique la entrega, que cons-

tituían el alimento intelectual de la señora de Lewisham.

Nuestro héroe comprendía que entraba desfavorablemente en la edad viril. Las únicas visitas de la juvenil pareja eran las de los señores de Chaffery. El *médium* solía convidarse á comer, con frecuencia, y, á pesar de sus supercherías, iba conquistando poco á poco á Lewisham, ya con ingeniosos discursos, ya con admiración y respeto hacia los conocimientos científicos del estudiante. Lewisham simpatizaba más y más con los sentimientos de amargura que Chaffery exteriorizaba hacia los que gobiernan al mundo. Oía con satisfacción al *médium* hablar de los obispos, del clero y de las clases directoras. En realidad, el *médium* expresaba admirablemente lo que Lewisham pensaba y sentía.

Siempre que Lewisham entraba en su casa, se encontraba con que invariablemente estaba despidiéndose la insignificante, meticulosa, oscura, vaga y no muy limpia personalidad de la señora de Chaffery, que iba á visitar á su hija, porque Ethel, aun afirmando que el amor es *todo*, hallaba algo fastidiosa y triste la vida conyugal, en ausencia de su marido. Tan pronto como Lewisham llegaba, la pobre señora se escabullía, temerosa de excitar más la irritabilidad que en el carácter de su yerno iba provocando la lucha contra la sociedad. En Kensington, nuestro héroe, no confesó á nadie que se había casado; primero, porque le agradaba el secreto, y después, por otras razones. Así, pues, su doble existencia estaba perfectamente definida. Cada uno de sus dos mundos comenzaba y acababa en las férreas cancelas del Real Colegio. Pero llegó el día en que Lewisham franqueó aquellas férreas cancelas por última vez, y entonces la adolescencia quedó definitivamente terminada.

Ya en el momento supremo, tuvo que reconocer que su examen final del curso de Biología iba á ser poco lucido. Tal examen llevaba consigo la supresión de la guinea semanal asignada á la beca. En las horas de la tarde señaladas para el ejercicio práctico del último examen, quedóse retrasado, abatido, con el cabello en

desorden, las orejas rojas y la frente ardorosa. Permaneció en la sala hasta el postrer instante del plazo concedido para el ejercicio práctico, procurando no desalentarse y tratando de cumplir la tarea sin equivocación. Pero la empresa no resultaba fácil para quien había rehuído los trabajos de laboratorio. Al fin, se levantó y entregó la hoja de observaciones al preparador gruñón, que ocho meses antes le acogiera regocijadamente; luego, salió á reunirse con el grupo de sus condiscípulos.

Smithers discurseaba acerca de las dificultades del ejercicio práctico; el joven lo escuchó atentamente.

—¡Hola, Lewisham! ¿Qué tal lo ha hecho usted?... — preguntó Smithers, satisfechísimo.

—Horriblemente mal — contestó Lewisham, apretando el paso.

—¿Ha hecho usted el reconocimiento de la especie D?... — insinuó Smithers.

Lewisham aparentó no oír la pregunta, y se encontró cara á cara con la señorita de Heydinger, que iba á ponerse el sombrero, y que examinaba el semblante descompuesto de su antiguo amigo. Tentado estuvo de pasar sin detenerse, pero algo creyó ver en el semblante de Alicia, que le hizo detenerse.

—¿Ha escapado usted satisfecha de la disección? — le preguntó, con toda la amabilidad que pudo.

Alicia movió negativamente la cabeza.

—¿Se marcha usted?... — le dijo.

—Sí — contestó Lewisham, como dando á entender que estaba ofendido por las palabras de Smithers.

Abrió la puerta de cristales que comunicaba al claustro con la escalera. Bajaron sin hablar hasta el primer descansillo.

—¿Volverá usted el año próximo? — insinuó la señorita de Heydinger.

—No... No volveré por aquí... nunca.

Hubo otra pausa.

—¿Qué piensa usted hacer?...

—Lo ignoro. Necesito ganarme el pan, sea como

sea. Esta ha sido mi preocupación durante el trimestre que ahora concluye.

—Creí que... ¿Se irá usted á vivir con su tío?...

—No. Me quedaré en Londres. Es muy importante estar en contacto con los grandes centros... Además... no estoy en muy buenas relaciones con mi tío.

—¿Piensa usted dedicarse á la enseñanza?...

—Acaso, sí... No estoy seguro... Aceptaré lo que se presente.

—Ya entiendo.

Siguieron bajando la escalera.

—Usted, sin duda, volverá el año próximo — exclamó Lewisham.

—Tal vez insista en la Biología botánica... Se me ocurre que á veces, casualmente, se oye hablar de colocaciones... ¿Cuáles son las señas de la casa en que usted vive?... Si sé de algún cargo vacante...

Lewisham se detuvo un momento, y reflexionó.

—Es justo — murmuró, continuando el descenso, y sin mostrar la menor intención de facilitar las señas solicitadas; cuando estuvieron abajo, la joven repitió la petición.

—¡Estoy trastornado! ¡El maldito ejercicio práctico me tiene loco! — exclamó Lewisham.

Cambiaron las señas de sus domicilios respectivos, anotándolas en hojas arrancadas al cuaderno de apuntes de la señorita de Heydinger. Esta se detuvo en el vestíbulo para esperar á que su amigo firmase en el libro registro. En el momento de salir á la calle, dijo Alicia:

—Me voy por los jardines de Kensington.

Lewisham estaba contrariado por aquel cambio de señas, y no se dió por entendido de la invitación que envolvían las palabras de su amiga.

—Pues yo me voy hacia Chelsea.

La señorita de Heydinger quedóse un instante titubeando, llena de curiosidad, y mirándolo con el rabillo del ojo.

—Entonces... ¡Hasta la vista! — exclamó Alicia.

—¡Hasta la vista!— exclamó Lewisham, saludándola.

Nuestro héroe atravesó lentamente la calle; dirigióse pensativamente hacia el extremo de Cromwell Road, llevando el paquete de libros bajo el brazo, y se volvió á la derecha para mirar aun la masa rojiza de la Escuela de Ciencias, que surgía enmedio de los jardines del Museo de Historia Natural. La mirada de Lewisham era dolorosamente triste.

Estaba completamente seguro de haber fracasado en el último examen, y estaba completamente seguro de la imposibilidad de continuar su carrera científica. Recordaba ahora cómo caminó por vez primera, por esta misma calle, para entrar en el gran edificio; recordaba todas las esperanzas y todos los propósitos que sintió á medida que se fué acercando; recordaba los proyectos de asiduo y tenaz trabajo... ¿A dónde no hubiera llegado consagrándose por completo al estudio, sin desviarse de los propósitos que se trazara?... Y recordaba, también, el banco de los jardines donde, cerca de un árbol fósil, sentábase con Smithers y con Parkson para hablar de socialismo, antes de su célebre conferencia.

—Sí— exclamó en voz alta, — todo terminó... ¡Todo ha concluído!...

Muy pronto el esquinazo del Museo de Historia Natural se interpuso entre las miradas de Lewisham y el *Alma Mater*, que se iba quedando atrás, como hundiéndose en el pasado. Lewisham suspiró y emprendió el camino hacia su minúsculo y asfixiante hogar de Chelsea, y... hacia el mundo siempre por conquistar.

CAPITULO XXVII

A PROPÓSITO DE UNA DISPUTA

Hacia fines de Septiembre ocurrió la cuestión. Por entonces, casi todas las auroras sonrosadas del idilio se habían desvanecido, en razón á que los Lewisham llevaban ya seis meses de casados. La situación económica había pasado de la fase amenazadora é inquietante á la fase sórdida, cuando, inesperadamente, encontró trabajo Lewisham. Un preparador de alumnos para las convocatorias de las Academias militares, el capitán Vigours, necesitó un profesor enérgico para enseñar á sus alumnos matemáticas, dibujo geométrico y otras materias que pomposamente se complacía en denominar «ciencias para el Ejército». Pagaba á razón de dos chelines por hora, el tiempo, nunca fijo, que Lewisham le dedicara. Además, en Walham Green iba á inaugurarse un curso de matemáticas elementales, cuya explicación fué encomendada á Lewisham. Era más que probable que los ingresos ascendieran á cincuenta chelines semanales, ó á mayor suma, tal vez. El problema consistía en salvar sin tropiezo el intervalo que separaba á la juvenil pareja, de la fecha en la cual Vigours debía abonar la primera paga. Esperando, esperando, los delantalitos de Ethel perdieron la blancura y el almidonado; y Lewisham ni aun se permitía enviar á componer una de sus botas, que se le había roto junto al pulgar.

La disputa comenzó por una pequeñez de detalle, pero pronto se agrió y se generalizó. Lewisham se había levantado de mal humor, recordando un disgustillo de la víspera... Un incidente minúsculo, y sin relación aparente con el caso, avivó mucho el desagradable recuerdo. Al salir de la alcoba, vió una carta sobre la mesa, en la cual estaban los platos y cubiertos para el desayuno, y sorprendió á Ethel examinando subrepticamente la carta y dejándola caer al mirar á su marido. La

joven alzó la vista y se ruborizó. Lewisham que, por el sobre, conoció la letra de la señorita de Heydinger, sentóse y, con cierta torpeza, recogió la carta. Al ir á guardársela, titubeó y decidió abrirla. Era muy larga; la leyó; se le antojó demasiado tierna; se calló tal opinión, y se la metió en el bolsillo.

Realmente, esto no tenía nada que ver con la disputa que estalló al terminarse el desayuno. Lewisham no teniendo trabajo hasta el medio día, proyectaba dedicar la mañana á buscar notas referentes á las «ciencias para el Ejército». Por desdicha, la busca del cuaderno de apuntes le hizo poner manó en los montones de novelas por entregas que iba coleccionando Ethel.

—Por todas partes voy tropezándome con estas tonterías — exclamó revolviendo entregas. — Quisiera verlas en orden, siquiera una vez.

—Ordenadas estaban hasta que tú las has revuelto.

—¡Malditas patrañas! ¡Qué falta está haciendo quemar todas las novelas — refunfuñó Lewisham, tirando rabiosamente á un rincón las entregas que halló á mano.

—Sin embargo, tú has intentado escribir una — murmuró Ethel, recordando un paquete de cuartillas de la Escuela, que Lewisham comenzó á emborronar antes de haber encontrado colocación más productiva.

Cualquier alusión á aquella intentona, molestaba extraordinariamente al joven.

—¿Qué dices? — preguntó con sequedad.

—Que tú has intentado escribir una novela — repitió Ethel.

—¿Es que te gusta recordármelo á todas horas?...

—Es que tú me lo recuerdas.

Durante un momento pensó Lewisham en si convenía precipitar las hostilidades.

—Lo cierto es que nunca está arreglado este cuarto y que no hay un solo rincón limpio... ¡ni uno solo!...

—Siempre me estás diciendo eso.

—Bueno... ¿Hay algún rincón limpio?

—Sí, lo hay.

—¿Cuál?...

Ethel hizo como que no había oído. Pero, indudablemente, el diablo azuzaba á Lewisham.

—¡Claro! ¡Como tienes tantísimas cosas que hacer! — le dijo, con el deseo de mortificarla.

Ethel se revolvió.

—Si quitase de enmedio esas entregas — murmuró, — me dirías que las había escondido. ¿Para qué voy á darte ese gusto?...

—¡Eso! ¿Para qué? — repitió Lewisham, con ostensible acometividad.

Ethel tenía el rostro encendido y se esforzaba por contener el llanto que le asomaba á las pupilas. Bruscamente abandonó la defensiva y dejó ver todo el abismo que, desde hacía tiempo, los separaba. Hasta en el tono de voz se le transparentaban las intenciones.

—Nada de lo que hago te agrada, desde que esa señorita de Heydinger se ha dedicado á escribirte.

Reinó silencio brusco, solemne. Marido y mujer se quedaron estupefactos. Hasta entonces Lewisham había creído que su esposa no sabía, ni sabía nunca, que en el mundo existiera una señorita de Heydinger. Ahora, lo comprendió todo.

—¿Cómo sabes?...

Dióse cuenta de que no era esta la mejor forma de discutir. Aparentó recibir la noticia con la mayor tranquilidad, y murmuró un «¡Bah!» de soberano desdén. Luego, alzando la voz, exclamó con acento de viva censura:

—¡Eres completamente insensata!... ¡Se necesita tener el tupé que tienes!... ¿Has intentado nunca complacerme?... Al contrario; parece como si te gozaras en disgustarme.

Callóse... un tanto arrepentido de la injusticia de sus palabras; luego, cerrando los ojos, volvió al camino que antes quiso evitar.

—¿Cómo sabes que es la señorita de Heydinger?...

Ethel contestó sollozando.

—¿Crees que no debo saberlo?...

—Pero... ¿cómo lo sabes?...

—¿Te figuras que no me importa?... ¿Te figuras que soy de piedra?...

—Es decir... que crees que yo...

—Sí... ¡lo creo!...

Lewisham pensó rápidamente en las complicaciones que surgían. Buscó una frase definitiva, irrefutable; un argumento convincente para derribar ó disimular este nuevo aspecto de la cuestión. Pero nada se le ocurrió. Estaba cogido por todos lados. Sintióse dominado por rabia tremenda y estúpida.

—¡Celosa! — exclamó. — ¡Celosa!... Como si yo... ¿Es que no puedo recibir cartas acerca de asuntos que no entiendes... y que no *quieres* entender?... Si te las diese á leer, no... Y todo, sencillamente, porque...

—¿Has tratado alguna vez de hacer que entendiera lo que dices que no entiendo?...

—¿Con que no?...

—¡No!

—¿Y por qué?... Ante todo, conste que lo he intentado... Socialismo... religión... todo... Pero nada de ello te interesa... ó no quieres que te interese... Tampoco quieres admitir que tales asuntos me preocupan y me atraen... Renuncio á discutir... ¿para qué?... Tú me quieres á tu manera... y lo demás... te importa poco. Y porque tengo una amiga...

—¡Una amiga!...

—Sí... ¡una *amiga!*...

—Entonces... ¿por qué escondes sus cartas?...

—Porque ya te he dicho que no entenderías de lo que tratan. Y... ¡vaya! que no quiero discutir más... ¡no quiero y... no quiero!... Estás celosa, y eso es todo.

—Y... ¿quién no lo estaría?...

Volvióse Lewisham hacia su mujer, como si ya hubiese encontrado el argumento apetecido. Pero el asunto era peliagudo... extraordinariamente peliagudo. Miró por el gabinete buscando un pretexto. El cuaderno de apuntes que, al fin, pareció entre un rimero de entregas, le suministró pretexto para quejarse del tiempo que perdía. Su cólera estalló bruscamente, ruidosamente,

imponentemente, con gritos destemplados y ademanes de loco.

—¡Esto no puede seguir así!... ¡Esto no ha de seguir así!... ¡Así no es posible trabajar!... ¡Así no llegaré á ser nada!...

Avanzó tres pasos y quedóse de pie, taconeando y manoteando.

—¡No quiero que esto siga!... ¡No puedo aguantar más!... Censuras... disputas... ¡Siempre molestias!... Deseaba aprovechar la mañana trabajando y revisando mis apuntes... y vienes á buscarme camorra...

Esta enorme injusticia hizo saltar á Ethel, que exclamó:

—¡No he sido yo quien armó camorra!

La única contestación á esta negativa, era gritar; Lewisham gritó.

—¡Digo y repito que has buscado camorra!... ¡Te has propuesto no dejarme vivir en paz!... Me buscas cuestión... ¡por celos! ¡Tienes celos de mí!... ¡Así no llegaré á ser nada! ¡En una casa como esta, no es posible trabajar!... Me iré... fíjate bien... me iré... Me iré á trabajar á la Biblioteca...

No se le ocurría decir nada más, y vió que Ethel iba á contestarle. Miró furiosamente por el gabinete, buscando el final de la reyerta. Se imponía la necesidad de obrar inmediatamente. Sobre una mesita había un volumen de Huxley; lo vió, lo cogió y lo tiró violentamente contra la chimenea, que no estaba encendida.

Buscó otro proyectil. Vió su sombrero sobre la cómoda, lo agarró, se lo encasquetó y se fué hacia la puerta. Al ir á abrirla, titubeó; luego la abrió de par en par y salió dando un portazo escandaloso. Con ello quedaba el mundo enterado de la justicia de su cólera, y, hecho esto, salió dignamente á la calle.

Sin pensar adónde iba, caminó á buen paso por las calles llenas de gente que caminaban deprisa á sus negocios; la costumbre lo condujo á Brompton Road; se había dejado llevar por la corriente matinal del pueblo londinense. Durante buen rato alimentó su rabia y su justa indignación, á pesar de la duda que surgía en el

fondo de su conciencia. ¿Por qué se casó con Ethel?... Muchas veces se hizo esta pregunta. Con mil diablos... ¿por qué se casó con Ethel?... Fuera por lo que fuera, ya estaba resuelto. Había que acabar de una vez. La situación en que estaba colocado era insostenible y había que ponerle término. Estudió un discurso aterrador, que le pronunciaría solemnemente para anunciarle la resolución de acabar. Tuvo ideas hasta crueles. Así le demostraría que ni debía, ni podía, ni quería sufrir más aquello... Y al pensar de este modo evitaba cuidadosamente preguntarse lo que *aquello* era en realidad.

Con mil diablos... ¿por qué se casó con Ethel?... Hubiérase dicho que el carácter de los sitios en que se hallaba, proyectaba reflejo en el carácter de sus pensamientos. Los inmensos pabellones de hierro ondulado que, como irónicamente, resguardan el Museo de Arte, y el Oratorio truncado que se inclina sobre la calle, parecían sostener, con el destino, una disputa muy semejante. Con mil diablos... ¿por qué?... ¿Después de tantas y de tan levantadas ambiciones!...

Con la preocupación se entró, sin notarlo, en el Museo; cuando cayó en la cuenta, desanduvo lo andado y atravesó la galería de hierros artísticos, para ir á la Biblioteca. Las filas de mesas vacías y los lomos de los libros le hicieron la impresión de que estaba en un refugio amistoso.

Tal había sido, en las primeras horas de la mañana, el estado de alma de Lewisham; pero mucho antes de medio día se había apagado su rencor y se había extinguido la convicción rabiosa que sintiera acerca de la indignidad de Ethel. Inclinado sobre un rímero de libros de Geología, de los cuales no hacía caso, era vivo retrato y fiel imagen de la melancolía. Recordaba mentalmente la escena matinal y se acusaba de provocativo, de arrogante y de injusto. ¿Por qué se produjo aquella violenta y desdichada escena?...

A las dos, poco más ó menos, tomó el camino de la Academia preparatoria de Vigours, sintiendo que el remordimiento crecía y le torturaba el corazón. No hubiera acertado á explicar por virtud de qué transición

llegó á experimentar remordimientos: las ideas son más sutiles y las emociones son infinitamente más vagas que las palabras. Lo único que hubiera podido decir era que le asaltó un recuerdo; un recuerdo que, valga la hipérbole, descendió del cielo, á través de los ventanales de la cúpula de la Biblioteca. Al principio no lo estimó como recuerdo, y sí como obstáculo irritante que le impedía estudiar atentamente. Descargó un tremendo puñetazo sobre el libro que tenía abierto.

—¡Cargue el diablo con este infernal estribillo! — murmuró.

Luego, tras otro arranque de cólera, se tapó los oídos. Al fin dejó los libros, se levantó y comenzó á pasear por la sala. El órgano calló bruscamente en la mitad de un compás, y el eco de la música murió en el silencio de la Biblioteca. Lewisham, que estaba de pie en el hueco de una ventana, volvió á su sitio.

Un momento después se dió cuenta de que estaba tarareando una romanza melancólica, sin dejar de pensar en la disputa, que aun seguía preocupándole... ¿Cómo demonios se suscitó la cuestión?... Tuvo la sensación vaga de que algo extraño le rondaba el cerebro. Y en tal instante, confirmando la presunción, creyó volver á ver á Whortley, en circunstancias inolvidables. La luna bañaba con sus rayos de plata la colina; la población, llena de luz y de calor, surgía abajo; y la escena se presentaba con acompañamiento de música: de música lúgubremente sentimental. Y, cosa extraña, aun cuando la música era ejecutada por una orquesta, parecía proceder de un organillo mecánico; y á la melodía, juntábanse palabras lánguidas y melancólicas:

*«Recuerdos felices de amores pasados...
¡tornadnos las horas dichosas de ayer!...»*

Y no recordaba sólo la música; recordaba, con asombrosa exactitud, todos los detalles de la escena, y los recordaba sintiendo emoción grande, intensísima, emoción que, momentos antes, parecía muerta para siempre en el alma de Lewisham... ¡Y se acordó de todo! ¡De la vuelta á Whortley, al lado de Ethel!...

¿Es que en realidad había experimentado por ella sentimientos semejantes?

—¡Bah! — murmuró de repente, volviendo á leer los tratados de Geología.

Pero aquella musiquilla melancólica le obsesionaba, avivando los recuerdos que parecían arraigársele más y más en el cerebro. Y ni lo abandonaron cuando, á título de almuerzo, tomó modestamente un vaso de leche con bizcochos (había resuelto no volver á su casa antes de la noche), y hasta la misma puerta de la Academia preparatoria de Vigours le ocuparon exclusivamente la atención.

Es posible que un almuerzo compuesto de un vaso de leche con bizcochos determine pensamientos pacíficos; y es posible, porque Lewisham, tras larga lucha con sentimientos contradictorios, se halló sumido en vamente la atención.

—Pero entonces — se preguntaba, — ¿cómo demonios hemos llegado á reñir con tal dureza?...

Esta es una de las preguntas fundamentales en el estado conyugal. Las tumultuosidades matinales, quedaron reemplazadas por una tranquilidad casi científica. En seguida, varonilmente, afrontó la dificultad... Era inútil negarlo; habían regañado... no una, sino muchas veces, desde hacía algún tiempo. Y eran verdaderas reyertas; se mantenían engallados, mirándose con altivez agresiva, y buscando frases molestas y punzantes. Trató de reconstituir la escena, lo que él dijo y lo que ella le contestó. No logró acordarse. Se había olvidado de las palabras; no tenía presente un conjunto de hechos, sino frases aisladas, secas, lacónicas, interrumpidas, como inscripciones lapidarias. De la escena sólo guardaba una imagen: la de Ethel, con el rostro encendido y con las pupilas brillantadas por el llanto.

El tener que cruzar una calle concurridísima, sirvióle de distracción momentánea. Al llegar á la otra acera, tenía plena conciencia del cambio operado en sus relaciones conyugales. Aun hizo el esfuerzo postrero para convencerse de que la culpa era toda de Ethel, y de que sólo Ethel era responsable de lo ocurrido. Ella

le había buscado camorra, deliberadamente, á impulsos de los celos. Era una estúpida, y por serlo estaba celosa de la señorita de Heydinger. Pero ahora estas acusaciones se desvanecían como bocanadas de humo, á medida que las iba formulando. Lo que ni se borraba ni se desvanecía, era la visión de una parejita enamorada que paseaba por la colina de Whortley, en noche luminosamente primaveral. Al llegar cerca de Kensigton, ya había renunciado á demostrar la culpabilidad de Ethel, y cuando hubo pasado del Palacio Municipal, miró el caso desde un punto de vista diferente. Al fin y al cabo, ¿no era posible que él, y sólo él tuviese la culpa de cuanto venía acaeciendo?...

Inmediatamente quedó convencido de la propia culpabilidad.

Franqueado este primer obstáculo, avanzó con gran rapidez. No llevaba andados cien pasos, cuando, reconociéndose culpable, se hundió en el abismo de los amargos remordimientos. Y todas las disputas que habían sido tan dramáticas como impetuosas, y todas las brutalidades y todas las frases mortificantes que le dirigiera, ya no se le antojaron inscripciones lapidarias aisladas: ahora las veía acusadoras, implacables, escritas con caracteres de fuego. Trató de forjarse la ilusión de que no las había pronunciado; quiso suponer que su memoria le jugaba una mala pasada; pensó en si habría dicho frases semejantes, aun cuando muchísimo menos violentas. Intentó asimismo, con igual falta de formalidad, atenuar la importancia de las propias molestias. Todo ello sólo sirvió para ponerle de manifiesto la gravedad de su caída.

Ahora lo recordaba todo y volvía á verlo todo: á Ethel en el parque, lleno de sol; á Ethel pálida, á la luz de la luna, despidiéndose ante la casa de los señores Frobisher; á Ethel saliendo de casa de Lagune, y paseando por las calles; á Ethel recién casada, tímida y risueña, viniendo á él, dulcemente acariciadora, y en fin, á Ethel colérica, despeinada, llorando, en el gabinete desarreglado y mal alumbrado. Todo lo recordaba y todo lo veía, con acompañamiento de música de un

organillo mecánico. ¡Lo que va de ayer á hoy!... ¿Cómo era posible, tras alborada espléndida, haber llegado á un día tan lleno de nubes negras?... ¿Qué les faltaba?... Continuaban siendo los mismos, y, sin embargo, antaño recorrían llenos de ilusiones y de dicha los rientes campos, y hogaño sufrían amarguras, disgustos y mortificaciones ruines...

Durante un rato gimió con desconsuelo, y consideró que la mitad de la culpa de aquel infortunio correspondía á Ethel, y la otra mitad á él mismo.

—¡Qué complicación! ¡Qué desdichada complicación!...

Comprendió la extensión y la intensidad del cariño, por algo superior á los dictados de la razón. Comprendió que estaba enamorado de Ethel, y su reciente indignación, sus hostilidades y sus arrebatos inculpa-dores hacia ella, se le antojaron resultantes de influencias extrañas á la propia voluntad. Añoró, con cierta incredulidad, el crepúsculo vespertino de su ternura, tan luego como transcurrieron los primeros días de amorosas delicias; la atenuación de sus demostraciones de afecto; los arranques de contrariedad que no reprimió; las veladas que pasó estudiando con gran ahinco, obstinándose en no notar la presencia de Ethel.

—No es posible que estemos siempre acariciándonos — dijo una vez Lewisham, y aquello fué el comienzo de alejamiento y de desunión.

Luego, en muchísimas y muy insignificantes circunstancias, ni había sido justo ni tolerante. La había lastimado con rudezas, con críticas mal intencionadas y, sobre todo, con el absurdo misterio de que rodeó su correspondencia postal con la señorita de Heydinger. ¿Por qué diablos ocultó las cartas que recibía?... ¿Acaso tenía algo que ocultar?... ¿Qué rivalidad ni antagonismo podía existir entre Ethel y Alicia?... Y sin embargo, por obra de tales vejaciones y disgustos, su amor era como un objeto, en otro tiempo precioso y muy estimado, que ahora se veía en manos brutales; ya estaba arañado, desconchado y golpeado; muy pronto se vería hecho añicos. Indudablemente Ethel había cambiado

para con él; el abismo abierto entre ambos, no podría llenarlo uno solo.

—¡No! ¡Así no seguimos! — murmuró. — ¡No seguimos así!...

Pero ¿cómo retrotraer las cosas á su pristino ser y estado?... ¿Cómo borrar cuanto había dicho y cuanto había hecho?... ¿Podrían desandar lo andado?...

Por de pronto aventuró la hipótesis negativa. Dió por supuesto que no era posible retroceder. Supuso que el mal no tenía remedio, y que al salir aquella mañana dando un portazo, la puerta del gabinete quedó por siempre cerrada para él...

—¡No! — exclamó Lewisham. — ¡No puede ser! ¡No será!...

Vió claramente que no disponía de disculpas admisibles. Había que empezar por el principio; había que sentir las emociones de antaño; había que desprenderse del fardo abrumador de las dificultades cotidianas, que robaban luz, calor y color á sus existencias. Pero ¿de qué modo?... ¿Por qué medio?...

Para reconquistar el cariño de Ethel, ofrecerle nuevas pruebas de amor. ¿En qué forma?... ¿Cómo iniciar el cambio?... Ya habían tenido treguas y concesiones y paces, muchas veces. Ahora era distinto. Procuró idear algo que decirle, algo conmovedor que declararle... Todo cuanto ideó se le antojó frío ó torpe, oprobioso ó indigno, teatral ó estúpido... ¿Y si la puerta no se abría?... ¿Y si ya era demasiado tarde?... Mientras más discurría, más se lastimaba con los punzadores recuerdos. Creyó ver á Ethel en su nuevo aspecto, transformada, cambiada, mostrándole desapego, y tal idea le resultó intolerable. Ahora estaba completamente seguro de que la amaba con toda el alma.

De repente se encontró mirando el escaparate de una tienda de flores, y se fijó en un magnífico ramillete de rosas.

Las flores le cautivaron la vista, antes de sugerirle ideas; había, en el ramillete, rosas blancas, de virginal blancura; rosas crema; rosas anaranjadas y rosas escarlata; unas tenían matices de carne; otras esplendían

con esplendores de perlas, y en el centro de aquel ramillete de colores hechos fragancia y de fragancias hechas color, se destacaba una nota rojo sombrío, nota que, en cierto modo, era de igual matiz que su emoción. Detúvose resueltamente á contemplar el escaparate... ¡Visión espléndida! ¿Por qué le atraía con sin igual atractivo?...

Entonces creyó evidente, de toda evidencia, lo que debía hacer. Ya tenía lo que necesitaba; ya encontró lo que iba buscando. Entre otras cosas, el ramillete indicaría la ruptura terminante con las privaciones y con la penuria sórdida que era tan molesta como dolorosa para el matrimonio. Las flores, con su pompa y esplendorosidad, avivarían la semi-extinta llama del amor.

Luego, cuando ya hubiesen llegado las rosas, volvería á su hogar.

Súbitamente sintió desvanecerse su pavorosa zozobra y volvió á ver la vida luminosa y alegre. Gozó pensando en su llegada, y creyó contemplar á Ethel, no hosca y bañada en llanto, y sí sonriente y animada cual en los buenos tiempos. El corazón latióle con más violencia. ¿Que había que gastar?... Pues se gastaba.

Acalló una voz débil é imprudente que le aconsejaba mirar por el dinero. Llevaba en el bolsillo un soberano de oro. Entró en la tienda.

Hallóse, sin saber qué decir, con una señorita imponente, vestida de negro. Lewisham nunca había comprado flores; al fin, no sabiendo cómo explicarse, señaló con el dedo el ramillete que ocupaba el centro del escaparate y murmuró:

—Deseo esas rosas.

Inmediatamente el áureo soberano quedó convertido en unas moneditas de plata. Las rosas, convenientemente envueltas, habrían de enviarse á Ethel; dijo, repitió y recomendó con insistencia que las llevasen á las seis.

—¡A las seis! — volvió á decir Lewisham.

—Estoy perfectamente enterada — contestó la imponente señorita vestida de negro, fingiendo no poder reprimir una sonrisa. — Tenemos costumbre de servir flores á domicilio.

CAPITULO XXVIII

LLEGADA DE LAS ROSAS

Las rosas se extraviaron.

Cuando Lewisham regresó, después de dar clase en la Academia de Vigours, eran muy cerca de las siete. Ansiosamente abrió la puerta esperando ver á Ethel emocionadísima, junto al florido ramillete. Pero Ethel estaba pálida y ceñuda. Tan sorprendido quedó, que las frases galantes que llevaba preparadas, se le helaron en los labios. Todos sus proyectos habían fracasado. Entró en el gabinete, y no vió rosas por ninguna parte. Ethel pasó por delante de su marido y se instaló, vuelta de espaldas, en el hueco de la ventana. La incertidumbre de Lewisham se trocó en grave disgusto... Aun cuando tenía descontada la respuesta, preguntó:

—¿No ha venido nada?...

Su mujer se volvió.

—¿Pensabas que iba á venir algo?...

—¡Oh!... Nada.

Ethel ocupó de nuevo su sitio en el hueco de la ventana.

—No — murmuró lentamente. — No ha venido nada.

Lewisham quiso decir algo, algo que, resultando oportuno y discreto, suavizase asperezas... No se le ocurrió nada. Había que esperar la llegada de las rosas. Abrió los libros, y una hora interminable transcurrió antes de la comida, que fué glacialmente ceremoniosa. El desaliento y la exasperación ensombrecían á Lewisham. Principió á experimentar rabia contra todo... incluso contra ella... Comprendía que su mujer seguía creyéndolo incomodado, y esto le molestaba. Volvió á abrir los libros, y Ethel, con el auxilio de la criada de la señora Gadow, comenzó á quitar platos y cubiertos, cuando se oyeron fuertes aldabonazos en la puerta de la calle.

—¡Por fin, las traen! — se dijo Lewisham, animándose y dudando acerca de si debía ó no asistir á la entrega de su obsequio.

La presencia de la criada era un contratiempo lamen-

con esplendores de perlas, y en el centro de aquel ramillete de colores hechos fragancia y de fragancias hechas color, se destacaba una nota rojo sombrío, nota que, en cierto modo, era de igual matiz que su emoción. Detúvose resueltamente á contemplar el escaparate... ¡Visión espléndida! ¿Por qué le atraía con sin igual atractivo?...

Entonces creyó evidente, de toda evidencia, lo que debía hacer. Ya tenía lo que necesitaba; ya encontró lo que iba buscando. Entre otras cosas, el ramillete indicaría la ruptura terminante con las privaciones y con la penuria sórdida que era tan molesta como dolorosa para el matrimonio. Las flores, con su pompa y esplendorosidad, avivarían la semi-extinta llama del amor.

Luego, cuando ya hubiesen llegado las rosas, volvería á su hogar.

Súbitamente sintió desvanecerse su pavorosa zozobra y volvió á ver la vida luminosa y alegre. Gozó pensando en su llegada, y creyó contemplar á Ethel, no hosca y bañada en llanto, y sí sonriente y animada cual en los buenos tiempos. El corazón latióle con más violencia. ¿Que había que gastar?... Pues se gastaba.

Acalló una voz débil é imprudente que le aconsejaba mirar por el dinero. Llevaba en el bolsillo un soberano de oro. Entró en la tienda.

Hallóse, sin saber qué decir, con una señorita imponente, vestida de negro. Lewisham nunca había comprado flores; al fin, no sabiendo cómo explicarse, señaló con el dedo el ramillete que ocupaba el centro del escaparate y murmuró:

—Deseo esas rosas.

Inmediatamente el áureo soberano quedó convertido en unas moneditas de plata. Las rosas, convenientemente envueltas, habrían de enviarse á Ethel; dijo, repitió y recomendó con insistencia que las llevasen á las seis.

—¡A las seis! — volvió á decir Lewisham.

—Estoy perfectamente enterada — contestó la imponente señorita vestida de negro, fingiendo no poder reprimir una sonrisa. — Tenemos costumbre de servir flores á domicilio.

CAPITULO XXVIII

LLEGADA DE LAS ROSAS

Las rosas se extraviaron.

Cuando Lewisham regresó, después de dar clase en la Academia de Vigours, eran muy cerca de las siete. Ansiosamente abrió la puerta esperando ver á Ethel emocionadísima, junto al florido ramillete. Pero Ethel estaba pálida y ceñuda. Tan sorprendido quedó, que las frases galantes que llevaba preparadas, se le helaron en los labios. Todos sus proyectos habían fracasado. Entró en el gabinete, y no vió rosas por ninguna parte. Ethel pasó por delante de su marido y se instaló, vuelta de espaldas, en el hueco de la ventana. La incertidumbre de Lewisham se trocó en grave disgusto... Aun cuando tenía descontada la respuesta, preguntó:

—¿No ha venido nada?...

Su mujer se volvió.

—¿Pensabas que iba á venir algo?...

—¡Oh!... Nada.

Ethel ocupó de nuevo su sitio en el hueco de la ventana.

—No — murmuró lentamente. — No ha venido nada.

Lewisham quiso decir algo, algo que, resultando oportuno y discreto, suavizase asperezas... No se le ocurrió nada. Había que esperar la llegada de las rosas. Abrió los libros, y una hora interminable transcurrió antes de la comida, que fué glacialmente ceremoniosa. El desaliento y la exasperación ensombrecían á Lewisham. Principió á experimentar rabia contra todo... incluso contra ella... Comprendía que su mujer seguía creyéndolo incomodado, y esto le molestaba. Volvió á abrir los libros, y Ethel, con el auxilio de la criada de la señora Gadow, comenzó á quitar platos y cubiertos, cuando se oyeron fuertes aldabonazos en la puerta de la calle.

—¡Por fin, las traen! — se dijo Lewisham, animándose y dudando acerca de si debía ó no asistir á la entrega de su obsequio.

La presencia de la criada era un contratiempo lamen-

table. Pero al oír la voz de Chaffery, lanzó entre dientes una exclamación de despecho.

Lo único que podía hacer, si ahora llegaban las rosas, era escurrirse hasta el vestíbulo, recibirlas y llevarlas á la alcoba, entrando por la puerta del pasillo. Era preferible que Chaffery no fuese testigo de aquella fase sentimental; podría maliciosamente desvirtuarla con alguna chuscada ridiculizadora, que dejaría imborrable recuerdo.

Lewisham trató de dar á entender que no contaba con visitas y que había formado plan de trabajo para la velada. Pero Chaffery parecía ganoso de charlar y poco propicio á darse por enterado de indirectas. Sin aguardar invitación, se arrellanó en su butaca predilecta. Ante Chaffery y ante su mujer, los Lewisham disimulaban, aparentando cordialidad, los disgustos y la tirantez de relaciones; Chaffery, ignorando la crisis matrimonial, comenzó á charlar desenfrenadamente. Sacó dos cigarros.

—Me he sentido derrochador — exclamó. — Por una vez, me he dicho, la honradez consumirá al esplendor... ó el esplendor consumirá á la honradez. ¿Quiere usted fumar?... ¿No?... ¿Sigue usted siempre tan austero?... Bueno, pues me encuentro con un cigarro más. Ahora bien, realmente me complacería mucho que usted se lo fumara, porque esta noche me siento altamente generoso.

Cortó cuidadosamente la punta del cigarro, lo encendió con solemnidad y lentitud hasta consumir la cerilla, y pasóse un minuto, callado, chupando y lanzando enormes bocanadas de humo. En seguida, entre chupada y chupada, volvió á hablar.

—Hasta ahora — principió diciendo — me he limitado á embromar á la canalla.

Viendo que Lewisham no se dignaba comunicarle las reflexiones que le sugiriera este exordio, continuó:

—En el mundo, amigo mío, hay tres especies de hombres... tres, ni una más... En cuanto á las mujeres, sólo hay una especie. Las tres especies masculinas, son: la de los hombres dichosos, la de los canallas y la de

los imbéciles. De los híbridos no hago cuenta. Además, los canallas y los imbéciles son parecidísimos.

Hubo una pausa.

—Puede que sí — exclamó Lewisham lacónicamente, frunciendo las cejas.

Chaffery lo miraba de soslayo.

—Lo que digo es muy juicioso. Mi sensatez está avalorada esta noche. Tengo más penetración y más experiencia, por... por algo que ya sabrá usted... Esta ocasión es solemne. ¡No se distraiga!

—¿Se trata de algún aniversario? — preguntó Lewisham, levantando la cabeza.

—Ya... Ya verá usted... Estaba formulando valiosas observaciones acerca de los canallas y de los imbéciles. He adquirido la convicción de que es absolutamente necesaria la rectitud de espíritu para que los hombres sean dichosos. Tan seguro estoy de esto, como de que hay un sol en el cielo. ¿Le sorprende á usted?...

—Esto se compadece muy mal...

—Sí, ya lo sé. Ya lo explicaré todo. Pero déjeme hablar de la vida dichosa. Déjeme hablar, como si estuviera en el lecho de muerte. Ante todo, la integridad mental. Procure siempre penetrar en el fondo de las cosas y adquirir la convicción de lo que es recto. Que el mundo no tenga para usted ilusiones ni sorpresas. La Naturaleza está llena de catástrofes cruelesísimas; el hombre es un mono, físicamente degenerado; todo instinto, todo apetito, necesita un freno; la salud no está en la naturaleza de las cosas, sino en la naturaleza del hombre, sea este quien fuere; afronte usted valientemente estas enojosas certidumbres... ¿Supongo que me entiende?...

—Continúe — dijo Lewisham, pensando en la razón por la cual no habrían llevado las rosas.

—Durante la niñez, el ejercicio y el estudio; durante la adolescencia, la ambición; al comienzo de la virilidad, el amor... pero no en forma de pasioncillas teatrales...

Chaffery se expresaba solemnemente, y parecía subrayar las palabras con movimientos de su delgadísimo dedo índice.

—Luego el casamiento, conveniente y adecuado; á continuación los hijos, y el trabajo digno y asiduo para educarlos, y también el trabajo por el estado en que se vive; siempre el sacrificio propio, y al declinar esta existencia, el modesto orgullo, la satisfacción del deber cumplido... ¡Esta es la vida feliz!... No tengo la menor duda de que esta es la vida feliz; la vida que la selección natural ha modelado para los mortales, desde el principio del mundo. Así, y sólo así, es como un hombre puede recorrer el camino que va desde la cuna al ataúd, sintiéndose dichoso por completo... ó aproximadamente dichoso. Y para alcanzar esa dicha se requieren tres cosas, ni una más, ni una menos: un cuerpo sano, una inteligencia sana y una voluntad sana... una voluntad sana.

Chaffery se complació recalcando la repetición.

—Ninguna otra dicha es duradera; y cuando todos los hombres sean sabios y prudentes, todos los hombres procurarán vivir esta vida. ¡Gloria!... ¡Riqueza!... ¡Arte!... Los Pielas Rojas adoran á los locos, y nosotros respetamos á los espíritus débiles. Pero digo y sostengo que, cuantos no vivan esta vida, son canallas y son imbéciles. El infeliz ciego, manco ó tullido, ya usted sabe que, físicamente, se le considera como una especie de imbécil... físico...

—Sí — reflexionó Lewisham. — Puede que tenga usted razón.

—Ahora bien, un imbécil deja perder la dicha, á causa de su deficiencia intelectual; calcula mal, tropieza, se tambalea y es víctima de reclamos y de supercherías. Busca amor en los libros y mujer en la calle, ó bien mueve disputas por motivos mezquinos; las amenazas le intimidan, la vanidad le engaña, y fracasa por ceguedad. Pero el hombre canalla, que no es imbécil, fracasa á conciencia. Hay muchos canallas que son, al par, imbéciles... la mayor parte... pero hay excepciones. Me consta... yo soy canalla y no soy imbécil. El flaco del canalla es la falta de voluntad, de la facultad determinante que lo incitaría siempre á procurarse nuevas y mayores ventajas. El encanallamiento

está reñido con la perseverancia. Angosta es la senda de la dicha, y muy disimulada la puerta; ni los canallas saben caminar por la angostura de esa senda, ni los imbéciles saben encontrar la oculta puerta.

Lewisham no se enteró de algunas frases de Chaffery, porque había oído llamar á la puerta. Se levantó, pero ya Ethel se le había anticipado. Procuró disimular la ansiedad que sentía, y experimentó cierto alivio cuando comprendió que la puerta de la calle se había vuelto á cerrar, y que Ethel se entraba en la alcoba, por la puerta del pasillo. Tornó á prestar atención á Chaffery.

—¿No se ha fijado usted — preguntó Chaffery — en que la convicción intelectual no es fuerza determinante?... Un mapa de ferrocarriles no lograría hacer que una locomotora anduviera ni un solo kilómetro.

—¿Eh? — exclamó Lewisham. — Un mapa... una locomotora... un kilómetro... ¡Ah! Sí... es verdad... No... no es posible...

—Pues en ese caso me encuentro — observó Chaffery. — En ese caso se encuentran otros como yo... No somos imbéciles... toda vez que conocemos la verdad y la estimamos. Pero allá abajo está el camino estrecho, áspero, difícil, azotado por el viento; allá hay una especie de dicha fosilizada, que es eterna; y por aquí hay atajos alegres, rientes, deliciosos... á pesar de los malos pasos y de los cepos ocultos bajo las flores...

Ethel apareció en la puerta de la alcoba, miró á Lewisham, estuvo un rato de pie, sentóse luego en la butaca cual si fuese á reanudar la labor que interrumpió, y al fin se levantó y volvió al dormitorio.

Chaffery seguía disertando elocuentemente acerca del carácter de fugacidad de las pasiones humanas. Lewisham perdió párrafos enteros del discurso, pues tenía toda la atención puesta en las rosas. ¿Por qué había vuelto Ethel á la alcoba?... ¿Sería posible que?... Al cabo de un ratito la joven salió del dormitorio, pero se sentó de manera que su marido no la veía la cara.

—Si hay algo que pueda sostener la comparación con la vida honrada, es la vida aventurera — proclamaba Chaffery. — Pero el aventurero tiene que temer morir

prematuramente, porque las aventuras acarrear impresiones fuertes, y las impresiones fuertes determinan enfermedades, y las enfermedades, salvo en las novelas, ocasionan padecimientos del sistema nervioso. Y el vigor se va, y entonces... ¿qué se hace usted?...

—¡Chists! Me parece que llaman — interrumpió Lewisham.

Sonaban aldabadas en la puerta. Sin hacer caso del torrente de sabiduría y de elocuencia que allí se dejaba, Lewisham se precipitó... para abrir la puerta á un amigo de la señora Gadow, que se coló y se perdió en lo hondo del pasillo. Cuando Lewisham volvió al gabinete, se encontró á Chaffery en pie y disponiéndose á marcharse.

—Hubiera podido continuar hablando mucho más rato — exclamó, — pero se ve á la legua que está usted preocupadísimo y no quiero molestarle, ni preguntarle qué le ocurre. Algún día, algún día se acordará usted...

Y no dijo más. Puso una mano en la espalda de Lewisham, y pareció mostrarse algo ofendido. En circunstancias distintas, Lewisham se hubiera disculpado; ahora ni lo intentó. Chaffery volvióse á Ethel y la examinó curiosamente.

—¡Hasta la vista! — le dijo, tendiéndole la mano.

Ya en la puerta dirigió á Lewisham otra mirada interrogante, y pareció buscar una frase para despedirse dignamente.

—¡Hasta más ver! — repitió con tal acento, que Lewisham quedóse pensativo, viendo irse al padrastro de su mujer.

Pronto, sin embargo, volvió á pensar exclusivamente en las rosas.

Al dar media vuelta, vió á Ethel que teclaba en la máquina de escribir, y que, en seguida, iba á sentarse en una butaca, ocultando el rostro tras una entrega de novela. El joven no se atrevió á preguntarle. Era evidente que las flores no habían llegado. Sintió profundo desaliento, y luego rabia feroz contra la imponente vendedora del traje negro. Muchas veces, en breve rato, sacó el reloj sin fijarse en la hora que era; luego tomó

un libro y aparentó leer; en realidad estudiaba la filípica que al día siguiente dirigiría á la imponente florista que tan mal cumplía los encargos que se le confiaban. Soltó el libro y fué á buscar su cartapacio escolar, abriéndolo y cerrándolo, sin saber lo que se hacía. Miró furtivamente á Ethel y vió que Ethel lo expiaba, también furtivamente; lo que no pudo apreciar fué la expresión del rostro de su esposa.

A fuerza de ir y de venir, entró en la alcoba, y apenas había puesto en ella los pies, cuando se paró en seco. Indiscutiblemente percibía fragancia de rosas. Tan fuerte era el perfume, que se dirigió hacia la puerta de escape, en la seguridad de que iba á encontrar en el pasillo el ramillete, que habría llegado misteriosamente. Pero se equivocó; no había señal de flores. Entonces, en el suelo, vió algo enigmático y pálido, y, bajándose, recogió el pétalo de una rosa color de crema. Dióle vueltas y vueltas entre los dedos, sintiendo perplejidad inexplicable. De repente, observó algún desorden en la vestidura de la mesa de tocador, y rápidamente lo relacionó con el pétalo.

Dió dos pasos, levantó la tela que envolvía las patas de la mesa, y allí las rosas... tiradas, medio deshojadas... ¡casi marchitas!... Tembló como tiembla una persona á quien, sin previo aviso, arrojan en un estanque de agua helada, y se quedó inclinado, sin soltar la tela que vestía á la mesa-tocador.

Ethel, con el semblante descompuestísimo, asomóse á la puerta de la alcoba. Lewisham, con la boca abierta, miró la inquietud y la palidez de su mujer.

—¿Por qué has puesto aquí mis rosas? — le preguntó.

Entonces tocóle ver á su esposa con la boca abierta. La estupefacción de Ethel era tan grande como la de Lewisham.

—¿Por qué has tirado aquí mis rosas? — repitió el marido.

—¿Tus rosas?... — exclamó la joven. — Luego ¿has sido *tú* quien las has enviado?...

CAPITULO XXIX

LAS ESPINAS Y LAS ROSAS

Siempre cabizbajo y sin quitar la vista de los ojos de su esposa, Lewisham fué comprendiendo poco á poco el significado de las palabras que acababa de oír. Muy pronto las entendió perfectamente.

Ethel, por el gesto, adivinó el pensamiento de su marido, exhaló un grito y se dejó caer en la butaca. Luego probó á hablar.

—Yo...

Se detuvo, desalentada.

—¡Oh! — murmuró.

De pie, adusto, Lewisham la contemplaba. Entre ellos estaba el ramillete, estropeado.

—¿Pensabas que estas flores las enviaba otro? — preguntó el joven, sondeando la magnitud de la catástrofe.

—No sabía... — balbució Ethel, dirigiéndole miradas suplicantes. — Un carruaje... No pude suponer... que fuesen regalo tuyo...

—¿Creías que te las enviaba otro?...

—Sí, lo creí.

—¿Quién?...

—El señor Baynes.

—¿Ese jovencuelo?...

—Sí... ese jovencuelo.

—¡Está bien!...

Lewisham, trastornado, miró, como mira el que se ve ante algo inconcebible.

—Entonces ¿esto quiere decir que, á espaldas mías, te arrullabas con ese mocito?...

Ethel abrió la boca, pero no logró articular palabra. Lewisham palideció, palideció densamente, cadavéricamente. Soltó una carcajada; luego rechinó los dientes. Marido y mujer se miraban con fijeza extraordinaria.

—Nunca hubiera creído... — murmuró Lewisham con voz opaca.

Sentóse en el borde de la cama y pisoteó con satisfacción las rosas.

—Nunca hubiera creído... — volvió á decir, dando un puntapié al ramillete, que, deshaciéndose, fué á parar á la habitación inmediata, dejando como huella un reguero de pétalos rojos.

Hubo una pausa que duró, lo menos, dos minutos. Cuando Lewisham volvió á hablar, tenía la voz enronquecida.

—Escucha — murmuró, tosiendo para aclarar la voz. — ¿Supongo que no creerás que voy á tolerar esto?...

Volvióse á mirarla y la vió sentada, con las pupilas muy abiertas, sin hacer el más leve ademán de dar explicaciones.

—Cuando digo que no estoy dispuesto á tolerarlo — añadió Lewisham, — no quiero decir que voy á provocar escándalo, ni á incurrir en violencias. Es posible tener disgustos y no pensar del mismo modo... en algunos casos... y no por ello dejar de sufrirse recíprocamente... Pero esto es completamente distinto... ¡Cuántos sueños y cuántas ilusiones!... ¡Y pensar en lo que he perdido con este maldito casamiento!... Y ahora... No te das cuenta... No quieres darte cuenta...

—Tampoco tú — murmuró Ethel llorando, pero sin alzar los ojos, y sin mover las manos, que tenía caídas sobre la falda. — Tampoco tú te das cuenta.

—Comienzo á dármela.

Calló para tomar aliento y bríos.

—En un año — exclamó, — todas mis esperanzas han fracasado, todas mis ambiciones se han hundido. Sé que he sido irascible y violento... lo sé. Comprendo que te

he dado disgustos. Pero... ¡te había comprado las rosas!...

Ethel miró las rosas; luego se fijó en el lívido semblante de Lewisham; hizo un movimiento imperceptible y volvió á adoptar la actitud de pasivismo doloroso.

—Noté que eras superficial, y que ni pensabas ni sentías como yo siento y pienso; sin embargo, pasé por ello. Pero tenía la convicción de que eras fiel...

—Soy fiel — exclamó Ethel.

—¡Bah! ¿Eso crees... y escondes mis rosas bajo la mesa?...

Hubo una pausa sombría, amenazadora. Ethel hizo un movimiento; él la miró á hurtadillas y la vió sacar el pañuelo, llevárselo á los ojos sin lágrimas, y, al fin, empezar á sollozar.

—Soy fiel... soy, cuando menos, tan fiel... como tú — gimió la joven.

Lewisham se quedó consternado. En seguida comprendió que era preferible apacentar que no había oído.

—Hubiera llevado con paciencia tus caprichos... Hubiera pasado por las diferencias que nos separan en el sentir y en el pensar... si hubieses sido fiel... si hubiese podido confiar en ti... Soy un necio, lo sé; pero me resignaría con el truncamiento de mis trabajos y con la pérdida de la ambicionada carrera... teniendo la certidumbre de tu fidelidad... ¡Porque... te amaba muchísimo!...

Calló, comprendiendo que rayaba en lo patético, y buscó refugio en la indignación.

—¡Y tú me has traicionado!... ¿Desde cuando?... ¡No me importa!... ¡Me has engañado!... Y te digo y te repito — añadió manoteando, — que ni soy lo bastante imbécil, ni lo bastante esclavo tuyo, para tolerar esto. Nunca sería tan imbécil ni tan esclavo de una mujer, fuera la que fuera... Y en lo que á mí respecta, esto pone fin á todo, sí, á todo... Estamos casados... pero no importa... aun cuando estuviésemos quinientas veces casados. No quiero vivir con una mujer que acepta flores de otro...

—No he aceptado nada — replicó Ethel.

Lewisham dejóse llevar por un arrebató de cólera. Cogió un puñado de rosas y se las enseñó, con trémula mano.

—¿Qué es esto? — le preguntó.

Pinchóse en el dedo con una espina, y le saltó la sangre, como antaño le saltara al arrancar la rama de espino en flor.

—No las he aceptado — repitió Ethel, — y no tengo la culpa de que las hayan traído.

—¡Puah! — exclamó Lewisham. — ¿Para qué sirve negar y discutir?... Las recibiste y las ocultaste. Luego, al comprender la equivocación, te delataste tú misma. Y nuestra vida y todo esto, ha terminado — concluyó, indicando con el gesto los muebles de la señora Gadow.

Miró á Ethel y repitió con amarga complacencia:

—Esto se ha concluído.

La joven alzó la vista y se encontró con el gesto implacable de su marido.

—No seguiré viviendo contigo — detalló Lewisham, para evitar mala interpretación. — Nuestra existencia conyugal ha terminado.

Ethel contemplaba, alternativamente, las rosas deshojadas y el rostro de su marido. La joven ya no lloraba, y su cara, salvo en la proximidad de los ojos, estaba lívida.

Lewisham prosiguió:

—Me marcharé... Nunca debimos casarnos... pero... jamás esperé que ocurriera *esto*...

—¡Yo no sabía nada! — exclamó Ethel, levantando la voz. — ¡Yo no sabía nada! ¿Esa es mi culpa?...

Se detuvo, y, juntando las manos, dirigía miradas desesperadamente suplicadoras. Lewisham se mantenía inflexible.

—No necesito saber nada — murmuró el esposo, — esto lo decide todo... *¡esto!*

Y señalaba las flores desparramadas.

—¡Qué me importa lo ocurrido! — observó. — ¡Me es completamente igual! ¡Hasta me alegro! ¡Así todo queda terminado!... Mientras más pronto nos separe-

mos, tanto mejor. No permaneceré á tu lado ni una noche más. Voy á llevar mi baúl al gabinete, y á preparar mi equipaje. Me quedaré aquí esta noche y dormiré en una butaca... ó *reflexionaré*. Mañana saldará cuentas con la señora Gadow, y me marcharé. Tú podrás volver á dedicarte... á tus supercherías.

Guardó silencio durante uno ó dos minutos. Ethel permanecía completamente inmóvil.

—Eso es lo que querías... Ya puedes salirte con tu deseo... Eso es lo que querías antes de que yo encontrase trabajo. ¿Te acuerdas?... Ya sabes que siempre tienes colocación en casa de Lagune... ¿Que si me importa eso?... Te aseguro que no me importa nada... absolutamente nada... Tú te vas por tu lado, y yo me voy por el mío. ¿Te enteras?... Y así acaba este fingimiento, esta hipocresía de vivir juntos, cuando ni al marido le importa nada su mujer, ni á la mujer le importa nada su marido... porque *ahora*, puedes creerlo, todo quedará definitivamente terminado... Respecto al casamiento... A pesar del casamiento no es posible hacer, con una equivocación y un engaño, más que una comedia... sí, una comedia; y las comedias tienen su desenlace, y hemos llegado al desenlace de la nuestra.

Levantóse resueltamente. A puntapiés apartó las rosas que le estorbaban, y metió los brazos debajo de la cama para sacar el baúl. Ethel ni hablaba, ni pestañeaba, pero no le quitaba la vista de encima. Durante un momento, el baúl se resistió á salir, y Lewisham faltó á sus severos propósitos soltando entre dientes un «¡Sal ya, con mil rayos!», que era una exclamación muy fuera de punto. Al fin triunfó del obstáculo y arrastró el baúl hasta el gabinete, donde se propuso instalarse para hacer el equipaje.

Cuando sacó de la alcoba todos los objetos y ropas de su uso, cerró la puerta con ademán enérgico. Por los ruidos que inmediatamente escuchó, comprendió que Ethel se había arrojado sobre el lecho, y esto le produjo satisfacción perversa.

Permaneció quieto un rato, para oír mejor; luego

comenzó á empaquetar y á guardar en el baúl cuanto poseía.

Habíase calmado su primer arranque de cólera; se daba cuenta, perfectamente, de que imponía un castigo grave, y esto le agradaba mucho. Experimentaba también placer extraño al ver terminar, merced á aquella inesperada crisis, el largo y penosísimo período de disgustos y malaveniencias. Con acutismo casi doloroso, percibía el silencio y la tranquilidad que reinaban en la habitación inmediata. A fin de demostrar que continuaba arreglando el baúl, procuraba constantemente armar ruido, haciendo chocar unos libros con otros y cepillando las ropas. A las nueve, próximamente, comenzó la tarea; á las once aun no había concluido...

De repente se quedó á oscuras. Entre otras costumbres no menos económicas, observaba la señora Gadow la de cerrar el contador del gas á las once en punto, á menos que, por excepción, hubiera visita.

Lewisham se registró los bolsillos, buscando cerillas; no las encontró. Sintió ganas de maldecir. Para suplir la falta de luz de gas, habían adquirido un quinqué, y, además, en la alcoba no faltaban bujías. Una estaba encendida en la palmatoria de Ethel, y dejaba ver un filete de luz amarillenta, entre las dos puertas, mal encajadas, de la alcoba. Caminando á ciegas, fué á buscar sobre la chimenea y... se encontró con un porrazo en el estómago, tropezando con una butaca; con grandes precauciones buscó la caja de cerillas entre los cachivaches que adornaban la chimenea; no dió con ellas, pero, casi en seguida, yendo hacia la cómoda, se dió con el filo del baúl en las espinillas. Rechinó los dientes y... por poco blasfema. Luego resbaló pisando el ramillete de rosas... Y las cerillas sin parecer...

Ethel debía tenerlas en la alcoba, pero era absolutamente imposible ir á buscarlas... No había más remedio que interrumpir el arreglo del equipaje. La alcoba estaba silenciosa.

Decidió acomodarse para pasar la noche. Con prudencia y muy despacio, buscó una butaca y se tumbó. Después de escuchar un rato, cerró los ojos y se dispuso

á dormir. Aguardando el sueño, comenzó á meditar sus planes para el día siguiente. Pensó en la escena inevitable con la señora Gadow; en la busca de hospedaje de soltero; calculó hacia qué barrio le convendría irse á vivir; exageró las dificultades del transporte de su equipaje y de la instalación en una casa decente y económica... Todas estas minúsculas contrariedades, le produjeron feroz irritación. Después deseó saber si Ethel tenía ya preparado su equipaje. ¿Qué pensaría hacer?... Puso oído, pero no oyó nada. Estaba muy tranquila; indudablemente estaba muy tranquila. ¿Qué estaría haciendo?... Esta preocupación le hizo olvidar las molestias que le aguardaban al otro día. Se levantó, y andando suavemente y con infinitas precauciones, pegó el oído á la puerta. A poco sentóse otra vez impacientemente, y procuró recapitular los agravios que sentía.

Al principio le costó gran trabajo; pero á poco, el tropel de recuerdos llenó el cerebro. Pero... ¡cosa más rara! no se acordaba de los agravios recibidos y, en cambio, veía con angustia que había tratado desconsideradamente y con excesiva dureza á Ethel. Hizo esfuerzos enérgicos por volver á sentir el arranque impetuoso de celos que antes sintiera; no pudo; tampoco le fué posible desechar la afirmación de que Ethel había sido, por lo menos — según ella dijo, — tan fiel como él. Punzadora, doliente, asaltóle la preocupación de lo que sería de Ethel al verse abandonada. ¿Qué iba á hacerse?... Era débil y estaba muy menesterosa de amparo y sostén. ¡Dios del cielo!... ¿Qué iba á ser de ella?...

Apenadísimo, pensó, á continuación, en el jovencito Baynes, y esto le hizo colocarse en su actitud de esposo ultrajado. Por cruel y por dura que fuese la suerte reservada á Ethel... ¡la tenía merecida!... Sí, la tenía muy merecida.

Sin embargo, otra vez sintió los remordimientos y las angustias que por la mañana sintiera. Sin transición pasó á pensar en Baynes; como nunca había visto al poeta, pudo fantasear á placer. La circunstancia de que

Baynes fuese muy joven, excesivamente joven, se le antojó obstáculo para realizar la venganza que exigía su honor ultrajado.

Y otra vez discurrió y se hizo un mar de confusiones, queriendo adivinar lo que iba á ser de Ethel. Después de todo, maldito lo que le importaba... ¡Que hiciera lo que se le antojara!...

A pesar de hallarse más tranquilo, consideró fatal, irrevocable, necesaria, la resolución que había adoptado.

—Si perdonas esto — se dijo, — tendrás que perdonar cuanto ocurra en adelante. ¡Hay cosas que no *deben* tolerarse!...

Intentó hacerse fuerte en esta posición, sin querer ahondar en la naturaleza de las cosas que no deben tolerarse. Poco á poco se preguntó concretamente qué cosas eran esas. Se resistía á pensar en ellas, como si hubiesen sido grandes vergüenzas, y vagamente, veía á Ethel acompañada por Baynes... Por lo menos, por lo menos, habría debido coquetear con el jovencito...

De cualquier modo, lo mejor era tratar de dormir. Desdichadamente, las preocupaciones no le permitían conciliar el sueño. Con la esperanza de amodorrarse y de dormirse, principió á contar; como el procedimiento no le dió resultado, intentó distraerse repasando mentalmente la serie de los pesos atómicos de los cuerpos simples...

De repente tiritó; dióse cuenta de que sentía frío y de que tenía entumecido el cuerpo, por la postura en que se encontraba. Se notó amodorrado. Miró hacia la puerta de la alcoba y, aun cuando tembloroso, vió un rayo de luz filtrarse por la rendija. Comprendió que la bujía estaba consumiéndose y próxima á apagarse. El silencio sepulcral que reinaba, le inquietó. ¿Por qué sentía miedo?...

Pasóse un buen rato en la butaca, derecho, alargando el cuello en las sombras, atento al menor ruido.

Ocurriósele la idea extravagante de que estaba asistiendo á sucesos ocurridos muchos años antes; pensó que había acaecido algo irreparable. Pero ¿por qué aquel silencio?...

Dejóse dominar por el presentimiento de una calamidad sin remedio.

Levantóse lentamente, y adoptando todo linaje de precauciones para no hacer ruido, llegó hasta la puerta, y escuchó con atención exquisita; no oyó nada... ni aun siquiera la respiración regular y acompasada de una persona que duerme. Advirtió, sí, que la puerta no estaba cerrada con el picaporte. La empujó con suavidad, y silenciosamente la abrió. Ethel, sin duda, no se movía, toda vez que nada se escuchaba. Abrió más la puerta y pudo ver el interior de la alcoba. La bujía, efectivamente, se había consumido y el pabito se quemaba, lanzando de tiempo en tiempo luz vacilante. Sobre la cama, Ethel estaba medio vestida, teniendo una rosa cuyos pétalos le rozaban los labios.

Detúvose, para contemplarla mejor, sin atreverse á moverse. Escuchó con ansiedad... palideció densamente... Aun no la oía respirar.

Después de todo, probablemente no ocurría nada extraordinario. Tal vez estaría tranquilamente dormida. Lo discreto era volver al gabinete antes de que se despertara. Si Ethel llegaba á verlo allí...

De nuevo la miró... Notó, en el semblante de su mujer, algo extraño... Aproximóse más, sin cuidarse de si hacía ó no ruido... Se inclinó... Tampoco la oyó respirar...

Vió que aun tenía húmedas las pestañas y que la almohada estaba empapada... Impresionóse mucho al ver aquel semblante pálido y bañado en lágrimas... Experimentó compasión profunda... Ya no se acordaba de nada de lo ocurrido... De pronto, Ethel se movió levemente y murmuró á media voz un diminutivo dulcemente cariñoso, con el cual á veces llamaba á su marido.

Lewisham, con la alegría que experimentó al verla y al oírla, se olvidó de que iban á separarse para siempre. Sus celos desaparecieron, cual desaparece al estallar una débil burbuja. Cayó de rodillas.

—¡Querida mía! — murmuró con apagado acento. —

¿Estás mala?... No... No te oía respirar... No te oía respirar...

Ethel se estremeció y entreabrió los ojos.

—Estaba en el gabinete — balbució Lewisham, con voz rebotante de emoción. — Todo estaba muy callado... He sentido miedo... No sabía lo que había podido ocurrir... ¡Querida mía!... ¡Ethel querida!... ¿No estás enferma?...

Rápidamente la joven se incorporó y miró con inquietud el rostro de Lewisham.

—¡Ah! ¡Déjame que te diga! — gimió Ethel. — ¡Déjame que te diga!... No ha sido nada. No ha sido nada. No has querido escucharme... no era justo... sin haberme oído...

Lewisham la abrazó.

—¡Querida mía! — exclamó. — Sabía que no era nada... Lo sabía... Lo sabía... Lo sabía...

Entonces Ethel habló, con frases entrecortadas por sollozos.

—Era tan tonto... El señor Baynes... Noté algo chocante... Creí que se proponía... No te lo dije... Deseaba trabajar... para ayudarte...

Se interrumpió. Repentinamente, con la rapidez del rayo, comprendió la imposibilidad absoluta de contar lo sucedido: el encuentro por casualidad; la conversación vulgar y llena de simplezas; el miedo; la retirada... Acaso lo hubiera referido, si hubiese sabido cómo; pero no supo. Titubeó, suprimió el incidente, y... Lewisham jamás se enteró.

—Y entonces — continuó Ethel — creí que era él quien enviaba las rosas, y he estado loca... he estado loca.

—¡Queridísima mía! — murmuró Lewisham. — ¡Queridísima mía!... He sido cruel para contigo. He sido injusto. Ahora lo comprendo. Perdóname, queridísima mía, perdóname.

—Deseaba tanto trabajar y ayudarte... La única ocasión de ganar algún dinero... fué esa. Además, estabas tan malhumorado... Creí que ya no me querías, porque

no comprendo tus trabajos... Y esa señorita de Heydinger... ¡Oh!... ¡Me resultaba tan duro!...

—¡Queridísima mía! — exclamó Lewisham. — Vale más, para mí, tu dedo meñique, que toda la señorita de Heydinger.

— Sé lo mucho que te estorbo. Pero si quisieras ayudarme... Trabajaría, estudiaría y procuraría comprenderte y auxiliarte...

—¡Queridísima mía! — murmuró Lewisham. — ¡Queridísima mía!...

—Y... además... *ella*...

—Queridísima mía, he sido un mentecato. Todo esto se acabará; haré que se acabe.

La estrechó cariñosamente y la besó.

—¡Oh! *Me consta* que soy muy tonta.

—No... El tonto y el perverso soy yo... Me he pasado el día entero pensándolo... ¡Queridísima mía!... ¡Nada me importa de nadie!... ¡Tú! ¡Solo tú!... Contigo me basta... Me he dejado aconsejar por la bilis y por los disgustos... Tal vez sea efecto de que trabajo mucho y de que gano muy poco... Mira, queridísima mía, necesitamos vivir muy unidos y queriéndonos mucho, y ayudándonos y tolerándonos... De otro modo, la existencia sería horrible...

Se calló, la estrechó más contra el pecho, y se sentó al lado de ella.

—Te quiero... — dijo Ethel, echándole los brazos al cuello. — Sí, te quiero... Te quiero mucho, muchísimo...

Se abrazaron apasionadamente. Lewisham la besó en el cuello.

—Te quie...

Sellóle los labios con un beso.

La bujía lanzó un postrer resplandor, vaciló y se apagó.

La alcoba estaba embalsamada por el perfume delicado de las rosas...

CAPITULO XXX

DESERCIÓN

El martes, volviendo de la Academia preparatoria de Vigours, á las cinco de la tarde — á las seis y media tenía que volver á salir para dar otra clase, — Lewisham se encontró á la señora de Chaffery y á Ethel llorando desconsoladamente. Iba fatigadísimo, y, por el camino, se había regodeado pensando en la satisfacción de tomar el té, descansadamente; pero con las noticias que su suegra y su esposa le dieron, se olvidó de su regalo cotidiano.

—¡Se ha marchado! — exclamó Ethel.

—¿Marchado?... ¿Quién?... ¿Chaffery?...

La esposa del desertor, preocupadísima por lo que Lewisham decidiera, se tapó la cara, lloriqueando, con el pañuelo. Nuestro héroe comprendió inmediatamente lo esencial de la situación, y estuvo á pique de soltar un taco redondo é impropio de quien ejercía el sacerdocio de la enseñanza. Ethel le entregó una carta.

Lewisham la tomó, y por las preguntas que hizo, se enteró de que su suegra encontró la carta en la caja del reloj de pared, al cual le daba cuerda los martes. Chaffery no había vuelto desde la noche del sábado.

El sobre, sin cerrar, dirigido á Lewisham, contenía una epístola, llena de divagaciones que querían ser ingeniosas y filosóficas, escrita horas antes de visitar por última vez á la hijastra y al marido de su hijastra. La conversación de aquella noche fué, sin duda, una especie de codicilo al testamento epistolar.

no comprendo tus trabajos... Y esa señorita de Heydinger... ¡Oh!... ¡Me resultaba tan duro!...

—¡Queridísima mía! — exclamó Lewisham. — Vale más, para mí, tu dedo meñique, que toda la señorita de Heydinger.

— Sé lo mucho que te estorbo. Pero si quisieras ayudarme... Trabajaría, estudiaría y procuraría comprenderte y auxiliarte...

—¡Queridísima mía! — murmuró Lewisham. — ¡Queridísima mía!...

—Y... además... *ella*...

—Queridísima mía, he sido un mentecato. Todo esto se acabará; haré que se acabe.

La estrechó cariñosamente y la besó.

—¡Oh! *Me consta* que soy muy tonta.

—No... El tonto y el perverso soy yo... Me he pasado el día entero pensándolo... ¡Queridísima mía!... ¡Nada me importa de nadie!... ¡Tú! ¡Solo tú!... Contigo me basta... Me he dejado aconsejar por la bilis y por los disgustos... Tal vez sea efecto de que trabajo mucho y de que gano muy poco... Mira, queridísima mía, necesitamos vivir muy unidos y queriéndonos mucho, y ayudándonos y tolerándonos... De otro modo, la existencia sería horrible...

Se calló, la estrechó más contra el pecho, y se sentó al lado de ella.

—Te quiero... — dijo Ethel, echándole los brazos al cuello. — Sí, te quiero... Te quiero mucho, muchísimo...

Se abrazaron apasionadamente. Lewisham la besó en el cuello.

—Te quie...

Sellóle los labios con un beso.

La bujía lanzó un postrer resplandor, vaciló y se apagó.

La alcoba estaba embalsamada por el perfume delicado de las rosas...

CAPITULO XXX

DESERCIÓN

El martes, volviendo de la Academia preparatoria de Vigours, á las cinco de la tarde — á las seis y media tenía que volver á salir para dar otra clase, — Lewisham se encontró á la señora de Chaffery y á Ethel llorando desconsoladamente. Iba fatigadísimo, y, por el camino, se había regodeado pensando en la satisfacción de tomar el té, descansadamente; pero con las noticias que su suegra y su esposa le dieron, se olvidó de su regalo cotidiano.

—¡Se ha marchado! — exclamó Ethel.

—¿Marchado?... ¿Quién?... ¿Chaffery?...

La esposa del desertor, preocupadísima por lo que Lewisham decidiera, se tapó la cara, lloriqueando, con el pañuelo. Nuestro héroe comprendió inmediatamente lo esencial de la situación, y estuvo á pique de soltar un taco redondo é impropio de quien ejercía el sacerdocio de la enseñanza. Ethel le entregó una carta.

Lewisham la tomó, y por las preguntas que hizo, se enteró de que su suegra encontró la carta en la caja del reloj de pared, al cual le daba cuerda los martes. Chaffery no había vuelto desde la noche del sábado.

El sobre, sin cerrar, dirigido á Lewisham, contenía una epístola, llena de divagaciones que querían ser ingeniosas y filosóficas, escrita horas antes de visitar por última vez á la hijastra y al marido de su hijastra. La conversación de aquella noche fué, sin duda, una especie de codicilo al testamento epistolar.

«La estupidez extraordinaria de Lagune me obliga á expatriarme — leyó Lewisham. — Ese hombre ha sido el escollo, y he tenido miedo de estrellarme. Me largo, tomo las de Villadiego y me desligo de todo. Lamentaré mucho y recordaré las sabrosas parrafadas que echábamos. Usted me conocía y yo podía hablar con entera franqueza. Me aflige muchísimo dejar á Ethel, pero, á Dios gracias, cuenta con usted. En realidad, las dos cuentan con usted, y el tener usted que «contar con las dos», seguramente ha de abrirle nuevos horizontes.»

Lewisham refunfuñó, convencido de tener que «contar con las dos», y saltó de la primera á la tercera carilla; allí demostraba Chaffery su espíritu práctico.

«Apenas quedan, en la casa de Clapham, muebles ú objetos fácilmente transportables que yo haya dejado sin pignorar ó sin vender; sin embargo, aun encontrará el cofre chapeado de hierro, la cómoda con el tablero roto y la gran máquina neumática; por estos objetos puede usted sacar, en venta ó préstamo, algún dinero, si tiene el valor, que yo no he tenido, de mover esos monumentales armatostes. El cofre me pertenecía antes de casarme con la suegra de usted; lo dejo en cambio de lo que me llevó; ya ve que no soy desconsiderado y que me preocupo del bienestar de usted. No me juzgue con excesiva severidad...»

Sin acabar la carilla, Lewisham pasó á la siguiente.

«La vida de Clapham me resultaba insoportable desde hace algún tiempo, y, si he de decir verdad, el espectáculo de la dicha robusta y juvenil que usted goza, me movía á pensar en que los años pasan, y en que, á pesar de la lucha por la existencia, usted disfruta momentos muy agradables. Hablando sinceramente, manifestaré que siento la necesidad de vivir mi propia vida, como proclaman las jóvenes feministas. ¡Oh frase admirable! ¡Vivir la propia vida!... ¡Frases embalsamadas por honrado desprecio hacia el plagio moral! ¡Acasó ni la *Imitación de Jesucristo* esté por encima!... Siento ansias de ver otros hombres y otras tierras. Tarde principio á vivir mi vida; estoy calvo y han empezado á salirme canas en las patillas; pero... más vale tarde

que nunca. ¿Por qué he de considerar que esa dicha es monopolio de la juventud?... Al fin y al cabo, las canas pueden teñirse... Algo hay (no insisto sobre este punto) que asombrará grandemente y prontamente á Lagune...»

Al llegar á este párrafo anfibológico, Lewisham prestó mayor atención.

«Me maravilla que ese hombre se caliente los cascos buscando maravillas, cuando en sí mismo tiene un ejemplo de lo increíblemente maravilloso. ¿Cuál puede ser la naturaleza humana de un hombre que no sé da por satisfecho con el milagro estupendo de su existencia imbécil, contradictoria, insensata, sin finalidad y sinientemente insondable?... ¿Cree usted que una cosa como Lagune existe?... Confieso que tengo dudas muy graves acerca de este punto. Afortunadamente, su banquero es un señor más crédulo que yo... Me figuro que, en breve, Lagune hablará con usted de todo esto...»

—Supongo que habrá creído escribir agudezas, cuando escribía estas necedades — exclamó Lewisham amargamente, renunciando á leer y arrojando la carta sobre la mesa. — La verdad lisa y llana es que ha robado ó que ha perpetrado algún delito análogo... y ha huído.

Hubo una pausa.

—¿Qué va á ser de mamá? — observó Ethel.

Lewisham contempló á «mamá»; meditó un instante, y luego miró á Ethel.

—Estamos uncidos al mismo yugo — murmuró sentenciosamente.

—No quiero molestar á nadie — insinuó la señora de Chaffery.

—Se me figura, Ethel — dijo Lewisham, — que si no hay inconveniente, podías dar una taza de té á un infeliz que está muy cansado y que tiene que volver á trabajar; y... — añadió, sentándose y dando golpecitos en la mesa — ya sabes que á las siete menos quince he de estar en Walham Green... Estamos uncidos al mismo yugo — repitió, sin dejar de dar golpecitos con los nudillos.

Le preocupaba el hecho de que se hablaba, efectivamente, con su esposa, uncido á un mismo yugo, y de que,

por ende, veíase forzado á nueva responsabilidad. De repente levantó la cabeza y vió que la señora de Chaffery dirigía á Ethel una mirada lacrimosa, llena de interrogación desconsolada. En el acto, las dudas que sentía se trocaron en lástima.

—¡ Bueno, mamá! — exclamó. — No hay que apurarse. No la abandonaremos.

—¡ Ah! — suspiró la señora de Chaffery.

—¡ Estaba segura de ello! — dijo Ethel, corriendo á abrazar á su marido.

Lewisham se vió amenazado por abrazos generales.

— Bueno. Pero, la verdad, desearía una taza de té.

Mientras la tomaba, dirigió varias preguntas á la señora de Chaffery, con objeto de hacerse cargo de la situación creada por la marcha del *médium*.

Luego, á las diez de la noche, cuando regresó de Walham Green, fatigadísimo y abrumado de calor, quiso reflexionar acerca del caso. Pero ó se perdía en vaguedades y confusiones, ó tropezaba con obstáculos infranqueables que le hacían titubear.

Estaba seguro de que la comida sería el prólogo de un interminable diálogo sobre dicho asunto, y con efecto, cuando se acostaron eran las dos de la madrugada. Pero habían adoptado resoluciones. Un contrato de arrendamiento, por largo plazo, existía entre la señora de Chaffery y el dueño de la casa de Clapham, en la cual todos vivirían juntos en lo sucesivo. El bajo y el primer piso estaban subarrendados, sin muebles, y el inquilinato que por ellos se cobraba, bastaba para pagarle al propietario la totalidad de la renta; los Chaffery se contentaban con vivir gratis el sótano y el segundo piso. En el segundo, una alcoba — antaño alquilada á los vecinos del piso primero, — serviría para Lewisham y para Ethel; para que el marido pudiera estudiar y trabajar, se le habilitaría una mesita de tocador, en menos que mediano uso; la máquina de escribir se colocaría en el sótano-comedor. La señora de Chaffery y Ethel cuidarían de la casa.

Como el subarrendar habitaciones era incompatible con la dignidad profesional de Lewisham, procurarían

rescindir cuanto antes el contrato de arrendamiento, y buscarían un cuartito más pequeño y menos apartado del centro de la población. Y de tal modo, mudándose de domicilio, sin dejar las señas, evitarían que Chaffery, á la manera del hijo pródigo, volviese al hogar abandonado.

Las frecuentes y patéticas exclamaciones de alabanza y de gratitud prodigadas por la señora de Chaffery á Lewisham, no evitaron á este, aun cuando sí le atenuaron, un acceso de filosófica amargura. La discusión de los arreglos prácticos se interrumpió con digresiones acerca de Chaffery, de lo que habría hecho, de dónde se habría ido, y de si, por casualidad, no volvería.

Al fin, la señora de Chaffery, llorando, bendijo y abrazó efusivamente á sus «buenos y queridísimos hijos», y se marchó. Lewisham y su mujer se prepararon para acostarse. Ethel tenía el rostro resplandeciente de entusiasmo.

—¡ Corazón de oro! — exclamó, tendiendo amorosamente, como premio, los brazos á su esposo. — Lo sabía... Lo sabía perfectamente... Te quiero más... más y más... ¡ Amadísimo mío! ¡ Amadísimo mío!...

Al día siguiente, Lewisham estuvo ocupadísimo y no pudo avistarse con Lagune. Pero al otro, muy de mañana, se presentó en casa del «investigador psíquico», cuando éste se hallaba corrigiendo pruebas de *Hesperus*. Lagune recibió cordialmente al joven, suponiendo que iría á consultarle las dudas de que en otro tiempo le habló. Era evidente que ignoraba por completo el matrimonio de Lewisham; este, con franqueza brusca, le expuso el objeto de la visita.

—La última vez que lo ví, fué el sábado — dijo Lagune. — Usted siempre desconfía de todo y de todos. ¿ Tiene alguna prueba?...

—Lea — contestó Lewisham, conteniendo una sonrisa burlona y entregando á su interlocutor la carta de Chaffery.

Mientras el espiritista iba leyendo, Lewisham lo observaba para ver la cara que ponía cuando llegase á los párrafos en los que el *médium* trataba tan duramente

al pobre hombre; á la vez, nuestro héroe se fijaba en el suntuoso mueblaje y magnífico decorado del despacho.

Sin duda, el estudiante-rana de la Escuela Normal de Ciencias, disfrutaría también de esplendor y de comodidades semejantes...

Cuando Lagune leyó el párrafo en el cual se ponía en duda su existencia real, infló los carrillos con fuerza, pero no dijo palabra.

—Eh? Eh? — exclamó al cabo. — ¡Mi banquero!...

Miró á Lewisham con dulce, bobalicona é interrogativa mirada.

—¿Qué querrá dar á entender?... ¿Se habrá vuelto loco?... Ultimamente habíamos acometido, él, una señora y yo, trabajos que requerían enorme tensión cerebral. El hipnotismo...

Yo, en el caso de usted, comenzaría por examinar el libro talonario...

Lagune tomó un manojito de llaves, sacó el talonario y lo hojeó.

—No encuentro nada — dijo, tendiendo el talonario á Lewisham.

—¡Hum! — murmuró Lewisham. — Sí... Vamos... Aquí... ¿Esto no es nada?...

Devolvió á Lagune el talonario abierto, señalándole la falta de un *cheque* y la ausencia de indicación de la suma por la cual el *cheque* se expidiera.

—No veo nada.

Lewisham nunca había oído hablar de sugestión post-hipnótica, y se mantenía incrédulo.

—Pero ¿no ve usted nada? — exclamó. — ¡Vaya una broma!

—No veo nada de particular — repitió Lagune.

Durante un rato, Lewisham no consiguió salir de las mismas preguntas y de las mismas respuestas, estúpidamente repetidas. Al cabo, se le ocurrió una prueba indirecta.

—Bueno. ¿Ve usted esta hoja?...

—Perfectamente — contestó Lagune.

—¿Puede usted leer el número que tiene estampado?...

—Cinco mil doscientos setenta y nueve.

—Bueno. ¿Y este?...

—Cinco mil doscientos ochenta y uno.

—Bueno, y... ¿dónde está el cinco mil doscientos ochenta?...

Lagune comenzaba á experimentar inquietud.

—Indudablemente — contestó — no está. ¿Quiere usted leerme la cifra del *cheque*... esto es, la cantidad por la cual se ha expedido?...

—¡No hay cantidad!... ¡Está en blanco! — exclamó Lewisham, esforzándose por contener una carcajada burlesca.

—¿De veras? — balbució Lagune, sintiéndose cada vez peor. — ¿Quiere usted que llame á alguien que lo compruebe?...

Lewisham asintió. Entró la criadita que le abriera la puerta la noche de la sesión espiritista. Cuando comprobó el hecho, se fué por una puertecilla que estaba á espaldas de Lagune, y mirando á Lewisham, y señalando con el gesto á Lagune, hizo una mueca altamente significativa.

—Mucho temo — dijo el infeliz investigador psíquico — que me hayan pagado mal. El señor Chaffery es un hombre que posee dotes indiscutibles... absolutamente indiscutibles... Pero mucho me temo... mucho me temo que haya abusado de su poder hipnótico... Este temor... y los insultos que me dirige... me apesadumbran...

Enmudeció. Lewisham se puso de pie.

—¿Tendría usted la amabilidad de volver por aquí? — preguntó Lagune, atentamente, algo más sereno.

Lewisham se sorprendió al sentir compasión hacia aquel pobre hombre.

—Insisto en que Chaffery disfruta de extraordinaria potencia hipnótica. Me inspiraba gran confianza... Mi cuenta corriente era de importancia estos días... No me explico cómo ha sabido... Es verdad que con su poder hipnótico...

Cuando Lewisham volvió á ver á Lagune, se enteró con detalle de la hazaña de Chaffery; existía, como circunstancia agravante, la coincidencia de que la «se-

ñora» que colaboraba en las «investigaciones psíquicas», también había desaparecido.

— ¡Mejor que mejor! — se dijo egoístamente el joven.
— Así, es casi seguro que no volverá.

Trató inútilmente de figurarse cómo sería la «señora». Pensó en que también los hombres de cabellos grises y de conciencia elástica sentían amores... ¡amores apasionados y ardorosos!... Escuchó el relato de los hechos: Chaffery, en una sesión, había hecho que Lagune, bajo la influencia hipnótica, firmase de su puño y letra un *cheque* en blanco.

— Lo curioso del caso — explicó Lagune — es que resulta muy discutible la validez del *cheque*. La ley resulta muy ambigua en lo que se refiere á hipnotismo, aun cuando la firma sea, como en esta ocasión, auténtica de toda autenticidad.

El investigador psíquico, á pesar del dinero que perdía, estaba muy satisfecho examinando este aspecto de la cuestión.

— Usted podrá decir que es casualidad... chiripa...; yo lo interpreto de muy distinto modo. Oiga: el importe de mi cuenta corriente es un secreto entre mi banquero y yo. Nunca se lo he dicho á Chaffery, ni yo mismo lo sabía; hacía más de dos meses que no miraba el talonario. Y ¡fíjese! con un solo *cheque* me ha cobrado la totalidad de lo que había en cuenta corriente, menos diecisiete chelines y seis peniques. ¡Y la totalidad excedía de quinientas libras esterlinas!... ¡Excedía en los diecisiete chelines y seis peniques!... ¿Cómo — exclamó satisfechísimo — explica usted esto?... Deme una explicación materialista que convenza. ¡Imposible! ¡No la encontrará! ¡Tampoco la encuentro yo!...

— Creo que puedo — objetó Lewisham.

— Bueno... Pues venga de ahí.

Lewisham mostró con un movimiento de cabeza un cajoncito del bufete.

— ¡No cree usted que... acaso... acaso... pudo valer-se de... una ganzúa?... — indicó socarronamente el joven.

Regresando á Clapham, Lewisham iba riendo al re-

cordar la cara de Lagune. Muy pronto se le quitaron las ganas de reír, al darse cuenta de que Chaffery era el padrastro de Ethel; de que la señora de Chaffery era su propia suegra; de que ellos, con Ethel, constituían su familia, y de que la obscura y fea casa de Clapham era, desde ahora, su hogar. ¡Su hogar!... Al comenzar á vivir, veíase íntimamente ligado á aquel hogar y á aquella familia, cual si allí hubiese nacido. Y un año antes, salvo el recuerdo borroso de Ethel, no conocía á ninguno de aquellos seres. ¡Ah!... ¡Los caminos del Destino!... Los sucesos acaecidos en los meses últimos, empequeñecidos por la distancia, se le antojó que se habían desarrollado con rapidez pantomímica. Esto se le figuró risible, y se echó á reír.

Aquella risa señalaba el principio de una nueva época. Nunca, hasta entonces, Lewisham había tomado á risa los apuros ni las dificultades en que se encontró. La inmensa formalidad de la adolescencia había concluído; los días de su juventud estaban contados. Aquel reír era un reír que auguraba concesiones infinitas.

CAPITULO XXXI

EN EL PARQUE DE BATTERSEA

Aun cuando Lewisham había ofrecido cortar relaciones con la señorita de Heydinger, pasóse cinco semanas sin cumplir la promesa, limitándose á dejar incontestada la carta. Al final de este plazo, la juvenil pareja abandonó — previa gran disputa políglota — las habitaciones alquiladas á la señora Gadow. Nuestros héroes se instalaron en la reducida estancia del segundo piso de la casita de Clapham, y entonces, entonces fué cuando el mundo se transformó, rápida y asombrosamente, por obra y gracia de un murmullo.

Fué aquel un murmullo formado por sollozos y por llanto; Ethel, con el cabello suelto, y escondiendo el rostro, se abrazaba al cuello de su marido; y este, balbuciendo frases de admiración, mostrábase algo conternado, pero experimentaba á la par extraño orgullo, emoción enérgica y original, sentimientos muy distintos de los que creyó le conturbarían cuando alguna vez pensó en la posibilidad de que ocurriera lo que iba á ocurrir. Súbitamente comprendió que aquello era algo decisivo, que la solución inesperada y el fin del conflicto planteado desde hacía tiempo había llegado. No había que titubear; en el acto adoptó resolución.

Al siguiente día escribió y envió por correo una es-
 quelela, y dos días después salió para dar la clase de matemáticas con más de una hora de anticipación. En vez de seguir directamente el camino de la Academia preparatoria de Vigours, pasó el puente y se entró en

el parque de Battersea. Muy pronto divisó á la señorita de Heydinger, que le esperaba sentada en el banco donde ya otras veces se encontraron. Echaron á andar juntos, paseando y charlando de cosas indiferentes; luego, de repente, se callaron.

—Usted tiene algo que decirme — exclamó con brusquedad la señorita de Heydinger.

Lewisham palideció.

—¡ Ah! Sí... Yo... — contestó, afectando desahogo. — ¿No le he dicho á usted nunca que estoy casado?...

—¿ Casado?...

—Sí.

—¿ Casado?...

—Sí — repitió el joven, con leve acento de ironía.

Quedáronse ambos silenciosos. Lewisham hacía como que miraba los macizos de dalias; la señorita de Heydinger lo contemplaba, absorta.

—¿ Y era eso lo que usted tenía que decirme?...

Lewisham volvió la cabeza y se encontró con la mirada de su amiga.

—Sí... Eso era lo que tenía que decir á usted.

Hubo una pausa.

—¿ Me permite usted tomar asiento? — preguntó la señorita de Heydinger, con voz que quería ser indiferente.

—Allá abajo hay un banco á la sombra — indicó Lewisham.

Dirigieronse hacia el banco.

—Vamos — dijo tranquilamente la señorita de Heydinger, — dígame, ¿ con quién se ha casado usted?...

Lewisham contestó con sobriedad. Alicia le dirigió una tras otra muchas preguntas. Lewisham, aunque de mala gana, respondió sin faltar á la verdad.

—¡ No debí dudar! — murmuró la señorita de Heydinger. — ¡ No debí dudar!... Me empeñé en cerrar los ojos para no ver. Cuénteme... Hábleme de ella.

Lewisham obedeció. La conversación le resultaba desagradabilísima, pero no cabían excusas; además, tenía que cumplir la promesa que hizo á Ethel. Brevemente refirió la historia á la señorita de Heydinger, callando

sólo lo que había de sentimental, que era precisamente lo que la hacía verosímil.

—¿Y se ha casado usted... antes del segundo examen?...

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijo usted?...

—No sé por qué — balbució Lewisham. — Una vez quise hablar á usted de esto... en el jardín de Kensington... Pero no lo hice. Evidentemente debí decírselo.

—Sí, debió usted habérmelo dicho.

—En efecto, debí... pero no lo hice... Luego, resultaba difícil. No sabía cómo empezar... Me parecía una temeridad... ¿Comprende usted?...

Se detuvo, no sabiendo cómo continuar.

—Debí usted habérmelo dicho — insistió la señorita de Heydinger, mirando fijamente á su exdiscípulo.

Lewisham abordó la segunda parte, la parte más delicada de la explicación.

—Ha ocurrido... — comenzó — después de la boda... á propósito de usted... algo muy enojoso... El hecho es que mi mujer... ¿me entiende usted?... Mira las cosas desde un punto de vista distinto del que tenemos nosotros.

—¿Nosotros?...

—Sí; resulta algo extraño, indudablemente. ¡Ha visto las cartas de usted!...

—¿Usted no se las dió á leer?...

—No... pero... quiero decir... que mi mujer sabe que usted me escribe, hablándome de socialismo y de literatura y de cosas que nos conciernen... y que ella...

—¿Quiere usted decir que su mujer no entiende de esas cosas?...

—Por lo menos no las comprende bien. Hay entre ella y nosotros ciertas diferencias de educación...

—¿Y le parece mal?...

—¡No! — exclamó Lewisham, dispuesto á mentir. — No es que le parezca mal...

—Pues entonces, ¿qué es?... — preguntó la señorita de Heydinger, palideciendo intensamente.

—Es que siente... Es que siente... La verdad es que

no me lo ha dicho, pero sé que siente no poder tomar parte activa en estas cuestiones. Conoce que debiera intervenir... Se avergüenza de no tener cultura y preparación bastantes... ¿Ve usted ya lo que le lastima?...

—Sí; ya veo... que no podré...

La señorita de Heydinger reprimió á duras penas un sollozo y tuvo que guardar silencio un rato. Al fin, haciendo un esfuerzo, pudo seguir hablando.

—Ya veo lo que me lastima — murmuró.

—No — contestó Lewisham titubeando. — Ya suponía yo que esto iba á disgustar á usted.

—Usted la ama. Nada, pues, le importa sacrificar...

—No, no es eso... hay una diferencia. Ella se disgusta y se ha disgustado por no comprender... Pero usted... he juzgado más natural que hablemos... Con ella he transigido y siempre transigiré...

—Usted la ama.

—Me pregunto si estribará en eso la diferencia. La cosa es muy compleja. El amor significa todo... ó nada. Conozco á usted mejor que á ella; usted me conoce como mi mujer nunca llegará á conocerme. A usted puedo decirle cosas que á ella no le diría. Con usted puedo ser completamente franco... porque usted me comprende... Pero...

—Usted la ama.

—Sí — contestó débilmente Lewisham, retorciéndose el bigote. — Supongo... que así es.

Quedáronse ambos silenciosos.

—¡Ah! — exclamó la señorita de Heydinger, con énfasis extraordinario. — ¡Pensar que todo iba á acabar así!... Que todo lo que había en usted... ¿Qué le ha dado á usted esa mujer que yo no le hubiera dado?... Y aun todavía... ¿Por qué he de renunciar á lo poco que de usted me queda?... Si ella pudiese tomarlo... Pero si no puede... Sin mí... Usted no hará nada... Todas las ambiciones, todas las esperanzas de usted, flaquearán y se extinguirán, sin que ella lo note, sin que lo evite, sin que trate de impedirlo, sin que lo comprenda... ¿Para qué quiere lo que no ha de disfrutar?... ¿Para qué desea lo que es mío... y de nada ha

de servirle?... Hasta cierto punto, llegué á pensar en usted como en cosa propia... y así pensaré siempre...

Hablaba sin mirar á Lewisham, y dejaba ver en el rostro la angustia y la pesadumbre que sentía.

— Dos ó tres veces, desde hace poco tiempo — dijo Lewisham, tras breve pausa, — me ha venido á las mientes algo que no debo, ni puedo, ni quiero callar. He pensado que usted daba excesiva importancia á lo que yo hubiera podido hacer. Ya sé que hemos hablado de grandes empresas. Pero he luchado más de seis meses buscando el medio de ganarme la vida, la vida que todos nos creemos muy capaces de ganar. Esto me ocupó todas las horas del día, todos los días de la semana y todas las semanas de los meses. Al cabo deduje que el mundo es algo así como un mal negocio y que...

— No — interrumpió resueltamente la señorita de Heydinger. — Usted hubiera podido realizar grandes empresas... y aun todavía, si pudiéramos vernos y escribirnos... Hay en usted tanto talento como flaqueza de voluntad... Para emprender algo, necesita que lo estimulen. Su fe se debilita pronto... usted requiere apoyo y fe... apoyo firme y fe ilimitada. ¿Por qué no he de ser eso para usted?... Es cuanto deseo, hoy por hoy. Ella no puede serlo... Ni nada le quito, ni quiero nada de lo que tiene. Yo, sola, nada seré; con usted acaso... ¿Y todo es porque ella se siente ofendida?... Pero... ¿por qué se ha de enterar?...

Lewisham, muy cohibido, volvióse hacia su amiga. Los sueños de grandezas futuras que nimbaban la frente del joven, parecían reflejarse en las pupilas de Alicia. En aquel instante, por lo menos, nuestro héroe no dudó del brillante porvenir de su «carrera». Pero comprendió igualmente que las grandezas futuras y la admiración de la señorita de Heydinger eran inseparables, y que constituían algo único é indivisible. Realmente, ¿por qué habría de enterarse Ethel?... Con la imaginación vió lo que podría ocurrir, y vió los tapujos, las complicaciones, los engaños, y, al fin, el disgusto al descubrirse todo.

— Lo cierto es que debo simplificar mi vida. No haré

nada de provecho si no simplifico mi vida. Hay personas que tienen fortuna y pueden permitirse el lujo de ser... complejas. Esto es, lo uno y lo otro...

Titubeó; de repente pensó en Ethel y la vio llorando, como ya una vez la había visto, y creyó encontrar reflejos de luz en las lágrimas que brotaban de los ojos de su juvenil consorte.

— ¡No! — exclamó, casi brutalmente. — No. No quiero tapujos... No es que me haya vuelto ridículamente escrupuloso, pero no estoy dispuesto á fingir. Mi mujer descubriría el ramillete de rosas. Disimular no serviría para nada; al fin se enteraría de todo. Mi vida resulta demasiado complicada. Tengo que tomarla tal y como es, y seguir mi camino... Yo... Usted exajera al juzgar mis aptitudes... Además, han ocurrido... Ha ocurrido algo... — Vaciló, pero se mantuvo firme en su resolución. — Es *absolutamente preciso* simplificar, y estoy decidido á ello. Lo lamento mucho, pero no hay remedio.

La señorita de Heydinger no contestó; Lewisham se asombró mucho del mutismo de su amiga. Durante un minuto y treinta segundos, permanecieron sentados, sin decirse nada. Bruscamente la señorita de Heydinger se levantó, con las mejillas encendidas y los ojos bajos. Lewisham se puso de pie.

— Hasta la vista — murmuró Alicia, tendiéndole la mano.

— Pero... — insinuó Lewisham, muy cortado.

La señorita de Heydinger palideció densamente.

— Hasta la vista — volvió á exclamar, mirando con fijeza á Lewisham, y violentándose para sonreír. — Nada tenemos que decirnos... ¿verdad?... Hasta la vista.

Lewisham tomó la mano que Alicia le tendía.

— Espero que no...

— ¡Hasta la vista! — repitió Alicia con impaciencia; luego retiró la mano, dió media vuelta y se fué.

Lewisham hizo un movimiento para seguirla.

— ¡Señorita de Heydinger! — exclamó, y viendo que la joven no se detenía, gritó de nuevo: — ¡Señorita de Heydinger!...

Dióse cuenta de que Alicia no quería contestarle y

quedóse inmóvil, viéndola alejarse. Sintió entonces algo así como si hubiese sufrido una pérdida muy grande; pensó, vagamente, en correr y en desenojarla con apasionadas frases...

Ni una sola vez volvió la cabeza la señorita de Heydinger. Ya estaba muy lejos cuando Lewisham echó á correr tras de ella. Poco á poco, apretando el paso, fué ganando terreno... Apenas si le faltaban treinta metros para alcanzarla... Moderó el paso... De repente tuvo miedo de que Alicia se volviese; viola franquear la entrada del parque, y alejarse y perderse de vista. Se detuvo y quedóse mirando fijamente el sitio por donde se había ido su amiga. Exhaló melancólico suspiro, y torció hacia la izquierda, buscando el puente que daba al camino de la Academia de Vigours. En mitad del puente sufrió otro acceso de indecisión. Paróse, perplejo, no sabiendo qué hacer. Asaltóle una idea de rebeldía; miró el reloj y se convenció de que tenía que apresurarse para no perder el tren, si quería llegar puntualmente á la Academia preparatoria de Vigours. Luego pensó que, por una vez, podía mandar á Vigours á paseo.

Pero al fin tomó el tren y se fué á dar la clase de matemáticas.

CAPITULO XXXII

EL TRIUNFO FINAL

Aquella tarde, á eso de las siete, Ethel entró en la habitación, llevando una cesta para arrojar papeles, que acababa de comprar á su marido. Lo halló sentado ante la mesita-tocador, en la cual debía «escribir». Por la ventana veíanse, á lo lejos, el caserío de Londres, y más cerca, multitud de techumbres de edificios que parecían amontonarse hacia la estación. La inmensidad azul del cielo subía, obscureciéndose, hasta el infinito, y parecía asentarse sobre misteriosa maraña de chimeneas y de tejados, maraña que dejaba ver los encendidos discos y las farolas de señales de la estación, las espirales de vapor y las ráfagas luminosas de los trenes que entraban y salían, y las perspectivas confusas de las calles de la urbe. Ethel enseñó á su marido la cesta para papeles viejos, que le traía, y la colocó junto á la mesita. Luego fijóse en el amarillento papelote que su esposo tenía en la mano.

—¿Qué es eso?...

Lewisham se lo dió.

—Lo he encontrado... forrando el fondo del cajón de los libros... Lo guardaba desde mis tiempos de residencia en Whortley.

Ethel tomó el papelote y se encontró con que era un plano cronológico, titulado *Esquema*, lleno de notas marginales, y con todas las fechas enmendadas por mano juvenil.

—¡Qué amarillo se ha puesto el papel! —murmuró Ethel.

—Esto, precisamente, era lo que no necesitaba decirse — pensó Lewisham, contemplando con inusitada simpatía aquel documento.

Hubo una pausa.

Luego sintió que su esposa le ponía la mano en la espalda y se inclinaba hacia él.

—¡Querido! — exclamó Ethel, con acento extrañamente metamorfoseado.

Indudablemente deseaba decirle algo, y no acertaba á expresarse.

—¿Qué quieres?...

—¿Te has disgustado?...

—¿Por qué?...

—Por esto... y por el niño...

—¡No!...

—¿No has sentido... ni sientes tristeza?...

—No; ni disgusto, ni tristeza, ni contrariedad.

—Me resisto á creerlo... Es tan...

—Estoy contento — manifestó Lewisham, — *contento*.

—¿A pesar de las desazones... de los gastos... y de la perturbación en tus estudios?...

—Sí; á pesar de todo.

Ethel lo contempló con incredulidad. Lewisham levantó la cabeza, y entonces su mujer lo miró buscando la expresión de sus ojos. Sintió que su marido le pasaba el brazo por el talle, y entonces, sin darse cuenta, dócil á aquella invitación, se inclinó á darle y á recibir un beso.

—Esto lo arregla todo — murmuró el marido, sin apartarla de su lado. — Esto nos une más y más... ¿Sabes?... Antes... Pero ahora es distinto... Ahora ya tenemos el lazo que necesitábamos, que nos juntará y que afianzará nuestro enlace. El llenará nuestras vidas y será el objeto de mis trabajos y de mis afanes, porque mis afanes y mis trabajos... hasta hoy... sólo tenían por objeto satisfacciones de vanidad... de vanidad — concluyó, afrontando lealmente la verdad.

En el semblante de Ethel leyó un resto de duda, un deseo de continuar escuchando á su marido. Al fin le dijo:

—Querido mío...

—¿Qué deseas?...

Ethel frunció las cejas.

—No; no acierto á decirlo — balbució.

Sentóse sobre las rodillas de su esposo, que le estrechó la mano. Ella continuó grave, seria, mirando por la ventana las crecientes sombras del vespertino crepúsculo. Luego exclamó:

—Comprendo que soy muy torpe y muy tonta... Lo que logro decir, no se parece en nada á lo que siento y á lo que quisiera expresar...

Lewisham esperó que continuase.

—No puedo... no sé... — repitió Ethel.

Entonces el marido creyóse en el deber de traducir el pensamiento de su esposa, pero, con grave asombro, observó que, también él, encontraba enorme dificultad para expresarse.

—Creo que te comprendo perfectamente — murmuró al cabo, luchando con los obstáculos que surgen entre el sentimiento y la expresión.

Hubo una pausa larga, pero elocuente, con la elocuencia del silencio impuesto por la emoción. Bruscamente, Ethel cayó en lo prosáico. Se puso de pie.

—Si no bajo á ayudar á mamá, la comida...

Al llegar á la puerta se detuvo, y volvió hacia su marido la cara; quisieron verse en la sombra; Lewisham era, á los ojos de Ethel, una forma oscura, imprecisa. Inconscientemente, el marido le tendió los brazos... Luego, sintiendo ruido abajo, Ethel se separó y se fué apresuradamente. Lewisham la escuchó decir:

—No te molestes, mamá; yo pondré la mesa.

Perdióse el rumor de los pasos, desvaneciéndose en las honduras de la cocina. Entonces Lewisham contempló de nuevo el *Esquema*, que se le antojó una pequeñez. Lo extendió sobre la mesa y lo examinó, cual si estuviese escrito por otro; en realidad, estaba escrito por otro. «Folletos para defender las ideas liberales» — leyó.

Sonrió.

Se dejó llevar por la corriente de los recuerdos y de las ideas. Experimentó cierta melancolía; conceptuó al

Esquema sencillamente como símbolo, como punto de partida, y con mirada vaga contempló desde la ventana la noche que iba cayendo. Largo rato permaneció pensativo; sus pensamientos casi eran emociones, emociones que compendaban la forma y la substancia de las ideas, y que, al crecer en intensidad, salieron á los labios.

—Sí, era vanidad... Vanidad pueril... egoísta... personalísima... Soy excesivamente bilateral... ¿Bilateral?... ¡Qué vulgaridad!... Sueños como mis sueños... Aptitudes como mis aptitudes... Sí... ¡son los sueños y las aptitudes de todo el mundo!... Y no obstante... lo que me proponía hacer...

Entonces pensó en el socialismo, y en sus ígneas ambiciones de reformar á la humanidad. Quedóse pasmado ante los nuevos horizontes que desde antaño á hogaño había descubierto.

—No para nosotros... No para nosotros... Nos tocará morir en el desierto... Algún día... Más adelante... Pero no para nosotros... En definitiva, el mundo, para nosotros, está cifrado en el niño que va á nacer. El porvenir, es el niño. ¿El porvenir?... ¿Qué somos... cuantos en la tierra alentamos... más que lacayos y traidores del porvenir?...

Y continuó:

—La selección natural... La felicidad, se encuentra así únicamente... No hay otra felicidad.

Suspiró.

—Vivir toda una vida. Y sin embargo, se me figura que la vida me ha jugado una mala pasada... ¡me prometió tanto!... ¡Me cumplió tan poco!... ¡No!... No hay que ver las cosas en este aspecto... No es posible... ¡La carrera!... Al fin y al cabo, también esta es una carrera... la carrera más importante del mundo... ¡Ser padre!... ¿Qué más puedo desear?... Y... Ethel... No extraño que me haya parecido superficial... ligera... caprichosa...; ni extraño que lo haya sido... No me asombra haberla visto inquieta y nerviosa... estando sin amparo... ¿qué iba á hacer?... No era más que una

esclava... un juguete... sí, un juguete de la vida... ¡Así es la vida!... Para eso nos engendran y para eso nacemos... Lo demás... todo lo demás... es ficción... comedia.

Volvió á fijarse en el *Esquema*. Lo echó á un lado, y titubeó. La visión de la carrera sabiamente organizada, la serie ordenadísima de trabajos y de éxitos, de honorés sobre honorés, surgió espléndida, brillante, del papel-símbolo. Luego, mordiéndose los labios, rompió, rompió delicadísimo en dos pedazos el papelote amarillento. Dobló en seguida los dos pedazos y los volvió á romper; tomó cuidadosamente los nuevos trozos y los rompió, y siguió rompiendo hasta que el *Esquema* quedó reducido á un montón de fragmentos minúsculos. Se le antojó que había roto su personalidad de antaño.

—¡Comedia!... ¡Farsa!... —murmuró tras largo silencio. — Este es el fin de la adolescencia... el fin de los ensueños quiméricos...

Permaneció inmóvil, acodado sobre la mesita, hundiendo la mirada en la extensión de cielo que alcanzaba á ver por la apaisada ventana. Los resplandores vespertinos que se perdían, parecieron unirse para dar vida á una estrella...

Notó que aun tenía en la mano los pedacitos del papel que rompió. Alargó el brazo y los dejó caer en el cestito nuevo que Ethel le había comprado.

Dos trocitos cayeron fuera del cesto. Se inclinó, los recogió y los colocó cuidadosamente con los demás.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE MONTECERROS
ALEJANDRO REYES
1825 MONTERREY, MEXICO

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Capítulo I.—Presentación del Sr. Lewisham.	5
— II.—Según sopla el viento.	13
— III.—Un descubrimiento maravilloso.	22
— IV.—Asombros.	27
— V.—Vacilaciones.	34
— VI.—El paseo escandaloso.	39
— VII.—Ajuste de cuentas.	50
— VIII.—Arrastrado por la carrera.	60
— IX.—Alicia Heydinger.	67
— X.—En la galería de herrajes artísticos.	72
— XI.—Evocación de espíritus.	77
— XII.—Lewisham, incomprensible.	88
— XIII.—Lewisham, insiste.	91
— XIV.—El punto de vista del Sr. Lagune.	99
— XV.—El amor por las calles.	103
— XVI.—Pensamientos de la Srta. de Heydinger.	112
— XVII.—En la galería de Rafael.	116
— XVIII.—Una reunión de los Amigos del Progreso.	121
— XIX.—Lewisham encuentra una solución.	133
— XX.—Carrera interrumpida.	140
— XXI.—¡En el hogar!.	147
— XXII.—Epitalamio.	150
— XXIII.—Chaffery en su casa.	156
— XXIV.—La entrada en campaña.	175
— XXV.—La primera batalla.	183
— XXVI.—Desencanto.	198
— XXVII.—A propósito de una disputa.	205
— XXVIII.—Llegada de las rosas.	217
— XXIX.—Las espinas y las rosas.	224
— XXX.—Deserción.	235
— XXXI.—En el parque de Battersea.	244
— XXXII.—El triunfo final.	251

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS